TESORO

del

NIÑO ARGENTINO

ANTOLOGÍA

CUENTOS, LECTURAS, POESIAS Y FABULAS
DE CONOCIMIENTO OBLIGATORIO EN
NUESTRAS ESCUELAS, DE ACUERDO A LA
EXIGENCIA DE LOS NUEVOS PROGRAMAS
DE ENSEÑANZA PRIMARIA

EDICIONES ANACONDA

FLORIDA 251 — BUENOS AIRES

Nº 185-E5-OR 15
15

TESORO del NIÑO ARGENTINO

DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA

TESORO
del
Niño Argentino
ANTOLOGÍA

CUENTOS, LECTURAS, POESIAS Y FABULAS DE CONOCIMIENTO OBLIGATORIO EN NUESTRAS ESCUELAS, DE ACUERDO A LA EXIGENCIA DE LOS NUEVOS PROGRAMAS DE ENSEÑANZA PRIMARIA

EDICIONES ANACONDA
FLORIDA 251 — BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Queda hecho el depósito tal como previene la Ley 11723
Copyright Librerías Anaconda Ltda. Buenos Aires 1939

PRINTED IN ARGENTINA
Acabado de imprimir el dia 30 de Septiembre de 1939

TALLERES GRAFICOS ALFONSO RUIZ Y CIA.—HUMBERTO 1.º 966

INICIAL

"TESORO DEL NIÑO ARGENTINO" es una antología ceñida estrictamente a las exigencias de los nuevos programas de instrucción primaria. Viene a satisfacer, por tal razón, una urgencia sensible entre los maestros y alumnos que actualmente se hallan en absoluto desprovistos de un texto que condiga con sus necesidades. "TESORO DEL NIÑO ARGENTINO" constituye en tal sentido, una obra de múltiples valores, por cuanto reúne en sus páginas todo aquello que el maestro necesita como guía, y es imprescindible para el alumno como fuente más cómoda, práctica y económica para su estudio.

Un gasto cuantioso exigiría la adquisición de las obras que respondan al plan actual de instrucción primaria, y aun así, no se conseguirían en su totalidad, ya que muchas de ellas se hallan completamente agotadas. "TESORO DEL NIÑO ARGENTINO" viene a suplir todos esos inconvenientes y dificultades. Por eso está llamado a ser el libro que no puede faltar en ninguna escuela ni en ningún grado, ya que ha de constituir tanto para el maestro como para el alumno, la herramienta más eficaz para su labor cultural.

Tendiente a ese objeto, es que las "GRANDES LIBRERIAS ANACONDA", al servicio de la escuela primaria argentina, y en el deseo de contribuir a satisfacer las necesidades de los nuevos programas, en un gran esfuerzo editorial que le honra, ofrece al magisterio y al alumnado del país esta notable compilación literaria, en la seguridad de cumplir una tarea didáctica digna de encomio.

LOS EDITORES.

JACINTO BENAVENTE.
Español, 1866.

LOS REYES MAGOS

Despertóse nervioso, calenturiento. Mal despierto y mal dormido toda la noche, despierto y dormido había soñado con la regia cabalgata de los Reyes Magos. Con los más ricos materiales recogidos en la realidad forjó la imaginación del niño deslumbradora comitiva; caballos empenachados, con rendajes de oro, y sobre ellos los Reyes resplandecientes de joyas, y detrás los camellos cargados de tiendas enteras de juguetes y de cajas de dulces.

Apenas clareó el amanecer anhelado, de un brinco saltó de la cama y corrió al balcón, trémulo de curiosidad y de esperanza.

Tan pequeño, que no alcanzaba a levantar la falleba, era un manojillo de nervios vibrantes, morenucho, con la piel fina de los niños morenos en que se transparentan las venas muy azules; los ojos en continuo abrir y cerrar; la nariz respingada; un feíllo con gracia para ser querido antes que admirado; mimo de las madres, celosas siempre por femenil instinto, que aguzado en los hijos hermosos al verlos acariciados por todos, prefieren el menos atractivo, el que es de ellas *sólo*, el que sólo para ellas es lindo y gracioso.

Al ruidoso forcejear del niño para abrir el balcón acudió una criada dando gritos.

—¡Demonio, que te vas a morir! ¡Vuelve a la cama!

—¡Los Reyes! ¡Quiero ver lo que me han traído los Reyes!

—¡Qué tonto, qué tonto!

Era el hermano mayor, que reía desde la cama al enterarse de lo ocurrido.

—Mira, mira —le decía al pequeño cuando la criada le subió en brazos a la cama—. Yo tengo ya mi regalo. — Y le enseñaba un duro de los recién acuñados. — Me dijo papá anoche: "¿Tú crees en eso de los Reyes? ¡Tonto, más que tonto! ¡Los Reyes son papá y mamá!".

—¡Mentiroso! —gritó el pequeño con ira—. Han venido los Reyes y me han traído muchas cosas, y a ti nada, porque me haces rabiar...

—¡Tonto, más que tonto! — seguía el otro implacable.

El pequeño rompió a llorar. Acudió el padre, desazonado por la gritería, de mal temple...

—¿Qué ocurre?

Explicado el caso, el padre, educador, positivista, tomó desde luego el partido de la razón práctica.

—Tu hermano tiene razón; no hay tales Reyes; ésas son tonterías, y los hombres no creen en esas cosas...

El niño quedó aterrado ante las severas afirmaciones de su padre. Lloraba calladamente, con honda pena...

—¿Lo ves, lo ves? — le decía triunfalmente el mayor.

Y él lloraba, lloraba... Entró la madre.

—¿Qué tiene el niño? ¿Por qué llora?

—¡Déjale, por tonterías!

—Corazón, ¿por qué lloras?

—Porque dice papá que no vienen los Reyes Magos, que no hay Reyes Magos...

El padre se disponía a insistir con mayor severidad, pero la madre le contuvo con una mirada.

—¿Te han dicho eso? ¡Por hacerte rabiar! ¡Sí hay Reyes Magos, sí, vida mía! Unos Reyes muy buenos que quieren mucho a los niños...

Y secando a besos las lágrimas del hijo, iba contando la eterna leyenda, y el niño, al oírla, se abrazaba a ella como si ansioso se amamantara de nuevo al pecho de su madre, y con hipo de risa y llanto desafiaba al padre y al hermano.

—¿Ves lo que dice mamá? ¿Ves como es verdad todo?

BENAVENTE: Jacinto Benavente nació en Madrid, España, en 1886. Es el mayor dramaturgo de nuestra habla en estos tiempos. Su pluma destila mágicos encantos: en su prosa, y en su verso porque alguna vez lo escribe, se muestra señor del idioma, a la vez que penetrante psicólogo y sabio filósofo.

LUIS COLOMA.
Español, 1851-1917.

LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ

No sé si leí este cuento ni recuerdo tampoco si me lo contaron, o si lo soñé quizá en alguna de esas noches de pesadillas y de insomnios, en que la imaginación emprende viajes semejantes al de De Maistre alrededor de las paredes de su cámara.

Es lo cierto que allá en los tiempos de Mari-Castaña, reinaba en la Arabia Feliz el rey Bertoldo I, llamado el Grande por ser el más gordo de los monarcas de su dinastía. Era su Real Majestad un grandísimo haragán, que pasaba la vida tendido a la larga, fumando hachisch y satakia, mientras sus esclavas le espantaban las moscas con abanicos de marabú y sus esclavos le cantaban al son de añafiles y chirimías, en

lengua del Celeste Imperio:

Maka-kachú, Maka-kachú
Sauk-fú, Sauk-fú
Chirivi ko-ko.

Sucedió, pues, que este "dolce far niente" le ocasionó a Su Majestad una enfermedad extraña que de nadie era conocida. Y es que la ociosidad todo lo corrompe: el agua estancada se pudre, el hierro se enmohece, la inteligencia se embota, el corazón se seca, el alma se envicia y se pierde. Hízose entonces un llamamiento general de médicos y acudieron muchos en tropel a la corte, no sin gran disgusto de la muerte que a todos los tenía ocupados.

Un doctor alemán, discípulo o, mejor dicho, antecesor de Hanneman, dijo que Su Majestad corría grave riesgo de la vida sino diluía tres glóbulos de "pulsatilla" en una tinaja de agua, y tomaba cada siete años una dosis en el rabo de una cuchara; porque era, a su juicio, aquella enfermedad el terrible "schemarowoth" que se apodera en Sajonia de todo el que no quiere trabajar.

A esto replicaba Mr. Hall, graduado en Oxford, que aquella dolencia se llama en inglés "spleen"; que era hija de las nieblas del Támesis y que los hijos de la blanca Albión curaban radicalmente de ella levantándose la tapa de los sesos de un pistoletazo. Un galeno parisiense, que se rizaba el pelo y citaba a Paul de Kock, opinaba que aquella grave enfermedad no era otra sino el peligroso "ennui" y recetó a Su Majestad los bailes de Mabbille y la música de Offembach.

Llegó en esto un médico gallego, hombre de saber y de pulso, y dijo que a Su Majestad se le había "caído la paletilla", y que no hallaba otro remedio sino uncirle a un buen arado y sacudirle las moscas con una traílla de cuatro ramales, en vez de espantárselas con plumas de marabú; porque el palo y no los aforismos de Hipócrates y Galeno era, a su juicio, el mejor antídoto contra las desganas en el trabajar.

Pusiéronse en práctica las recetas, menos las del inglés y del

gallego, que por ser harto radical la una y demasiado áspera la otra, fueron rehusadas por el monarca. Más su Majestad empeoraba de día en día y vióse al fin a las puertas de la muerte.

Hiciéronse entonces rogativas públicas a la usanza de la tierra, afeitándose los varones la ceja izquierda y las mujeres la derecha; porque es achaque de creyente y de idólatras no acordarse de Dios hasta que les abandonan los hombres.

Publicóse al mismo tiempo un bando, ofreciendo la lugartenencia del reino a cualquier hombre o mujer que presentase un régimen curativo capaz de volver la salud al regio enfermo. Mas nadie se presentaba en palacio y los cortesanos más sagaces abandonaban ya las antecámaras del moribundo Bertoldo I para poblar la del futuro Bertoldo II.

Ya parecía perdida toda esperanza, cuando una tarde apareció en la capital, como llovido del cielo, un hombrecillo montado en un burro sin orejas, más ligero que Alborak, la yegua de Mahoma.

Traía en las alforjas el Talmud y en la mano un paraguas de algodón encarnado, con que se resguardaba de los ardientes rayos del sol.

Apeóse a las puertas de palacio y dijo que era un médico israelita que se ofrecía para curar al Rey. Salieron a recibirle los grandes del reino, cuyas cabezas peladas presentaban a lo lejos como un inmenso panorama de melones blancos. Precedido por tres heraldos, llegó a la cámara regia; una media luz reinaba en ella; sobre un estrado que cubrían una alfombra de Estambul y ricos tapices de Persia, había un lecho de nácar, con cortinas de púrpura de Tiro.

Allí reposaba boca arriba el moribundo rey Bertoldo, cuyos fatigosos resoplidos hacían oscilar, de cuando en cuando, la lámpara de alabastro que iluminaba la estancia. Sobre el gorro de dormir tenía puesta la corona de oro, porque así lo mandaba la etiqueta de la corte; la palidez de su rostro y lo abultado de sus mofletes le daban, a cierta distancia, el ex-

traño aspecto de una calabaza coronada. Levantaba su abultado abdomen la rica cachemira que cubría el lecho, y sentado sobre esta eminencia, el gato favorito de Su Majestad contemplaba gravemente la agonía del gran Bertoldo I, murmurando algunas sentencias de Plutarco en su libro "De sera numinis vindicta".

Examinó el médico detenidamente el pulso del monarca y ejecutó sobre él extraños signos; clavóle luego en la cabeza una fuerte zanca, sin que el paciente diese muestras de vida.

—Su Majestad tiene la cabeza hueca —dijo el israelita.

Clavóle después la zanca en el corazón y el Rey no hizo el menor movimiento.

—Su Majestad tiene el corazón de corcho —añadió entonces el gran médico.

Pinchóle de nuevo ligeramente en la boca y Su Real Majestad dió un berrido más agudo que las últimas notas de una escala cromática. Crujieron los artesonados de ébano y oro del lecho; los guardias, espantados, chocaron entre sí sus armas; los heraldos cayeron boca abajo, gritando: "¡Sólo Alá es grande!"; el gato de su Majestad huyó con la cola erizada; los grandes del reino sintieron también erizarse en sus coronillas el jopito de pelo que las adornaba. Sólo el israelita permaneció impasible.

—Su Majestad ha trabajado mucho con el estómago —dijo.

—La sabiduría habla por tu boca —respondió el primer ministro.

Consultó entonces el médico un libro extraño, de vivísimos colores, en que se veían pintados los signos del Zodíaco. Trazó en él círculos misteriosos y caracteres indescifrables y declaró al fin que su Majestad moriría sin remedio, si antes de que llegase el plenilunio al cuarto creciente de la luna, no se había vestido la camisa de un hombre feliz.

Creyeron los palaciegos facilísimo el remedio y abandonaron las antecámaras del futuro Bertoldo II para volver a

las del presente Bertoldo I, en cuyas sienes veían de nuevo afirmarse la corona. Sintióse el mismo monarca más aliviado con esta esperanza y pudo merendar aquella tarde gazapitos y un pavo, con algunas otras chucherías; lo cual publicó en un suplemento la Gaceta de la Corte, que insertaba diariamente, como artículo de fondo, el menú de su Majestad.

Mientras tanto, el médico israelita se escurrió sin decir palabra y recitando versos del Talmud, tomó el camino del Sinaí, desde cuya cumbre pensaba divisar al Mesías que esperaba.

Convocó el gran visir aquella noche al Consejo de Estado, para determinar si la camisa se había de poner a Su Majestad sucia o limpia, bordada o lisa, con tirillas a la Valois o con cuello a lo Currito Cúchares. La discusión fué animada; alborotáronse los consejeros, dijéronse "Raca", y hubieran quizá llegado a las manos, si un consejero viejo, cuyo jopito encanecido acusaba su larga experiencia, no hubiese interrumpido el debate preguntando a los consejeros cuál de ellos era el hombre feliz que había de suministrar la camisa cuyas cualidades se discutían. Turbáronse todos a tal pregunta y unos en pos de otros abandonaron el salón, sin responder palabra, porque ninguno creía a su camisa capaz de producir tan maravillosos efectos. Mandó entonces el gran visir echar un pregón, ordenando a todos los hombres felices de la capital que se presentasen en palacio; mas ninguno acudió a la cita y la luna crecía poco a poco, como si quisiese contemplar en todo su esplendor la agonía del monarca.

Publicóse entonces el mismo bando en las ciudades, en las aldeas y hasta en el campo, pero todo fué en vano. Desesperado el visir, porque con la muerte del rey Bertoldo se le escapaba la privanza, salió en persona a buscar por todo el imperio el remedio indicado; pero en vano recorrió desde el mar Bermejo hasta el golfo de Persia, y llevó sus pesquisas hasta las escarpadas montañas de la Arabia desierta. El hombre

feliz no aparecía; ¡ninguno creía serlo en la nación que llevaba por nombre este hermoso título!

Ya de vuelta, sentóse el visir al pie de una palmera, rendido por el cansancio. Su camello daba resoplidos anunciando el simún del desierto; a lo lejos veíanse montes de arena que se movían y se levantaban como torbellinos de fuego. Asustado, el visir se refugió en una cueva que vió a lo lejos, cerca de un otero; allí encontró a un pastor anciano que le ofreció dátiles y un odre de agua.

—¿Qué buscas en esta soledad? —preguntó el magnate.

—Busco al hombre feliz que no he hallado en la Corte —replicó irónicamente éste.

—¡Alá es grande! —repuso con gravedad el viejo.— El leopardo del desierto gusta en su cueva lo que no tiene en su palacio el caudillo de los creyentes.

—¡Tú! —exclamó el visir, estupefacto.— ¿Tú eres feliz?

—¡Alá es grande! —repitió el viejo.

—Pero, ¿cómo eres feliz en esta cueva?

—Porque ni deseo otra, ni temo perder ésta.

—Pero, ¿dónde encuentras tu dicha? —preguntó el visir, que no comprendió la profunda respuesta del viejo.

—Dentro de mí mismo.

El visir, alborozado, arrojó a los pies del pastor un saco de monedas y le pidió su camisa.

El anciano abrió, sonriendo, el sayo de pieles que le cubría y... ¡oh sorpresa inesperada! ¡Oh desengaño cruel! ¡El hombre feliz no tenía camisa!

COLOMA: El padre Luis Coloma nació en España en 1851 y murió en 1917. A los veintitrés años ingresó en la compañía de Jesús, de la cual iba a ser una de las glorias más altas. Sus primeras obras aparecieron dos lustros más tarde, y la que hizo su nombre mundialmente famoso, "Pequeñeces", en 1891.

De "El Conde Lucanor",
Por el INFANTE DON JUAN MANUEL.
Español, 1282-1349.
(Adaptado para los niños por Ramón María Tenreiro)

EL BUEN HOMBRE Y SU HIJO

—Señor Conde Lucanor —dijo una vez Patronio—, un buen hombre labrador tenía un hijo mozo y de muy claro entendimiento, a quien el padre, fatigado por los achaques de la ancianidad, deseaba traspasar el gobierno de su casa. Pero no osaba hacerlo, porque el mozo, que desconfiaba grandemente de sus propias iniciativas, dejábase gobernar, sin embargo, por el consejo del último con quien tropezara; y siendo tan diversos los pareceres como lo son los hombres, creía con razón el padre, que, regida del mozo, todo había de ser hacer y deshacer en su hacienda: los viñedos serían destinados a labradío, cuando alguien lo aconsejara; los prados trocaríanse en monte y en huerta los olivares.

Queriendo que el mozo aprendiera a guiarse por su propia idea y no fuera juguete de ajenas opiniones, cierto día de mercado en la próxima villa el buen hombre determinó de ir allá con su hijo a pretexto de adquirir varias cosas que le faltaban.

Pusiéronse en camino, llevando por delante un borriquillo en que cargar lo comprado. De allí a poco se cruzaron con un grupo de labradores que regresaban ya de la villa. Saludáronse con un "¡Santos y buenos días!", y así que hubieron pasado, díjole el buen hombre a su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los caminantes decían, entre risas y bromas:

—¡Buen par de tontos! Los dos a pie y el burro sin carga.

—¿Qué te parece? — preguntó el buen hombre.

—Que dicen verdad —respondió el mozo—; ya que el borrico no va cargado no hay razón para que vayamos a pie ambos.

—Pues móntate tú en él — ordenó el padre.

Siguieron así un buen trecho, hasta que se cruzaron con un nuevo grupo de viajeros. Saludáronse con el "¡Santos y buenos días!", y así que hubieron pasado, díjole el buen hombre a su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los pasajeros decían:

—¡Jamás se vió tal! El cansado anciano a pie y el mozo fuerte a caballo.

—¿Qué te parece? — preguntó el buen hombre.

—Que llevan razón —respondió el mozo—, pues los trabajos más duros son para las fuerzas nuevas que para las quebrantadas por los años.

—Pues apéate tú, que iré yo en el asno.

Hiciéronlo así, y de aquel modo fueron camino adelante, hasta que se encontraron con un nuevo grupo de aldeanos. Saludáronse con el "¡Santos y buenos días!", y así que hubieron pasado díjole el buen hombre a su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los labriegos decían:

—¿Habéis visto? El tierno mozuelo a pie y el hombre robusto, hecho a todas las fatigas del mundo, a caballo.

—¿Qué te parece? — preguntó el buen hombre.

—Que no van descaminados — respondió el mozo—, pues quien más ha vivido, más acostumbrado está a toda especie de privaciones y trabajos.

—Pues monta detrás de mí, a la zaga.

Hízolo el hijo, y siguieron así un buen espacio, hasta que tropezaron con un nuevo grupo de campesinos. Saludáronse

con el "¡Santos y buenos días!", y así que hubieron pasado díjole el buen hombre a su hijo:

—Detengámonos un momento y oigamos lo que van diciendo.

Los rústicos decían:

—¡Buen par de zánganos! Reventarán al borriquillo antes de acabar la jornada.

—¿Qué te parece? — preguntó el buen hombre.

—Que no yerran —respondió el mozo—, pues tan débil es el asno que con nosotros dos sobre los lomos apenas puede dar un paso.

Paró entonces el buen hombre a la cabalgadura, volvió el rostro atrás, y encarándose con el mancebo le dijo:

—Pues tú me dirás quién está en lo cierto y con qué consejo te quedas. Que de casa salimos los dos a pie y no faltó quien nos censurara por llevar al burro sin jinete; montaste luego tú y hubo quien no fué conforme con que cabalgara el mozo mientras caminaba el viejo; otro halló mal lo contrario, cuando ocupé yo la albarda del asno, y por último, desagradó a otro que los dos nos acomodáramos en las espaldas de la bestia, y estas opiniones las fuiste tomando por tuyas. ¿Qué podremos hacer a gusto de todos? Por tanto, hijo, hagamos el bien según nuestra conciencia y despreciemos las hablillas de la gente. Así, por parecerme lo justo, iré yo montado y tú me arrearás la cabalgadura. ¡Con que vámonos ya! ¡Arre, burro!

"EL CONDE LUCANOR": "El libro de los enxiemplos o El Conde Lucanor", fué escrito por el infante don Juan Manuel, guerrero y político, sobrino del rey Alfonso el Sabio (1282-1349?). Es un modelo de prosa clara, llana y sobria, por ello se la considera la obra maestra de la prosa castellana del siglo XIV. De sus cuatro partes, la más interesante es la primera. Al través de cuarenta y nueve ejemplos, el conde Lucanor expone sus dificultades y sus dudas a su maestro Patronio quien, por medio de sabrosos cuentecillos, trata de ofrecerle la acertada solución de cada caso.

De "El Conde Lucanor",
Por el INFANTE DON JUAN MANUEL.
Español, 1282-1349.
(Adaptado para los niños por Ramón María Tenreiro)

EL PAÑO MARAVILLOSO

Tres burladores vinieron a un Rey y le dijeron que eran muy grandes maestros en el arte de hacer paños de tan maravillosa calidad, que para todos eran visibles menos para quien fuera hijo de padres ladrones.

Agradóle mucho al Rey la noticia, porque pensó, que poseyendo uno de tales paños, podría saber cuál familia de sus caballeros y servidores venía de padres honrados y cuál de ladrones, y pidió a los burladores que le hicieran una pieza de aquel maravilloso tejido.

Los burladores, antes de tejerlo, pidieron al Rey grandes cantidades de hilillo de oro y plata y madejas de lana y seda de todos los colores, y para que viera no lo querían engañar, le propusieron que los tuviera encerrados, con sus telares, en uno de sus palacios, por todo el tiempo que durara el trabajo.

Hízose como ellos lo proponían: los condujeron con todos sus instrumentos a una casa de campo del Rey; instaláronlos en una casa donde nadie pudiera verlos, y tres veces cada día, de la propia mesa real se les servían vinos y manjares en gran abundancia. El palacio entero retumbaba con el ruido de los telares durante todo el día.

Al cabo de medio mes de incesante labor, los burladores mandaron a decir al Rey que les enviara más oro, plata, lanas y sedas, pues ya era consumido lo que les había dado.

El Rey, antes de entregarles mayor cantidad de tan pre-

ciosas substancias, mandó a la casa de campo a uno de sus cortesanos para que viera si iba adelantado el trabajo.

Los burladores recibieron muy bien al cortesano, y antes de llevarlo donde estaban los telares, le explicaron la maravillosa condición del paño que sólo podía ser visto de quien fuera hijo de padres honrados. Acercáronlo después a un telar, ante el cual se puso a hacer como si trabajara uno de los burladores, y el cortesano, con gran maravilla, vió como la lanzadera, en medio del estrépito de todo el artefacto, iba y venía de uno a otro lado, entre una invisible urdimbre, sin que se viera su labor de trama.

Palideció el cortesano, sospechando si sería hijo de padres ladrones cuando nada veía de lo que aquel hombre ejecutaba; mas por no dejar conocer su turbación, púsose a alabar el primor con que el tejido iba realizado. Entonces, los burladores, llevándolo por el otro lado del telar, fingieron mostrarle lo que ya tenían hecho del paño. Levantaban sus manos en el aire, como si sostuvieran una larga tela entre ellas, e iban describiendo los grandes lirios de plata, que debían haber tejido sobre el dorado fondo del paño y la fresca guirnalda de rosas, que, según ellos, corría por todo el borde. El cortesano, cuanto menos veía, más redoblaba sus signos de admiración —¡Qué rosas! ¡Qué lirios! ¡Qué entonación! ¡Qué dibujo!— no fueran a sospechar los maestros tejedores la mancha de su origen. No bien llegado al palacio, díjole al Rey que había visto el paño, y entre grandes muestras de admiración repitió la pintura que de las labores tejidas en él le habían hecho los burladores.

Los cuales siguieron comiendo y bebiendo a cuenta del Rey, en su salón del palacio de campo, en el cual resonaba todo el día el diligente estruendo de los telares. Y un mes después, fingiendo haber agotado los materiales de su trabajo, para terminar su obra pidieron otra vez al Rey nuevas cantidades de oro, sedas y plata, amén de perlas y esmeraldas que prender sobre las flores del paño.

En propia persona, quiso entonces el Rey ir a ver el maravilloso trabajo. No bien hubo llegado a las puertas del palacio, los burladores interrumpieron la batahola de los telares y fueron a postrarse a los piés del Rey, pidiéndole las manos para besarlas. Después, con ademanes de profundísimo respeto, condujeron al Rey ante los telares, y mientras uno de ellos hacía marchar el estrepitoso artefacto, los otros rogaban al Rey que reparara en lo numerosos que eran los cientos de hebras de la urdimbre y con qué perfección realiza la lanzadera su trabajo. El Rey miraba y miraba, lleno de asombro y temor, y nada veía sino el tejemaneje de un lanzadera sin hilo entre los desnudos bastidores del telar. Una cruelísima sospecha relampagueaba en su ánimo: —¡Cielos! Seré yo hijo de un ladron! y a punto estuvo de caer desmayado. Rehízose como pudo, y atendió a las explicaciones de los maestros, quienes hicieron primero como si desarrollaran una larga tira de paño, y como si la sostuvieran en alto, cogida por ambos bordes, con mucho cuidado para que el precioso tejido no se rozara contra el suelo, al tiempo que iban explicando al Rey las labores del paño: los lirios de plata sobre el dorado fondo, la doble cenefa de rosas de varios colores, el escudo de armas reales labrado en el centro de la prodigioso pieza. Y el Rey, convencido ya de la escasa honradez de sus padres, atento a disimularla, fingió lo mejor que supo ver ante sí cuanto anunciaba la lengua de los burladores.

Llegado a su palacio, pasóse toda la noche sin poder dormir, en la desesperación y la vergüenza de sentir que había sido un ladrón el Rey su padre.

Por la mañana, con la esperanza remota de que le hubieran engañado los tejedores y poder restaurar en su interior la buena fama de su padre, mandó a su primer ministro a que viera el paño maravilloso, y aquél regresó del palacio campestre, entonando grandes alabanzas de la obra, y pintando uno por uno sus lirios y guirnaldas.

No conforme aún el Rey, envió allá al Ministro de la Guerra, y al Obispo, y al principal de sus médicos, y al jefe de las cocinas y todos regresaron deshaciéndose en exclamaciones de asombro, al referir la hermosura del paño. Nunca cosa tal se había visto, según testimonio de todos, y el Rey no conseguía ver nada.

Convencido ya de los latrocinios paternos, puso todo su empeño el Monarca en que nadie llegara a sospechar que no veía el paño, no fuera a divulgarse el vergonzoso hecho, y sus súbditos lo derribaran del trono, no queriendo ser regidos por un hijo de ladrones. Por ello, el día en que los burladores fingieron traer con toda solemnidad el paño, envuelto en finísimos lienzos, e hicieron como si lo desenvolvieran en el salón del trono, en medio de las exclamaciones entusiastas de los cortesanos, el Rey ordenó que de aquel precioso paño le hicieran, con toda urgencia, un traje, para lucirlo en la fiesta del santo patrón del reino, que se celebraba de allí a dos días.

Los propios burladores se encargaron de la hechura: tomáronle medidas al Rey, con grandes tijeras fingieron cortar el invisible paño, y después dieron a entender que cosían los varios trozos formando las diversas piezas del precioso traje.

Llegada la mañana de la fiesta, ellos mismos fueron a ataviar al Monarca. Hicieron como si le pusieran y ajustaran la maravillosa vestimenta, y el Rey, echando mano de todo su valor, pues él se veía en camisa y con las piernas al aire, con la cabeza erguida y nobles ademanes de majestad, atravesó entre las filas de los maravillados cortesanos, que a gritos alababan la preciosidad del traje; bajo la escalinata de mármol del palacio, y en el patio, montó en un soberbio caballo blanco, para dirigirse a la Misa solemne que en la catedral se celebraba.

Todo el pueblo sabía ya la maravillosa cualidad del presunto traje —pues buen cuidado habían tenido de divulgarla los autores del paño— y no hubo nadie que, a pesar de ver al Monarca en camisa, muy tieso y grave sobre la silla del caballo, dejara de ponderar la maravilla del vestido.

Así llegó el Rey a la catedral, donde echó pie a tierra y fué solemnemente recibido por el Obispo y cabildo, quienes bajo palio se disponían a conducirlo hasta el altar mayor, cuando un sacristán, por más señas, borracho, metiéndose en medio de los dignatarios de la iglesia, dijo a grandes voces:

—A mí no me importa ser tenido por hijo de ladrón, que ni yo ni nadie sabemos quién fué mi padre, y por eso digo que estoy cierto de que el Rey ha venido en camisa a la catedral.

Y cuando esto hubo dicho, un pilluelo que lo oyó, clamó entre grandes risotadas:

—Sí, sí, verdad es: El Rey está en camisa.

Y así, primero entre el pueblo que llenaba la plaza de la catedral, a lo último entre los señores y clero que rodeaban al soberano, se vino a reconocer, en alta voz, por todo el mundo, que el Rey había ido en camisa a la catedral.

Montó en gran cólera el Monarca y ordenó que buscaran a los burladores que en tan ridículo paso lo habían puesto, para hacer terrible escarmiento en ellos. Pero los burladores estaban ya a buen salvo, a todo correr de sus caballos, llevándose consigo cuanto oro, plata, sedas y piedras preciosas les había dado el Rey para tejer el paño maravilloso.

De "El Conde Lucanor",
Por el INFANTE DON JUAN MANUEL.
Español, 1282-1349.
(Adaptado para los niños por Ramón María Tenreiro)

LOS TRES HIJOS DEL REY MORO

Un rey moro tenía tres hijos y no sabía a cuál de ellos nombrar para sucederle en el trono. El padre era ya viejo y los nobles le suplicaban que señalara heredero, no fuera a perder la vida inesperadamente y los tres príncipes se disputaran la corona, turbando la paz del reino. Pero el Rey, después de haber meditado mucho tiempo, díjoles un día a los nobles que en el término de un mes conocerían a cuál de sus tres hijos habían de honrar como a su futuro señor.

Los príncipes se habían criado lejos de la capital en un magnífico palacio rodeado de inmensos bosques y jardines en los cuales los regios infantes jugaban el día entero, al cuidado de sus maestros y rodeados de otros muchos niños. Pero nunca habían salido fuera de los muros de la finca ni habían visto nada del mundo.

Una tarde, a los diez días de haber hablado con los nobles, presentóse el Rey en el alcázar de sus hijos para pasar allí la noche, lo que solía hacer frecuentemente. Antes de acostarse llamó al mayor de los infantes y le dijo que al día siguiente muy temprano habían de salir juntos a caballo y que cuidara él de despertarlo.

El infante se quedó dormido por la mañana y fué menester que el Rey le enviara a uno de sus camareros para hacerlo levantar de la cama.

Así que el infante estuvo en pie, entró en la alcoba del Rey, quien le dijo que se quería vestir y que fuera y le mandara al camarero que le llevara la ropa.

Fué el infante y le mandó al camarero que le llevara la ropa.

—¿Qué ropa quiere el Rey? — preguntó el camarero.

Volvió el infante y le preguntó al Rey, qué ropa quería.

—Quiero la aljuba — díjole el Rey.

—Quiere la aljuba — le dijo el infante al camarero.

—¿Qué aljuba quiere el Rey? — preguntó de nuevo el camarero.

Volvió otra vez el infante y le preguntó al Rey qué aljuba quería.

—La verde bordada con rosas — respondió el Rey.

—La verde bordada con rosas — le dijo el infante al camarero.

Y así, con estas idas y venidas para cada cosa, llegaron a estar reunidas todas las prendas de vestir del Rey y procedieron a vestirlo los camareros.

Cuando estuvo vestido, díjole el Rey al infante:

—Vé y dile al caballerizo que ensille el caballo.

El infante fué y le dijo al caballerizo que ensillara el caballo.

—¿Cuál caballo? — preguntó el caballerizo.

—¿Cuál caballo? — preguntó el infante volviendo adonde tomaba el Rey chocolate.

—El caballo negro — dijo el Rey.

Volvió a salir el infante y le dijo al caballerizo:

—El caballo negro.

—¿Qué silla le pongo? — preguntó el caballerizo.

—¿Qué silla le pone? — preguntó el infante al llegar donde estaba el Rey.

—La de cuero tunecino — dijo el Rey.

—La de cuero tunecino — díjole el infante al caballerizo.

Hubo de volver aún a preguntar por el freno, por la espada, por las espuelas y por la escolta.

Cuando todo estuvo preparado, díjole el Rey al infante que no podía salir aquel día, que fuera él a la ciudad y se fijara mucho en todo lo que viera para contárselo cuando regresara.

El infante montó a caballo y fué para la ciudad seguido de un brillante acompañamiento en el que iban todos los ricos hombres del reino y sus herederos, con muchos pendones y estandartes, al son de clarines y timbales.

Fuése el Rey para la ciudad y al cabo de otros diez días volvió a pasar la noche en el palacio de sus hijos. Antes de acostarse, llamó al mediano de los príncipes y le dijo que al día siguiente muy temprano habían de salir juntos a caballo y que cuidara él de despertarlo.

Con él ocurrió todo, punto más, punto menos, como con el hermano mayor, y el Rey, después de haberlo probado, se volvió para la ciudad, de la cual regresó al alcázar de sus hijos pasados otros diez días. Antes de acostarse, dijo al infante más joven el encargo que había dado a sus otros dos hijos, y el infante madrugó tanto, que cuando despertó el Rey lo encontró a los piés de la cama velando su sueño.

Así que lo vió despierto, fué a postrarse a los piés del Rey y le pidió su mano para besarla. El Rey le dijo que mandara al camarero que le llevara la ropa para vestirlo.

El infante le preguntó detalladamente qué ropa quería ponerse, desde la camisa al capellar, y del turbante a las babuchas; fué, lo trajo todo, y no consintió que camarero alguno vistiera al Rey, sino que él mismo lo hizo, diciendo que se tenía por muy dichoso con prestar a su padre cuantos servicios dependieran de sus manos.

Cuando el Rey estuvo vestido y calzado, mandó al infante que le hiciera ensillar el caballo. Antes de irse, el infante se informó muy por lo menudo de en qué caballo quería cabalgar con qué silla y arneses y qué caballeros quería llevar en su compañía. En un instante fué todo dispuesto.

A punto de montar en los caballos dijo el Rey que no le era posible salir aquel día, que se fuera él a la ciudad y reparara bien en cuanto viera para referírselo a su regreso.

Partió el infante, con la misma escolta lucidísima que habían llevado sus hermanos, y llegado a la ciudad, hizo que le enseñaran las calles, el alcázar, la torre donde tenía el Rey sus tesoros, las mezquitas, los palacios en que habitaba la nobleza y las casas del pueblo. Después recorrió las murallas de la ciudad y fué considerando muy atentamente fortalezas, fosos, puertas y puentes. Por último, hizo salir al campo de ejercicios un regimiento de soldados y les mandó ejecutar cuantas evoluciones y ejercicios supieran. Ya de noche llegó de vuelta al palacio donde vivía con sus hermanos.

El Rey lo esperaba lleno de ansiedad, y no bien hubo llegado el infante retiróse con él a una apartada cámara y fué interrogándole muy despacio sobre cuanto había visto, de lo que el mancebo daba cuenta con mucha inteligencia. Terminadas las preguntas, díjole el padre:

—Bueno, pues díme ahora qué juicio has formado de todo eso.

—Bien lo diría —respondió el infante— si no fuera que el respeto me amarra la lengua.

El Rey le mandó hablar, y como el infante se resistiera, acabó por amenazarle con arrojarlo en la más tenebrosa mazmorra si no le descubría su pensamiento.

—Pues ya que os empeñáis en saberlo —dijo el infante— os diré que me parece no debéis ser tan buen Rey como anuncia la fama.

—¿Cómo es eso? — díjole el padre.

—Porque si lo fuerais, con los tesoros y hombres que poseéis, habriáis conquistado el mundo entero.

Gozóse el padre muy de corazón de que el animoso infante así lo demostrara, y a la otra mañana, juntó en el palacio a sus nobles y presentándoles al más joven de sus hijos, les dijo:

—Ved aquí a mi heredero.

BENITO LYNCH.
Argentino, 1889.

EL POTRILLO ROANO

I

Cansado de jugar a "El tigre", un juego de su exclusiva invención y que consiste en perseguir por las copas de los árboles a su hermano Leo, que se defiende bravamente usando los higos verdes a guisa de proyectiles, Mario se ha salido al portón del fondo de la quinta y allí, bajo el sol meridiano y apoyado en uno de los viejos pilares, mira la calle, esperando pacientemente que el otro, encaramado aún en la rama más alta de una higuera, y deseoso de continuar la lucha, se canse a su vez de gritarle: "¡Zanahoria!" y "¡Mulita!", cuando un espectáculo inesperado le llena de agradable sorpresa.

Volviendo la esquina de la quinta, un hombre, jinete en una yegua panzona, a la que sigue un potrillito, acaba de enfilar la calle y se acerca despacio.

—¡Oya...!

Y Mario, con los ojos muy abiertos y la cara muy encendida, se pone al borde de la vereda para contemplar mejor el desfile.

¡Un potrillo!... ¡Habría que saber lo que significa para Mario, a la sazón, un potrillo, llegar a tener un potrillo suyo, es decir, un caballo proporcionado a su tamaño!...

Es su "chifladura", su pasión, su eterno sueño... Pero, desgraciadamente —y bien lo sabe, por experiencia— sus padres no quieren animales en la quinta, porque se comen las plantas y descortezan los troncos de los árboles.

Allá en "La Estancia", todo lo que quieran... —es decir, un petiso mañero, bichoco y cabezón— pero allí, en la quinta, ¡nada de "bichos"!

Por eso Mario va a conformarse, como otras veces, contemplando platónicamente el paso de la pequeña maravilla, cuando se produce un hecho extraordinario.

En el instante mismo en que le enfrenta, sin dejar de trotar y casi sin volver el rostro, el hombre aquél que monta la yegua y que es un mocetón de cara adusta y boina colorada, suelta a Mario esta proposición estupenda:

—¡Ché, chiquilín!... ¡Si querés el potrillo ése, te lo doy!... ¡Lo llevo al campo a matarlo!...

Mario siente al oírle, que el suelo se estremece bajo sus pies, que sus ojos se nublan, que toda la sangre afluye a su cerebro; pero ¡ay!... conoce tan a fondo las leyes de la casa, que no vacila ni un segundo, y rojo como un tomate deniega avergonzado:

—¡No!... ¡gracias!... ¡no!...

El mocetón se alza ligeramente de hombros y sin agregar palabra sigue de largo, bajo el sol que inunda la calle y llevándose en pos del tranco cansino de su yegua a aquel prodigio de potrillo roano, que trota airosamente sobre los terrones de barro reseco y que, con su colita esponjada y rubia, hace por espantarse las moscas como si fuera un caballo grande...

—¡Mamá!...

Y desbocado como un potro, bajo el acicate de una reacción repentina y sin tiempo para decir nada a su hermano, que ajeno de todo y siempre en lo alto de su higuera aprovecha su fugaz pasaje para dispararle unos cuantos higos, Mario se presenta bajo el emparrado, llevándose las cosas por delante:

—¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!

La madre, que cose en un sillón a la sombra de los pámpanos, se alza con sobresalto:

—¡Virgen del Carmen! ¿Qué, m'hijo, qué te pasa?

—¡Nada, mamá, nada... que un hombre!...

—¿Qué, m'hijo, qué?

—¡Que un hombre que llevaba un potrillito precioso me lo ha querido dar!...

—¡Vaya, qué susto me has dado! — Sonríe la madre entonces, pero él, excitado, prosigue sin oirla:

—¡Un potrillo precioso mamá, un potrillito roano, así, chiquito... y el hombre lo iba a matar, mamá!...

Y aquí ocurre otra cosa estupenda, porque contra toda previsión y toda lógica, Mario oye a la madre que le dice con un tono de sincera pena:

—¿Sí?... ¡Caramba!... ¿Por qué no se lo aceptastes? ¡Tonto! ¡Mire ahora que nos vamos a "La Estancia"!...

Ante aquel comentario tan insólito, tan injustificado y tan sorprendente, el niño abre una boca de un palmo, pero está "tan loco de potrillo", que no se detiene a inquirir nada y con un: "¡Yo lo llamo entonces!"... vibrante y agudo como un relincho, echa a correr hacia la puerta.

—¡Cuidado, hijito! — grita la madre.

¡Qué cuidado!... Mario corre tan veloz, que su hermano a la pasada no alcanza a dispararle ni un higo...

Al salir a la calle, el resplandor del sol le deslumbra. ¡Ni potrillo, ni yegua, ni hombre alguno por ninguna parte!... Mas bien pronto, sus ojos ansiosos descubren allá, a lo lejos, la boina encarnada bailoteando al compás del trote entre una nube de polvo.

Y en vano los caballones de barro seco le hacen tropezar y caer varias veces, en vano la emoción trata de estrangularle, en vano le salen al encuentro los cuzcos odiosos de la lavandera; nada ni nadie puede detener a Mario en su carrera.

Antes de dos cuadras ya ha puesto su voz al alcance de los oídos de aquel árbitro supremo de su felicidad, que va trotando mohino sobre su humilde yegua barrigona.

—¡Pst!, ¡pst!... ¡Hombre!, ¡Hombre!...

El mocetón, al oirle detiene su cabalgadura y aguarda a Mario, contrayendo mucho las cejas:

—¿Qué querés, ché?

—¡El potrillo!... ¡Quiero el potrillo! — exhala Mario entonces sofocado y a la vez que tiende sus dos brazos hacia el animal, como si pensara recibirlo en ellos, a la manera de un paquete de almacén.

El hombre hace una mueca ambigua:

—Bueno —dice— agarrálo, entonces... Y agrega en seguida, mirándole las manos:

—¿Trajiste con qué?

Mario torna a ponerse rojo una vez más.

—No... yo no...

Y mira embarazado en torno suyo, como si esperase que pudiera haber por allí, cabestros escondidos entre los yuyos...

—¡Cha qué habías sido salame!...

Y el hombre, desmontando, va entonces a descolgar un trozo de alambre que por casualidad pende del cerco de cina-cina, mientras el niño le aguarda conmovido, pero sin remordimiento alguno, ya que si un gran rey llegó a ofrecer su reino por un caballo, bien puede Mario, sin desmedro, trocar un salame por un potrillo...

II

¡Tan sólo Mario sabe lo que significa para él ese potrillo roano que destroza las plantas, que muerde, que cocea, que se niega a caminar cuando se le antoja; que cierta vez le arrancó de un mordisco un mechón de la cabellera creyendo sin duda

que era pasto; pero que come azúcar en su mano y relincha en cuanto le descubre a la distancia!...

Es su amor, su preocupación, su norte, su luz espiritual... Tanto es así, que sus padres se han acostumbrado a usar del potrillo aquel, como de un instrumento para domeñar y encarrilar al chicuelo:

—Si no estudias, no saldrás esta tarde en el potrillo... Si te portas mal te quitaremos el potrillo... Si haces eso o si dejas de hacer aquello...

¡Siempre el potrillo alzándose contra las rebeliones de Mario, como extravagante lábaro de una legión invencible en medio de la batalla!...

La amenaza puede tanto en su ánimo que, de inmediato, envaina sus arrogancias como un peleador cualquiera envaina su cuchillo a la llegada del comisario... ¡Y es que es también un encanto aquel potrillo roano, tan manso, tan cariñoso y tan mañero!...

El domador de "La Estancia" —hábil trenzador— le ha dado un bozalito que es una maravilla, un verdadero y primoroso encaje de tientos rubios, y poco a poco, los demás peones, ya por cariño a Mario o por emulación del otro, han ido confeccionando todas las demás prendas hasta completar un aperito que provoca la admiración de "todo el mundo".

¡Qué riendas, qué cabestro, qué rebenque, qué cojinillos, qué bastos, qué carona!... La encimerita no tiene un palmo de largo, y la cincha blanca con argollas de bronce, ostenta las iniciales de Mario bordadas en fino tiento...

¡Hay qué ver al potrillo roano ensillado, "rienda arriba", en medio del patio, con bocado "de media", el lazo en el anca, la crin tusada de "medio arco" y con tres "claveles"!...

Para Mario es el mejor de todos los potrillos y la más hermosa promesa de parejero que haya florecido en el mundo; y es tan firme su convicción a este respecto que las burlas de

su hermano Leo, que da en apodar al potrillo roano "burrito" y otras lindezas por el estilo, le hacen el efecto de verdaderas blasfemias.

En cambio, cuando el capataz de "La Estancia" dice, después de mirar al potrillo por entre sus párpados entornados:

—Pa mi gusto va a ser un animal de mucha presencia éste... — a Mario le resulta el capataz el hombre más simpático y el más inteligente...

III

El padre de Mario quiere hacer un jardín en el patio de "La Estancia", y como resulta que el "potrillo odioso" —que así le llaman ahora algunos, entre ellos la mamá del niño, tal vez porque le pisó unos pollitos recién nacidos— parece empeñado en oponerse al propósito, a juzgar por la decisión con que ataca las tiernas plantitas cada vez que se queda suelto, se ha recomendado a Mario, desde un principio, que no deje de atarlo por las noches; pero, resulta también que Mario se olvida, y se ha olvidado ya tantas veces que, al fin, una mañana, su padre, exasperado, le dice levantando mucho el índice y marcando con él el compás de sus palabras:

—El primer día que el potrillo vuelva a destrozar alguna planta, ese mismo día se lo echo al campo...

¡Ah, ah!... "¡Al campo!" "¡Echar al campo!..." ¿Sabe el padre de Mario, por ventura, lo que significa para el niño eso de "echar al campo"?

...Sería necesario tener ocho años como él, pensar como él piensa y querer como él quiere a su potrillo roano, para apreciar toda la enormidad de la amenaza...

"¡El campo!... ¡Echar al campo!..." El campo es para Mario algo proceloso, infinito, abismal; y echar al potrillo

allí, tan atroz e inhumano como arrojar al mar a un recién nacido...

No es de extrañar, pues, que no haya vuelto a descuidarse y que toda una larga semana haya trascurrido, sin que el potrillo roano infiera la más leve ofensa a la más insignificante florecilla...

IV

Despunta una radiosa mañana de febrero y Mario, acostado de través en la cama y con los piés sobre el muro, está "confiando" a su hermano Leo algunos de sus proyectos sobre el porvenir luminoso de su potrillo roano, cuando su mamá se presenta inesperadamente en la alcoba:

—¡Ahí tienes! —dice muy agitada—. ¡Ahí tienes!... ¿Has visto tu potrillo?...

Mario se pone rojo y después pálido.

—¿Qué? ¿El qué, mamá?...

—¡Quí ahí anda otra vez tu potrillo en el patio y ha destrozado una porción de cosas!...

A Mario le parece que el universo se le cae encima.

—Pero... ¿cómo? —atina a decir—. Pero, ¿cómo?...

—¡Ah, no sé cómo —replica entonces la madre— pero no dirás que no te lo había prevenido hasta el cansancio!... Ahora tu padre...

—¡Pero si yo lo até!... ¡Pero si yo lo até!...

Y mientras con manos trémulas se viste a escape, Mario ve todas las cosas turbias, como si la pieza aquella se estuviera llenando de humo...

...Un verdadero desastre. Jamás el potrillo se atrevió a tanto. No solamente ha pisoteado esta vez el césped de los

canteros y derribado con el anca cierto parasol de cañas, por el cual una enredadera comenzaba a trepar con gran donaire, sino que ha llevado su travesura hasta arrancar de raíz, escarbando con el vaso, varias matas de claveles raros que había por allí, dispuestas en elegante losange...

—¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho, "Nene!..."

Y como en un sueño, y casi sin saber lo que hace, Mario, arrodillado sobre la húmeda tierra, se pone a replantar febrilmente los claveles, mientras "el nene", "el miserable", se queda allí, inmóvil, con la cabeza baja, la hociquera del bozal zafada y un "no se sabe qué" de cínica despreocupación en toda "su persona"...

V

...Como sonámbulo, como si pisase sobre un mullido colchón de lana, Mario camina con el potrillo del cabestro por medio de la ancha avenida en pendiente y bordeada de altísimos álamos, que termina allá, en la tranquera de palos blanquizcos que se abre sobre la inmensidad desolada del campo bruto...

¡Cómo martilla la sangre en el cerebro del niño, cómo ve las cosas semiborradas a través de una niebla y cómo resuena aún en sus oídos, la tremenda conminación de su padre!...

—¡Agarre ese potrillo y échelo al campo!...

Mario no llora porque no puede llorar, porque tiene la garganta oprimida por una garra de acero, pero camina como un autómata. Camina de un modo tan raro, que sólo la madre advierte desde el patio...

Y es que para Mario del otro lado de los palos de aquella tranquera está la conclusión de todo; está el vórtice en el cual dentro de algunos segundos se van a hundir fatalmente, detrás del potrillo roano, él y la existencia entera...

Cuando Mario llega a la mitad de su camino, la madre no puede más y gime, oprimiendo nerviosamente el brazo del padre que está a su lado:

—Bueno, Juan... ¡Bueno!...

—¡Vaya!... ¡llámelo!...

Pero, en el momento en que Leo se arranca velozmente, la madre lanza un grito agudo y el padre echa a correr desesperado.

Allá, junto a la tranquera, Mario, con su delantal de brin, acaba de desplomarse sobre el pasto, como un pájaro blanco alcanzado por el plomo...

...Algunos días después y cuando Mario puede sentarse, por fin, en la cama, sus padres, riendo, pero con los párpados enrojecidos y las caras pálidas por las largas vigilias, hacen entrar en la alcoba el potrillo roano, tirándole del cabestro y empujándolo por el anca...

LYNCH: Benito Lynch, nació en nuestro país en 1889. Es el maestro de la narrativa costumbrista argentina. Su vigoroso estilo, luminoso y colorido, directo y a la vez emotivo, traslada con fidelidad la vida de nuestro campo a las páginas de los libros. Todos sus cuentos y novelas revelan la presencia de un artista de excepción.

JOSE MARTÍ.
Cubano, 1853-1895.

BEBÉ Y EL SEÑOR DON POMPOSO

Bebé es un niño magnífico, de cinco años. Tiene el pelo muy rubio, que le cae en rizos por la espalda, como en la lámina de los Hijos del Rey Eduardo, que el pícaro Glócester hizo matar en la torre de Londres, para hacerse él rey. A Bebé lo visten como al duquesito Fauntleroy, el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres. Le ponen pantalocitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y medias de seda colorada, y zapatos bajos. Como lo quieren a él mucho, él quiere mucho a los demás. No es un santo, ¡oh, no! le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces, y se sentó una vez en visita con las piernas cruzadas, y rompió un día un jarrón muy hermoso, corriendo detrás de un gato. Pero en cuanto ve un niño descalzo le quiere dar todo lo que tiene: a su caballo le lleva azúcar todas las mañanas, y lo llama "caballito de mi alma"; con los criados viejos se está horas y horas, oyéndoles los cuentos de su tierra de Africa, de cuando ellos eran príncipes y reyes, y tenían muchas vacas y muchos elefantes: y cada vez que ve Bebé a su mamá, le echa el bracito por la cintura, o se le sienta al lado en la banqueta, a que le cuente cómo crecen las flores, y de dónde viene la luz al sol, y de qué está hecha la aguja con que cose, y si es verdad que la seda de su vestido la hacen unos gusanos y si los gusanos van fabricando la tierra, como dijo ayer en la sala aquel señor de espejuelos. Y

la madre le dice que sí, que hay unos gusanos que se fabrican unas casitas de seda, largas y redondas, que se llaman capullos; y que es hora de irse a dormir, como los gusanitos, que se meten en el capullo hasta que salen hechos mariposas.

Y entonces sí que está lindo Bebé, a la hora de acostarse, con sus mediecitas caídas, y su color de rosa, como los niños que se bañan mucho, y su camisola de dormir: lo mismo que los angelitos de las pinturas, un angelito sin alas. Abraza mucho a su madre, la abraza muy fuerte, con la cabecita baja, como si quisiera quedarse en su corazón. Y da brincos y vueltas de carnero, y salta en el colchón con los brazos levantados, para ver si alcanza a la mariposa azul que está pintada en el techo. Y se pone a nadar como en el baño; o a hacer como que cepilla la baranda de la cama, porque va a ser carpintero; o rueda por la cama hecho un carretel, con los rizos rubios revueltos con las medias coloradas. Pero esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá, para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comelón, que se murió solo y se comió un melón. Bebé cierra los ojos; pero no está dormido. Bebé está pensando.

* * *

La verdad es que Bebé tiene mucho en que pensar porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos, esa tos mala que a Bebé no le gusta oír; se le aguan los ojos a Bebé en cuanto oye toser a su mamá; y la abraza muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera sujetarla. Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raúl va con él a París, a ver con él al hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guiñol, donde

hablan los muñecos, y el policía se lleva al ladrón, y el hombre bueno le da un coscorrón al hombre malo. Raúl va con Bebé a París. Los dos juntos se van el sábado en el vapor grande, con tres chimeneas. Allí en el cuarto está Raúl con Bebé, el pobre Raúl, que no tiene el pelo rubio, ni va vestido de duquesito, ni lleva medias de seda colorada.

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá a ver a los ciegos, que leen con los dedos, en unos libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los periódicos, a ver como los niños pobres, que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después, y pagar su casa: han ido a un hotel elegante, con criados de casaca azul y pantalón amarillo, a ver a un señor muy flaco y muy estirado, el tío de mamá, el señor don Pomposo. Bebé está pensando en la visita del señor don Pomposo. Bebé está pensando.

Con los ojos cerrados, él piensa: él se acuerda de todo. ¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo! ¡Qué leontina tan grande y tan suelta, como la cuerda de saltar! ¡Qué pedrote tan feo como un pedazo de vidrio, el pedrote de la corbata! ¡Y a mamá no la dejaba mover, y le ponía un cojín detrás de la espalda, y le puso una banqueta en los pies, y le hablaba como dicen que le hablan a las reinas! Bebé se acuerda de lo que dice el criado viejito, que la gente le habla así a mamá porque mamá es muy rica, y que a mamá no le gusta eso porque mamá es buena.

Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita. En cuanto entró en el cuarto el señor don Pomposo le dió la mano, como se la dan los hombres a los papás; le puso el sombrerito en la cama, como si fuera una cosa santa, y le dió muchos besos, unos besos feos, que se le pegaban a la cara, como si fueran manchas. Y a Raúl, al pobre Raúl, ni lo saludó, ni le quitó el sombrero, ni le dió un beso. Raúl estaba metido en un sillón, con el sombrero en la mano, y con los ojos muy grandes. Y entonces se levantó don Pomposo del

sofá colorado: "Mira, mira, Bebé, lo que te tengo guardado; esto cuesta mucho dinero, Bebé: esto es para que quieras mucho a tu tío". Y se sacó del bolsillo un llavero como con treinta llaves, y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa, y le trajo a Bebé un sable dorado —¡oh qué sable! ¡oh qué gran sable!— y le abrochó por la cintura el cinturón de charol —¡oh qué cinturón tan lujoso!— y le dijo: "Anda, Bebé: mírate al espejo; ¡ese es un sable muy rico: eso no es más que para Bebé, para el niño!" Y Bebé, muy contento, volvió la cabeza a donde estaba Raúl, que lo miraba, miraba al sable, con los ojos más grande que nunca, y con la cara muy triste, como si se fuera a morir: —¡oh, qué sable tan feo, tan feo! ¡oh, qué tío tan malo!— En todo eso estaba pensando Bebé, Bebé estaba pensando.

El sable está allí, encima del tocador. Bebé levanta la cabeza poquito a poco, para que Luisa no lo oiga, y ve el puño brillante como si fuera de sol, porque la luz de la lámpara da toda en el puño. Así eran los sables de los generales el día de la procesión, lo mismo que el de él. El también, cuando sea grande, va a ser general, con un vestido de dril blanco, y un sombrero con plumas, y muchos soldados detrás, y él en un caballo morado, como el vestido que tenía el obispo. Él no ha visto nunca caballos morados, pero se lo mandarán a hacer. Y a Raúl ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raúl no tiene mamá que le compre vestidos de duquesito: Raúl no tiene tíos largos que le compren sables. Bebé levanta la cabecita poco a poco. Raúl está dormido: Luisa se a ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama va al tocador en la punta de los piés, levanta el sable despacio, para que no haga ruido... y ¿qué hace, qué hace Bebé? ¡va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raúl, y le pone el sable dorado en la almohada.

JOSE MARTI
Cubano, 1853-1895.

LOS DOS RUISEÑORES
(VERSIÓN LIBRE DE UN CUENTO DE ANDERSEN)

En China vive la gente en millones, como si fuera una familia que no acabase de crecer, y no se gobiernan por sí, como hacen los pueblos de hombres, sino que tienen de gobernante a un emperador, y creen que es hijo del cielo, porque nunca lo ven sino como si fuera el sol, con mucha luz por junto a él, y de oro el palanquín en que lo llevan, y los vestidos de oro. Pero los chinos están contentos con su emperador, que es un chino como ellos. ¡Lo triste es que el emperador venga de afuera, dicen los chinos, y nos coma nuestra comida, y nos mande matar porque queremos pensar y comer, y nos trate como a sus perros y como a sus lacayos! Y muy galán que era aquel emperador del cuento, que se metía de noche la barba larga en una bolsa de seda azul, para que no lo conocieran, y se iba por las casas de los chinos pobres, repartiendo sacos de arroz y pescado seco, y hablando con los viejos y los niños, y leyendo, en aquellos libros que empiezan por la última página, lo que Confucio dijo de los perezosos, que eran peor que el veneno de las culebras, y lo que dijo de los que aprenden de memoria sin preguntar por qué, que no son leones con alas de paloma, como debe el hombre ser, sino lechones flacos, con la cola de tirabuzón y las orejas caídas, que van donde el porquero les dice que vayan, comiendo y gruñendo. Y abrió escuelas de pintura, y de bordados, y de tallar la madera; y mandó poner vestidos, y daba fiestas donde se entraba sin pa-

gar, a oír las historias de las batallas y los cuentos hermosos de los poetas; y a los viejecitos los saludaba siempre como si fuesen padres suyos; y cuando los tártaros bravos entraron en China y quisieron mandar en la tierra, salió montado a caballo de su palacio de porcelana blanca y azul, y hasta que no echó al último tártaro de su tierra, no se bajó de la silla. Comía a caballo; bebía a caballo su vino de arroz; a caballo dormía. Y mandó por los pueblos unos pregoneros con trompetas muy largas, y detrás unos clérigos vestidos de blanco que iban diciendo así: "¡Cuando no hay libertad en la tierra, todo el mundo debe salir a buscarla a caballo!" Y por todo eso querían mucho los chinos a aquel emperador galán, aunque cuentan que eran muchas las golondrinas que dejaba sin nido, porque le gustaba mucho la sopa de nidos; y que una vez que otra se ponía a conversar con un frasco de vino de arroz; y lo encontraban tendido en la estera, con la barba revuelta en el suelo, y el vestido lleno de manchas. Esos días no salían las mujeres a la calle, y los hombres iban a su quehacer con la cabeza baja, como si les diera vergüenza ver el sol. Pero eso no sucedía muchas veces, sino cuando se ponía triste porque los hombres no se querían bien ni hablaban la verdad; lo de siempre era la alegría, la música, el baile, los versos, y el hablar de valor y de las estrellas; y así pasaba la vida del emperador, en su palacio de porcelana blanca y azul.

Hermosísimo era el palacio, y la porcelana hecha de la pasta molida del mejor polvo kaolín, que da una porcelana que parece luz, y suena como la música, y hace pensar en la aurora, y en cuanto empieza a caer la tarde. En los jardines había naranjos enanos, con más naranjas que hojas; y peceras con peces de amarillo carmín, con cinto de oro; y unos rosales con rosas rojas y negras, que tenían cada una su campanilla de plata, y daban a la vez música y olor. Y allá al fondo había un bosque muy grande y hermoso, que daba al mar azul, y en un árbol de los del bosque vivía un ruiseñor, que les cantaba a los pobres pescadores canciones tan lindas, que se

olvidaban de ir a pescar; y se les veía sonreír del gusto, o llorar de contento, y abrir los brazos, y tirar besos al aire, como si estuviesen locos. "¡Es mejor el vino de la canción que el vino de arroz!" decían los pescadores. Y las mujeres estaban contentas, porque cuando el ruiseñor cantaba, sus maridos y sus hijos no bebían tanto vino de arroz. Y se olvidaban del canto los pescadores cuando no lo oían; pero en cuanto lo volvían a oír, decían, abrazándose como hermanos: "¡Qué hermoso es el canto del ruiseñor!"

Venían de afuera muchos viajeros a ver el país; y luego escribían libros de muchas hojas, en que contaban la hermosura del palacio y el jardín, y lo de los naranjos, y lo de los peces, y lo de las rosas rojinegras; pero todos los libros decían que el ruiseñor era lo más maravilloso; y los poetas escribían versos al ruiseñor que vivía en un árbol del bosque, y cantaba a los pobres pescadores los cantos que les alegraban el corazón; hasta que el emperador vió los libros, y del contento que tenía le dió con el dedo tres vueltas a la punta de la barba, porque era mucho lo que celebraban su palacio y su jardín; pero cuando llegó a donde hablaban del ruiseñor: "¡Qué ruiseñor es éste —dijo.— que yo nunca he oído hablar de él? ¡Parece que en los libros se aprende algo! ¡Y esta gente de mi palacio de porcelana, que me dice todos los días que yo no tengo nada que aprender! ¡Venga ahora mismo el mandarín mayor!" Y vino, saludando hasta el suelo, el mandarín mayor, con su túnica de seda azul celeste, de florones de oro. "¡Puh! ¡puh!" contestaba el mandarín hinchando la cabeza, a todos los que le hablaban. Pero al emperador no le decía ni "¡puh!" ni "¡pih!" sino que se echaba a sus piés, con la frente en la estera, esperando, temblando, hasta que le decía "¡levántate!" el emperador.

—¡Levántate! ¿Qué pájaro es éste de que habla este libro, que dicen que es lo más hermoso de todo mi país?

—Nunca he oído hablar de él, nunca — dijo el mandarín,

arrodillándose en el aire, y con los brazos cruzados; — no ha sido presentado en palacio.

—¡Pues en palacio ha de estar esta noche! ¿Qué el mundo entero sabe mejor que yo lo que tengo en mi casa?

—Nunca he oído hablar de él, nunca — dijo el mandarín; dió tres vueltas redondas, con los brazos abiertos, se echó a los piés del emperador, con la frente en la estera, y salió de espaldas, con los brazos cruzados, y arrodillándose en el aire.

Y el mandarín empezó a preguntar a todo el palacio por el pájaro. Y el emperador mandaba a cada media hora a buscar al mandarín.

—Si esta noche no está aquí el pájaro, mandarín, sobre las cabezas de los mandarines he de pasear esta noche.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé! —salió diciendo el mandarín mayor, que iba dando vueltas, con los brazos abiertos, escaleras abajo. Y los mandarines todos se echaron a buscar al pájaro, para que no pase a la noche sobre sus cabezas el emperador. Hasta que fueron a la cocina del palacio, donde estaban guisando pescado en salsa dulce, e inflando bollos de maíz, y pintando letras coloradas en los pasteles de carne; y allí les dijo una cocinerita, de color de aceituna y de ojos de almendra, que ella conocía el pájaro muy bien, porque de noche iba por el camino del bosque a llevar las sobras de la mesa a su madre que vivía junto al mar, y cuando se cansaba al volver, debajo del árbol del ruiseñor descansaba, y era como si le conversasen las estrellas cuando cantaba el ruiseñor, y como si su madre le estuviera dando un beso.

—¡Oh, virgen china — le dijo el mandarín — ¡digna y piadosa virgen, en la cocina tendrás siempre empleo, y te concederé el priviliegio de ver comer al emperador si me llevas a donde el ruiseñor canta en el árbol, porque lo tengo que traer a palacio esta noche!

Y detrás de la cocinerita se pusieron a correr los mandarines, con las túnicas de seda cogidas por delante, y la cola del pelo bailándoles por la espalda; y se les iban cayendo los

sombreros picudos. Bramó una vaca, y dijo un mandarincito joven:

—¡Oh, qué robusta voz! ¡Qué pájaro magnífico!

—Es una vaca que brama —dijo la cocinerita.

Graznó una rana, y dijo el mandarincito:

—¡Oh, qué hermosa canción que suena con las campanillas!

—Es una rana que grazna — dijo la cocinerita. Y entonces rompió a cantar de veras el ruiseñor.

—¡Ese, ése es! — dijo la cocinerita, y les enseñó un pajarito, que cantaba en una rama.

—¡Ese! — dijo el mandarín mayor — nunca creí que fuera una persona tan diminuta y sencilla; ¡nunca lo creí! O será, mandarines amigos, ¡sí, debe ser! que al verse por primera vez frente a nosotros los mandarines, ha cambiado de color.

—¡Lindo ruiseñor! — decía la cocinerita — el emperador desea oírte cantar esta noche.

—Y yo quiero cantarle — contestó el ruiseñor, soltando al aire un ramillete de arpegios.

—¡Suena como las campanillas, como las campanillas de plata! — dijo el mandarincito.

—¡Lindo ruiseñor! a palacio tienes que venir, porque en palacio es donde está el emperador.

—A palacio iré, iré — cantó el ruiseñor, con un canto como un suspiro;— ¡pero mi canto suena mejor en los árboles del bosque!

El emperador mandó poner el palacio de lujo; y resplandecían con la luz de los faroles de seda y de papel los suelos y las paredes; las rosas roji-negras estaban en los corredores y los atrios, y resonaban sin cesar, entre el bullicio del gentío, las campanillas; en el centro mismo de la sala, donde se le veía más, estaba un paral de oro, para que el ruiseñor cantase en él; y a la cocinerita le dieron permiso para que se quedase en la puerta. La Corte estaba de etiqueta mayor, con siete túnicas y la cabeza acabada de rapar. Y el ruiseñor cantó

tan dulcemente que le corrían en hilo las lágrimas al emperador; y los mandarines, de veras, lloraban; y el emperador quiso que le pusieran al ruiseñor al cuello su chinela de oro; pero el ruiseñor metió el pico en la pluma del pecho, y dijo "gracias" en un trino tan rico y vigoroso, que el emperador no lo mandó matar porque no había querido colgarse la chinela. Y en su canto decía el ruiseñor: "No necesito la chinela de oro, ni el botón colorado, ni el birrete negro, porque ya tengo el premio más grande, que es hacer llorar a un emperador".

Aquella noche, en cuanto llegaron a sus casas, todas las damas tomaron sorbos de agua, y se pusieron a hacer gárgaras y gorgoritos, y ya se creían muy finos ruiseñores. Y la gente de establo y cocina decía que estaba bien, lo que es mucho decir, porque esa es gente que lo halla mal todo. Y el ruiseñor tenía su caja real, con permiso para volar dos veces al día, y una en la noche. Doce criados de túnica amarilla lo sujetaban cuando salía a volar por doce hilos de seda. En la ciudad no se hablaba más que del canto, y en cuanto uno decía "rui..." el otro decía "...señor". Y llamaban "ruiseñor" a los niños que nacían, pero ninguno cantó nunca una nota.

Un día recibió el emperador un paquete, que decía "El Ruiseñor" en la tapa, y creyó que era otro libro sobre el famoso pájaro; pero no era libro, sino un pájaro de metal que parecía vivo en su caja de oro, y por plumas tenía zafiros, diamantes y rubíes, y cantaba como el ruiseñor de verdad en cuanto le daban cuerda, moviendo la cola de oro y plata; llevaba al cuello una cinta con este letrero: "¡El ruiseñor del bosque del emperador de China es un aprendiz, junto al del emperador del Japón!"

—¡Hermoso pájaro es! — dijo la corte, y le pusieron el nombre de "gran pájaro internacional"; porque se usan estos nombres en China, pomposos y largos; pero cuando puso el emperador a cantar juntos al ruiseñor vivo y al artificial, no anduvo el canto bueno, porque el vivo cantaba como le nacía

del corazón, sincero y libre, y el artificial cantaba a compás, y no salía del valse.

—¡A mi gusto! ¡esto es a mi gusto! — decía el maestro de música; y cantó sólo el pájaro de las piedras, tan bien como el vivo. ¡Y luego, tan lleno de joyas que relumbraban, lo mismo que los brazaletes, los joyeles, y los broches! Treinta y tres veces seguidas cantó la misma tonada sin cansarse, y el maestro de música y la Corte entera lo hubieran oído con gusto una vez más, si no hubiese dicho el emperador que el vivo debía cantar algo. ¿El vivo? Lejos estaba, lejos de la Corte y del maestro de música. Los vió entretenidos, y se les escapó por la ventana.

—¡Oh, pájaro desagradecido! — dijo el mandarín mayor, y dió tres vueltas redondas, y se cruzó de brazos.

—Pero mejor mil veces es este pájaro artificial — decía el maestro de música; — porque con el pájaro vivo, nunca se sabe como va a ser el canto, y con éste, se está seguro de lo que va a ser; con éste todo está en orden, y se le puede explicar al pueblo las reglas de la música.

Y el emperador dió permiso para que el domingo sacase el maestro al pájaro a cantar delante del pueblo, que parecía muy contento, y alzaba el dedo y decía que sí con la cabeza; pero un pobre pescador dijo "que él había oído al ruiseñor del bosque, y que éste no era como aquél, porque faltaba algo de adentro, que él no sabía lo que era". El emperador mandó desterrar al ruiseñor vivo, y al otro de la caja se lo pusieron a la cabecera, en un cojín de seda, con muchos presentes de joyas y de argentería, y lo llamaban por título de Corte "cantor de alcoba y pájaro continental, que mueve la cola como el emperador se la manda mover". Y el maestro de música se sintió tan feliz que escribió un libro de veinticinco tomos sobre el ruiseñor artificial, con muchos esdrújulos y palabras de extraña sabiduría; y la Corte entera dijo que lo había leído y entendido, de miedo de que los tuviesen por

gente fofa y de poca educación, y que el emperador se pasease sobre sus cabezas.

Pasó un año, y emperador, corte y país conocían como cosa de sí mismos cada gorjeo, y vuelta del "pájaro continental"; y como que lo podían entender, lo declaraban magnífico ruiseñor. Cantaban su valse los cortesanos todos. Y los chicuelos de la calle. Y el emperador lo cantaba también, y lo bailaba, cuando estaba solo con su vino de arroz. Era un valse el imperio, que andaba a compás, con mucho orden, al gusto del maestro de música. Hasta que una noche, cuando estaba el pájaro en lo mejor del canto, y el emperador lo oía, tendido en su cama de randas y colgaduras, saltó un resorte de la máquina del ruiseñor, como huesos que se caen sonaron las ruedas, y paró la música. Se echó de la cama el emperador, y mandó llamar a un médico. El médico no supo que hacer; y vino el relojero. El relojero, mal que bien, puso las ruedas locas en su lugar, pero encargó que usasen del pájaro muy poco, porque estaban gastados los cilindros, y el ruiseñor aquel no podía en verdad cantar más de una vez al año. El maestro de música le echó encima un discurso al relojero, y le dijo traidor, venal, chino espúreo, y espía de los tártaros, porque decía que el pájaro continental no podía cantar más que una vez. En la puerta iba ya el relojero, y todavía le estaba diciendo el maestro de música malas palabras: "¡traidor! ¡venal! ¡chino espúreo! ¡espía de los tártaros!" Porque estos maestros de música de las Cortes no quieren que la gente honrada diga la verdad desagradable a sus amos.

Cinco años después había mucha tristeza en la China, porque estaba al morir el pobre emperador, tanto que tenían nombrado ya al nuevo, aunque el pueblo agradecido no quería oír hablar de él, y se aprestaba a preguntar por el enfermo a las puertas del mandarín, que los miraba de arriba a abajo, y decía: "¡Puh!". "¡Puh!" repetía la pobre gente, y se iba a su casa llorando.

Pálido y frío estaba en su cama de randas y colgaduras el

emperador, y los mandarines todos lo daban por muerto, y se pasaban el día dando las tres vueltas con los brazos abiertos, delante del que debía subir al trono. Comían muchas naranjas, y bebían té con limón. En los corredores habían puesto tapices, para que no sonara el paso. No se oía en el palacio sino un ruido de abejas.

Pero el emperador no estaba muerto todavía. Al lado de su cama estaba el pájaro roto. Por una ventana abierta entraba la luz de la luna sobre el pájaro roto, y el emperador mudo y lívido. Sintió el emperador un peso extraño sobre su pecho, y abrió los ojos para ver. Vió a la Muerte, sentada sobre su pecho. Tenía en las sienes su corona imperial, y en una mano su espada de mando, y en la otra mano su hermosa bandera. Y por entre las colgaduras vió asomar muchas cabezas raras, bellas unas y como con luz, otras feas y de color de fuego. Eran las buenas y las malas acciones del emperador, que le estaban mirando a la cara. "¿Te acuerdas?" le decían las malas acciones. "¿Te acuerdas?" le decían las buenas acciones. "¡Yo no me acuerdo de nada, de nada!" decía el emperador: "¡música, música! ¡tráiganme la tambora mandarina, la que hace más ruido, para no oír lo que me dicen mis malas acciones!" Pero las acciones seguían diciendo: "¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?" "¡Música, música!" gritaba el emperador; "¡oh, hermoso pájaro de oro, canta, te ruego que cantes ¡yo te he dado regalos ricos de oro! ¡yo te he colgado al cuello mi chinela de oro ¡te ruego que cantes!" Pero el pájaro no cantaba. No había uno que supiera darle cuerda. No daba una sola nota.

Y la Muerte seguía mirado al emperador con sus ojos huecos y fríos, y en el cuarto había una calma espantosa, cuando de pronto entró por la ventana el son de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, estaba cantando el ruiseñor vivo. Le habían dicho que estaba muy enfermo el emperador, y venía a cantarle de fe y de esperanza. Y según iba cantando eran menos negras las sombras, y corría la sangre

más caliente en las venas del emperador, y revivían sus carnes moribundas. La Muerte misma escuchaba, y le dijo: "¡Sigue, ruiseñor, sigue!" Y por un canto, le dió la Muerte la corona de oro; y por otro, la espada de mando; y por otro canto más, le dió la hermosa bandera. Y cuando ya la Muerte no tenía ni la bandera, ni la espada, ni la corona del emperador, cantó el pájaro de la hermosura del camposanto, donde la rosa blanca crece, y da el laurel sus aromas a la brisa, y dan brillo y salud a la yerba las lágrimas de los dolientes. Y tan hermoso vió la Muerte en el canto a su jardín, que lo quiso ir a ver, y se levantó del pecho del emperador, y desapareció como un vapor por la ventana.

—¡Gracias, gracias, pájaro celeste! — decía el emperador.— Yo te desterré de mi reino, y tú destierras a la muerte de mi corazón. ¿Cómo te puedo yo pagar?

—Tú me pagaste ya, emperador, cuando te hice llorar con mi canto; las lágrimas que arranca a las almas de los hombres son el único premio digno del pájaro cantor. Duerme, emperador, duerme; yo cantaré para ti.

Y con sus trinos y arpegios se fué durmiendo el enfermo en un sueño de salud. Cuando despertó, entraba el sol, como oro vivo, por la ventana. Ni uno sólo de sus criados, ni un solo mandarín, había venido a verlo. Lo creían muerto todos. El ruiseñor no más estaba junto a su cama; el ruiseñor, cantando.

—¡Siempre estarás junto a mí! ¡En el palacio vivirás, y cantarás cuando quieras! ¡Yo romperé al pájaro artificial en mil pedazos!

—No lo rompas en mil pedazos, emperador; él te sirvió bien mientras pudo; yo no puedo vivir en el palacio, ni fabricar entre los cortesanos mi nido. Yo vendré al árbol que cae a tu ventana, y te cantaré en la noche, para que tengas sueños felices. Te cantaré de los malos y de los buenos, y de los que gozan y de los que sufren. Los pescadores me esperan, ruiseñor, en sus casas pobres de la orilla del mar. El ruiseñor

no puede ser infiel a los pescadores. Yo te vendré a cantar en la noche, si me prometes una cosa.

—¡Todo te lo prometo! — dijo el emperador, que se había levantado de su cama, y tenía puesta la túnica imperial, y en la mano su gran espada de oro.

—¡No digas que tienes un pájaro amigo que te lo cuenta todo, porque le envenenarían el aire al pájaro! — Y salió volando el ruiseñor, y echando al aire un ramillete de arpegios.

Los mandarines entraron de repente en el cuarto, detrás del mandarín mayor, a ver al emperador muerto. Y lo vieron de pie, con su túnica imperial; con la mano de la espada puesta al corazón. Y se oía, como una risa, el canto del ruiseñor.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé! — dijo el gran mandarín, y dió dieciocho vueltas seguidas con los brazos abiertos, y se echó por tierra, con la rente a los pies del emperador. Y a los mandarines, arrodillados en el aire, les temblaba en la nuca la cola.

JOSE MARTÍ.
Cubano, 1853-1895.

MEÑIQUE

(DEL FRANCÉS, DE LABOULAYE)

CUENTO DE MAGIA, DONDE SE RELATA LA HISTORIA DEL SABICHOSO MEÑIQUE Y SE VE QUE EL SABER VALE MÁS QUE LA FUERZA

I

En un país muy extraño vivió hace mucho tiempo un campesino que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juancito. Pedro era gordo y grande, de cara colorada, y de pocas entendederas; Pablo era canijo y paliducho, lleno de envidias y de celos; Juancito era lindo como una mujer, y más ligero que un resorte, pero tan chiquitín que se podía esconder en una bota de su padre. Nadie le decía Juancito, sino Meñique.

El campesino era tan pobre que había fiesta en la casa cuando traía alguno un centavo. El pan costaba mucho, aunque era pan negro; y no tenían como ganarse la vida. En cuanto los tres hijos fueron bastante crecidos, el padre les rogó por su bien que salieran de su choza infeliz, a buscar fortuna por el mundo. Les dolió el corazón de dejar solo a su padre viejo, y decir adiós para siempre a los árboles que habían sembrado, a la casita en que habían nacido, al arroyo donde bebían el agua en la palma de la mano. Como a una legua de allí tenía el rey del país un palacio magnífico, todo de madera, con veinte balcones de roble tallado, y seis ventanitas. Y sucedió que de repente, en una noche de mucho calor,

salió de la tierra, delante de las seis ventanas, un roble enorme con ramas tan gruesas y tanto follaje que dejó a oscuras el palacio del rey. Era un árbol encantado, y no había hacha que pudiera echarlo a tierra, porque se le mellaba el filo en lo duro del tronco, y por cada rama que le cortaban salían dos. El rey ofreció dar tres sacos llenos de pesos a quien le quitara de encima al palacio aquel arbolón; pero allí se estaba el roble, echando ramas y raíces, y el rey tuvo que conformarse con encender luces de día.

Y eso no era todo. Por aquel país, hasta de las piedras del camino salían los manantiales; pero en el palacio no había agua. La gente del palacio se lavaba las manos con cerveza y se afeitaba con miel. El rey había prometido hacer marqués y dar muchas tierras y dinero al que abriese en el patio del castillo un pozo donde se pudiera guardar agua para todo el año. Pero nadie se llevó el premio, porque el palacio estaba en una roca, y en cuanto se escarbaba la tierra de arriba, salía debajo la capa de granito. Como una pulgada nada más había de tierra floja.

Los reyes son caprichosos, y este reyecito quería salirse con su gusto. Mandó pregoneros que fueran clavando por todos los pueblos y caminos de su reino el cartel sellado con las armas reales, donde ofrecía casar a su hija con el que cortara el árbol y abriese el pozo, y darle además la mitad de sus tierras. Las tierras eran de lo mejor para sembrar, y la princesa tenía fama de inteligente y hermosa; así es que empezó a venir de todas partes un ejército de hombres forzudos, con el hacha al hombro y el pico al brazo. Pero todas las hachas se mellaban contra el roble, y todos los picos se rompían contra la roca.

II

Los tres hijos del campesino oyeron el pregón, y toma-

ron el camino del palacio, sin creer que iban a casarse con la princesa, sino que encontrarían entre tanta gente algún trabajo. Los tres iban anda que anda, Pedro siempre contento, Pablo hablándose solo, y Meñique saltando de acá para allá, metiéndose por todas las veredas y escondrijos, viéndolo todo con sus ojos brillantes de ardilla. A cada paso tenía algo nuevo que preguntar a sus hermanos: que por qué las abejas metían la cabecita en las flores, que por qué no volaban derecho las mariposas. Pedro se echaba a reír, y Pablo se encogía de hombros y lo mandaba a callar.

Caminando, caminando, llegaron a un pinar muy espeso que cubría a todo un monte, y oyeron un ruido grande, como de un hacha, y de árboles que caían allá en lo más alto.

—Yo quisiera saber por qué andan allá arriba cortando leña —dijo Meñique.

—Todo lo quiere saber el que no sabe nada —dijo Pablo, medio gruñendo.

—Parece que este muñeco no ha oído nunca cortar leña —dijo Pedro, torciéndole el cachete a Meñique de un buen pellizco.

—Yo voy a ver lo que hacen allá arriba —dijo Meñique.

—Anda, ridículo, que ya bajarás bien cansado, por no creer lo que te dicen tus hermanos mayores.

Y de ramas en piedras, gateando y saltando, subió Meñique por donde venía el sonido. Y ¿qué encontró Meñique en lo alto del monte? Pues un hacha encantada, que cortaba sola, y estaba echando abajo un pino muy recio.

—Buenos días, señora hacha —dijo Meñique—, ¿no está cansada de cortar tan solita ese árbol tan viejo?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —respondió el hacha.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin ponerse a temblar, ni preguntar más, metió el hacha en su gran saco de cuero, y bajó el monte, brincando y cantando.

—¿Qué vió allá arriba el que todo lo quiere saber? —preguntó Pablo, sacando el labio de abajo, y mirando a Meñique como una torre a un alfiler.

—Pues el hacha que oíamos —le contestó Meñique.

—Ya ve el chiquitín la tontería de meterse por nada en esos sudores —le dijo Pedro el gordo.

A poco andar ya era de piedra todo el camino, y se oyó un ruido que venía de lejos, como de un hierro que golpease en una roca.

—Yo quisiera saber quién anda allá lejos picando piedras —dijo Meñique.

—Aquí está un pichón que acaba de salir del huevo, y no ha oído nunca al pájaro carpintero picoteando en un tronco —dijo Pablo.

—Quédate con nosotros, hijo, que eso no es más que el pájaro carpintero que picotea en un tronco —dijo Pedro.

—Yo voy a ver lo que pasa allá lejos.

Y aquí de rodillas, y allá medio a rastras, subió la roca Meñique, oyendo como se reían a carcajadas Pedro y Pablo. ¿Y qué encontró Meñique allá en la roca? Pues un pico encantado, que picaba solo, y estaba abriendo la roca como si fuese mantequilla.

—Buenos días, señor pico —dijo Meñique—, ¿no está cansado de picar tan solito en esa roca vieja?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —respondió el pico.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin pizca de miedo le echó mano al pico, lo sacó del mango, los metió aparte en su gran saco de cuero, y bajó por aquellas piedras, retozando y cantando.

—¿Y qué milagro vió allá su señoría? —preguntó Pablo, con los bigotes de punta.

—Era un pico lo que oímos —respondió Meñique, y siguió andando, sin decir más palabra.

Más adelante encontraron un arroyo, y se detuvieron a beber, porque era mucho el calor.

—Yo quisiera saber —dijo Meñique—, de donde sale tanta agua en un valle tan llano como éste.

—¡Grandísimo pretensioso —dijo Pablo—, que en todo quiere meter la nariz! ¿No sabes que los manantiales salen de la tierra?

—Yo voy a ver de donde sale esta agua.

Y los hermanos se quedaron diciendo picardías; pero Meñique echó a andar por la orilla del arroyo, que se iba estrechando, estrechando, hasta que no era más que un hilo. Y ¿qué encontró Meñique cuando llegó al fin? Pues una cáscara de nuez encantada, de donde salía a borbotones el agua clara y chispeando al sol.

—Buenos días, señor arroyo —dijo Meñique—, ¿no está cansado de vivir tan solito en su rincón, manando agua?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —respondió el arroyo.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin el menor susto tomó la cáscara de la nuez, la envolvió bien en musgo fresco para que no se saliera el agua, la puso en su gran saco de cuero, y se volvió por donde vino, saltando y cantando.

—¿Ya sabes de dónde viene el agua? —le gritó Pedro.

—Sí, hermano; viene de un agujerito.

—¡Oh, a este amigo se lo come el talento! ¡Por eso no crece! —dijo Pablo, el paliducho.

—Yo he visto lo que quería ver, y sé lo que quería saber —se dijo Meñique a sí mismo. Y siguió su camino, frotándose las manos.

III

Por fin llegaron al palacio del rey. El roble crecía más que nunca, el pozo no lo habían podido abrir, y en la puerta

estaba el cartel sellado con las armas reales, donde prometía el rey casar a su hija y dar la mitad de su reino a quien que cortase el roble y abriese el pozo, fuera señor de la corte, o vasallo acomodado, o pobre campesino. Pero el rey, cansado de tanta prueba inútil, había hecho clavar debajo del cartelón otro cartel más pequeño, que decía con letras coloradas:

"Sepan los hombres por este cartel, que el rey y señor, como buen rey que es, se ha dignado mandar que le corten las orejas debajo del mismo roble al que venga a cortar el árbol o abrir el pozo, y no corte, ni abra; para enseñarle a conocerse a sí mismo y a ser modesto, que es la primera lección de la sabiduría".

Y alrededor de este cartel había clavadas treinta orejas sanguinolentas, cortadas por la raíz de la piel a quince hombres que se creyeron más fuertes de lo que eran.

Al leer este aviso, Pedro se echó a reir, se retorció los bigotes, se miró los brazos, con aquellos músculos que parecían cuerdas, le dió al hacha dos vuelos por encima de su cabeza y de un golpe echó abajo una de las ramas más gruesas del árbol maldito. Pero en seguida salieron dos ramas poderosas en el punto mismo del hachazo, y los soldados del rey le cortaron las orejas sin más ceremonia.

—¡Inutilón! —dijo Pablo; y se fué al tronco, hacha en mano, y le cortó de un golpe una gran raíz. Pero salieron dos raíces enormes en vez de una. Y el rey furioso mandó que le cortaran las orejas a aquél que no quiso aprender en la cabeza de su hermano.

Pero a Meñique no se le achicó el corazón, y se le echó al roble encima. —¡Quítenme a ese enano de ahí —dijo el rey— ¡y si no se quiere quitar, córtenle las orejas!

—Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, señor rey. Yo tengo derecho por tu cartel a probar mi fortuna. Ya tendrás tiempo de cortarme las orejas, si no corto el árbol.

—Y la nariz te la rebanarán también, si no lo cortas.

Meñique sacó con mucha faena el hacha encantada de su gran saco de cuero. El hacha era más grande que Meñique. Y Meñique le dijo: "¡Corta, hacha, corta!"

Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó las ramas, cercenó el tronco, arrancó las raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y tanta leña apiló del árbol en trizas, que el palacio se calentó con el roble todo aquel invierno. Cuando ya no quedaba del árbol una sola hoja, Meñique fué donde estaba el rey sentado junto a la princesa, y los saludó con mucha cortesía.

—¿Dígame el rey ahora dónde quiere que le abra el pozo su criado?

Y toda la corte fué al patio del palacio con el rey, a ver abrir el pozo. El rey subió a un estrado más alto que los asientos de los demás; la princesa tenía su silla en un escalón más abajo, y miraba con susto a aquel hominicaco que le iban a dar para marido.

Meñique, sereno como una rosa, abrió su gran saco de cuero, metió el mango en el pico, lo puso en el lugar que marcó el rey, y le dijo: "¡Cava, pico, cava!"

Y el pico empezó a cavar, y el granito a saltar en pedazos, y en menos de un cuarto de hora quedó abierto un pozo de cien pies.

—¿Le parece a mi rey que este pozo es bastante hondo?

—Es hondo; pero no tiene agua.

—Agua tendrá —dijo Meñique. Metió el brazo en el gran saco de cuero, le quitó el musgo a la cáscara de nuez, y puso la cáscara en una fuente que habían llenado de flores. Y cuando ya estaba bien dentro de la tierra, dijo: "¡Brota, agua, brota!"

Y el agua empezó a brotar por entre las flores con un suave murmullo, refrescó el aire del patio, y cayó en cascadas tan abundantes que al cuarto de hora ya el pozo estaba lleno, y fué preciso abrir un canal que llevase afuera el agua sobrante.

—Y ahora —dijo Meñique, poniendo en tierra una rodilla— ¿cree mi rey que he hecho todo lo que me pedía?

—Sí, marqués Meñique —respondió el rey—; y te daré la mitad de mi reino; o mejor te compraré en lo que vale tu mitad, con la contribución que les voy a imponer a mis vasallos, que se alegrarán mucho de pagar porque su rey y señor tenga agua buena; pero con mi hija no te puedo casar, porque esa no es cosa en que yo solo no soy dueño.

—¿Y qué más quieres que haga, rey? —dijo Meñique, parándose en las puntas de los pies, con la manecita en la cadera, y mirando a la princesa cara a cara.

—Mañana se te dirá, marqués Meñique —le dijo el rey—; vete ahora a dormir a la mejor cama de mi palacio.

Pero Meñique, en cuanto se fué el rey, salió a buscar a sus hermanos, que parecían dos perros ratoneros, con las orejas cortadas.

—Díganme, hermanos, si no hice bien en querer saberlo todo, y ver de donde venía el agua.

—Fortuna no más, fortuna —dijo Pablo—. La fortuna es ciega y favorece a los necios.

—Hermanito —dijo Pedro—, con orejas o desorejado creo que está muy bien lo que has hecho, y quisiera que llegara aquí papá para que te viese.

Y Meñique se llevó a dormir a camas buenas a sus dos hermanos, a Pedro y a Pablo.

IV

El rey no pudo dormir aquella noche. No era el agradecimiento lo que le tenía despierto, sino el disgusto de casar a su hija con aquel picolín que cabía en una bota de su padre. Como buen rey que era, ya no quería cumplir lo que prometió; y le estaban zumbando en los oídos las palabras del marqués Meñique: "Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, rey".

Mandó el rey a buscar a Pedro y a Pablo, porque ellos no más le podían decir quiénes eran los padres de Meñique, y si era Meñique persona de buen carácter y de modales finos, como quieren los suegros que sean sus yernos, porque la vida sin cortesía es más amarga que la cuasia y que la retama. Pedro dijo de Meñique muchas cosas buenas, que pusieron al rey de mal humor; pero Pablo dejó al rey muy contento, porque le dijo que el marqués era un pedante aventurero, un trasto con bigotes, una uña venenosa, un garbanzo lleno de ambición, indigno de casarse con señora tan principal como la hija del gran rey que le había hecho la honra de cortarle las orejas: "Es tan vano ese macacuelo —dijo Pablo— que se cree capaz de pelear con un gigante. Por aquí cerca hay uno que tiene muerta de miedo a la gente del campo, porque se les lleva para sus festines todas sus ovejas y sus vacas. Y Meñique no se cansa de decir que él puede echarse al gigante de criado".

—Eso es lo que vamos a ver —dijo el rey satisfecho.

Y durmió muy tranquilo lo que faltaba de la noche. Y dicen que sonreía en sueños, como si estuviera pensando en algo agradable.

En cuanto salió el sol, el rey hizo llamar a Meñique delante de toda su corte. Y vino Meñique fresco como la mañana, risueño como el cielo, galán como una flor.

—Yerno querido —dijo el rey—: un hombre de tu honradez no puede casarse con mujer tan rica como la princesa, sin ponerle casa grande, con criados que la sirvan como se debe servir en el palacio real. En este bosque hay un gigante de veinte pies de alto, que se almuerza un buey entero, y cuando tiene sed al mediodía se bebe un melonar. Figúrate qué hermoso criado no hará ese gigante con un sombrero de tres picos, una casaca galoneada con charreteras de oro y una alabarba de quince pies. Ese es el regalo que te pide mi hija antes de decidirse a casarse contigo.

—No es cosa fácil —respondió Meñique—, pero trataré

de regalarte el gigante, para que le sirva de criado, con su alabarda de quince pies, y su sombrero de tres picos, y su casaca galoneada, con charreteras de oro.

Se fué a la cocina; metió en el gran saco de cuero el hacha encantada, un pan fresco, un pedazo de queso y un cuchillo: se echó el saco a la espalda, y salió andando por el bosque, mientras Pedro lloraba, y Pablo reía, pensando en que no volvería nunca su hermano del bosque del gigante.

En el bosque era tan alta la yerba que Meñique no alcanzaba a ver, y se puso a gritar a voz en cuello: "¡Eh, gigante, gigante! ¿dónde anda el gigante? Aquí está Meñique, que viene a llevarse al gigante muerto o vivo".

—Y aquí estoy yo —dijo el gigante, con un vozarrón que hizo encogerse a los árboles de miedo—, aquí estoy yo, que vengo a tragarte de un bocado.

—No estés tan de prisa, amigo —digo Meñique, con una vocecita de flautín—, no estés tan de prisa, que yo tengo una hora para hablar contigo.

Y el gigante volvía a todos lados la cabeza, sin saber quien le hablaba, hasta que le ocurrió bajar los ojos, y allá abajo, pequeñito como un pitirre, vió a Meñique sentado en un tronco, con el gran saco de cuero entre las rodillas.

—¿Eres tú, grandísimo pícaro, el que me has quitado el sueño? —dijo el gigante, comiéndoselo con los ojos que parecían llamas.

—Yo soy, amigo, yo soy, que vengo a que seas criado mío.

—Con la punta del dedo te voy a echar allá arriba, en el nido del cuervo, para que te saque los ojos en castigo de haber entrado sin licencia en mi bosque.

—No estés tan de prisa, amigo, que este bosque es tan mío como tuyo; y si dices una palabra más, te lo echo abajo en un cuarto de hora.

—Eso quisiera ver —dijo el gigantón.

Meñique sacó su hacha, y le dijo: "¡Corta, hacha corta!" Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó ramas, cercenó troncos,

arrancó raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y los árboles caían sobre el gigante como cae el granizo sobre los vidrios en el temporal.

—Para, para —dijo asustado el gigante—, ¿quén eres tú, que puedes echarme abajo mi bosque?

—Soy el gran hechicero Meñique, y con una palabra que le diga a mi hacha te corta la cabeza. Tú no sabes con quien estás hablando. ¡Quieto donde estás!

Y el gigante se quedó quieto, con las manos a los lados, mientras Meñique abría su gran saco de cuero, y se puso a comer su queso y su pan.

—¿Qué es eso blanco que comes? —preguntó el gigante, que nunca había visto queso.

—Piedras como no más, y por eso soy más fuerte que tú, que comes la carne que engorda. Soy más fuerte que tú. Enséñame tu casa.

Y el gigante, manso como un perro, echó a andar por delante, hasta que llegó a una casa enorme, con una puerta donde cabía un barco de tres palos, y un balcón como un teatro vacío.

—Oye —le dijo Meñique al gigante—: uno de los dos tiene que ser amo del otro. Vamos a hacer un trato. Si yo no puedo hacer lo que tú hagas, yo seré criado tuyo; si tú no puedes hacer lo que haga yo, tú serás mi criado.

—Trato hecho dijo el gigante—: me gustaría tener de criado un hombre como tú, porque me cansa pensar, y tú tienes cabeza para dos. Vaya pues; ahí están mis dos cubos: ve a traerme el agua para la comida.

Meñique levantó la cabeza y vió los dos cubos, que eran como dos tanques, de diez pies de alto, y seis pies de un borde a otro. Más fácil le era a Meñique ahogarse en aquellos cubos que cargarlos.

—¡Hola! —dijo el gigante, abriendo la boca terrible—; a la primera ya estás vencido. Haz lo que yo hago, amigo, y cárgame el agua.

—¿Y para qué la he de cargar? —dijo Meñique—. Carga tú, que eres bestia de carga. Yo iré donde está el arroyo, y lo traeré en brazos, y te llenaré los cubos, y tendrás tu agua.

—No, no —dijo el gigante—, que ya me dejaste el bosque sin árboles, y ahora me vas a dejar sin agua que beber. Enciende el fuego, que yo traeré el agua.

Meñique encendió el fuego, y en el caldero que colgaba del techo fué echando el gigante un buey entero, cortado en pedazos, y una carga de nabos, y cuatro cestos de zanahorias, y cincuenta coles. Y de tiempo en tiempo espumaba el guiso con una sartén, y lo probaba, y le echaba sal y tomillo, hasta que lo encontró bueno.

—A la mesa, que ya está la comida —dijo el gigante—: y a ver si haces lo que hago yo, que me voy a comer todo este buey, y te voy a comer a ti de postres.

—Está bien, amigo —dijo Meñique. Pero antes de sentarse se metió debajo de la chaqueta la boca de su gran saco de cuero, que le llegaba del pescuezo a los pies.

Y el gigante comía y comía, y Meñique no se quedaba atrás, sólo que no echaba en la boca las coles, y las zanahorias, y los nabos, y los pedazos del buey, sino en el gran saco de cuero.

—¡Uf! ya no puedo comer más! —dijo el gigante—; tengo que sacarme un botón del chaleco.

—Pues, mírame a mí, gigante infeliz —dijo Meñique, y se echó una col entera en el saco.

—¡Uha! —dijo el gigante—: tengo que sacarme otro botón. ¡Qué estómago de avestruz tiene este hombrecito! Bien se ve que estás hecho a comer piedras.

—Anda, perezoso —dijo Meñique—: come como yo —y se echó en el saco un gran trozo de buey.

—¡Paff! —dijo el gigante— se me saltó el tercer botón; ya no me cabe un chícharo, ¿cómo te va a tí, hechicero?

—¿A mí? —dijo Meñique— no hay cosa más fácil que hacer un poco de lugar.

Y se abrió con un cuchillo de arriba abajo la chaqueta y el gran saco de cuero.

—Ahora te toca a ti —dijo Meñique; haz lo que yo hago.

—Muchas gracias —dijo el gigante—. Prefiero ser tu criado. Yo no puedo digerir las piedras.

Besó el gigante la mano de Meñique en señal de respeto, se lo sentó en el hombro derecho, se echó al izquierdo un saco lleno de monedas de oro, y salió andando por el camino del palacio.

V

En el palacio estaban de gran fiesta, sin acordarse de Meñique, ni de que le debían el agua y la luz; cuando de repente oyeron un gran ruido, que hizo bailar las paredes, como si una mano portentosa sacudiese el mundo. Era el gigante, que no cabía por el portón, y lo había echado abajo de un puntapié. Todos salieron a las ventanas a averiguar la causa de aquel ruido, y vieron a Meñique sentado con mucha tranquilidad en el hombro del gigante, que tocaba con la cabeza el balcón donde estaba el mismo rey. Saltó al balcón Meñique, hincó una rodilla delante de la princesa y le habló así:

—Princesa y dueña mía, tú deseabas un criado y aquí están dos a tus pies.

Este galante discurso, que fué publicado al otro día en el diario de la corte, dejó pasmado al rey, que no halló excusa que dar para que no se casara Meñique con su hija.

—Hija —le dijo en voz baja—, sacrifícate por la palabra de tu padre el rey.

—Hija de rey o hija de campesino —respondió ella—, la mujer debe casarse con quien sea de su gusto. Déjame, padre, defenderme en esto que me interesa. Meñique —siguió diciendo en alta voz la princesa—: eres valiente y afortunado, pero eso no basta para agradar a las mujeres.

—Ya lo sé, princesa y dueña mía; es necesario hacerles su voluntad, y obedecer sus caprichos.

—Veo que eres hombre de talento —dijo la princesa—. Puesto que sabes adivinar tan bien, voy a ponerte una última prueba, antes de casarme contigo. Vamos a ver quien es más inteligente, si tú o yo. Si pierdes, quedo libre para ser de otro marido.

Meñique la saludó con gran reverencia. La corte entera fué a ver la prueba a la sala del trono, donde encontraron al gigante sentado en el suelo con la alabarda por delante y el sombrero en las rodillas, porque no cabía en la sala de lo alto que era. Meñique le hizo una seña, y él echó a andar acurrucado, tocando el techo con la espalda y con la alabarda a rastras, hasta que llegó a donde estaba Meñique, y se echó a sus pies, orgulloso de que vieran que tenía a hombre de tanto ingenio por amo.

—Empezaremos con una bufonada —dijo la princesa—. Cuentan que las mujeres dicen muchas mentiras. Vamos a ver quién de los dos dice una mentira más grande. El primero que diga: "¡Eso es demasiado!" pierde.

—Por servirte, princesa y dueña mía, mentiré de juego y diré la verdad con toda el alma.

—Estoy segura —dijo la princesa—, de que tu padre no tiene tantas tierras como el mío. Cuando dos pastores tocan el cuerno en las tierras de mi padre al anochecer, ninguno de los dos oye el cuerno del otro pastor.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. Mi padre tiene tantas tierras que una ternerita de dos meses que entra por una punta es ya vaca lechera cuando sale por la otra.

—Eso no me asombra —dijo la princesa—. En tu corral no hay un toro tan grande como el de mi corral. Dos hombres sentados en los cuernos no pueden tocarse con un aguijón de veinte pies cada uno.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique.— La cabeza del

toro de mi casa es tan grande que un hombre montado en un cuerno no puede ver al que está montado en el otro.

—Eso no me asombra —dijo la princesa—. En tu casa no dan las vacas tanta leche como en mi casa, porque nosotros llenamos cada mañana veinte toneles, y sacamos de cada ordeño una pila de queso tan alta como la pirámide de Egipto.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. En la lechería de mi casa hacen unos quesos tan grandes que un día la yegua se cayó en la artesa, y no la encontramos sino después de una semana. El pobre animal tenía el espinazo roto, y yo le puse un pino de la nuca a la cola, que le sirvió de espinazo nuevo. Pero una mañanita le salió un ramo al espinazo por encima de la piel, y el ramo creció tanto que yo me subí en él y toqué el cielo. Y en el cielo ví a una señora vestida de blanco, trenzando un cordón con la espuma del mar. Y yo me así del hilo, se me reventó y caí dentro de una cueva de ratones. Y en la cueva de ratones estaban tu padre y mi madre, hilando cada uno en su rueca, como dos viejecitos. Y tu padre hilaba tan mal que mi madre le tiró de las orejas hasta que se le caían a tu padre los bigotes.

—¡Eso es demasiado! —dijo la princesa—. ¡A mi padre el rey nadie le ha tirado nunca de las orejas!

—¡Amo, amo! —dijo el gigante—. ¡Ha dicho! "¡Eso es demasiado!" La princesa es nuestra.

VI

—Todavía no —dijo la princesa, poniéndose colorada—. Tengo que ponerte enigmas a que me los adivines y si adivinas bien, en seguida nos casamos. Dime primero: ¿qué es lo que siempre está cayendo y nunca se rompe?

—¡Oh! —dijo Meñique— mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es la cascada!

—¿Dime ahora —preguntó la princesa, ya con mucho

miedo—: ¿quién es el que anda todos los días el mismo camino y nunca se vuelve atrás?

—¡Oh! —dijo Meñique— mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es el sol!

—El sol es —dijo la princesa, blanca de rabia—. Ya no queda más que un enigma. ¿En qué piensas tú y no pienso yo? ¿qué es lo que yo pienso, y tú no piensas? ¿qué es lo que no pensamos ni tú ni yo?

Meñique bajó la cabeza como el que duda, y se le veía en la cara el miedo de perder.

—Amo —dijo el gigante—, si no adivinas el enigma, no te calientes las entendederas. Hazme una seña, y cargo con la princesa.

—Cállate criado —dijo Meñique—; bien sabes tú que la fuerza no sirve para todo. Déjame pensar.

—Princesa y dueña mía —dijo Meñique, después de unos instantes en que se oía correr la luz—. Apenas me atrevo a descifrar tu enigma, aunque veo en él mi felicidad. Yo pienso en que entiendo lo que me quieres decir, y tú piensas en que yo no lo entiendo. Tú piensas como noble princesa que eres, en que este criado tuyo no es indigno de ser tu marido, y yo no pienso que haya logrado merecerte. Y en lo que ni yo ni tú pensamos es en que el rey tu padre y este gigante infeliz tienen tan pobres...

—Cállate —dijo la princesa—, aquí está mi mano de esposa, marqués Meñique.

—¿Qué es eso que piensas de mí, que lo quiero saber? —preguntó el rey.

—Padre y señor —dijo la princesa, echándose en sus brazos—, que eres el más sabio de los reyes, y el mejor de los hombres.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo el rey—, y ahora, déjenme hacer algo por el bien de mi pueblo. ¡Meñique, te hago duque!

—¡Viva mi amo y señor, el duque Meñique! —gritó el gigante, con una voz que puso azules de miedo a los cortesanos, quebró el estuco del techo, e hizo saltar los vidrios de las seis ventanas.

VII

En el casamiento de la princesa con Meñique no hubo mucho de particular, porque de los casamientos no se puede decir al principio, sino luego, cuando empiezan las penas de la vida y se ve si los casados se ayudan y quieren bien, o si son egoístas y cobardes. Pero el que cuenta el cuento tiene que decir que el gigante estaba tan alegre con el matrimonio de su amo que le iba poniendo su sombrero de tres picos a todos los árboles que encontraba, y cuando salió el carruaje de los novios, que era de nácar puro, con cuatro caballos mansos como palomas, se echó el carruaje a la cabeza, con caballos y todo, y salió corriendo y dando vivas, hasta que los dejó a la puerta del palacio, como deja una madre a su niño en la cuma. Esto se debe decir, porque no es cosa que se ve todos los días.

Por la noche hubo discursos, y poetas que les dijeron versos de bodas a los novios, y lucecitas de color en el jardín, y fuegos artificiales para los criados del rey, y muchas guirnaldas y ramos de flores. Todos cantaban y hablaban, comían dulces, bebían refrescos olorosos, bailaban con mucha elegancia y honestidad al compás de una música de violines, con los violinistas vestidos de seda azul, y su ramito de violeta en el ojal de la casaca. Pero en un rincón había uno que no hablaba ni cantaba, y era Pablo, el envidioso, el paliducho, el desorejado, que no podía ver a su hermano feliz, y se fué al bosque para no oír ni ver, y en el bosque murió, porque los osos se lo comieron en la noche oscura.

Meñique era tan chiquitín que los cortesanos no supieron al principio si debían tratarlo con respeto o verlo como cosa

de risa; pero con su bondad y cortesía se ganó el cariño de su mujer y de la corte entera, y cuando murió el rey, entró a mandar, y estuvo de rey cincuenta y dos años. Y dicen que mandó tan bien que sus vasallos nunca quisieron más rey que Meñique, que no tenía gusto sino cuando veía a su pueblo contento, y no les quitaba a los pobres el dinero de su trabajo para dárselo, como otros reyes, a sus amigos holgazanes, o a los matachines que lo defienden de los reyes vecinos. Cuentan de veras que no hubo rey tan bueno como Meñique.

Pero no hay que decir que Meñique era bueno. Bueno tenía que ser un hombre de ingenio tan grande; porque el que es estúpido no es bueno, y el que es bueno no es estúpido. Tener talento es tener buen corazón; el que tiene buen corazón, ése es el que tiene talento. Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga. Y el que saque de este cuento otra lección mejor, vaya a contarlo en Roma.

MARTÍ: José Martí nació en Cuba en 1853 y murió en 1895. Muy joven se inició en las letras y en las luchas políticas. Fué, además de un gran escritor, un héroe; murió, en efecto, peleando por la independencia de su país.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.
Español, 1853-1938.

POLIFEMO

El coronel Toledano, por el mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aún más que esto infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El Coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aún palpitantes. Esto creíamos, al menos, ciegamente, todos los chicos que al salir de la escuela íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragorosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El Coronel era sordo también, y no podía hablar sino a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto —decía a cualquiera que le acompañase en el paseo—. Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente sólo pero cuando algún amigo se acercaba hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba prisionera su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del Coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmullo de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de Africa. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban a pasear por el parque) parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del Coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: "¿Se lo habrá merendado ya?" Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constan-

temente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras compasadamente, llegando su audacia o su inocencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. "¡Gaspar!" El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena: "¿Qué quiere usted, tío?", y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía de vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al nombre de Muley, en recuerdo, sin duda, de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el Coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre los niños no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle porque nada tenía. Pues bien:

las preferencias de Muley estaban por él. (Los rabotazos más vivos, las caricias más subidas y vehementes a él se consagraban, en menoscabo de los demás). ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba por allí de improviso Muley, ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó, a presencia nuestra, el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el Coronel aún no se había ido del paseo ni advirtió la deserción de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aún no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse a Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hoja de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las del

Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá, al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa.

—Mira, Muley —dijo en voz baja, mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche, y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos:

—¡Alto! ¡Alto!...

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo —repitió el chico con voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú! —dijo el Coronel sonriendo ferozmente—. ¿Y tú sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es? —volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere —dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien —dijo al cabo—. ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar el perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresillo había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? ¡No llores, hijo mío!

—Porque le quiero mucho... porque es el único que me quiere en el mundo —gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo? —preguntó el Coronel, sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo? —gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al Coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?.. Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

PALACIO VALDÉS: Armando Palacio Valdés nació en Asturias, España, en 1853 y murió en 1938. Novelista famoso en el mundo entero, sus numerosas obras han sido traducidas a muchos idiomas. Su prosa es sencilla, armoniosa y pura.

EMILIA PARDO BAZAN.
Española, 1851-1921.

DESDE ALLA

Don Javier de Campuano iba acercándose a la muerte, y la veía llegar sin temor arrepentido de sus culpas, confiaba en la misericordia de Aquel que murió por tenerla de todos los hombres. Sólo una inquietud le acuciaba algunas noches de esas en que el insomnio fatiga a los viejos. Pensaba que, faltando él, entre sus dos hijos y únicos herederos nacerían disensiones, acerbas pugnas y litigios por cuestión de hacienda. Era don Javier muy acaudalado propietario, muy pudiente señor; pero no ignoraba que las batallas más reñida por dinero las traban siempre los ricos. Ciertos amarguísimos recuerdos de la juventud contribuían a acrecentar sus aprensiones. Acordábase de haber pleiteado largo tiempo con su hermano mayor; pleito intrincado, encarnizado, interminable, que empezó entibiando el cariño fraternal y acabó por convertirlo en odio sangriento. El pecado de desear a su hermano toda especie de males, de haberle injuriado y difamado, y hasta ¡tremenda memoria! de haberle esperado una noche en las umbrías de un robledal con objeto de retarle a espantosa lucha, era el peso que por muchos años tuvo sobre su conciencia don Javier. Con la intención había sido fratricida, y temblaba al imaginar que sus hijos, a quienes amaba tiernamente, llegasen a detestarse por un puñado de oro. La naturaleza había dado a don Javier elocuente ejemplo y severa lección: sus dos hijos, varón y hembra, eran mellizos; al reunirles desde su origen

en un mismo vientre, al enviarles al mundo a la misma hora, Dios les había mandado imperativamente que se amasen; y herida desde su nacimiento la imaginación de don Javier, sólo cavilaba en que dos gotas de sangre de las mismas venas, cuajadas a un tiempo en un seno de mujer, podían, sin embargo, aborrecerse hasta el crimen. Para evitar que celos de la ternura paternal engendrasen el odio, don Javier dió a su hijo la carrera militar y le tuvo casi siempre apartado de sí; sólo cuando conoció que la vejez y los achaques le empujaban a la tumba llamó a José María y permitió que sus cuidados filiales alternasen con los de María Josefa. A fuerza de reflexiones el viejo había formado un propósito, y empezó a cumplirlo llamando aparte a su hija, en gran secreto, y diciéndola con solemnidad:

—Hija mía, antes de que llegue tu hermano tengo que enterarte de algo que te importa. Oyeme bien, y no olvides ni una sola de mis palabras. No necesito afirmar que te quiero mucho; pero, además, tu sexo debe ser protegido de un modo especial y recibir mayor favor. He pensado en mejorarte, sin que nadie te pueda disputar lo que te regalo. Así que yo cierre los ojos..., así que reces un poco por mí... te irás al Cortijo de Guadeluz,y en la sala baja, donde está aquel arcón muy viejo y muy pesado que dicen es gótico, contarás a tu izquierda, desde la puerta, diez y seis ladrillos —¡fíjate, diez y seis!, una onza de ladrillos ¿entiendes?— y levantarás el que hace diez y siete, que tiene como la señal de una cruz, y algunos más alrededor. Bajo los ladrillos verás una piedra y una argolla; la piedra, recibida con argamasa fuerte. Quitarás la argamasa, desquiciarás la piedra y aparecerá un escondrijo y en él un millón de reales en peluconas y centenes de oro. ¡Son mis ahorros de muchos años! El millón es tuyo, sólo tuyo; a ti te lo dejo en plena propiedad. Y ahora, chitón, y no volvamos a tratar este asunto. ¡Cuando yo falte!...

María Josefa sonrió dulcemente, agradeció en palabras muy tiernas, y aseguró que deseaba no tener jamás ocasión de

recoger el cuantioso legado. Llegó José María aquella misma noche y ambos hermanos, relevándose por turno, velaron a don Javier, que decaía a ojos vistas. No tardó en presentarse el último trance, la hora suprema, y en medio de las crispaciones de una agonía dolorosa, notó María Josefa que el moribundo apretaba su mano de un modo significativo, y creyó que los ojos, vidriosos ya, sin luz interior, decían claramente a los suyos: "Acuérdate, diez y seis ladrillos... Un millón de reales en peluconas..."

Los primeros días después del entierro se consagraron, naturalmente, al duelo y a las lágrimas, a los pésames y a las efusiones de tristeza. Los dos hermanos, abatidos y con los párpados rojos, cambiaban pocas palabras, y ninguna que se refiriese a asuntos de interés. Sin embargo, fué preciso abrir el testamento; hubo que conferenciar con escribanos, apoderados y albaceas, y una noche en que José María y María Josefa se encontraban solos en el vasto salón de recibir, y la luz desfallecida del quinqué hacía, al parecer, visibles las tinieblas, la hermana se aproximó al hermano, le tocó en el hombro, y murmuró tímidamente, en voz muy queda:

—José María, he de decirte una cosa..., una cosa rara..., de papá.

—Di, querida... ¿Una cosa rara?

—Sí, verás... No te admires... Hay un millón de reales en monedas de oro, escondido en el cortijo de Guadeluz.

—No, tonta —exclamó sobrecogido y con súbita vehemencia José María—. No has entendido bien. ¡Ni poco ni mucho! Donde está oculto ese millón es en la dehesa de la Corchada.

—¡Por Dios, Joselillo! Pero si papá me lo explicó divinamente, con pelos y señales... Es en la sala baja; hay que contar diez y seis ladrillos a la izquierda, desde la puerta, y al diez y siete está la piedra con argolla que cubre el tesoro.

—¡Te aseguro que te equivocas, mujer! Papá me dió tales pormenores, que no cabe dudar. En la dehesa, junto al

muro del redil viejo, que ya se abandonó, existe una especie de pilón donde bebía el ganado. Detrás hay una arqueta medio arruinada, y al pie de la arqueta una losa rota por la esquina. Desencajando esa losa se encuentra un nicho de ladrillo, y en él un millón en peluconas y centenes...

—Hijo del alma, ¡pero si es imposible! Créeme a mí. Cuando papá te llamó estaba ya peor, muy en los últimos; quizás la cabeza suya no andaba firme, ¡pobrecito! Yo tengo sus palabras aquí esculpidas...

—María —declaró José cogiendo la mano de la joven, después de meditar un instante—, lo cierto es que hay dos depósitos, y sólo así nos entenderemos. Papá me advirtió que me dejaba ese dinero exclusivamente a mí...

—Y a mí que el de Guadeluz era únicamente mío...

—¡Pobre papá —murmuró conmovido el oficial—. ¡Qué cosa más extraña! Pues... si te parece, lo que debe hacerse es ir a Guadeluz primero y a la Corchada después. Así saldremos de dudas. ¡Qué gracioso sería que no hubiese sino uno!

—Dices bien —confirmó María Josefa triunfante—. Primero adonde yo digo, ¡porque verás cómo allí está el tesoro!

—Y también porque tuviste el acierto de hablar antes, ¿verdad, chiquilla? Has de saber... que yo no te lo decía porque temía afligirte; podías creer que papá te excluía, que me prefería a mí... ¿qué sé yo? Pensaba sacar el depósito y darte la mitad sin decirte la procedencia. Ahora veo que fuí tonto.

—No, no; tenías razón —repuso María confusa y apurada—. Soy una parlanchina, una imprudente. Debió prevenírseme eso... Debí buscar el tesoro y hacer como tú, entregártelo sin decir de dónde venía... ¡Qué falta de pesquis!

—Pues yo deploro que te hayas adelantado —contestó sinceramente José, apretando los finos dedos de su hermana.

De allí a pocos días los mellizos hicieron su excursión a Guadeluz y encontraron todo puntualmente como lo había anunciado María Josefa. El tesoro se guardaba en un cofrecito de hierro cerrado; la llave no pareció. Cargaron el cofre, y sin

pensar en abrirlo siguieron el viaje a la Corchada, donde al pie de la derruída arqueta hallaron otra caja de hierro también de igual peso y volumen que la primera. Lleváronse a casa las dos cajas en una sola maleta; encerráronse de noche, y José María, provisto de herramientas de cerrajero, las abrió, o mejor dicho, forzó y destrozó el cierre. Al saltar las tapas, brillaron las acumuladas monedas, las hermosas onzas y las doblillas, que los dos hermanos, sin contarlas, uniendo ambos caudales, derramaron sobre la mesa, donde se mezclaron como Pactolos que confunden sus aguas maravillosas. De pronto María se estremeció.

—En el fondo de mi caja hay un papel.

—Y otro en la mía —observó el hermano.

—Es letra de papá.

—Letra suya es.

—El tuyo, ¿qué dice?

—Aguarda..., acerca la luz... Dice así: "Hijo mío, si lees esto a solas, te compadezco y te perdono; si lo lees en compañía de su hermana, salgo del sepulcro para bendecirte..."

—El sentido del mío es idéntico —exclamó, después de un instante,sollozando y riendo a la vez, María Josefa.

Los mellizos soltaron los papeles, y por encima del montón de oro, pisando monedas esparcidas en la alfombra, se tendieron los brazos y estuvieron abrazados buen trecho.

PARDO BAZÁN: Emilia Pardo Bazán nació en La Coruña, España, en 1851 y murió en 1921. Escribió obras de crítica, viajes, novelas, cuentos. Sus páginas se caracterizan por la viveza, el color y el relieve de las descripciones, así como por la fuerza de los caracteres.

CARLOS PERRAULT.
Francés, 1628-1703.

CAPERUCITA ROJA

I

Erase una hermosa niña campesina a quien adoraban su madre y su abuela. Esta le había regalado una caperuza de color rojo, y por eso todos la llamaban Caperucita Roja.

Un día le dijo la madre:

—Corre a ver a la abuela, pues me han dicho que la pobre está enferma, y, de paso, llévale esta torta y este rollito de manteca.

Temerosa de que la noche la sorprendiera en el camino, la niña salió inmediatamente en dirección al pueblo en donde vivía su abuelita.

Iba algo preocupada, porque la quería mucho, pero, de vez en cuando, se olvidada de la enferma, y corría detrás de alguna linda mariposa.

II

Al pasar por un bosque, Caperucita se encontró con el lobo. El terrible animal, que no se atrevió a comérsela porque los leñadores estaban allí cerca, le preguntó adonde iba.

Ella no sabía que es peligroso pararse a escuchar al lobo, y por eso le respondió:

—Voy a visitar a mi abuelita, y le llevo una torta y un rollito de manteca.

—¿Vive muy lejos tu abuelita?

—¡Oh, sí! ¡Más allá de aquel molino, en la primera casa del pueblo!

—Entonces, yo también iré a visitarla. Pero no iremos juntos. Tu irás por aquel camino, y yo por éste. ¡Vamos a ver quién llega primero!

Y el lobo echó a correr por el camino más corto.

III

Caperucita Roja, además de ir por el camino más largo, todavía se entretuvo en cazar mariposas y recoger flores, así es que el lobo llegó antes que ella a la casa de la abuelita.

—¡Tan! ¡Tan!

—¿Quién es?

—Tu nieta, Caperucita Roja —dijo el lobo imitando la voz de la niña—. Te traigo una torta y un rollito de manteca.

La anciana, que estaba acostada porque se sentía un poco débil, le gritó:

—Empuja la puerta, hija mía.

El lobo entró, se arrojó sobre la pobre viejecita y se la comió de un solo bocado.

Luego cerró la puerta, y se acostó para esperar a Caperucita.

IV

La niña no tardó mucho.

—¡Tan! ¡Tan!

—¿Quién es?

Caperucita Roja tembló al oír el vozarrón del lobo, pero, pensando que la abuelita estaría algo ronca, respondió casi tranquila:

—Soy su nieta, Caperucita Roja. Te traigo una torta y un rollito de manteca.

El lobo, tratando de suavizar un poco la voz, le gritó:

—Pasa, querida.

Al verla entrar, el lobo se hizo chiquito debajo de las mantas, y le indicó:

—Deja todo eso encima de la mesa, y acuéstate conmigo.

Caperucita Roja se desvistió, pero, al meterse entre las sábanas, exclamó muy sorprendida.

—Abuela, ¡qué brazos tan largos tienes!

—¡Para abrazarte mejor, hija mía!

—Abuela, ¡qué piernas tan grandes tienes!

—¡Para correr mejor, hija mía!

—Abuela, ¡qué orejas tan grandes tienes!

—¡Para oír mejor, hija mía!

—Abuela, ¡qué dientes tan grandes tienes!

—¡Para comerte!

Y, al decir estas palabras, el lobo se arrojó sobre Caperucita Roja y se la comió.

CARLOS PERRAULT.
Francés, 1628-1703.

LA CENICIENTA O EL ZAPATITO DE CRISTAL

Érase un caballero que se casó por segunda vez con la dama más altiva y orgullosa que jamás ha existido. Esta dama tenía, de su primer matrimonio, dos hijas que en todo se le parecían.

El caballero tenía también una hija de su primera mujer, tan dulce y bondadosa como ninguna otra y en todo parecida a su madre.

Apenas celebradas las bodas la madrastra se puso malhumorada; de ningún modo podía soportar que las buenas cualidades de aquella niña hicieran más notables aún lo odiosas que eran sus hijas. Por ello la encargó de las más pesadas ocupaciones domésticas; le mandó fregar los platos y el suelo, arreglar todas las habitaciones y los vestidos y acostarse en la buhardilla, en el granero, sobre un montón de paja, mientras sus hermanastras dormían en lechos de pluma, en habitaciones tapizadas de seda y adornadas con espejos donde las muy presumidas podían mirarse de pies a cabeza. La pobre niña lo sufría todo con paciencia y no se atrevía a quejarse a su padre; él la hubiera reñido severamente, pues su mujer le manejaba a su gusto.

Cuando concluía su tarea, la pobre niña se iba a sentar en un rincón, al pie de la chimenea de la cocina junto a las cenizas; esto hizo que sus hermanastras la llamaran despreciativamente la Cenicienta. Hay que advertir que la Cenicienta, con sus ropas destrozadas, parecía cien veces más bonita que sus hermanastras que llevaban trajes magníficos.

Sucedió que el hijo del rey dió un baile al que invitó a todas las personas distinguidas del país. Nuestras dos damiselas fueron también invitadas, pues no solían faltar a ninguna diversión. Y he aquí que estaban aquellos días como locas, ocupadísimas en escoger los trajes y peinados que más pudieran favorecerlas. Este fué un nuevo trabajo para Cenicienta; tenía que preparar los trajes para sus hermanas, planchar la ropa blanca y peinarlas y arreglarlas.

—Yo —dijo la mayor—, me pondré mi traje de terciopelo rojo con encajes de Inglaterra.

—Pues yo —dijo la pequeña—, llevaré mi traje de siempre, pero en compensación me pondré mi manto bordado de oro y mi diadema de brillantes que tan bien me queda.

Después de preparar los vestidos que, siguiendo la moda de la época, eran bastante complicados, llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, pues la niña tenía muy buen gusto

y ellas lo sabían. La Cenicienta les aconsejó lo mejor que supo, y se ofreció a arreglarlas, cosa que aceptaron de buena gana.

Mientras las peinaba, le dijeron:

—Cenicienta: ¿te gustaría venir al baile?

—¡Ay, por Dios! ¿Por qué os reís de mí? El baile del rey no es sitio adecuado para una pobre como yo.

Y ellas le contestaron:

—Tienes razón; ¡cuánto se reiría la gente si vieran a una Cenicienta en el baile!

Otra niña menos buena que Cenicienta, las hubiera peinada como a sus propios enemigos, pero ella lo hizo con el mayor gusto, lo mejor que pudo.

Las damiselas pasaraon casi dos días sin comer, tanta era su alegría y su preocupación. Rompieron más de doce cinturones a fuerza de apretárselos para tener la cintura estrecha y se pasaban las horas delante del espejo. Al fin, llegado el día feliz, se marcharon al baile y Cenicienta las siguió con la mirada largo rato. Cuando ya no las vió, se echó a llorar amargamente.

En esto apareció su madrina que era un hada (siempre es un hada la madrina de las niñas buenas) y al ver sus lágrimas, le preguntó cuál era la causa de ellas.

—Yo quería... yo quería...

Pero los sollozos no la dejaban acabar.

Su madrina, que como era un hada lo adivinaba todo, le dijo:

—Tu querías ir al baile, ¿no es eso?

—¡Ay, sí! —dijo ella suspirando.

—Entonces, si te portas bien —dijo el hada— yo haré de modo que puedas ir.

La llevó a su habitación y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fué al jardín y le llevó a su madrina la calabaza más hermosa que pudo encontrar. La pobre no acababa

de comprender cómo aquella calabaza podría hacer que ella fuese al baile. El hada vació la calabaza y, cuando ya sólo quedaba la cáscara, la tocó con su varita de virtudes y la calabaza se convirtió en una hermosa carroza de oro.

Después le dijo a la niña que le trajera la ratonera, en la que estaban presos seis ratoncillos. El hada mandó a la Cenicienta que levantase la trampa de la ratonera, y a cada ratón que salía, le daba un golpe con su varita mágica: al golpe el ratón se convertía en un hermosísimo caballo. Así se formó un tiro de tres yuntas para la carroza.

Después transformó a una ardilla en un bello cochero muy bien vestido y con los más grandes bigotes que jamás se hayan visto. Luego dijo la madrina a la Cenicienta:

—Vé ahora al jardín y tráeme seis lagartos que están detrás del rosal más hermoso.

Apenas los hubo traído, cuando la madrina los convirtió en seis lacayos que, con sus uniformes de vistosos colores, se subieron detrás de la carroza con tanta gentileza como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida.

El hada dijo entonces a la Cenicienta:

—Ahora ya puedes ir al baile; ¿estás contenta?

Y dijo la niña:

—Sí, pero ¿cómo voy a ir con estos vestidos rotos?

No hizo su madrina más que tocarla con la varita mágica y sus míseros harapos se convirtieron en preciosos vestidos de oro y plata, incrustados de piedras preciosas; después le dió un par de zapatitos de cristal, los más lindos que jamás se han visto. Así vestida, la Cenicienta subió a la carroza. Al despedirse, su madrina le recomendó mucho que no pasara la media noche fuera de su casa, advirtiéndole que, si se quedaba en el baile un momento después de la última campanada de las doce, su carroza volvería a ser calabaza, sus caballos ratones, sus lacayos lagartos y sus vestidos magníficos desaparecerían dejando al descubierto los míseros harapos sucios de cenizas.

Cenicienta prometió a su madrina que no dejaría de salir del baile antes de medianoche, y partió hacia el baile tan contenta como es de imaginarse. El hijo del rey, a quien los cortesanos habían advertido que acababa de llegar al palacio una hermosa princesa desconocida, corrió a recibirla, le dió la mano para ayudarla a descender de la carroza y la llevó al gran salón. Entonces todo quedó en silencio; las parejas dejaron de bailar y los violines no tocaron más, pues la concurrencia quedó admirada y sin poder hacer otra cosa que contemplar la resplandeciente belleza de la desconocida; sólo se oían confusos murmullos; todos se decían:

—¡Oh, qué bella! ¡Oh, qué hermosa es!

El mismo rey, que era ya muy anciano, no dejaba de admirarla y decía en voz baja a la reina que jamás había contemplado belleza tan perfecta. Todas las damas admiraban su traje, su peinado, sus zapatos, deseosas de poder imitarla al día siguiente, si les era posible encontrar telas tan maravillosas, así como modistas y peluqueros tan hábiles.

El hijo del rey la hizo sentar en el puesto de honor y en seguida le pidió que le concediera el honor de bailar con ella. Y danzó la joven con tanta gracia, que nuevamente la admiraron todos. Hubo después un gran banquete, mas el príncipe no probó bocado, pues no podía ocuparse de nada que no fuera admirar a la hermosa. Ella fué a sentarse cerca de sus hermanas y les hizo mil agasajos, compartiendo con ellas los obsequios que el príncipe le hacía, actitud que sorprendió a las dos presumidas puesto que no la conocían.

Cuando Cenicienta oyó dar en el reloj las doce menos cuarto, hizo una gran reverencia a toda la reunión y se marchó tan rápidamente como le fué posible. Al llegar a su casa, encontró allí todavía a su madrina y, después de haberle dado las gracias, dijo que deseaba volver al baile que en su honor daría el príncipe a la noche siguiente. Mientras contaba a su madrina cuanto había sucedido en palacio, las dos hermanas llamaron a la puerta. Cenicienta fué a abrirles.

—¡Cuánto habéis tardado en venir! —les dijo la niña bostezando y frotándose los ojos como si acabara de despertarse.

—Si hubieras venido al baile —dijo una de ellas— no te hubieras aburrido, no; hubieras visto a la más hermosa princesa que jamás ha existido. Por cierto que ha estado muy obsequiosa con nosotras y nos ha dado dulces de los que el príncipe le regalaba a ella.

Cenicienta, que no cabía en sí de gozo, les pidió que le dijeran el nombre de la princesa, mas ellas le respondieron que no la conocían, que el hijo del rey no la conocía tampoco y que éste lo sentía tanto, que daría todo lo que tenía en el mundo por saber quién era.

Cenicienta, sonriendo, les dijo:

—¿Tan hermosa era? ¡Díos mío, qué dichosas sois! ¿No podría yo verla también? ¡Ay, damisela Hortensia, si quisiérais prestarme vuestro vestido amarillo, el de todos los días, podría yo ir al baile y desde el último rincón ver a esa princesa!

—¡Qué ocurrencia! —dijo damisela Hortensia— ¡A quién se le ocurre que yo voy a prestar uno de mis vestidos a una asquerosa Cenicienta como tú! ¡Ni que estuviera loca!

Cenicienta esperaba estas palabras, de las que se alegró mucho pues si su hermanastra hubiera accedido a prestarle el traje, la hubiera puesto en un grave aprieto.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron al baile y Cenicienta fué también, todavía mejor vestida que la primera vez. El hijo del rey no se separó un momento de su lado y no acababa de decirle dulces palabras. La joven no se aburrió, ciertamente y hasta tal punto se divirtió, que olvidó lo que su madrina le había recomendado; por eso, al oír la primera campanada de las doce, se levantó de golpe y echó a correr tan ligera como una cervatilla. El príncipe la siguió, pero no pudo alcanzarla. Tanto corría la niña que perdió en la escalera uno

de sus zapatitos de cristal; el príncipe lo recogió y, como la bella había desaparecido, lo guardó cuidadosamente.

Por el camino dieron las doce y Cenicienta llegó a su casa muy sofocada, sin carroza, sin lacayos y con sus ropas harapientas; de toda su magnificencia no le quedaba más que uno de los lindos zapatitos, el compañero de aquel que se había quedado en la escalera.

Se preguntó a los guardas de los caminos si habían visto pasar una princesa. Ellos contestaron que no habían visto a nadie más que a una jovencita muy mal vestida y que tenía más trazas de mendiga que de damisela.

Cuando las dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido mucho y si había asistido la hermosa dama de la noche anterior. Ellas le contestaron que sí pero que, al sonar las doce, había huído tan precipitadamente que se había dejado en la escalera uno de sus zapatitos de cristal. Le contaron también que el hijo del rey no había hecho otra cosa que mirarla durante todo el baile y que seguramente estaba enamorado de la bella dueña de aquel zapatito.

Así era, en efecto, pues, pocos días después, el hijo del rey hizo publicar a son de trompetas que estaba dispuesto a casarse con la mujer a quien le quedara bien el zapatito. Se lo probaron las princesas, las duquesas y, en fin, todas las damas de la corte. También se llevó el zapatito a casa de las dos hermanas, que inútilmente se esforzaron por calzárselo. Cenicienta, que las miraba y que había reconocido en seguida su zapato, dijo riéndose:

—¿A ver si a mí me queda bien?

Sus hermanastras se echaron a reír y empezaron a burlarse de ella. El paje que probaba el zapato y que después de mirar atentamente a Cenicienta la encontró muy bella, dijo que era muy justa su pretensión, pues él tenía orden de probar el zapato a todas las doncellas del reino. Hizo sentar a Cenicienta y, al ponerle el zapato, vió que le calzaba sin dificultad

alguna, como si estuviera hecho a su medida. El asombro de las dos hermanas, que fué muy grande, creció cuando vieron a Cenicienta sacar de entre sus harapos el otro zapatito, que se calzó también. Y en esto llegó el hada madrina que, tocando con su varita mágica los andrajos de Cenicienta, los convirtió en un traje todavía más hermoso y más rico que los dos que había llevado a los bailes del rey.

Entonces sus dos hermanas reconocieron en ella a la hermosa princesa que habían visto en el baile y se arrodillaron ante ella para pedirles perdón por todo lo que le habían hecho sufrir. Cenicienta las hizo poner de pie y las besó mientras les decía que las perdonaba y que les rogaba que la quisieran como ella las quería.

Así vestida, la condujeron los pajes del rey a donde el príncipe la esperaba; al príncipe le pareció más bella que nunca y pocos días después se celebraron sus bodas. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, alojó a sus hermanastras en el palacio, y el mismo día que ella se casó, las hizo casar con dos grandes señores de la corte.

PERRAULT: Carlos Perrault nació en Francia en 1628 y murió en 1703. Estaba ya en las postrimerías de su larga vida cuando vinieron a su pluma esos deliciosos cuentos de hadas: "Caperucita Roja", "La Cenicienta", "Piel de asno", "Pulgarcito"... Al imprimir el libro en 1697 el anciano escritor, antiguo miembro de la Academia Francesa, no tuvo el valor de firmarlo... tan insignificante lo consideraba. Y lo dió al público con el nombre de su inocente hijo Perrault d'Armancour, que entonces contaba sólo diez años.

HORACIO QUIROGA.
Uruguayo, 1880-1937.

LA ABEJA HARAGANA

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar. Es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día, mientras las otras se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida, y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron— sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que, a la tarde siguiente, las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron— sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron— sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora pasa.

Y diciendo esto se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—No se entra —le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita.— Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras —le contestaron las otras.— No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! —insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan —respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía, y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —exclamó la desamparada.— ¡Va a llover, y me voy a morir de frío!

Y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo el cerraron el paso.

—¡Perdón! —gimió la abeja.— ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es mas tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró, hasta que de pronto rodó por un agujero —cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós, mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto —murmuró la abeja.— No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así —agregó la culebra burlona— voy a quitar del mundo un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo, eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah! —exclamó la culebra, enroscándose ligero.— ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres, que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima tonta?

—No es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo, menos inteligente que tú, mocosa? —se rió la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien, —dijo la culebra— vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. El que haga la prueba más rara, ese gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú, —repuso su enemiga— tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena, y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra.— Fíjate bien. ¡Atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar un trompito.

Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra dando un salto de sorpresa.— ¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna, y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga "tres", búsqueme por todas partes. ¡Ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: "uno..., dos..., tres", y se volvió y abrió la boca cuán grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin.— Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz.— ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra.— Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: La plantita en cuestión, era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de ese fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fué una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la obscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando legó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fué, en efecto. En adelante ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el Otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fué para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman idea, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

HORACIO QUIROGA.
Uruguayo, 1880-1937.

LAS MEDIAS DE LOS FLAMENCOS

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y a los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los pescados estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas, y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo

el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Preo las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde: las amarillas otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentina, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

—¡Tán-tán! —pegaron con las patas.

—¿Quién es? —respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay —contestó el almacenero.— ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

—¡Tán-tán! —¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

¿—Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. —¿Quiénes son?

—Somos los flamencos —respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron entonces a otro almacén.

—¡Tán-tán! —¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedirlas por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanselas, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las ví-

boras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! —respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias —les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral como medias, metiendo las patas dentro de los cueros que estaban como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras, no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también, tratando de tocar con la lengua las pastas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y

BIBLIOTECA NACIONAL

esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias! —gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es es! ¡Nos han engañado! Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaban las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro, sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de su traje de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido, eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están

los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirarla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

HORACIO QUIROGA.
Uruguayo, 1880-1937.

LA MIEL SILVESTRE

Tengo en el Salto Oriental dos primos, hoy hombres ya, que a sus doce años, y a consecuencia de profundas lecturas de Julio Verne, dieron en la rica empresa de abandonar su casa para ir a vivir al monte. Este queda a dos leguas de la ciudad. Allí vivirían primitivamente de la caza y la pesca. Cierto es que los dos muchachos no se habían acordado particularmente de llevar escopetas ni anzuelos; pero, de todos modos, el bosque estaba allí, con su libertad como fuente de dicha y sus peligros como encanto.

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes los buscaban. Estaban bastante atónitos todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores

—iniciados también en Julio Verne— sabían andar aún en dos pies y recordaban el habla.

La aventura de los dos robinsones, sin embargo, fuera acaso más formal a haber tenido como teatro otro bosque menos dominguero. Las escapatorias llevan aquí en Misiones a límites imprevistos, y a ello arrastró a Gabriel Benincasa el orgullo de sus stromboot.

Benincasa, habiendo concluído sus estudios de contaduría pública, sintió fulminante deseo de conocer la vida de la selva. No fué arrastrado por su temperamento, pues antes bien Benincasa era un muchacho pacífico, gordinflón y de cara rosada, en razón de su excelente salud. En consecuencia, lo suficiente cuerdo para preferir un té con leche y pastelitos a quién sabe que fortuita e infernal comida del bosque. Pero así como el soltero que fué siempre juicioso cree de su deber, la víspera de sus bodas, despedirse de la vida libre con una noche de orgía en compañía de sus amigos, de igual modo Benincasa quiso honrar su vida aceitada con dos o tres choques de vida intensa. Y por este motivo remontaba el Paraná hasta un obraje, con sus famosos stromboot.

Apenas salido de Corrientes había calzado sus recias botas, pues los yacarés de la orilla calentaban ya el paisaje. Mas a pesar de ello el contador público cuidaba mucho de su calzado, evitándole arañazos y sucios contactos.

De este modo llegó al obraje de su padrino, y a la hora tuvo éste que contener el desenfado de su ahijado.

—¿Adónde vas ahora? —le había preguntado sorprendido.

—Al monte; quiero recorrerlo un poco —repuso Benincasa, que acababa de colgarse el winchester al hombro.

—¡Pero infeliz! No vas a poder dar un paso. Sigue la picada, si quieres... O mejor deja esa arma y mañana te haré acompañar por un peón.

Benincasa renunció a su paseo. No obstante, fué hasta la vera del bosque y se detuvo. Intentó vagamente un paso adentro, y quedó quieto. Metióse las manos en los bolsillos

y miró detenidamente aquella inextricable maraña, silbando débilmente aires truncos. Después de observar de nuevo el bosque a uno y otro lado, retornó bastante desilusionado.

Al día siguiente, sin embargo, recorrió la picada central por espacio de una legua, y aunque su fusil volvió profundamente dormido, Benincasa no deploró el paseo. Las fieras llegarían poco a poco.

Llegaron éstas a la segunda noche —aunque de un carácter un poco singular.

Benincasa dormía profundamente, cuando fué despertado por su padrino.

—¡Eh, dormilón! Levántate que te van a comer vivo.

Benincasa se sentó bruscamente en la cama, alucinado por la luz de los tres faroles de viento que se movían de un lado a otro en la pieza. Su padrino y dos peones regaban el piso.

—¿Qué hay, qué hay? —preguntó echándose al suelo.

—Nada... Cuidado con los pies... La corrección.

Benincasa había sido ya enterado de las curiosas hormigas a que llamamos *corrección*. Son pequeñas, negras, brillantes y marchan velozmente en ríos más o menos anchos. Son esencialmente carnívoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso: arañas, grillos, alacranes, sapos, víboras y a cuanto ser no puede resirtirles. No hay animal, por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminación absoluta de todo ser viviente, pues no hay rincón ni agujero profundo donde no se precipite el río devorador. Los perros aullan, los bueyes mugen, y es forzoso abandonarles la casa, a trueque de ser roído en diez horas hasta el esqueleto. Permanecen en un lugar uno, dos hasta cinco días, según su riqueza en insectos, carne o grasa. Una vez devorado todo, se van.

No resisten, sin embargo, a la creolina o droga similar; y como en el obraje abunda aquélla, antes de una hora el chalet quedó libre de la corrección.

Benincasa se observaba muy de cerca, en los piés, la placa lívida de una mordedura.

—¡Pican muy fuerte, realmente! —dijo sorprendido, levantando la cabeza hacia su padrino.

Este, para quien la observación no tenía ya ningún valor, no respondió, felicitándose, en cambio, de haber contenido a tiempo la invasión. Benincasa reanudó el sueño, aunque sobresaltado toda la noche por pesadillas tropicales.

Al día siguiente se fué al monte, esta vez con un machete, pues había concluído por comprender que tal utensilio le sería en el monte mucho más útil que el fusil. Cierto es que su pulso no era maravilloso, y su acierto mucho menos. Pero de todos modos lograba trazar las ramas, azotarse la cara y cortarse las botas; todo en uno.

El monte crepuscular y silencioso lo cansó pronto. Dábale la impresión —exacta por lo demás— de un escenario visto de día. De la bullente vida tropical no hay a esa hora más que el teatro helado; ni un animal, ni un pájaro, ni un ruido casi. Benincasa volvía, cuando un sordo zumbido le llamó la atención. A diez metros de él, en un tronco hueco, diminutas abejas aureolaban la entrada del agujero. Se acercó con cautela y vió en el fondo de la abertura diez o doce bolas obscuras, del tamaño de un huevo.

—Esto es miel —se dijo el contador público con íntima gula—. Deben de ser bolsitas de cera, llenas de miel...

Pero entre él —Benincasa— y las bolsitas estaban las abejas. Después de un momento de descanso, pensó en el fuego; levantaría una buena humareda. La suerte quiso que mientras el ladrón acercaba cautelosamente la hojarasca húmeda, cuatro o cinco abejas se posaran en su mano, sin picarlo. Benincasa cogió una en seguida, y oprimiéndole el abdomen, constató que no tenía aguijón. Su saliva, ya liviana, se clarificó en melífica abundancia. ¡Maravillosos y buenos animalitos!

En un instante el contador desprendió las bolsitas de cera, y alejándose un buen trecho para escapar al pegajoso contacto

de las abejas, se sentó en un raigón. De las doce bolas, siete contenían polen. Pero las restantes estaban llenas de miel, una miel oscura, de sombría transparencia, que Benincasa paladeó golosamente. Sabía distintamente a algo. ¿A qué? El contador no pudo precisarlo. Acaso a resina de frutales o de eucaliptus. Y por igual motivo, tenía la densa miel un vago dejo áspero. ¡Mas qué perfume, en cambio!

Benincasa, una vez bien seguro de que cinco bolsitas le serían útiles, comenzó. Su idea era sencilla: tener suspendido el panal goteante sobre su boca. Pero como la miel era espesa, tuvo que agrandar el agujero, después de haber permanecido medio minuto con la boca inútilmente abierta. Entonces la miel asomó, adelgazándose en pesado hilo hasta la lengua del contador.

Uno tras otro, los cinco panales se vaciaron así dentro de la boca de Benincasa. Fué inútil que éste prolongara la suspensión, y mucho más que repasara los globos exhaustos; tuvo que resignarse.

Entretanto, la sostenida posición de la cabeza en alto lo había mareado un poco. Pesado de miel, quieto y los ojos bien abiertos, Benincasa consideró de nuevo el monte crespuscular. Los árboles y el suelo tomaban posturas por demás oblícuas, y su cabeza acompañaba el vaivén del paisaje.

—Qué curioso mareo... —pensó el contador—. Y lo peor es...

Al levantarse e intentar dar un paso, se había visto obligado a caer de nuevo sobre el tronco. Sentía su cuerpo de plomo, sobre todo las piernas, como si estuvieran inmensamente hinchadas. Y los pies y las manos le hormigueaban.

—¡Es muy raro, muy raro, muy raro! —se repitió estúpidamente Benincasa, sin escudriñar, sin embargo, el motivo de esa rareza—. Como si tuviera hormigas... La corrección —concluyó.

Y de pronto la respiración se le cortó en seco, de espanto.

—¡Debe ser la miel!... ¡Es venenosa!... ¡Estoy envenenado!

Y a un segundo esfuerzo para incorporarse, se le erizó el cabello de terror: no había podido ni aun moverse. Ahora la sensación de plomo y el hormigueo subían hasta la cintura. Durante un rato el horror de morir allí, miserablemente solo, lejos de su madre y sus amigos, le cohibió todo medio de defensa.

—¡Voy a morir ahora!... ¡De aquí a un rato voy a morir!... ¡Ya no puedo mover la mano!...

En su pánico constató, sin embargo, que no tenía fiebre ni ardor de garganta, y el corazón y pulmones conservaban su ritmo normal. Su angustia cambió de forma.

—¡Estoy paralítico, es la parálisis! ¡Y no me van a encontrar!...

Pero una visible somnolencia comenzaba a apoderarse de él, dejándole íntegras sus facultades, a la par que el mareo se aceleraba. Creyó así notar que el suelo oscilante se volvía negro y se agitaba vertiginosamente. Otra vez subió a su memoria el recuerdo de la corección, y en su pensamiento se fijó como una suprema angustia la posibilidad de que eso negro que invadía el suelo...

Tuvo aún fuerzas para arrancarse a este último espanto, y de pronto lanzó un grito, un verdadero alarido, en que la voz del hombre recobra la tonalidad del niño aterrado: por sus piernas trepaba un precipitado río de hormigas negras. Alrededor de él la corrección devoradora obscurecía el suelo, y el contador sintió, por bajo del calzoncillo, el río de hormigas carnívoras que subían.

* * *

Su padrino halló por fin, dos días después, y sin la menor partícula de carne, el esqueleto cubierto de ropa de Be-

nincasa. La corrección que merodeaba aún por allí, y las bolsitas de cera, lo iluminaron suficientemente.

No es común que la miel silvestre tenga esas propiedades narcóticas o paralizantes, pero se la halla. Las flores con igual carácter abundan en el trópico, y ya el sabor de la miel denuncia en la mayoría de los casos su condición; tal el dejo a resina de eucaliptus que creyó sentir Benincasa.

HORACIO QUIROGA.
Uruguayo, 1880-1937.

LA TORTUGA GIGANTE

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir, porque tenia hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traernos los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre aceptó, y se fué a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado vivas muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porqué allá hay mates tan grandes como una lata de kerosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vió a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora —se dijo el hombre—, voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vió que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fué el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre, y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió entonces que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir —dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quien me dé agua siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento.

Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo le voy a curar a él ahora.

Fué entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dió de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar en seguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vió que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y yo voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía, deshacía los nudos, acostaba al hombre con mucho cuidado, en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua! ¡agua!, a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

El creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vió una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad —posiblemente el ratoncito Pérez— encontró a los dos viajeros moribundos.

—¡Qué tortuga! —dijo el ratón—. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

—No —le respondió con tristeza la tortuga—. Es un hombre.

—¿Y dónde vas con ese hombre? —añadió el curioso ratón.

—Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires —respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía—. Pero vamos a morir aquí, porque nunca llegaré...

—¡Ah, zonza, zonza! —dijo riendo el ratoncito—. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá, es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vió llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fué corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó en seguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho su viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.

El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce de lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé antes una palmadita de cariño en el lomo.

HORACIO QUIROGA.
Uruguayo, 1880-1937.

LOS CAZADORES DE RATAS

Una siesta de invierno, las víboras de cascabel, que dormían extendidas sobre la greda, se arrollaron bruscamente al oír insólito ruido. Como la vista no es su agudeza particular, mantuviéronse inmóviles, mientras prestaban oído.

—Es el ruido que hacían aquéllos... —murmuró la hembra.

—Si, son voces de hombre; son hombres —afirmó el macho.

Y pasando una por encima de la otra se retiraron veinte metros. Desde allí miraron. Un hombre alto y rubio y una mujer rubia y gruesa se habían acercado y hablaban observando los alrededores. Luego el hombre midió el suelo a grandes pasos, en tanto que la mujer clavaba señales en los extremos de cada recta. Conversaron después, señalándose mutuamente distintos lugares, y por fin se alejaron.

—Van a vivir aquí, —dijeron las víboras—. Tendremos que irnos.

En efecto, al día siguiente llegaron los colonos con un hijo de tres años y una carreta en que había catres, cajones, herramientas sueltas y gallinas atadas a la baranda. Instalaron la carpa, y durante semanas trabajaron todo el día. La mujer interrumpíase para cocinar, y el hijo, un osezno blanco, gordo y rubio, ensayaba de un lado a otro su infantil marcha de pato.

Tal fué el esfuerzo de la gente aquélla, que el cabo de un mes tenían pozo, gallinero y rancho prontos —aunque a éste faltaban aún las puertas. Después el hombre ausentóse por

todo un día, volviendo al siguiente con ocho bueyes, y la chacra comenzó.

Las víboras, entre tanto, no se decidían a irse de su paraje natal. Solían llegar hasta el linde del pasto carpido, y desde allí miraban la faena del matrimonio. Un atardecer en que la familia entera había ido a la chacra, las víboras, animadas por el silencio, se aventuraron a cruzar el peligroso páramo y entraron en el rancho. Recorriéronlo con cauta curiosidad, restregando su piel áspera contra las paredes.

Pero allí había ratas; y desde entonces tomaron cariño a la casa. Llegaban todas las tardes hasta el límite del patio y esperaban atentas que aquélla quedara sola. Raras veces tenían esa dicha —y a más, debían precaverse de las gallinas con pollos, cuyos gritos, si las veían, delatarían su presencia.

De este modo, un crepúsculo en que la larga espera habíalas distraído, fueron descubiertas por una gallineta, que después de mantener un rato el pico extendido, huyó a toda ala abierta, gritando. Sus compañeras comprendieron el peligro sin ver, y la imitaron.

El hombre que volvía del pozo con un balde, se detuvo al oír los gritos. Miró un momento, y dejando el balde en el suelo se encaminó al paraje sospechoso. Al sentir su aproximación, las víboras quisieron huir, pero sólo una tuvo tiempo necesario, y el colono halló sólo al macho. El hombre echó una rápida ojeada alrededor buscando un arma y llamó —los ojos fijos en el rollo obscuro:

—¡Hilda! ¡Alcánzame la azada, ligero! ¡Es una serpiente de cascabel!

La mujer corrió y entregó ansiosa la herramienta a su marido. El filo de la azada descargada con terrible fuerza, cercenó totalmente la cabeza.

Tiraron luego lejos, más allá del gallinero, el cuerpo muerto, y la hembra lo halló por casualidad al otro día. Cruzó y recruzó cien veces por encima de él, y se alejó al fin, yendo

a instalarse como siempre en la linde del pasto, esperando pacientemente que la casa quedara sola.

La siesta calcinaba el paisaje en silencio; la víbora había cerrado los ojos amodorrada, cuando de pronto se replegó vivamente: acababa de ser descubierta de nuevo por las gallinetas, que quedaron esta vez girando en torno suyo a gritos y ala abierta. La víbora mantúvose quieta, prestando oído. Sintió al rato ruido de pasos —la Muerte. Creyó no tener tiempo de huir, y se aprestó con toda su energía vital a defenderse.

En la casa dormían todos, menos el chico. Al oír los gritos de las gallinetas, apareció en la puerta, y el sol quemante le hizo cerrar los ojos. Titubeó un instante, perezoso, y al fin se dirigió con su marcha de pato a ver a sus amigas las gallinetas. En la mitad del camino se detuvo, indeciso de nuevo, evitando el sol con el brazo. Pero las gallinetas continuaban en gigante alarma, y el osezno rubio avanzó.

De pronto lanzó un grito y cayó sentado. La víbora, presta de nuevo a defender su vida, deslizóse dos metros y se replegó. Vió a la madre en enaguas y con los brazos desnudos asomarse inquieta, y correr hacia su hijo, levantarlo y gritar aterrada:

—¡Otto, Otto! ¡Lo ha picado una víbora!

Vió llegar al hombre, pálido y llevar en sus brazos a la criatura atontada. Oyó la carrera de la mujer al pozo, sus voces, y al rato, después de una pausa, su alarido desgarrador:

—¡Hijo mío!

QUIROGA: Horario Quiroga nació en el Uruguay en 1880 y murió en 1937. El primer cuentista de habla castellana. "La dramática pluma de Quiroga —dice Germán Berdiales en un detenido estudio—, destila contenida ternura, fino humorismo, álgida emoción. ¡Cuánta maestría literaria y cuánto tacto psicológico en la aparente, pero sólo aparente, negligencia de su estilo! Es que elimina de sus páginas hasta lo estrictamente literario para dar lugar a lo simplemente humano, asegurando así la repercusión de su obra en la íntima entraña donde se refugian las afinidades y los estímulos primeros."

ANTONIO DE TRUEBA.
Español, 1819-1889.

LA OBLIGACION

I

—¡Señor marqués!

—¡Oh, señor don José!

—¿Cómo va esa humanidad?

—Hombre, no me siento muy bien.

—Usted, señor marqués, no quiere creerme, y su salud lo paga. Lo que a usted le hace falta es salirse a dar un paseo todas las mañanitas, mientras dure el buen tiempo.

—Salgo la mañana que tengo gana de salir, y la que no, como ha sucedido hoy, me estoy en casa.

—Eso no es entenderlo, señor marqués. Impóngase usted la obligación de salir todos los días, y verá qué bien le va.

—¿Qué me imponga la obligación, dice usted?

—Eso mismo.

—Pues eso precisamente es lo que yo no quiero hacer; porque si me impongo la obligación de pasear todos los días, acabaron mis paseos.

—¡Vamos, vamos, es usted incorregible! Tiene usted una filosofía tan particular, que nadie puede con usted.

—¡Qué quiere usted, amigo! Genio y figura hasta la sepultura. Pero, hablando de otra cosa, ¿a qué debemos la dicha de ver por aquí a usted, que tan caro se vende?

—A que necesito un favor de la buena amistad de usted.

—Ya sabe usted que deseo servirle con el alma y la vida.

—Lo sé, señor marqués. ¿Se acuerda usted de Perico, aquel muchacho por quien le hablé hace tiempo?

—¿El hijo de Romero?

—Justamente. Su padre, como usted sabe, era uno de mis mejores amigos. Cuando murió le prometí que no abandonaría a su hijo, y así lo hice: me llevé a casa a Perico, que entonces tenía diez años, le dí la educación que pude y le dediqué a una carrera decente; pero el muchacho, a pesar de que nada tiene de tonto ni le falta buena voluntad adelantaba poquísimo en sus estudios. Yo, que también tengo mi filosofía, aunque muy diferente de la de usted, vi que Perico era uno de aquellos hombres cuyo carácter se aviene malditísimamente con la uniformidad de ocupaciones que proporciona una carrera determinada, al paso que se puede sacar un gran partido de ellos imponiéndoles trabajos variados y no sujetos a método. Conque amigo mío, entonces me dije: No obliguemos a este muchacho a tomar pulsos o hacer pedimentos toda su vida, porque de seguro se le morirán los enfermos o perderá los pleitos.

—Es decir, que usted se convenció de que bastaba imponer al muchacho una obligación, para que no la cumpliera o la cumpliera mal.

—Justamente: observé su carácter especial, y quise valerme de esta observación para enderezar por buen camino a mi protegido. "Muchacho, le dije un día, no vuelvas a cátedra, que ya te buscaremos ocupación que cuadre más a tus inclinaciones." El chico siguió dócilmente mi consejo, pero está hecho un mocetón como un castillo, y por más que he hecho, esta es la hora, señor marqués, que no he podido proporcionarle una ocupación en que se gane siquiera una peseta.

—Pues, amigo mío, repito a usted lo que le dije cuando en otra ocasión me habló usted en favor de ese muchacho: ese muchacho dejará mal al que se interese por él.

—Yo le aseguro a usted que no, señor marqués. Está el pobre que se le cae la cara de vergüenza al ver que tiene diez y ocho años y no gana para el agua que bebe. En casa nada le falta, es verdad; sabe que aunque no somos ricos, nunca

nos ha dolido el pan que le hemos dado; no ignora que le queremos, como lo prueba el que hace unos pocos días he desembolsado algunos miles de reales, suscribiéndole en la sociedad de padres de familia para que no vaya a tomar las armas, si le toca la suerte; pero como es un chico pundonoroso y agradecido, por lo mismo que nosotros le damos pruebas de cariño, se avergüenza más de no hacer nada.

—Conociendo usted mis ideas respecto al trabajo obligatorio, puede usted calcular la confianza que tendré en que ese muchacho cumpla con exactitud sus obligaciones.

—Repito a usted que las cumplirá.

—Repito a usted que no.

—Pues bien, a la prueba me remito. Es preciso que haga usted un sacrificio por mí: es preciso que proporcione usted al pobre Perico una ocupación en su casa, o valiéndose de sus buenas relaciones.

—Verá usted como todo es intúil.

—Verá usted como no lo es.

—Pues bien: diga usted al chico que se venga por aquí mañana, y yo le proporcionaré ocupación.

—Así lo hará. Y doy a usted un millón de gracias. Continúe usted leyendo sus periódicos, que yo voy a dar al pobre Perico la satisfactoria nueva de su colocación.

—Vaya usted con Dios, amigo mío.

—Lo dicho, señor marqués; impóngase usted la obligación de dar un paseíto todas las mañanas, y verá usted qué bien le va.

—Todo menos imponerme obligaciones.

II

—¿Perico?

—Mande usted, don José.

—Vamos, alégrate, que vas a dejar tu oficio de paseante en la corte.

—¡Qué me dice usted!

—Digo que el marqués ha consentido al fin en colocarte en su casa.

—¡Qué dicha, Díos mío! ¿Pero es verdad eso, don José? No me engañe usted porque sería matarme el que después de esta alegría, que me vuelve loco, fuera todo una broma.

—No hay broma que valga, Perico; mañana te vas a casa del marqués, y desde luego quedarás colocado.

—¡Ay, don José de mi alma! ¡Cómo podré yo pagarle a usted la dicha que me proporciona!

—Siendo hombre de bien, cumpliendo con tu obligación.

—¡De rodillas cumpliré con ella si es preciso! ¡Usted no sabe lo pesada que me era la vida! ¡Tener ya diez y ocho años y no ser útil para ganar una peseta! Cuando voy por la calle, me parece que todos me apuntan con el dedo diciendo: "Ese es un vago que a pesar de ser un mozo como un varal, no gana para la sal que come". Cuando veo pasar por ahí todos los días pobres jornaleros que van a ganar cinco o seis reales trabajando todo el día, envidio su suerte, como ellos pueden envidiar la de un rey. Cuando alguien me pregunta qué oficio o qué ocupación tengo, quisiera confundirme siete estados bajo tierra. Un dia, olvidando mi triste posición, hablé de amores a una muchacha a quien veía por primera vez, y como me preguntara cuál era mi modo de vivir, huí sin atreverme a contestar, aturdido, confundido, cayéndoseme la cara de vergüenza.

—Ea, pues lo pasado, pasado. Tú sabes que en mi casa nunca te ha faltado que comer, ni te faltará si por desgraciado no lo ganas. Conozco que, en efecto, a un muchacho de tu edad debe serle bochornoso el no tener oficio ni beneficio, y si deseo que te coloques es por ti, no por nosotros. Mañana, a las diez te vas por casa del señor marqués, te enteras de tu obligación, y a cumplirla como hombre de bien, que los que lo son, por más que en contrario se diga, nunca son más dichosos que cuando pueden decir: "Este pan que como y esta

ropa que visto, son el fruto de mi trabajo: me basto a mí mismo; no soy un zángano en la colmena del mundo".

—¡Ah! ¡Qué razón tiene usted, don José! Nadie lo sabe como yo, pues hasta la bondad y la delicadeza de ustedes contribuyen a confundirme más y más, y a hacerme sentir doblemente mi inutilidad.

—Ea, conque lo dicho, Perico.

—¡Gracias!... ¡Un millón de gracias, don José!...

—(¡Pobre muchacho! ¡Pues no se le saltan las lágrimas!)

III

—¡Señor marqués!...

—¡Hola, muchacho!

—¿Cómo está vuecencia?

—Vamos pasando, hombre. Siéntate.

—Mil gracias, señor marqués.

—Conque tú deseas ocupación, ¿no es verdad?

—Señor, esa será mi mayor dicha.

—Pues esa dicha yo te la voy a proporcionar. ¿En qué quieres tú ocuparte?

—Señor, en cualquiera cosa: la ocupación más penosa o más humilde será para mí una dicha inmensa.

—Bien. Me agradan tus buenos deseos. ¿Ves aquellas vidrieras que están abiertas al otro lado del patio y corresponden a la escalera principal?

—Sí, señor, ya las veo.

—Es preciso que vengas a abrirlas todas las mañanas a las ocho en punto, pues las cierra el portero todas las noches.

—Está muy bien, señor: a las ocho en punto estarán abiertas todas las mañanas. Y después, ¿en qué quiere vuecencia que me ocupe?

—En nada más; esa es tu única obligación. Ahora vamos a ver qué recompensa quieres.

—Señor, ese trabajo no merece recompensa ninguna.

—La merece, y yo quiero dártela. Ganarás doce reales diarios.

—Señor, yo no puedo admitir recompensa tan crecida por trabajo que no merece nombre de tal.

—Nada, nada; doce reales diarios ganarás en mi casa; que yo quiero pagar bien a todo el mundo.

—¡Gracias, señor, gracias!

—¿Conque estas contento?

¡No lo he de estar, señor! ¡De rodillas serviré a vuecencia por la dicha que me proporciona!

—Ea, conque ya lo sabes: tu obligación precisa es venir todos los días a las ocho en punto a abrir esas vidrieras, y luego irte donde más te acomode.

—¡Dios bendiga a vuecencia!...

—Lo dicho, Pedro. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana, señor!

—(Va llorando de alegría. Sin embargo... ¡hum!).

IV

Primer día

Perico, que ha pasado la noche soñando con las vidrieras, y despertado lleno de sobresalto creyendo que ha pasado la hora de abrirlas, se levanta al amanecer; a las seis se presenta en la portería del marqués; a las siete y media pone la mano en la falleba de las vidrieras, y abre éstas a la primera campanada de las ocho.

Segundo día

Perico, que ha soñado con las vidrieras, aunque no se ha despertado creyendo que pasaba la hora de abrirlas, se levanta a las seis; a las seis y media se presenta en la portería; a las siete y media se acerca a las vidrieras, y las abre a las ocho en punto.

TERCER DÍA

Perico, que ya no ha soñado con las vidrieras, se levanta a las siete; a las siete y media se va a la portería; al dar la primera campanada de las ocho, sube al descanso de la escalera, y al dar la última, cumple con su obligación.

CUARTO DÍA

Como Perico gana doce reales diarios, puede ir alguna vez que otra al teatro. Anoche fué, y como con este motivo se acostó tarde, mandó que le llamaran a las siete, temeroso de faltar a su obligación. La criada le ha llamado tres veces; pero son las siete y media, y Perico no se ha levantado aún. Vuelve la criada a llamarle. Perico tiene mucho sueño y no se levanta. "¡Que van a dar las ocho!" le dice la criada. Perico se levanta refunfuñando y echa a correr a la portería. Al dar la última campanada de las ocho, sube de tres en tres los escalones y abre las vidrieras. El marqués, que esperaba reloj en mano detrás de las cortinillas de la ventana de enfrente, se sonríe murmurando:

—¡Bien dije yo!

QUINTO DÍA

Perico se dirige a la portería como una exhalación, porque acaban de dar las ocho. Abre las vidrieras, y el rostro del marqués sonríe detrás de las cortinillas de la ventana de enfrente.

SEXTO DÍA

Perico oye las ocho en su casa, y parte como un cohete atropellando a cuantos encuentra a su paso; pero de repente se detiene y dice con la altivez de un héroe de coturno: "Estoy rebajando mi dignidad de hombre, por tomar las cosas tan a pecho. Si no llego a las ocho, llegaré a las ocho y media."

Perico sigue su camino tranquilamente, y abre a las ocho y media las vidrieras. El rostro del márques, cada vez más burlón, aparece en la ventana de enfrente.

—Perico —dice el marqués—, pasa a mi habitación.

Perico obedece temblando como un azogado, y proponiéndose no volver a incurrir en falta si tiene la dicha de que el marqués se contente con echarle una reprimenda.

—Perico, ¿cuál es tu obligación diaria?

—Señor, abrir las vidrieras a las ocho en punto.

—¿Y las has cumplido exactamente?

—Sí, señor.

—¿Todos los días?

—Algunos me he descuidado un poco.

—¿Y por qué motivo?

—Señor, tengo algunas otras ocupaciones...

—No lo extraño, porque vivir en Madrid cuesta mucho, y tu sueldo es pequeño. De hoy en adelante, en lugar de doce reales, ganarás veinticuatro, y con eso no tendrás necesidad de atender más quehaceres que los de mi casa. Cuidado con que vuelvas a descuidar tu obligación: a las ocho en punto han de estar abiertas las vidrieras.

—Descuide vuecencia, y perdóneme una falta que, a la verdad, es imperdonable, siendo vuecencia tan bueno y tan generoso para conmigo.

Perico sale de casa del marqués exclamando:

—¡Veinticuatro reales diarios!... ¡Qué dicha, Dios mío! No, no tendrá su excelencia necesidad de volver a reprenderme.

Como Perico gana veinticuatro reales diarios, se ha hecho todo un elegante. ¡Qué pantalón! ¡Qué levita! ¡Qué chaleco! ¡Qué todo!

Perico se retiró anoche muy tarde, porque estuvo en la tertulia A... donde le ha presentado su amigo B...

—¡Señorito, que son las siete!

—¡Señorito, que son las siete y media!

—¡Señorito, que van a dar las ocho!

—¡Por la vida de!... ¡Ni a las ocho y media abro hoy las vidrieras! No me volverá a suceder esto.

Como Perico gana veinticuatro reales diarios, estuvo anoche en el teatro; después fué a cenar al café Suizo, y se retiró a las dos de la mañana.

—¡Por vida de mi señorito!... ¡Señorito, que son las ocho!

—¡Las ocho! ¿Por qué no me has llamado antes?

—¡Si le he llamado a usted veinte veces!...

—¡Van a ser cerca de las nueve cuando abra yo hoy las vidrieras!... ¡Vamos, si no tengo perdón de Dios!... ¡Pero también es mucho fastidio eso de que todos los días ha de hacer uno la misma cosa y a la misma hora!

Perico abre las vidrieras a las nueve menos cuarto. El marqués se asoma a la ventana y le llama a su habitación.

—Perico, esto ya pasa de castaño oscuro. Cada día está tu obligación más descuidada. Anteayer abriste las vidrieras a las ocho y cuarto, ayer a las ocho y media y hoy a las nueve. Perico, ¿cómo te descuidas así?

—Señor, como no tengo reloj, y los de Madrid andan tan desacordes que cuando el de la Puerta del Sol da las ocho, el de Palacio suele dar las ocho y media...

—Tienes razón, Perico, tienes razón. Si yo hubiera caído en eso, ni tú hubieras tenido el disgusto de faltar a la obligación, ni yo el de verme mal servido... Esta repetición es muy segura: como que me costó seis mil reales, sin contar la cadena, que vale dos mil. Tómala, que yo te la regalo para que abras las vidrieras guiándote por ella.

—¡Gracias, señor marqués, gracias! Sirviendo a vuecencia de rodillas no le pagaré en mi vida las bondades que le debo.

—Cumple con tu obligación, que eso me basta.

V

Como Perico gana veinticuatro reales y tiene repetición de seis mil y cadena de dos mil, asiste a las tertulias de tono.

Anoche asistió a la de C..., donde le presentó su amigo E...

Como en la tertulia de C... se juega por vía de pasatiempo, Perico perdió anoche en ella el poco dinero que llevaba, y además sobre su palabra ocho mil reales, para cuyo pago tiene que vender hoy la repetición y la cadena que le regaló el marqués.

Como Perico vino anoche tan tarde de la tertulia de C..., y con la desazón que le causó lo que perdió en el juego, no ha podido quedarse dormido hasta el amanecer, duerme como un lirón, por más que la criada le grita que han dado ya las ocho...

Por fin, Perico se levanta y se dirige a la portería; pero no atropella a nadie corriendo, aunque están dando las nueve, porque eso... ¡oh! eso, como dice muy bien él, sería rebajar su dignidad de hombre.

Por fin abre las vidrieras.

El marqués se asoma a la ventana y le llama a su habitación.

—Perico —le dice— he suprimido el destino que desempeñabas en mi casa.

—¡Perdóneme vuecencia!

—Nada tengo que perdonarte: basta *imponer* al hombre una obligación para que se le haga pesada y no la cumpla exactamente, a no ser que esté dotado de una gran rectitud. En ti se ha cumplido ese fatal destino de la humanidad.

Don José, que estaba oculto en un gabinete inmediato, sale a aumentar los interlocutores de esta escena.

—Señor marqués —dice—, a la salud de usted convienen los paseos por la mañana; pero no se *imponga* usted la obligación de darlos, porque entonces... ¡adiós, paseos!

VI

Pocos días después, don José retiraba de la depositaría del Ayuntamiento la suma por que había suscrito en la sociedad de padres de familia al mozo Pedro Romero.

Pocos días después, el mozo Pedro Romero entraba en el depósito de quintos de Leganés.

Pocos días después empezaba a cansarse de hacer la misma cosa.

Pocos días después, le daban cada palo que cantaba el misterio porque descuidaba su obligación.

Pocos días después, a fuerzas de lapos, empezaba a acostumbrarse a hacer todos los días una cosa misma.

Y pocos días después escribo yo esto, no con la arrogante pretensión de resolver un problema moral, sino con la modesta intención de consignar un hecho que cada cual puede utilizar como más le plazca.

Sin embargo, confienso que yo, a pesar de todos los ejemplos, no me hubiera afiliado tan dócilmente como don José en la secta filosófica del marqués. Yo hubiera dicho:

—Señor marqués, ¡ni por esas! que yo conocí un pobre muchacho que, por espacio de diez años pasaba el día resignado y alegre, vendiendo clavos detrás de un mostrador, y la noche dejando vagar su alma por el ciclo de la gloria y de la poesía.

ANTONIO DE TRUEBA.
Español, 1819-1889.

RECUERDOS DE UN VIAJE

I

En 1859 me encajoné en la diligencia de Madrid a Bilbao, y "¡hala, hala, Morota!" "¡Arría, arría, Coronela!" me encontré, después de diez horas de caminata, al otro lado del puerto de Somosierra.

Está mandado, con razón, que los carruajes no corran dentro de las poblaciones. La diligencia que a mí me conducía creyó, al pasar por Boceguillas, que pasaba por Madrid, y creyó por tanto, que podía burlarse impunemente de la ley corriendo a todo correr, aunque despachurrase a todo bicho viviente; pero un hombre en mangas de camisa corrió tras ella gritando al mayoral que parase y aflojase la multa.

Aquel hombre era el alcalde de Boceguillas; pero el mayoral ignoraba tal cosa, y le preguntó:

—¿Quién es usted para mandar con tanto fuero?

—¡Soy la reina! —contestó el alcalde, indignado de que por chaqueta más o menos se desconociese su autoridad.

—¿Conque la reina, eh? —repuso el mayoral con la risa del conejo, aflojando veinte reales.

—Sí señor, la reina —repitió el alcalce con altivez.

El mayoral, que sabía mi profesión de escritor, se volvió a mí y me dijo:

—Ponga usted algo de esto en los papeles.

—¿Y qué he de poner?

—Que ha visto usted a la reina en magas de camisa.

El catedrático Reparos me interrumpe, preguntándome por la moraleja de esta anécdota; pero por tan poca cosa como una moraleja, no hemos de reñir:

Fabio, Cervantes ha di-
en hermoso castella-
que no es alcalde divi-
hombre en mangas de cami-
porque descubre lo huma-

Yo iba modestamente alojado en la rotonda. Como el movimiento del carruaje, allí mucho más sensible que en la berlina y el interior, me desencuadernaba los huesos, iba trinando contra mi mala suerte, que no me había permitido desembolsar algunos duros más para gozar de la comodidad de mis vecinos, cuando vi que un hombre que corría echando los bofes para alcanzar la diligencia, se encaramó en el estribo, a riesgo de romperse el bautismo.

Esto era a la salida de Burgos.

El del estribo sonrió de gozo al ver que había conquistado aquel ambicionado puesto.

—Buen amigo —le pregunté—, ¿qué tal va usted ahí?

—Tan ricamente —me contestó.

Entonces me pareció que los asientos de rotonda eran más blandos, y el movimiento del carruaje más suave.

—¿Pues no le tenía a usted más cuenta caminar a pie, que no ir ahí en pie como las grullas y expuesto a descrismarse de una caída?

—Si le digo a usted que aquí va uno como un príncipe... Y luego, ¿quién anda a pie catorce leguas que hay desde aquí a Villarcayo?

—¡Hola! ¿Conque va usted a Villarcayo? ¿Es usted de allí?

—No, señor; soy de Burgos, y voy a la feria que hay mañana en Villarcayo.

—¿Y qué tal es la feria esa?

—Yo estuve en ella hace cinco años, y fué muy buena.

—Pues será una casualidad que no tenga usted que volver a pie.

—Yo le diré a usted, la venida no me da cuidado, porque voy a comprar una mulilla para revenderla en Burgos y ganarme uno, dos o medio; y ya ve usted que trayendo caballería, no ha de venir uno a pie.

—Tiene usted razón.

En esto el zagal notó que iba un *asiento de sombra*, y arreó al burgalés un latigazo que le hizo ver las estrellas y caer como un sapo en medio de la carretera.

El asiento de rotonda y el movimiento del carruaje me iban pareciendo cada vez más blandos.

Entre la polvareda que dejaba en pos de sí la diligencia, distinguí, poco después, al pobre burgalés, que corría, jadeante y con el rostro ensangrentado, a alcanzar nuevamente el carruaje, de cuyo estribo volvió a apoderarse al fin.

Al pasar por Cernágula, corte de las brujas de Castilla la Vieja, una turba de chiquillos empezó a gritar en el tono de otro toro:

—¡A la trasera! ¡A la trasera!

Nuevo latigazo del zagal y nueva caída del ya magullado burgalés.

—Vecino —me preguntó, sacando la cabeza por la ventanilla uno de los que iban en el interior—, ¿qué tal va usted ahí?

—Tan ricamente —le contesté.

El burgalés volvió al estribo, el zagal volvió a cascarle las liendres, y repitiéndose esta función de legua en legua, llegamos a Encinillas, donde paró la diligencia para mudar el tiro y comer los viajeros. El del estribo desapareció a la entrada del pueblo.

Como oyésemos otro viajero y yo que en Encinillas había

una fuente muy buena, y llegásemos muertos de sed, preguntamos dónde estaba la fuente, y fuímos en su busca.

En efecto, a orilla de la carretera brotaba un manantial tan copioso como fresco; pero el polvo y la inmundicia que esparcían sobre él los carruajes y las caballerías, le enturbiaban lastimosamente.

El burgalés estaba allí lavándose la sangre y el polvo, que desfiguraban su cara.

—Pero hombre —le dije—, estará usted molido con los latigazos que ha recibido y los zaparrazos que ha dado en todo el camino.

—Sí, señor, que he pasado las penas del purgatorio; pero ande usted, que a la vuelta me desquitaré, yendo como un señor en mi mula. Descanso aquí esta noche, y mañana, con la fresquecita, me plantó en Villarcayo, pues ya no falta más que un paseíto de dos leguas, que me las ando yo por debajo de la pata.

—¿Qué tal es esta fuente?

—Lo que es el agua...

—Mejor agua que la de Encinillas no la hay en Madrid, con ser Madrid —me contestaron oficiosamente, interrumpiendo al burgalés, unos palurdos que estaban entre unas matas cercanas, mondando con la navaja unas varas de chopo.

Probamos el agua, y a pesar de estar turbia, la hallamos, en efecto, muy buena.

—Pero, hombre —observé a mi compañero de viaje,— ¡qué desidia la de estos pueblos! Vea usted qué les costaría arreglar un poco esa fuente...

—¡Qué quiere usted, caballero! —dijo el burgalés, olvidando, como yo, a los de las varas.— Los de aquí son muy brutos.

No había acabado de decir esto, cuando ya tenía encima de su alma un varazo que le dobló, y si no tuvo dos, fué porque apretó a correr como alma que lleva el diablo.

II

Indignado yo con aquella agresión, empecé a reconvenir a los palurdos, pero el que había sacudido el polvo al burgalés, me replicó:

—Mire usted, caballero: si le gusta a usted la fuente, beba, y si no le gusta, cállese el pico y adelante; que si la fuente es mala, poco le importa a usted, que una vez sólo acude a ella, comparado con lo que nos importa a nosotros, que acudimos toda la vida. Pase que del pueblo de donde es uno se hable mal cuando uno no lo oye; pero ¡canario! hablar a las barbas de uno, no puede pasar. El que quiera que los de Encinillas le respeten, que respete a los de Encinillas. Y además ¡canario! ustedes, los señores *madriliegos*, que han estudiado tanto, debieran saber que el pueblo donde uno ha nacido es, como aquel que dice, su padre y su madre, y aunque uno haga una barbaridad por defenderle... ¡qué canario! algo se le ha de perdonar, que a cada uno le tira lo suyo.

—Tiene usted mil razones —le contesté, pensando que acaso más de cuatro veces se habría podido decir, al oír hablar de mi pueblo: « Ese parece de Encinillas ».

Pedí a los aldeanos mil perdones por la murmuración de que los había hecho objeto, y mi compañero y yo nos dirigimos hacia el parador a buscar la bucólica.

Una porción de gente formaba semicírculo delante de un poyo que había en la puerta del parador, soltando tremendas carcajadas al oír a un hombre que gritaba iracundo y desesperado:

—¡Por vida del Calendario y del grandísimo ladrón que le compone!...

Acerquéme al corrillo, y con sorpresa me hallé con que el que daba aquellas voces, y era objeto de la curiosidad y la algazara públicas, era el burgalés consabido.

El pobre hombre se tiraba de los pelos, daba patadas,

apretaba los puños, rechinaba los dientes, movía de derecha a izquierda la cabeza, miraba al cielo, echapa sapos y culebras por la boca, y repetía:

—¡Por vida del Calendario de Cristo padre y del ladrón que le compone!...

—Buen amigo —le pregunté:— ¿qué le pasa a usted, hombre?

—¡Qué me ha de pasar! Lo que no le pasa a nadie en este mundo. Que hace cuatro años quitaron la feria de Villarcayo.

—Pero, hombre, y entonces, ¿por qué ha venido usted a ella?

—Porque ese grandísimo ladrón de Calendario sigue trayéndola.

—Le está a usted bien empleado por hacer caso de Calendarios.

El burgalés, sin escucharme continuó echando pestes por aquella boca contra la humanidad entera, pues Calendarios los hacemos todos.

Yo los estaba haciendo acerca de las excelencias de la comida que me esperaba en el comedor, cuando oí con espanto la voz de:

—¡Al coche! ¡Al coche!

—¡Amigo, nos ha doblado usted! —le dije al mayoral.

—¿Yo qué culpa tengo si ustedes se han ido por ahí a pensar en las musarañas mientras los demás viajeros comían? Pero, ande usted, caballero, que usted bien puede tirar hasta Balmaseda con el almuerzo de Burgos y la merienda que lleva en las bolsas del coche. Si fuera usted como un señor mayor, todo lleno de cruces y calvarios, que va en el cupé... El demontre me lleve si el pobre abuelo ha probado gracia de Dios desde que salimos de Madrid a no ser un cacho de pan y un trago que yo le he dado, diciéndole, para que lo tomase sin

avergonzarse, que se lo daba para que no tuviese necesidad de bajar del cupé.

Cogí la merienda, que en efecto llevaba en las bolsas del carruaje, y le dije al mayoral, dándosela con disimulo:

—Tome usted, y déselo a ese pobre señor, como que es cosa de usted.

Los ojos se me arrasaron de lágrimas, diciéndome a mí mismo:

—¡Miserable de ti, joven, robusto y sin merecimiento, te impacientas y te quejas por no haber hecho una comida casi tan superflua, cuando tan cerca de ti desfallece de hambre un hombre cargado de años y de condecoraciones, que serán, probablemente, la recompensa de toda una larga vida consagrada a la humanidad o a la Patria.

Una diligencia llegaba en dirección opuesta a la en que yo iba. El burgalés, que aun permanecía sobre el poyo, sin saber qué partido tomar, corrió lleno de alegría, hacia ella, y se colocó en el estribo de la rotonda; pero el carruaje dió una violenta sacudida al salvar una piedra y el pobre hombre fué arrojado al suelo; si bien se levantó en seguida y echó a correr para recobrar nuevamente su incómodo y peligroso puesto

En aquel instante me colocaba yo en mi asiento, que me parecía henchido de finísima pluma.

En aquel instante partía a escape la diligencia, que me pareció deslizarse sobre una capa de suavísima arena.

Y en aquel instante recordé cuán a gusto iba yo cuando era niño dando botes y rebotes en la carreta de mi padre por los pedregosos caminos de mi aldea, cuando mi padre me permitía aquel regalo.

En aquel instante recordé estos versos del insigne Calderón de la Barca:

« Cuentan de un sabio, que un día,
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.

¿Habrá otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las hierbas que él arrojó ».

ANTONIO DE TRUEBA.
Español, 1819-1889.

EL REY EN BUSCA DE NOVIA

I

Pues señor, ésta era una muchachita muy hermosa y muy buena, que se llamaba Rosa. Cuando era aún muy pequeña, se le murió su padre; pero su madre la crió con mucho amor, enseñándola a ser mujercita de bien, y sobre todo, a hilar, tejer y coser, que era el trabajo con que su madre ganaba el pan para las dos.

Al cumplir Rosa los quince años, su madre se puso muy mala, y conociendo que se iba a morir, llamó a su hija, y le dijo:

—Hija mía, yo me voy al cielo y te dejo sola en la tierra. No te quedan muchos bienes, pero los que te quedan te bastarán para vivir dichosa, si haces buen uso de ellos. Los bienes que te dejo son: esta casita para que vivas, una rueca, una lanzadera y unas agujas para que ganes el pan, como yo lo he ganado, hilando, tejiendo y cosiendo.

Dicho esto, la madre de Rosa bendijo a su hija y voló derechita al cielo, adonde van siempre los que han andado derechitos por la tierra.

Rosa lloró y rezó mucho por su madre, y se puso a hilar, tejer y coser con tanto ánimo como si no tuviera pena alguna en el corazón, sólo que, en lugar de cantar, lloraba y rezaba cuando trabajaba.

No la había engañado su madre cuando le dijo que la rueca, la lanzadera y las agujas le bastarían para ganar el pan, pues las gentes más ricas de su aldea y las inmediatas se disputaban el trabajo de sus manos, y como trabajaba mucho y gastaba poco, hasta tenía dinero de sobra para dar un par de cuartitos a cada pobre que llamaba a su puerta.

II

El Rey estaba ya desahuciado de los médicos, y llamando a su hijo primogénito, que era un real mozo, le dijo:

—Yo me voy a morir, pero antes quiero decirte cuántas son cinco. Apenas cierre yo el ojo te encasquetarás la corona; pero no te bastará esto para ser feliz. Es necesario que te cases, que por más perrerías que se digan por ahí del matrimonio, el matrimonio es cosa buena, como lo prueba lo arregostados que quedan al yugo viudos y viudas. Lo que te encargo mucho es que no eches en saco roto aquel refrán que dice: "Antes que te cases, mira bien lo que haces". Esto, hablando en plata, quiere decir que antes de casarte debes ver si tu mujer es alguna de las muchas maulas que hay entre las mujeres.

—¿Pues qué clase de mujer quiere usted que busque? —preguntó el príncipe a su padre.

—La más pobre y más rica.

—¡Quedamos enterados! —refunfuñó el príncipe, poco satisfecho de la contestación de su señor padre.

—¡Qué! ¿No me has entendido? —dijo éste—. Pues estudia, hijo, que ya tienes edad para eso.

Dos días después murió el Rey, y su hijo se sentó en el Trono por aquello de "A Rey muerto, Rey puesto".

—El Rey se puso a cavilar a ver si daba con lo que su padre había querido decirle al aconsejarle que buscase la mujer más pobre y más rica, pero por más que caviló no dió con ello.

—¿Si será —decía— que debo buscar una mujer que a la par sea pobre de bienes y fortuna y rica de hermosura? En fin, vamos de pueblo en pueblo a ver si la casualidad o la gramática parda de los campesinos disipan las nebulosidades a que mi señor padre era tan aficionado.

III

El Rey andaba de pueblo en pueblo buscando novia, y en todos preguntaba cuál era la muchacha más pobre y más rica del pueblo; pero nadie entendía esta pregunta, puesto que pobre y otra rica.

—¡Canario! —decía el Rey—. ¡Me queman ustedes la sangre con sus pícaras entendederas! Lo que yo busco no es una novia rica ni una novia pobre, que es una que sea las dos cosas.

—¡Qué divertido está su majestad! —exclamaban los campesinos sin entender jota de lo que quería decirles—. Si estuviera, como nosotros, destripando terrones todo el santísimo día, no tendría su majestad tanta gana de broma.

Andando de aquí para allí el Rey llegó a la aldea de Rosa, hizo la pregunta de costumbre, y, como de costumbre, le indicaron una muchacha rica y otra pobre.

El Rey determinó ver a las dos, como hacía en todas partes, y empezó por la más rica, porque no sé qué demonios tiene la riqueza, que siempre es la preferida, así de Reyes como de vasallos.

La rica había quedado huérfana casi al mismo tiempo que la pobre; pero sus padres, en lugar de dejarle herramientas para que trabajase, le dejaron criados para que le sirviesen.

Sabedora de que el Rey la iba a visitar, se puso de veinticinco alfileres. ¡Allí hubieran ustedes visto seda y oro y perlas y diamantes!

—Con este continuo trasnochar, andando de baile en baile, estoy muy descolorida —dijo—. Si yo me pusiera colorada delante de los hombres, como les sucede a las palurdas, poco me importaría esta pícara palidez; pero como no me pongo, tendré que darme un poco de mano de gato.

Y en efecto, se puso de colorete que... ¡uf, qué asco!

Poco después llegó el Rey y se quedó a solitas con ella, porque su majestad gustaba de quedarse a solas con las chicas, y como era Rey absoluto, hacía lo que le daba la real gana.

La muchacha, que estaba educada a la francesa, presentó la frente al Rey para que se la besara, y el Rey se llenó los labios de colorete, que le supo a rejalgar.

Por más reverencias y monadas que la muchacha hacía para enamorar a su majestad, su majestad se moría de fastidio; y como había oído que a mal dar, tomar tabaco, sacó la caja del rapé y tomó un polvo.

Al dar su majestad un estornudo, se le saltó un botón de la pretina, y mandó a la muchacha que se lo cosiera, pero la muchacha, como no sabía coser, le dió un pinchazo en la barriga que le hizo ver las estrellas.

Del susto y del dolor le dió a su majestad un vahído, y mandó a la muchacha que le hiciera una taza de té, a ver si se le pasaba; pero la muchacha, como no entendía de cocina, le echó al té sal y ajos, y el Rey a poco más echa las tripas al probarlo.

—Para este viaje —dijo su majestad— no se necesitaban alforjas.

Y se marchó muy quemado, caballero en su caballo, a casa de la muchacha pobre, que vivía a lo opuesto de la aldea.

IV

Descoloridita estaba Rosa de tanto llorar por su madre; pero cuando vió al Rey atando el caballo a la reja, salió a abrirle la puerta y se puso coloradita como un clavel.

Tan embelesado la miraba el Rey al entrar, que, tropezando con la nariz del picaporte, se hizo un siete en la levita.

—Mira —dijo a Rosa—, dame cuatro puntadas en este siete, que Reyes de rompe y rasga no parecemos bien.

Rosa cogió la rueca y en un verbo hiló un hilito tan fino como un cabello, y cogiendo en seguida la aguja, cose que te cose, zurció el siete tan perfectamente, que ya había de ser buen sastre el que le conociera.

A todo esto, el Rey no podía desechar el asco que le había dado el colorete de la otra, y echó mano al bolsillo para buscar el pañuelo y limpiarse los labios con él.

—¡Canario! —exclamó—. ¡Pues no he perdido el pañuelo desde casa de esa indecente a aquí!

—Los míos —dijo Rosa— son muy ordinarios para vuestra majestad; pero espere vuestra majestad un poquito, que voy a tejerle uno de batista.

Y dale que le das a la lanzadera, en un quítame allá esas pajas le tejió una pañolito al Rey.

En estas y las otras, se pasaba el tiempo sin sentir, y aunque el Rey no sentía el tiempo, iba sintiendo ganillas de tomar algo.

—Mira, querida —le dijo a Rosa—, quien así hila y cose y teje, debe cocinar a las mil maravillas. ¿No podrías hacerme algo de comer?

—Señor —contestó Rosa, enamorada de su llaneza—, no tengo más que pan y agua y aceite y sal y ajos. ¿Quiere vuestra majestad que le haga unas sopas?

—Sí, queridita mía.

Y en menos que se cambia de opinión política, Rosa hizo unas sopas de ajo que le supieron a gloria al Rey.

Y el Rey, montando en seguida en el caballo que había dejado atado a la reja, se alejó, se alejó, por aquellos campos.

Y Rosa, viéndole desde la ventana alejarse, se echó a llorar y se preguntó a sí misma:

—¿Por qué lloro yo, si ahora no es por mi pobre madre?

Pero al día siguiente volvió el Rey con muchas damas y caballeros y carrozas doradas, y tomando a Rosa del brazo, se fué con ella a la iglesia de la aldea, y allí se casó con Rosa; que ya había encontrado su majestad la novia pobre y rica que le recomendó su señor padre.

TRUEBA: Antonio de Trueba nació en Vizcaya, España 1819 y murió en 1889. Poeta y cuentista de fecunda vena dió con igual fortuna la nota humorística y la sentimental. Se le conoció popularmente por "Antón el de los cantares;" escribió dos novelas e infinidad de cantares y cuentos.

JUAN VALERA.
Español, 1827-1905.

LAS GAFAS

Como se acercaba el día de San Isidro, multitud de gente rústica había acudido a Madrid desde las pequeñas poblaciones y aldeas de ambas Castillas, y aún de provincias lejanas.

Llenos de curiosidd circulaban los forasteros por calles y plazas e invadían las tiendas y los almacenes para enterarse de todo, contemplarlo y admirarlo.

Uno de estos rústicos entró por acaso en la tienda de un óptico en el punto de hallarse allí una señora anciana que quería comprar unas gafas. Tenía muchas docenas extendidas

sobre el mostrador; se las iba poniendo sucesivamente, miraba luego en un periódico, y decía:

—Con éstas no leo.

Siete u ocho veces repitió la operación, hasta que al cabo, después de ponerse otras gafas, miró en el periódico, y dijo muy contenta:

—Con éstas leo perfectamente.

Luego las pagó y se las llevó.

Al ver el rústico lo que había hecho la señora, quiso imitarla, y empezó a ponerse gafas y a mirar en el mismo periódico; pero siempre decía:

—Con éstas no leo.

Así pasó más de media hora; el rústico ensayó tres o cuatro docenas de gafas, y como no lograba leer con ninguna, las desechaba todas, repitiendo siempre:

—No leo con éstas.

El tendero entonces le dijo:

—Pero, ¿usted saber leer?

—Pues si yo supiera leer, ¿para qué había de mercar las gafas?

VALERA: Juan Valera nació en España en 1827 y murió en 1905. Fué uno de los primeros escritores de su tiempo. Cultivó la poesía, la crítica y la novela. Quedó ciego en los últimos años de su existencia.

NICOLAS AVELLANEDA.
Argentino, 1837-1885.

RIVADAVIA

I

Recorríamos en el año pasado las calles de Río de Janeiro, y se nos mostró cerca de Botafogo la casa que ocupó don Bernardino Rivadavia durante su larga residencia en aquella ciudad. Es una casa alta de dos pisos, con dos estrechas ventanas en el segundo, pero que se abren sobre aquel mar azulado de la bahía que se dilata dulcemente hasta perderse confundido en el horizonte siempre despejado y sereno. Vivía allí el señor Rivadavia, solitario y en el aislamiento más completo. Cuéntase que golpearon un día a sus puertas dos jóvenes de Buenos Aires que pasaban para Europa, y que Rivadavia se negó a recibirlos cuando conoció sus nombres, diciéndoles: "Para los argentinos no vive ya don Bernardino Rivadavia." Revelaría, a ser cierto este rasgo, no precisamente la tristeza de su alma, como decíamos en el *Discurso* (1), sino la misantropía, en la que suelen predominar, más que la tristeza, cierta fiereza herida y el menosprecio de los hombres.

Habríamos ensayado en esta vez bosquejar un retrato de don Bernardino Rivadavia, tal como lo concebimos, pero nos detenemos ante una consideración para nosotros decisiva. El retrato de un personaje histórico no es sino la concentración de los rasgos que se desprenden de su vida bien penetrada y conocida; y el señor don Andrés Lamas da a la Prensa, en estos momentos, su anunciada historia de Rivadavia. Ahora bien, sabemos todos en el Río de la Plata que su pluma rejuvenece cuanto toca. El señor Lamas pertenece a la escuela de los Thierry, y las paciencias de la investigación le sirven para dar mayor valimiento a su talento de escritor; pero queremos aprovechar la ocasión para consignar sencillamente algunas reflexiones.

Cuando se estudia a don Bernardino Rivadavia en sus actos, que ocupan páginas hermosas de nuestra historia, llama sobre todo la atención lo abierto de su alma, su aptitud para acoger y hacer suyas las ideas nuevas en todos los rumbos del pensamiento, y, para decirlo de una vez en términos más concretos, su exención de toda preocupación,

(1) Discurso del centenario.

desígnese ésta con cualquier nombre: política, religiosa, intelectual, de pueblo o de raza.

En la mente de Rivadavia hay, por cierto, límites, porque no imaginamos que lo hubiera escrutado todo, y pensamos, por el contrario, que su instrucción, tanto literaria como científica, no era extensa. Pero en la mente de Rivadavia no existían los resabios que suelen perturbar las más nobles inteligencias: no había sombras.

Había nacido y educádose en una colonia española y no era español, ni aún siquiera *criollo*, sino por su amor a la nueva patria que concibió, desde el principio, organizada bajo ciertas formas que no se modificaron mucho en su espíritu a través de la variedad de los tiempos.

No tenía, como el español, la preocupación contra el extranjero, y fué el primero en llamarlo por un Decreto solemne, ofreciendo gratuitamente tierras a los que quisieran cultivarlas; no tenía, como el criollo, la prevención tradicional contra el español, nunca más explicable que en medio de la lucha que la avivaba, y lleva la firma de Rivadavia, como Secretario, el primer formulario para expedir cartas de ciudadanía en que se iguala el español al hijo del país. No tenía esas preocupaciones que Spencer llama de habitud, y que nacen de lo que se ha visto siempre y que forma como una atmósfera natural, y así le vemos, desde su primera aparición en el Gobierno (1811-1813), abolir los estancos, suprimir las corporaciones, buscando realizar en su plenitud la libertad de comercio y la de la industria.

Rivadavia no había estudiado en las Universidades coloniales. No era clérigo, ni abogado, ni comerciante o médico. No tenía borlas doctorales ni en teología, ni en jurisprudencia, y aunque todo ello le valiera en su juventud el punzante epigrama de Mariano Moreno —cuando lo presenta afrontando con afectada frandeza todas las carreras sin tener en realidad ninguna—, dejábale, en cambio, la ventaja de ser ajeno hasta de esas preocupaciones de Estado o profesionales que suelen advertirse en los hombres más eminentes. No tiene apego a lo que existe, o a lo que fué bajo las formas más consagradas. Así le vemos, desde el principio de la Revolución (1812), proyectar el "Establecimiento Científico" para enseñar ciencias nuevas, anunciando que su plan era hacer venir profesores de Europa. ¡Cuántos doctores hemos visto, henchidos por el sentimiento de su suficiencia y creyendo hasta ayer no más, que nos bastamos en todo y para todo a nosotros mismos!

Pero lleguemos a lo que es más portentoso en un argentino, y, sobre todo, en un porteño, cuando se trata de sentimientos que engendraba, naturalmente, la importancia excepcional de su provincia. En Rivadavia no se descubre un átomo de localismo. Las hegemonías producen como

una consecuencia natural este sentimiento, ya de recelo o de preponderancia respecto a las otras secciones de un país, y que, cuando se trataba de Atenas, cabía en el alma elevada de Sócrates y en el corazón justo de Arístides. Rivadavia propone y hace prevalecer en el Congreso la constitución de la capital de la República en Buenos Aires, nacionalizando la ciudad con extenso radio para que sirviera de asiento permanente al Gobierno de la Nación, y proyecta la doble división de la provincia de Buenos Aires para mejor distribuír y ponderar las fuerzas políticas y sociales del país. Bajo todos estos aspectos, ningún otro argentino puede ser comparado a Rivadavia, incluyendo a Mariano Moreno, que es, más que argentino —el hijo predilecto de la metrópoli—, abogado de causas, y al que se le ve en cada frase asomar la toga. ¡Ah! ¡Las almas nacidas en plena luz son en todas partes un milagro, pero lo son más apareciendo, como Rivadavia, en una colonia española y en una extremidad del mundo civilizado! Estos son los rasgos que constituyen la grandeza moral e intelectual de Rivadavia, en cuanto una rápida pincelada puede reasumirlos. Pero tenemos también con ellos la explicación de la debilidad de su Gobierno, hasta precipitarse, al parecer por sí mismo, en una caída pavorosa que resuena hasta hoy, con fragor, en la historia argentina. ¿Quién podría afirmar que estén ya agotadas para nosotros las consecuencias de aquel formidable acontecimiento?

Expliquémonos, empezando por establecer una diferencia que es indispensable para nuestro propósito. Hay dos clases de Gobiernos: los Gobiernos que pueden llamarse *iniciales*, porque se encuentran en los principios de una organización política y social, y los Gobiernos *institucionales*, es decir, ya instituídos y que se transmiten y se perpetúan dentro de formas prescriptas que tienen el asentimiento público. Un Gobierno institucional subsiste por la fuerza de su propia estructura; vive porque es el Gobierno y hay el hábito de obedecerle, y porque es un organismo encarnado en la nación, de la que recibe la vida por todas sus arterias. En estos Gobiernos, las calidades personales de los que los desempeñan no son indiferentes al bien o al mal de los pueblos, pero pueden traer, razas veces, las catástrofes en que aquellos desaparcen. Sucede lo contrario cuando empieza una organización, tratándose de consolidar una nación y de fundar su Gobierno. Toda la suerte del ensayo, su buen éxito o su malogro, dependen casi totalmente de las personas que dan su fisonomía al Gobierno, pues no ha podido aún recibirla de las Instituciones que no existen.

Este último era el caso del Gobierno presidencial de Rivadavia. Adviértase, además, que lo que había en su persona trascendía a su partido, porque pocos hombres han tenido como él ese don singular de provocar imitadores. Sus palabras circulaban como proverbios. Se imita-

ba su voz hueca, su ademán reposado, su porte solemne. El partido unitario se hallaba vaciado por entero en el molde rivadaviano. Rivadavia no era colonial, criollo, metropolitano, y ni aún siquiera localista; y estaba destinado a ser vencido en sus nobles propósitos de unificación y de gobierno, por las preocupaciones coloniales, por las desagregaciones criollas, por las prepotencias metropolitanas y por las pasiones localistas. Todos estos elementos, cuán diversos y hasta cuán adversos entre sí fueran, se convocaron al principio instintivamente; se dieron cita con signos convencidos y se juntaron por fin con alianza visible para pelear la batalla contra el enemigo común. Tenían desde su punto de vista razón sobrada. Rivadavia era el enemigo de las preocupaciones coloniales, de las petulancias criollas, del metropolitanismo que no quería desaparecer ante la nación y de las desagregaciones locales, que mezclando pasiones bárbaras a intereses sórdidos, oponían otros tantos estorbos a una organización nacional.

La resistencia a la obra de Rivadavia se llama también con un nombre propio en nuestra historia, y este es el de don Manuel Dorrego. Carlyle dice que si es cierto que la naturaleza aborrece el vacío, como lo proclamaba la física de la Edad Media, puede sostenerse con mayor verdad que los pueblos en su desenvolvimiento histórico aman las condensaciones vivientes, y que éstos son sus caudillos. Los suscitan y los promueven, sobre todo, las pasiones populares, y Dorrego apareció en aquellos días, brotado como la espuma ardiente, en medio de nuestras convulsiones sociales.

Era hijo de Buenos Aires y se educaba en Chile cuando fué conocido el movimiento revolucionario que había estallado en las márgenes del Plata. Chile se conmueve, y Dorrego, agitando pasiones y removiendo hombres, presta los mayores servicios a su primera y rápida revolución. Vuelve a Buenos Aires y sale voluntariamente como soldado para las campañas del Alto Perú. Pelea en Suipacha; es herido en Nazareno; su valor resplandece en Salta; salva poblaciones del incendio o del saqueo, afrontando peligros como en Pozo Verde, y alcanzaba ya a mandar una parte del ejército en la victoria de Tucumán. Es amado por el soldado, atrayente para sus inferiores y altanero con sus jefes. No promueve desobediencias abiertas; pero se burla, desgastando con su sonrisa, como con una lima, la autoridad del mando. ¡Ah, cuántos reflejos tristes tiene en nuestra historia esa sonrisa de Dorrego! Obsérvese: es valiente, es generoso, es heroico; pero deja de pertenecer a los ejércitos de la Independencia cuando empieza a introducirse en ellos, con la presencia de San Martín, en el Norte, la verdadera disciplina militar. No es esta su atmósfera. Entra luego en luchas, frívolas en las apariencias, mortales en el fondo, con el Director Supremo don Martín Pueyrredón,

que ensaya un Gobierno serio para la Nación, y el Director lo destierra, sin querer dar mayor trascendencia al acto, por *insubordinación* y *altanería*. Esta es la primera parte de su vida pública, que se refleja al brillo de su espada. Sábese, además, que tiene como ninguno la sagacidad del criollo, la inteligencia fácil y clara, la palabra abundante, el don de la atracción personal; y estas calidades juntas son sus mejores armas en la gran contienda con Rivadavia —su partido, su sistema—, porque le sirven para dar expresión viva, activa y militante a todos nuestros atrasos que, con todos sus nombres y bajo las personificaciones más varias, entran a ocupar la escena.

Describir la contienda sería redactar un volumen. Decimos siempre que el año 20 es el más tumultuoso de nuestra historia; pero lo es materialmente por las caídas de los Gobiernos, que duran apenas un día; por los motines en las calles; por las asonadas de barrios; por la algazara y el polvo de los jinetes, que vienen cabalgando desde la vecina pampa para imponer su ley. Durante los dos años de la presidencia de Rivadavia, se siente como el rumor de un mundo en ebullición. Todo fermenta, se remueve, toma una fisonomía o un acento, sale a la superficie. Hay lo bueno: y es el extranjero que llega; el comercio que se agranda; la industria pastoril que mejora sus productos; la nueva tierra que se arranca al desierto, bajo el amparo de la ley enfitéutica; el río interior que se navega. El movimiento es también intelectual y hasta artístico. Se escucha por las tardes, en el Congreso, el elegante discurso de don Valentín Gómez; se recita en el salón el soneto de Lafinur, al mismo tiempo que se muestran los retratos en que Pellegrini ha hecho llegar hasta nosotros la sonrisa ya suave, ya altanera, de tanta hermosa dama... Ahí está Juan Cruz Varela, propagador del entusiasmo literario, más que poeta con inspiración, y que había formado su atmósfera, dentro de la que cabían el actor y la actriz, Lapuerta y La Trinidad, el pintor venido de Europa, como Monvoisin, y los jóvenes todos que amaban la música de los versos. La Trinidad, con su voz empapada en lágrimas, atraía al escenario del Victoria la sociedad culta de Buenos Aires, para darle en espectáculo los lamentos de Dido acongojada, en aquellos endecasílabos de Varela, que podrían hoy encontrarse monótonos, pero que se incrustaron dulcemente en muchas vidas, conmoviendo el corazón de tantas beldades. La puerta hacía vibrar su acento trágico en *El delincuente honrado*, mientras recogía su gesto y grababa su voz el joven Casacuberta, que debía también subir a la escena para sobrepasar a su maestro en *Los siete escalones del crimen* —espectáculo de otra generación—, como el drama patibulario de Víctor Ducange excede al drama lacrimoso de don José Cadalso. ¡Varela mismo entraba en los bastidores del Teatro de la Victoria!

Pero hay también lo malo, lo sombrío, lo atrasado, lo receloso, y se halla del mismo modo en movimiento. Existe la pequeña Prensa para esparcir falsas alarmas, denigrar hombres y suscitar malas pasiones. Se prodiga la fiesta oficial hasta para inaugurar la construcción de una arcada en el cementerio, y cada una de ellas es el tema de burlas inextinguibles. El criollismo más neto se halla representado por el *compadre*, y éste se burla con sorna del sabio extranjero que se ha hecho venir de Europa, rabia contra la esquina ochavada, habla de los millones perdidos o por perderse en el pozo artesiano que se cava en la plaza de la Recoleta, hasta que llegando al famoso Canal de los Andes, los nervios se templan, las fisonomías se aplacan y el coro de la risa es universal. La reforma eclesiástica ha herido en carnes vivas, y de las celdas mismas de los conventos se escapan rumores siniestros y hasta embozadas amenazas. La pompa presidencial es repulsiva a estos mismos sentimientos, y se acecha en las calles el séquito del Presidente para soltar la carcajada a su paso. La ley de la capital encontraba resistencias en la pasión popular que azuzaban diariamente hombres graves, al mismo tiempo que sus agentes buscaban alianzas en el interior para la resistencia o para la lucha. A la hegemonía de Buenos Aires respondió el grito bárbaro de los caudillos apoderándose de su presa. Lo fué para cada uno la provincia en que gobernaba.

La primera figura en la lucha contra la Presidencia es, sin duda, la de don Manuel Dorrego. Da impulso a todas las resistencias, fuego a las pasiones, expresión a los descontentos, y presta su voz simpática y clara a las preocupaciones más oscuras. Perora en el Congreso, declama en las reuniones populares, habla en el café, en los círculos sociales, en las trastiendas; se guiña de ojos con el transeúnte, escribe hasta en las secciones más secundarias de su Prensa, parte migajas con el Padre Castañeda y se encuentra al habla con los caudillos del interior. Es el artista del desorden, cediendo tal vez a necesidades de su organización, sin odios en el alma, con la sonrisa ligera en los labios y sin la conciencia verdadera de la trascendencia subversiva de sus actos, él mismo se exalta y se embriaga envolviéndose cada día en el formidable ruido que ha promovido a su rededor. Háblase de sus conocimientos sobre el sistema federal: no eran en mucho superiores a los del Padre Monteroso, que fué entre nosotros su primer expositor. Se menciona su ciencia. Léanse sus discursos, que son hábiles, verbosos, hasta atrayentes por su falta de hiel: pero no se columbra en ellos otra ciencia que su briosa petulancia criolla, rica de savia y de ignorancia.

La Constitución que tan luminosamente había elaborado el Congreso y a cuya formación concurrieron los hombres más notables de la Nación, fué rechazada por los caudillos del interior, no porque fuera federal o

unitaria, sino porque era simplemente una "Constitución", según la frase del canónigo Gorriti, que empieza a ser recogida como un juicio por la Historia. A su sombra no podían subsistir Gobiernos personales y bárbaros. Era el comienzo del fin. La famosa presidencia que había inquietado los celos de Bolívar y cuya fama se extendía por la Europa, iba a desaparecer, no después de formidables batallas, sino como se recogen los pintados bastidores de un teatro improvisado. Rivadavia presentó su renuncia, y desde aquél día debió presentirse la disolución del Congreso que había compartido con él las fascinaciones de los vastos proyectos, las pompas de un poder vano y las exaltaciones de un partido que mostraba su presencia en el Gobierno como el más alto testimonio de la civilización de su país. El documento de Rivadavia es sobrio y solemne: "Me es penoso, decía, no poder exponer a la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución, pero ellos son bien conocidos de la representación nacional. La historia me hará justicia; la espero de la posteridad".

El proceso histórico se halla desde entonces abierto y no ha sido aún fallado definitivamente. Somos hijos de los autores y no podemos todavía ser sus jueces. Pero estos aplazamientos ante la historia no son sino una forma para invocar el testimonio de la propia conciencia. Se siente recta la intención y se reputa acertado el acto, en lo que puede haber error. Rivadavia y Lavalle invocan igualmente la historia, el uno abdicando el mando y el otro ante el patíbulo de Dorrego. La renuncia de Rivadavia abrió paso franco al predominio de la barbarie bajo sus formas más odiosas. El fusilamiento de Dorrego no trajo, pero apresuró el advenimiento de Rosas, dejando interrumpido el drama intermedio (1).

II

¡Cómo es lleno de angustiosos recuerdos el pobre hogar del emigrado político, mientras dura su expatriación en la tierra extranjera! Los días se van y los años se acumulan, y no se piensa sino en la catástrofe que le condujo al destierro. Se pasan y se repasan en la memoria los acontecimientos últimos para comentarlos, para mutilarlos, para agrandarlos y hasta para modificarlos a su voluntad, porque la imaginación del proscripto, que no ve luz por delante, se vuelve hacia atrás, deshaciendo los hechos que fueron a su causa más funestos, para complacerse, siquiera por un momento, en absurdas perspectivas... ¡Ah!, si no se separan, en Catamarca, Lavalle y Lamadrid... Si juntan sus

(1) No conocemos página más dolorosa que la escrita por el general Lamadrid, describiendo la trágica muerte de don Manuel Dorrego.

ejércitos, Oribe es vencido en el Norte y nos vamos en seguida a subyugar a Cuyo... ¿Por qué dió Lavalle la triste batalla de Famaillá? ¿Dónde estuvo el héroe en aquel día?... Y este eterno revenir alrededor de los mismos sucesos no tiene término. La conversación de la tarde se prolonga por la noche, y es la misma al día siguiente.

La casa del emigrado es estrecha y no hay lugar separado para los niños. Todo se habla, se hace, se dice, en su presencia. Tienen el derecho de intervenir en la plática más grave, y preguntan y se estimula su curiosidad para tener quizá ocasión de volver a los mismos temas. Pues qué, ¿el niño no se halla investido de igual título? Es también un desterrado, y él mismo lo comprende y lo siente.

Las familias argentinas que salieron en 1841, emigradas del Norte de la República, encontraron en los más próximos pueblos de Bolivia a otras que las habían precedido de seis, de ocho, de diez años, en la tierra de la proscripción. Estaban Pedraza y el doctor Figueroa, en Talina; Wilde, Valle, Ferrer, Villamonte y Usandivaras, en Tupiza; Rojo y los Alvarado, en Tarija; los Frías, Zuviría, Zorrilla, Paunero, Gorriti, Rueda y Bustamante, en Potosí, en Chuquisaca y en Cochabamba. Estos primeros emigrados no tenían todavía, como los que vinieron más tarde, el pie ligero, y no alcanzaron a internarse por el Norte sino hasta el centro de Bolivia, y por el Río de la Plata, como Carril, los Agüero, hasta Santa Catalina, en el Brasil. Nombrarlos ha sido decir quiénes son. Eran los antiguos unitarios de las provincias del interior. Eran los que habían conseguido escaparse, arrancando sus familias enteras después de la captura de Paz en Córdoba; después que Ibarra, cuya crueldad no tiene otro ejemplo entre los hombres, se sintió seguro; después de las dos terribles derrotas de Lamadrid, en las que el valor infausto, prodigado hasta la locura, sólo sirvió para multiplicar las víctimas, dejando empapados en sangre los campos; desde la aparición de Quiroga en Catamarca, o después de su paseo beduíno por Tucumán y hasta Salta, en cuyas calles no quiso el bárbaro penetrar.

Las dos emigraciones se juntaron en los pueblos de Bolivia, para asociarse recíprocamente en su miseria, confundiendo al mismo tiempo sus lamentaciones y sus quejas. Los unos hablaban de Oribe y respondían los otros describiendo a Quiroga. El relato de un episodio del Quebracho Herrado era sobrepasado por el recuerdo de un acto de barbarie o de sangre, ejecutado por los feroces vencedores de la Ciudadela. Hemos podido así oír desde niños en Talina, en Tupiza, Tarija, Potosí, las dolorosas recriminaciones de los unitarios del interior contra los directores del Gobierno presidencial. Ellos decían que su desaparición voluntaria los había entregado sin defensa a las garras de los tigres; que el Gobierno presidencial tenía elementos para resistir a los embates

de la barbarie y sobreponerse; que los hombres principales del interior, por su posición, inteligencia y fortuna le pertenecían, y que habrían sabido defenderlo hasta la muerte, como lo mostraron, arrastrándola un poco más tarde en luchas aisladas, casi oscuras y, por eso mismo, más terribles y sangrientas. Allí estaban los militares como Wilde, que había figurado entre los combatientes de Ituzaingó, y ellos añadían que el ejército vencedor era fiel al Gobierno y que sus jefes y oficiales, destinados a perecer, en su mayor parte, como Plaza o el noble Barcala, bajo el puñal de los bárbaros, llevaban hasta el fanatismo su consagración a las nuevas instituciones. ¡Ah! ¡Qué no habrían bastado dos mil hombres del ejército de Ituzaingó, con un General como Alvear o como Paz, bajo la dirección de un Gobierno Nacional llamado a suplir, por la persistencia de su acción y por sus recursos, los accidentes de la mala fortuna, para barrer los caudillos y sus hordas, que no les estaban aún sino débilmente adheridas!...

Era esto lo que se hablaba allí, por los años 47 ó 48, entre los emigrados argentinos que se habían transportado con sus familias a Bolivia, después de la desaparición del General Paz y de la caída de Corrientes, cuando la República volvía a entrar bajo la garra de su tirano. No se entreveía un rayo de esperanza, y el destierro, como una fatalidad ciega, extendía nuevamente para aquellos desgraciados sus sombras implacables.

Apareció por ese tiempo un cometa cuya vuelta está anunciada para los primeros años del siglo próximo; no lo vimos subir en el horizonte, porque se halla éste cubierto por la alta montaña rocallosa que circunda por uno de sus costados la antigua villa de Tupiza, y sólo fué apercibido cuando se hubo elevado como un disco de luz rojiza sobre una de sus cumbres. Se salía a la plaza todas las noches, para contemplar el cometa durante horas enteras —no habría otro espectáculo—, hasta que se creyó notar como una disolución por la mitad de la cauda del cometa y que ella se desprendía como un fragmento roto. "Es un buen pronóstico", dijo uno, haciendo un signo. Otro lo comprendió rápidamente, y ya dijo con claridad: "Es la caída de Rosas". ¡La caída de Rosas! El anuncio no venía ya de los hombres, sino de Dios. La voz corrió entre los hombres, y había algunos sensatos y graves; llegó hasta las mujeres, y se despertó a los niños, que tuvieron esa noche fiebre, para anunciarles la buena nueva.

III

El régimen presidencial desaparecía, no porque el Congreso hubiera dado su famosa ley designando la ciudad de Buenos Aires para la ca-

pital de la Nación, lo que no era poner sino en movimiento un resorte vital para el organismo argentino; y menos aún porque se hubiera proclamado Constituyente, puesto que, sin serlo, no habría tenido misión, en un país sin vínculo, sin Gobierno y que ensayaba salir de la desorganización política y social. ¿Puede ser serio aquel otro cargo de haber creado un Ejército nacional, cuando iba a requerirlo tan pronto la guerra contra el Brasil? La designación de un Ejecutivo nacional no era tampoco sino una medida inevitable, desde que era necesario proveer a la acefalía de la Nación, y poner al lado del Congreso que legislaba, el poder que debía ejecutar sus leyes. No. Estas no son las causas históricas del inmenso desastre. Fueron solamente los cargos contemporáneos, o, por mejor decir, las objeciones de la oposición, resistiendo actos que contrariaban naturalmente sus intentos, y no debe dárseles otro carácter ni mayor importancia. La observación opuesta nos parece, por el contrario, más próxima a la verdad: el régimen de los unitarios desapareció, porque después de haber instituído un Gobierno y colocándolo sobre su asiento natural, lo abandonó sin combate delante del enemigo. El famoso Congreso, al proclamarse constituyente, sólo se dió, inducido por lejanos ejemplos, un título vano, y después de haber discutido su obra en debates luminosos, que levantaron por vez primera una tribuna a la elocuencia argentina, la inutilizó en seguida, entregándola a la aceptación de pueblos enseñoreados por caudillos que eran los enemigos naturales de la forma ordenada que constituye un Gobierno. ¿Cuál Gobierno? Todos, sea unitario, sea federal.

El partido unitario estaba llamado, bajo la dirección del más célebre de sus hombres de Estado, a organizar la Nación por la fundación real de su Gobierno, combatiendo las anarquías y superándolas hasta hacer prevalecer el sentimiento nacional, por la razón y por la fuerza, sobre los instintos de disolución local. Era, sin duda, ardua la empresa, y era por esto mismo deber suyo desplegar en línea de batalla cuanto poder tenía el país para sostener sus proclamadas instituciones. Pudo así haber sucumbido bajo la derrota, y era esto, a la verdad, mejor que desaparecer por la renuncia, para ir un poco más tarde a la proscripción, de la que no se volvió, o para bañar con su noble sangre viles cadalsos. ¿Era falta de valor? ¡No! Los que quedaron sucumbieron heroicamente, y no se vió a los otros decaer de la fortaleza de su alma en el largo destierro. Eran, además, patriotas, tenían abnegación y la memoria de sus virtudes cívicas es uno de los timbres del nombre argentino. Hubo en sus actos, más que error, una obcecación, y la ceguera en la conducta de los hombres se explica hoy, como en los tiempos de Teofrasto, por no conocerse bien a sí mismos y por conocer mal a los otros. Presumían demasiado de sí y tenían por sus adversarios

un desdén altanero. Veían a Dorrego tan inquieto, ardiente, ligero, que no podían concebir siquiera un Gobierno manejado por sus manos. Vivían en Buenos Aires dentro de una atmósfera estrecha, escuchándose los unos a los otros, bajo las leyes de una cortesanía que ha quedado memorable en nuestros fastos sociales y no tenían quizá una conciencia bien clara de las fuerzas políticas que se habían destacado contra su obra. —¿Eran éstas invencibles? ¡No!— Pero lo fueron cuando se les abandonó la escena.

Cuéntase que los labios altivos del más intencionado entre los corifeos de este partido, se entreabrieron una vez para dar en una sola frase la explicación de aquellos acontecimientos. "Esto es transitorio, dijo, hablando de los sucesos del día: volveremos pronto; seremos llamados". —¿Por quién?— ¿Por qué afinidades de esa química exquisita de almas, que Teofrasto, La Bruyère y Pascal conocieron, se mezcla siempre a estos despliegues de la vanidad soberbia, un grano de inocencia, de candidez casi infantil? —¡Seremos llamados!— Lo esperaron todavía durante veinte años, primero de los hombres y después del destino, hasta que, con el desencanto tardío, llegó para ellos, paso a paso, la muerte inevitable!

Así concluyó la dominación del partido unitario. Funda un Gobierno y lo abandona, dejando él mismo mutilada su figura histórica. No vale como partido, porque fundó un Gobierno para abandonarlo; aunque valgan sus hombres por el amor del bien, por la audacia de sus concepciones, por la pompa literaria de su palabra arrojada arrogantemente como un guante a la faz de la barbarie contra la que luchaban, y por sus sacrificios del destierro, que llegan todavía hasta nosotros trascendiendo la atmósfera con un perfume de virtud. Su pasaje por el poder no puede ser más ruidoso, lleva consigo una atmósfera de fiesta, y al notarlo tan efímero, el espíritu más desprovisto de crítica podría creer que hay en su actitud mucho de teatral. Rivadavia tenía desde años atrás su poeta, y era, sin duda, el que más desplegó, entre los de su tiempo, el don del canto. Cada Decreto se convierte en una oda o en un himno. Hay un volumen del Registro Nacional que corresponde, por las inscripciones de sus títulos, a otro volumen de nuestro *Parnaso*. Los trabajos hidráulicos mismos, entrevistos entre lejanas perspectivas, estimulan la discreta musa de otro joven poeta. Se quiere, sin duda, el bien con patriotismo sincero, se le adivina, se le ve venir y se le proyecta en un Decreto. Es, sin embargo, necesario que el aplauso estalle instantáneo, y para hacerlo dulce al oído y más penetrante al alma, debe acompañarlo el ritmo del poeta. Teníamos ya esta facultad nacional de dar simpática vibración, alas a nuestras palabras y

ellas corrían por la América y hasta por la Europa, siendo devueltas con el elogio de la Gran Presidencia.

De esta situación engañosa de los espíritus, y hasta enervante, no era difícil que saliera la abdicación del Gobierno, sin combate, y la dichosa explicación: "seremos llamados".

IV

Pero es en Rivadavia mismo en quien es necesario buscar la explicación de los hechos: y más de una vez nos ha sucedido preguntarnos, por qué había desaparecido en 1826 el Rivadavia de 1811 y 1812. Rivadavia se había mostrado, efectivamente, en aquellos primeros años de la Revolución, como un hombre de voluntad poderosa, sin detenerse ante las dificultades de la acción política, por duras, crueles y hasta trágicas que ellas fueran. Es Secretario de la Guerra, y da nervio al Gobierno, impulsando al mismo tiempo la revolución por una serie de actos que son conocidos. Pertenece en seguida al Triunvirato, se impone a las disidencias de sus colegas, salva a la revolución de uno de sus mayores peligros, descubriendo y castigando con mano despiadada la conspiración de Alzaga. La ola sangrienta de las persecuciones se desata, y Rivadavia mismo le pone valla, con ánimo igualmente resuelto, por el célebre Decreto. ¡Basta de sangre! Quince años después, aquel hombre poderoso es buscado y no se le encuentra. ¿Qué modificaciones se habían obrado en su espíritu? El problema psicológico es siempre un misterio. Había pasado estos años dedicándolos en gran parte a la meditación y al estudio. Había residido mucho en Europa, observando en su conjunto el movimiento social y político de sus pueblos; había entrado en comunicación frecuente con los primeros sectarios de la doctrina económica de la que debía salir un poco más tarde, a favor de ciertos desarrollos, la escuela pacífica de Manchester, que abomina de los medios violentos y execra la guerra: y no es extraño que todo lo que había en su mente de teórico, y era mucho, de pensador, este era su rasgo predominante, y hasta de filósofo, como lo muestra su incesante tendencia de asignar a cada hecho su causa, se hubiera extraordinariamente desenvuelto, dejando empobrecidos los resortes de su carácter y de su voluntad.

Penetremos ahora con algunos rasgos, en el fondo de esta gran figura histórica de nuestros anales. El hombre físico es por todos conocido; sus retratos son numerosos y todos son idénticos. La plancha litografiada misma, a la que faltará siempre el rayo de la vida, es en este caso casi igual al pincel. No habrá en la figura de Rivadavia ninguna de esas líneas elegantes o de esos toques delicados que necesitan en cierto modo, para reproducirse, ser sentidos por la inspiración del

artista. Hemos leído que cuando el señor Rivadavia paseaba por las calles de París, con su andar mesurado y grave, atraía la curiosidad de los transeúntes. Pero había en su rostro tal seriedad, su porte era tan grave, su ademán tan ceremonioso, que no hubo jamás hombre alguno, entre nosotros, que supiera imponer a los demás el sentimiento de su propia importancia, que se transparentaba en todos sus movimientos. Montesquieu lo ha dicho: "El mérito personal es una fuerza y puede sobreponerse a todo". El fisgón podía trazar con carbón en las paredes los contornos de la figura de Rivadavia, pero era casi imposible faltarle en su presencia al respeto: lo llevaba consigo y lo trasmitía.

El señor Rivadavia escribía poco, pero son suyos hasta por la redacción, casi todos los documentos que llevan su nombre. No perteneció a la Asamblea de 1813, ni al Congreso de Tucumán, que cerró sus sesiones en 1819, y no tuvo ocasión para usar de la palabra en público, sino asistiendo a la Junta Provisional como Ministro del General Rodríguez. No poseemos un solo discurso suyo en el que se reconozca el vuelo o siquiera la amplitud oratoria. La palabra pública ha tenido entre nosotros su crecimiento visible, y por aquellos años no llegaba sino por accidente a las formas del discurso. Hablando o escribiendo, faltaba al señor Rivadavia la paciencia y el arte del desenvolvimiento. Su palabra no lleva su movimiento natural, y procede como por irrupciones, o incrustando en la exposición un poco confusa, tales o cuales frases salientes, que no son casi siempre aquellas palabras que llevan luz, según la expresión de Cicerón —*lumina verbi*—, y que dan tanta claridad como esplendor al discurso. Tenía, sin embargo, algunas expresiones felices, como cuando dijo en la Legislatura que el decreto de 1811 sobre la Prensa no había sido sino "una máquina para hacerla andar". Cuando se leen las exposiciones del señor Rivadavia en la Legislatura, no solamente se nota la falta de cierta prontitud en su inteligencia, y que no sería a la verdad conforme a su índole, sino de aquella perspicacia que se trasluce por la seguridad y el acierto de la réplica inmediata. Cuando se examinan los hechos de su conducta, algunos han creído hallar cierta ausencia de discernimiento; y la crítica es más segura si se refiere a la acción del momento, aplicada a los hombres y cosas sobre que se obra. Cuando se leen sus documentos, se descubre visiblemente que falta en el espíritu de Rivadavia lo que se llama con propiedad el sentimiento estético, es decir, el sentimiento de las proporciones; tal decreto es demasiado pomposo para concluir con una prescripción vulgar. Se desciende desde lo alto para ordenar la bagatela.

V

En ese momento célebre de nuestra historia, Rivadavia dijo: "Soy

la razón, y no quiero ser la fuerza", y descendió con la solemnidad de un pontífice las gradas de la Presidencia, para ir a la proscripción, que sólo tuvo diez y ocho años después por desenlace la muerte, quizá anhelada. La intención era elevada y recta, porque nunca hubo bajo el cielo argentino un patriotismo como el suyo, más comprobado; y el experimento fué terrible, porque hizo del más grande de nuestros hombres públicos también el más infortunado. Es necesario, sin embargo, sobreponerse a la admiración por el genio, o, lo que es más difícil, a la piedad por el infortunio, para decir que la noción de Rivadavia sobre su papel era equivocada. Gobierno es la autoridad, y la autoridad se compone, igualmente, de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza Los gobernantes no son pastores de almas, y menos que orgullo, que es un sentimiento de dominación, puede haber hasta vanidad en confundir el Gobierno con un pontificado.

La paz con el Brasil estaba hecha por sí misma, en los términos que conocemos, y se realiza muy luego por sus sucesores casi sin negociaciones. ¿Era dolorosa? Adolfo Thiers ha mostrado que hay grandeza en suscribir con sus manos lo inevitable. Es necesario entrar en el fondo de la situación. La dimisión de Rivadavia no iba a dar temple a la guerra, ni crear mejores condiciones para negociar con ventaja la paz. Prevalecían de este modo, por el contrario, los opositores de la guerra, y hasta los caudillos que se habían confabulado para rehusar sus contingentes al Ejército. Digámoslo de una vez: la renuncia de Rivadavia no llevaba a los Consejos de la Nación un régimen diverso de gobierno, ni siquiera un cambio de política, sino que traía pura, simple y exclusivamente la disolución nacional. Fué en aquellos días ya saludado en las antesalas del Congreso, como Gobernador de Buenos Aires, el Coronel don Manuel Dorrego, y lo ha contado en un discurso memorable un testigo presencial de la escena.

NICOLÁS AVELLANEDA.
Argentino, 1837-1885.

ORACION A LA BANDERA

"Esta bandera es, sobre todo, la bandera de la Nación, y pueblos compuestos por millones y millones de hombres libres, seguirán inclinando la frente a su paso hasta la terminación de los siglos. Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy, y en su futura y portentosa grandeza. Vamos ahora a cobijarnos todos bajo sus pliegues y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar a su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca a su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de sus destinos, que le fueron prometidos por Belgrano al extenderla, victoriosa, sobre su cuna".

AVELLANEDA: Nicolás Avellaneda nació en Tucumán el 3 de octubre de 1877 y murió en el mar, de regreso a la patria, el 25 de noviembre de 1885. Cumplía cuatro años de edad el día que su padre, Marco M. Avellaneda, heroico gobernador de Tucumán, opositor de Rosas y mártir de la Tiranía, fué bárbaramente sacrificado por la soldadesca de Oribe; y transcurrió su infancia huérfana en una pobre aldea boliviana, donde el cura párroco le enseñó a leer y escribir trazando las primeras letras en la arena ardiente del páramo. En la adolescencia volvió a la patria con su familia. Estudió Derecho en Córdoba y Buenos Aires, en cuya Universidad se graduó brillantemente de doctor en jurisprudencia. Periodista, catedrático universitario, diputado a la Legislatura de Buenos Aires a los 25 años, ministro del gobernador Alsina a los 26, y del presidente Sarmiento a los 31, presidente de la Nación él mismo a los 36 años, y por fin y simultáneamente, senador nacional y rector de la Universidad de Buenos Aires, se señaló siempre por su noble talento y su virtud ejemplar. Administró el país con honestidad y buen criterio. Terminó acertadamente graves cuestiones de límites, sometió al indio, libró a la civilización grandes territorios argentinos, impulsó las obras públicas y las comunicaciones, favoreció la inmigración, protegió las industrias, propagó la cultura en todas las formas, honró a los próceres, amó al pueblo.

Sus "Obras completas" se han publicado en diez copiosos volúmenes. Nuestro país tuvo en él un cultor de la forma literaria, especialmente en la oratoria, en la que era un maestro, y también un auténtico hombre de estudio, como se manifiesta en su libro sobre "Tierras públicas".

JAMES HENRY BREASTED.
Norteamericano. Contemporáneo.

De "LA CONQUISTA DE LA CIVILIZACIÓN"

CAPÍTULO I. — *"Los primeros medios de vida del hombre"*

Pocos siglos atrás no era raro, en las poblaciones de Europa septentrional, que un lobo hambriento llegado de los bosques cayese sobre una criatura en plena calle. En la actualidad, el sanguinario tigre de la India y el fiero león del Africa continúan matando hombres y alimentándose con carne humana. Pero no obstante su enorme fuerza, los grandes mamíferos del pasado han ido extinguiéndose lentamente. Sucumbieron ante fuerzas naturales adversas, a las que el hombre pudo, sin embargo, sobrevivir. A medida que el hombre desarrollaba su habilidad para competir con sus rivales mamíferos por la posesión de la tierra, su progreso ha sido inexorable y aniquilador. Aun antes de inventar sus toscas armas el hombre prehistórico, la jirafa y el elefante desaparecieron del valle inferior del Nilo, al principio de la Edad Histórica, mientras los soberanos del antiguo Oriente, aficionados a la caza, exterminaban el elefante asiático en las llanuras del Eufrates superior, hace varios millares de años. Todos nosotros conocemos la práctica extinción del bisonte en nuestro propio continente americano; las últimas familias supervivientes del gorila están a punto de desaparecer en Africa, y tal ha sido el perfeccionamiento de las armas del hombre en las últimas décadas que, en opinión de los naturalistas, hemos llegado prácticamente al final de la Edad de los Mamíferos.

Todo esto es una fase única y más visible de la victoria del hombre. Su supremacía, lentamente conseguida, lo ha sido por un proceso gradual, que ahora puede continuar la ciencia moderna durante quinientos mil años de progreso humano. Podemos hoy estudiar, paso a paso, la creciente habilidad del hombre para sobrevivir entre formas de existencia rivales y contra fuerzas adversas de la naturaleza; habilidad enormemente aumentada y transformada cuando llegó a ser la primera y única de las criaturas que construyó herramientas. Se han conocido

varios animales que han empuñado una piedra o un palo para utilizarlo como herramienta. Esto debe de haberse hecho muy a menudo por nuestros primitivos y salvajes antepasados. Pero el hombre primitivo consiguió dar un nuevo paso de importancia fundamental, nunca dado por ninguna otra criatura. Observó que la piedra, tal como aparecía en la naturaleza, no estaba bien dispuesta para su objeto; esto es, se fijó en su forma y se atrevió a criticarla. La crítica es un factor muy importante de progreso. No ha habido nunca, en realidad, ningún progreso sin ella. Golpeando el fragmento de roca nativa contra otra piedra, algún hombre primitivo con más iniciativa que sus compañeros, trató de mejorar la forma del guijarro y adaptarlo al uso para que lo necesitaba. Al realizar esto apareció la primera criatura que fabricó herramientas, una criatura con inteligencia no sólo para satisfacer su hambre con materia muerta, sino también para moldear la materia muerta en instrumentos, que le dieron mayor dominio sobre el mundo de su alrededor, vivo o muerto.

La práctica de este arte de hacer herramientas, utensilios y artificios mecánicos nunca ha cesado de ejercer la más profunda influencia en el progreso humano, y la aparición de la habilidad para hacer herramientas transformó por completo la situación del hombre. Al reflexionar sobre este asunto es oportuno mirar primero a nuestro alrededor y después hacia atrás. Todos sabemos que nuestros padres nunca escucharon la "radio", ni aún vieron un aeroplano mientras eran niños, y muy pocos de los de su época habían subido en un automóvil. Sus padres, o sean nuestros abuelos, vivieron la mayor parte de su vida sin luz eléctrica ni teléfonos en sus casas. Sus abuelos, o sean nuestros bisabuelos, se veían obligados a hacer largos viajes en diligencias, y algunos de ellos murieron sin haber visto una locomotora. Una tras otra, a medida que se han inventado, estas cosas han entrado y continúan entrando en la vida de los hombres.

Cada invento procede de inventos anteriores, y ninguno hubiera resultado factible sin los que le antecedieron. De este modo, si retrocedemos bastante, llegaremos a un momento en que nadie podía construir una diligencia o un vagón, porque no se había inventado la rueda o domesticado el caballo salvaje. En una antigüedad más remota, no había barcos, ni viajes, ni comercio por mar. No había herramientas de metal, pues nadie había visto aún el metal. Sin herramientas metálicas para cortar la piedra no podía haber bellos edificios o estructuras de piedra. Era imposible escribir, pues nadie había inventado la escritura y por consiguiente, no había libros ni ningún conocimiento científico.

Si retrocedemos lo bastante en la historia del hombre, resultará por

lo tanto, que lo encontraremos en un estado salvaje poco por encima de las bestias más adelantadas entre las que vivía. Sólo disponía de sus manos para defenderse, mitigar su hambre y satisfacer todas las demás necesidades. No poseía lenguaje, y hasta era incapaz de hacer fuego. No había nadie que le enseñase nada. Ante este estado de cosas, el hombre primitivo tenía que aprender todo por sí mismo, mediante una experiencia lenta y un largo esfuerzo. No sólo tenía que ser inventada cada herramienta, por muy sencilla que fuese, sino que debieron existir épocas de obscuridad mental en las que no pudo imaginarse que tales cosas pudieran existir o que el hombre llegase a hacerlas. En no pequeño grado, la historia de la vida del hombre es la de la conquista de los recursos materiales por medio de artificios, herramientas, utensilios y maquinaria variados, si incluímos también en estas cosas las consecuencias sociales, políticas, artísticas y religiosas que resultaron de su adopción. El cilindro de vapor o gasolina es símbolo tan fiel de la edad presente como el hacha de piedra es el signo manual de la Edad de Piedra de hace doscientos mil años. Mister Henry Ford tiene mucha razón en su conocida frase: "Nosotros hacemos historia".

Pueblos tan desprovistos de artificios mecánicos como los hombres primitivos no existen ya sobre la superficie de la tierra. Sin embargo, su situación al principio es comparable a la de las tribus salvajes ínfimas, algunas de las cuales, al ser descubiertas llevaban aún una vida muy semejante a la de nuestros primitivos antepasados. Por ejemplo, los tasmanianos, el pueblo que los ingleses descubrieron en la isla de Tasmania hace aproximadamente un siglo, no usaban ropa, no habían aprendido a construir una choza cubierta, no sabían como hacer un arco y unas flechas, ni aun pescar. No poseían cabras, ovejas, vacas, caballos ni aún perros. Nunca habían oído hablar de semillas que se siembran ni de recogida de cosechas de ninguna especie. Ignoraban que la arcilla se endurece al fuego, de modo que no poseían jarros, cacharros ni fuentes de barro para comer.

Desnudos y sin casas, los tasmanianos habían aprendido a satisfacer muy pocas de las necesidades humanas. Sin embargo, lo que habían aprendido los había hecho avanzar mucho con respecto a los hombres primitivos. Sabían encender fuego, que les calentaba en tiempo frío y en el que guisaban sus alimentos. Habían aprendido a construir excelentes lanzas de madera, aunque sin puntas metálicas, pues nunca habían oído hablar de los metales. Estas lanzas, con punta de piedra, eran lanzadas por ellos con gran destreza, y así derribaban la caza que necesitaban para su alimento o ahuyentaban a sus enemigos humanos. Tomaban una piedra plana y, desconchando sus bordes para

adelgazarlos, hacían un cuchillo rudimentario, con el que despellejaban y cortaban la caza que mataban. Eran también muy hábiles en tejer copas, vasijas y cestas con fibras de corteza de árbol. Durante varios centenares de miles de años los hombres primitivos vivieron una vida mucho menos civilizada que la de los tasmanianos.

LA CONQUISTA DE LA CIVILIZACIÓN, por James Henry Breasted: "La Conquista de la Civilización" —son palabras del Duque de Alba, al presentar su valiosa traducción—, intenta resumir cuanto se sabe acerca de la historia primitiva del hombre. Nos lleva desde las primeras hachas del período glacial, por los restos lacustres de Suiza, a la aurora de la civilización junto al Nilo; el camino sigue por los valles del Tigris y del Eufrates, por Creta, Micenas, Grecia y Roma, hasta que nos alumbren las torres de las iglesias cristianas. Así vemos lo que hemos sido antes de ser lo que somos. Ardua ha sido la lucha, de altas y bajas; pero, según termina la obra, "todo ello nos revela la ruta que a través de las edades ha seguido el desarrollo de la vida humana, y podemos decir que esta carrera de la conquista de la civilización ha sido un camino ascendente"; idea que nos permite pensar en el futuro con cierto optimismo."

P. CALDERÓN DE LA BARCA.
Español, 1600-1681.

De "LA VIDA ES SUEÑO"

JORNADA PRIMERA
CUADRO PRIMERO

A un lado monte fragoso y al otro una torre cuya planta baja sirve de prisión a Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La acción principia al anochecer. Rosaura vestida de hombre aparece en lo alto de las peñas, y baja a lo llano; tras ella viene Clarín.

ESCENA PRIMERA
ROSAURA Y CLARÍN

ROSAURA: Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento,
¿dónde, rayo sin llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama
y bruto sin instinto
natural, al confuso laberinto
destas desnudas peñas
te desbocas, arrastras y despeñas?

Quédate en este monte,
donde tengan los brutos su Faetonte;
que yo, sin más camino
que el que me dan las leyes del destino,
ciega y desesperada,
bajaré la aspereza enmarañada
desde monte eminente,
que arruga al sol el ceño de su frente.

Mal, Polonia, recibes
a un extranjero, pues con sangre escribes
su entrada en tus arenas,
y apenas llega, cuando llega a penas.
Bien mi suerte lo dice;
¿mas dónde halló piedad un infelice?

CLARÍN: Di dos y no me dejes
en la posada a mí cuando te quejes;
que si dos hemos sido
los que de nuestra patria hemos salido
a probar aventuras,
dos los que entre desdichas y locuras
aquí hemos llegado,
y dos los que del monte hemos rodado,
¿no es razón que yo sienta
meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA: No te quiero dar parte
en mis quejas, Clarín, por no quitarte,
llorando tu desvelo.
el derecho que tienes tú al consuelo.
que tanto gusto había
en quejarse, un filósofo decía,
que, a trueco de quejarse,
habían las desdichas de buscarse.

CLARÍN: El filósofo era
un borracho barbón: ¡oh! ¡quién le diera
más de mil bofetadas!
Quejárase después de muy bien dadas.
¿Mas, qué haremos, señora,
a pie, solos, perdidos y a esta hora,
en un desierto monte,
cuando se parte el sol a otro horizonte?

ROSAURA: ¡Quién ha visto sucesos tan extraños!
Mas si la vista no padece engaños

que hace la fantasía,
a la medrosa luz que aún tiene el día,
me parece que veo
un edificio.

CLARÍN: O miente mi deseo,
o termino las señas.

ROSAURA: Rústico nace entre desnudas peñas
un palacio tan breve,
que al sol apenas a mirar se atreve;
con tan rudo artificio
la arquitectura está de su edificio,
que parece, a las plantas
de tantas rocas y de peñas tantas
que al sol tocan la lumbre,
peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARÍN: Vámonos acercando;
que este es mucho mirar, señora, cuando
es mejor que la gente
que habita en ella, generosamente
nos admita.

ROSAURA: La puerta
(mejor diré funesta boca) abierta
está, y desde su centro
nace la noche, pues la engendra dentro
(Suenan dentro cadenas.)

CLARÍN: ¡Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA: Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

CLARÍN: ¿Cadenita hay que suena?
Mátenme, si no es galeote en pena;
bien mi temor lo dice.

ESCENA SEGUNDA

SEGISMUNDO, en la torre, ROSAURA, CLARÍN

SEGISMUN.: ¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice! *(Dentro).*

ROSAURA: ¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.
CLARÍN: Y con nuevos temores.
ROSAURA: Clarín...
CLARÍN: Señora...
ROSAURA: Huyamos los rigores
desta encantada torre.
CLARÍN: Yo aun no tengo
ánimo para huir, cuando a eso vengo.
ROSAURA: ¿No es breve luz aquella
caduca exhalación, pálida estrella,
que en trémulos desmayos,
pulsando ardores y latiendo rayos,
hace más tenebrosa
la obscura habitación con luz dudosa?
Sí, pues a sus reflejos
puedo determinar (aunque de lejos)
una prisión oscura,
que es de un vivo cadáver sepultura;
y por que más me asombre,
en el traje de fiera yace un hombre
de prisiones cargado,
y sólo de una luz acompañado.
Pues huir no podemos,
desde aquí sus desdichas escuchemos:
sepamos lo que dice.

(Ábrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segismundo con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.)

SEGISMUN.: ¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo:
aunque si nací, ya entiendo
que delito he cometido:

bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito del nacer),
¿qué más os pude ofender,
para castigarme más?

¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
o ramillete con alas,
cuando las etéreas alas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma:
¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas
(gracias al docto pincel),
cuando atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¿y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
¿y yo con más albedrío
tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad,
que le da la majestad
del campo abierto a huída:
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?
En llegando a esta pasión
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón:
¿qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan süave,
exención tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

ROSAURA: Temor y piedad en mí
sus razones han causado.

SEGISMUN.: ¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARÍN: *(Ap. a su amo)* Di que sí.

ROSAURA: No es sino un triste (¡ay de mí¡)
que en estas bóvedas frías
oyó tus melancolías.
SEGISMUN.: Pues muerte aquí te daré
porque no sepas que sé *(Ásela.)*
que sabes flaquezas mías.
Sólo porque me has oído,
entre mis membrudos brazos
te tengo de hacer pedazos.
CLARÍN: Yo soy sordo, y no he podido
escucharte.
ROSAURA: Si has nacido
humano, baste el postrarme
a tus pies para librarme.
SEGISMUN.: Tu voz pudo enternecerme,
tu presencia suspenderme
y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
tan poco del mundo sé,
que cuna y sepulcro fué
esta torre para mí:
y aunque desde que nací
(si esto es nacer) sólo advierto
este rústico desierto
donde miserable vivo,
siendo un esqueleto vivo,
siendo un animado muerto:
y aunque nunca vi ni hablé,
sino a un hombre solamente,
que aquí mis desdichas siente,
por quien las noticias sé
de cielo y tierra, y aunque
aquí, por que más te asombres
y monstruo humano me nombres,
entre asombros y quimeras,

soy un hombre de las fieras,
y una fiera de los hombres:
y aunque en desdichas tan graves
la política he estudiado
de los brutos enseñado,
advertido de las aves,
y de los astros süaves
los círculos he medido:
tú sólo, tú, has suspendido
la pasión a mis enojos.
la suspensión a mis ojos,
la admiración a mi oído.
Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aun más mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
que mis ojos deben ser;
pues cuando es muerte el beber,
beben más, y desta suerte,
viendo que el ver me da muerte,
estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera;
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me da,
el no verte qué me diera.
Fuera más que muerte fiera:
ira, rabia y dolor fuerte;
fuera muerte: desta suerte
su rigor he ponderado,
pues dar vida a un desdichado
es dar a un dichoso muerte.

ROSAURA: Con asombro de mirarte,
con admiración de oirte,
ni sé qué pueda decirte,

ni qué queda preguntarte:
sólo diré que a esta parte
hoy el cielo me ha guiado
para haberme consolado,
si consuelo puede ser,
del que es desdichado, ver
otro que es más desdichado.

Cuentan de un sabio, que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía,
¿habrá otro (entre sí decía)
más pobre y triste que yo?

Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

Quejosa de la fortuna
yo en este mundo vivía,
y cuando entre mí decía:
¿habrá otra persona alguna
de suerte más importuna?
piadoso me has respondido:
pues volviendo en mi sentido,
hallo que las penas mías,
para hacerlas tú alegrías
las hubieras recogido.

Y por si acaso mis penas
pueden en algo aliviarte,
óyelas atento y toma
las que dellas me sobraren.

Yo soy...

ESCENA TERCERA

CLOTALDO, soldados. SEGISMUNDO, ROSAURA, CLARÍN.

CLOTALDO: *(Dentro.)* Guardas desta torre,
que, dormidas o cobardes,
dísteis paso a dos personas
que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA: Nueva confusión padezco.

SEGISMUN.: Este es Clotaldo, mi alcaide.
¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTALDO: *(Dentro.)* Acudid y vigilantes,
sin que puedan defenderse,
o prendedles, o matadles.

VOCES: *(Dentro.)* ¡Traición!

CLARÍN: Guardas desta torre,
que entrar aquí nos dejásteis,
pues que nos dais a escoger,
el prendernos es más fácil.
(Salen Clotaldo y los soldados: él con una pistola y todos con los rostros cubiertos.)

CLOTALDO: *(Aparte a los soldados al salir.)*
Todos os cubrid los rostros;
que es diligencia importante
mientras estamos aquí
que no nos conozca nadie.

CLARÍN: ¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO: Oh, vosotros que ignorantes,
de aqueste vedado sitio
coto y término pasásteis
contra el decreto del rey,
que manda que no ose nadie
examinar el prodigio

que entre esos peñascos yace,
rendid las armas y vidas,
o aquesta pistola, áspid
de metal, escupirá
el veneno penetrante
de dos balas, cuyo fuego
será escándalo del aire.

SEGISMUN.: Primero, tirano dueño,
que los ofendas ni agravies,
será mi vida despojo
destos lazos miserables;
pues en ellos, vive Dios,
tengo de despedazarme
con las manos, con los dientes,
entre aquestas peñas, antes
que su desdicha consienta
y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO: Si sabes que tus desdichas,
Segismundo, son tan grandes
que antes de nacer moriste
por ley del cielo; si sabes
que aquestas prisiones son
de tus furias arrogantes
un freno que las detenga
y una rueda que las pare,
¿por qué blasonas? La puerta
(A los soldados.)
cerrad de esa estrecha cárcel;
escondedle en ella.

SEGISMUN.: ¡Ah, cielos,
qué bien hacéis en quitarme
la libertad! porque fuera
contra vosotros gigante,

que para quebrar al sol
esos vidrios y cristales,
sobre cimientos de piedra
pusiera montes de jaspe.

CLOTALDO: Quizá porque no los pongas,
hoy padeces tantos males.

(Llévanse algunos soldados a Segismundo y enciérranle en su prisión.)

CALDERÓN DE LA BARCA: Pedro Calderón de la Barca nació en Madrid en 1600 y murió en 1681. Por eso ha dicho de él un crítico que "vivió casi entero el siglo XVII, y es el escritor que más fielmente le personifica en su cultura intelectual, el que más participó en sus ideas y sus sentimientos; en suma, es cifra y compendio del siglo XVII". Por su parte, José Montero Alonso, afirma: "Si el teatro de Lope es de pasión, el de Calderón es de pensamiento. El de Lope es frescura y realidad. El de Calderón, por el contrario, es solemnidad, inteligencia predominante. Es un teatro "intelectual" diríamos con palabra de hoy. Un teatro "de ideas". Las ideas fundamentales de su tiempo y de su ambiente están allí, repitiéndose a lo largo de la obra calderoniana. Tres son esas ideas madres de su teatro: el honor, la monarquía y la religión."

LA VIDA ES SUEÑO, drama de Pedro Calderón de la Barca: Obra cumbre de este genial hombre de teatro, en la cual su autor entrega al hombre un símbolo de la vida terrena. He aquí cómo relata su argumento el culto escritor y erudito maestro del idioma Rodolfo Ragucci: "La astrología vaticina que el recién nacido Segismundo humillará un día a su padre Basilio, rey de Polonia. Éste, para contrastar el horóscopo, manda confinar a aquél en una torre aislada, adonde sólo llega su ayo Clotaldo. Pero Basilio, desconfiando del pronóstico, quiere probar a Segismundo ya mayor. Lo narcotizan y así lo trasladan a palacio, donde despierta rodeado de esplendor y duda si sueña. Se le manifiesta su alcurnia, y entonces, abandonado a sus instintos, arroja a un criado por la ventana, intenta matar al ayo, insulta al rey, quien se cerciora así de la verdad de la predicción. Narcotizan de nuevo al príncipe y lo vuelven a su primer encierro. Al despertar, cree que ha acabado su sueño y prorrumpe en el famoso monólogo de la falsedad de las grandezas humanas. Entretanto Basilio decide legar la corona a un pariente extranjero; lo sabe el pueblo, se amotina y saca a Segismundo de su torre y, a sus órdenes, derrota a Basilio, que cae a los pies de su hijo. Pero éste, escarmentado con lo que le acaeció en el que creyó sueño, pensando en la vida futura que no acaba, pórtase con la mayor cordura: se somete a su padre y hace pensar que será a su tiempo un soberano modelo."

MIGUEL CANE
Argentino, 1851-1909.

De "JUVENILIA"

CAPÍTULO I. — *Primeras impresiones en el Colegio*

Debía entrar en el Colegio Nacional tres meses después de la muerte de mi padre; la tristeza del hogar, el espectáculo constante del duelo, el llanto silencioso de mi madre, me hicieron desear abreviar el plazo, y yo mismo pedí ingresar tan pronto como se celebraran los funerales.

El Colegio Nacional acababa de fundarse sobre el antiguo Seminario, con una nueva organización de estudios, en la que el doctor Eduardo Costa, ministro entonces de Instrucción Pública, bajo la presidencia del general Mitre, había tomado una parte inteligente y activa. Sin embargo, el establecimiento, que quedaba bajo la dirección del doctor Agüero, se resentía aún de las trabas de la enseñanza escolástica y sólo fué más tarde, cuando M. Jacques se puso a su frente, que alcanzó el desenvolvimiento y el espíritu liberal que habían concebido el Congreso y el Poder Ejecutivo.

Me invade en este momento el recuerdo fresco y vivo de los primeros días pasados entre los obscuros y helados claustros del antiguo convento. No conocía a nadie y notaba en mis compañeros, aguerridos ya a la vida de reclusión, el sordo antagonismo contra el *nuevo*, la observación constante de que era objeto, y me parecía sentir fraguarse contra mi triste individuo los mil complots que, entre nosotros, por el suave genio de la raza, sólo se traducen en bromas más o menos pesadas, pero que en los seculares colegios de Oxford y de Cambridge alcanzan a brutalidades inauditas, a vejámenes, a

servidumbres y martirios. Me habría encontrado, no obstante muy feliz con mi suerte, si hubiera conocido entonces el "Tom Jones" de Fielding. — Silencioso y triste, me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida y el dulce sueño de la mañana. — Durante los cinco años que pasé en esa prisión, aún después de haber hecho allí mi nido y haberme connaturalizado con la monotonía de aquella vida, sólo dos puntos negros persistieron para mí: el despertar y la comida. A las cinco en verano, a las seis en invierno, infalible, fatal, como la marcha de un astro, la maldita campana empezaba a sonar. Era necesario dejar la cama, tiritando de frío casi siempre, soñolientos, irascibles, para ir a formarnos en fila en un claustro largo y glacial. Allí rezábamos un "Padre Nuestro" para pasar en seguida al claustro de los lavatorios.

¡Cuántas conspiraciones, cuántas tramas, qué gasto de ingenio y fuerza hicimos para luchar contra la fatalidad, encarnada a nuestros ojos en el portero, colgado de la cuerda maldecida! Aquella cuerda tenía más nudos que la que en el gimnasio empleábamos para trepar a pulso. La cortábamos a veces hasta la raíz del pelo, como decíamos, junto al badajo, encaramándonos hasta la campana, con ayuda de la parra y las rejas, a riesgo de matarnos de un golpe. Muy a menudo la expectativa nos hacía despertar en la mañana, antes de la hora reglamentaria. De pronto oíamos una campana de mano, áspera, estridente, manejada con violencia por el brazo irritado del portero, eterno *préposé* a las composturas de la cuerda. Se vengaba entrando a los dormitorios y sacudiendo su infernal instrumento en los oídos de sus enemigos personales, entre los cuales tenía el honor de contarme. Atrasar el reloj era inútil por dos razones tristemente conocidas: la primera, la proximidad del Cabildo, que escapaba a nuestra influencia; la segunda, el tachómetro de plata del portero que, bien remontado, velaba fielmente bajo su almohada. Algunas noches de invierno, la desesperación nos volvía feroces y el ilustre cerbero

amanecía no sólo maniatado, sino un tanto rojiza la faz, a causa de la dificultad para respirar a través de un aparato, rigurosamente aplicado sobre su boca y cuya construcción, bajo el nombre de "pera de angustia", nos había enseñado Alejandro Dumas en sus "Veinte años después", al narrar la evasión del duque de Beaufort del castillo de Vincennes. Todo era efímero, todo inútil, hasta que estuve a punto de inmortalizarme, descubriendo un aparato sencillo, pero cuyo éxito, si bien pasajero, respondió a mis esperanzas. En una escapada vi una carreta de bueyes que entraba al mercado; debajo del eje colgaba un cuero, como una bolsa ahuecada, amarrado de las cuatro patas; dentro dormía un niño. Fué para mí un rayo de luz, la manzana de Newton, la lámpara de Galileo, la marmita de Papín, la rana de Volta, la tabla de Rosette de Champollión, la hoja enroscada de Calímaco. El problema estaba resuelto; esa misma noche tomé el más fuerte de mis cobertores, una de esas pesadas cobijas tucumanas que sofocan sin abrigar, la amarré debajo de mi cama, de las cuatro puntas, y cubriendo el artificio con los anchos pliegues de mi colcha, esperé la mañana. Así que sonó la campana, me sumergí en la profundidad, y allí, acurrucado, inmóvil e incómodo, desafié impunemente la visita del celador que, viendo mi lecho vacío, siguió adelante. Me preguntaréis quizá qué beneficio positivo reportaba, puesto que, de todas maneras, tenía que despertarme. Respondo con lástima, que el que tal pregunta hiciera ignoraría estos dos supremos placeres de todos los tiempos y todas las edades: el amodorramiento matinal y la contravención.

Mi invención cundió rápidamente y al quinto día, al primer toque, las camas quedaron todas vacías. El celador entró: vió el cuadro, quedó inmóvil, llevó un dedo a la sien y después de cinco minutos de grave meditación, se dirigió a una cama, alzó la colcha y sonrió con ferocidad.

¡Era la mía!

MIGUEL CANÉ.
Argentino, 1851-1909.

De "JUVENILIA"

CAPÍTULO II. — *El "menú"*

El segundo obstáculo insuperable fué la comida, invariable, igual, constante. En los primeros tiempos, apenas entrábamos al refectorio, un alumno trepaba a una especie de púlpito y así que atacábamos la sopa, comenzaba con voz gangosa a leernos una vida de santo o una biografía de la Galería Histórica Argentina, siendo para nosotros obligatorio el silencio y, por tanto, el fastidio.

No puedo vencer el deseo de dar una idea sucinta del *menú;* lo tengo fijo, grabado en el estómago y el olfato. Dentro de un líquido incoloro, vago, misterioso, algo como aquellos caldos precipitados que las brujas de la Edad Media hacían a media noche al pie de una horca con un racimo, para beberlo antes de ir al sabbat, navegaban audazmente algunos largos y pálidos fideos. Un mes llevé estadística: había atrapado tres en treinta días, y eso que estaba en excelentes relaciones con el grande que servía, médico y diputado hoy, el doctor Luis Eyzaguirre, uno de los tipos más criollos y uno de los corazones más bondadosos que he conocido en mi vida. Luego, siempre flotando sobre la onda incolora, pero siquiera en su elemento, venía un sábalo, el clásico sábalo que muchas veces, contra nuestro interés positivo, había muerto con dos días de anticipación.

En seguida, carnero. Notad que no he dicho cordero; carnero, carnero respetable, anciano, cortado en romboides y polígonos desconocidos en el texto geométrico, huesosos, cubiertos

de levísima capa triturable y reposando, por su peso específico, en el fondo del consabido líquido, que para el caso se revestía de un color pardusco. Cuando Eyzaguirre hundía la cuchara en aquel mar, clavábamos los ojos en la superficie mientras hacíamos el tácito y rápido cálculo sobre a quién tocaría el trozo saliente. De ahí amargas decepciones y júbilos manifiestos. — Hacía el papel de pieza de resistencia un largo y escueto asado de costillas, cubierto de una capa venosa impermeable al diente. Habíamos corrido todo el día en el gimnasio, éramos sanos, los firmes dientes estaban habituados a romper la cáscara del coco y triturar el confite de Córdoba, el sábalo había tenido un éxito de respeto, debido a su edad; sin embargo, jamás vencimos la córnea defensa paquidérmica del asado de tira!

Cerraba la marcha, con una conmovedora regularidad, ya un plato de arroz con leche, ya una fuente de orejones. — La leche, en su estado normal, es un elemento líquido; ¿por qué se llamaba aquello: "arroz con leche"? Era sólido, compacto y las moléculas, estrechándose con violencia, le daban una dureza de coraza. Si hubiéramos dado vuelta la fuente, la composición, fiel al receptáculo, no se habría conmovido, dejando caer solo la versátil capa de canela. — En general, el color del orejón tira a un dorado intenso, que se comunica al líquido que lo acompaña. Además, es un manjar silencioso. Aquél no sólo afectaba un tinte negro y opaco, sino que, arenoso por naturaleza, sonaba al ser triturado.

Luego al gimnasio, a correr, a hacer la digestión!

MIGUEL CANÉ.
Argentino, 1851-1909.

De "JUVENILIA"

CAPÍTULO XIV. — *La muerte del rector*

Una mañana vagábamos en un claustro, asombrados que hubiese pasado un cuarto de hora del momento infalible en que M. Jacques se presentaba. De pronto un grito penetrante hirió nuestros oídos; conocí la voz de Eduardo Fidanza, uno de los discípulos más distinguidos del Colegio. Corrí a la portería y encontré a Fidanza pálido, desencajado, repitiendo como en un sueño: "¡M. Jacques ha muerto!" La impresión fué indescriptible; se nos hizo un nudo en la garganta y nos miramos unos a otros con los rostros blancos, lívidos, como en el momento de una desventura terrible.

El portero había recibido orden de no dejarnos salir; le echamos violentamente a un lado y muchos, sin sombrero, desolados, corrimos a casa de M. Jacques.

Estaba tendido sobre su cama, rígido y con la soberbia cabeza impregnada de una majestad indecible. — La muerte le había sorprendido al llegar a su casa después de una noche agitada. El rayo de la apoplegía le derribó vestido, sin darle tiempo para pedir ayuda. — Pendía su mano derecha fuera de la cama; uno por uno, por un movimiento espontáneo, nos fuimos arrodillando y posando en ella los labios, como un adiós supremo a aquel a quien nunca debíamos olvidar. Su espíritu liberal, abierto a todas las verdades de la ciencia, libre de preocupaciones raquíticas, ha ejercido su influencia poderosa sobre el de todos sus discípulos.

Le llevamos a pulso hasta su tumba y levantamos en ella un modesto monumento con nuestros pobres recursos de estudiantes. Duerme el sueño eterno al abrigo de los árboles sombríos, no lejos del sitio donde reposan mis muertos queridos. Jamás voy a la tumba de los míos sin pasar por el sepulcro del maestro y saludarle con el respeto profundo de los grandes cariños.

CANÉ: Miguel Cané, el afortunado autor de "Juvenilia", nació en Montevideo el 27 de enero de 1851. Era hijo de un desterrado político, el distinguido publicista argentino del mismo nombre, de modo que su nacionalidad uruguaya fué sólo un accidente. Siendo él bien niño su familia vuelve a radicarse en Buenos Aires, pues Rosas ha caído ya. Miguel Cané, huérfano de padre, ingresa como alumno interno al Colegio Nacional que fundara Mitre y que rigieron Agüero y Jacques. Es la vida de ese internado la que luego habría de pintar con prosa retozona en su libro inmortal. Se graduó en derecho el año 1872. La política y el periodismo lo atrajeron pronto. Fué diputado, director de Correos, intendente de Buenos Aires, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, ministro secretario de Estado, senador, pero la faz más interesante de su vida pública fué su actuación como representante diplomático argentino en varios países. Murió en Buenos Aires en 1905.

"JUVENILIA", la obra maestra de Miguel Cané: Es un vibrante manojo de páginas en donde se hermanan armoniosamente el gracejo y la emoción. El autor relata allí su vida como alumno interno en el Colegio Nacional de Buenos Aires entre los años 1865 y 68. Cané escribió sus recuerdos en Colombia y Venezuela, ante cuyos gobiernos representaba oficialmente a nuestro país, por eso dice: "Lo confieso y lo afirmo con verdad; nunca pensé, al trazar estos recuerdos de la vida de colegio, en otra cosa que en matar largas horas de tristeza y soledad, de las muchas que he pasado en el alejamiento de la patria, que es hoy la condición moral de mi existencia." Consta este famoso libro de XXXVI capítulos que se leen con alborozo y no pocas veces las sonrisas dejan paso a una lágrima. Ya en la última página, Cané deja la pluma con estas reflexiones, dignas de ser comentadas por los maestros: "Yo diría al joven que tal vez lea estas líneas paseándose en los mismos claustros donde trascurrieron cinco años de mi vida, que los éxitos todos de la tierra arrancan de las horas pasadas sobre los libros en los primeros años. Queda esa química y física, esas proyecciones de planos, esos millares de fórmulas áridas, ese latín rebelde, y esa filosofía preñada de jaquecas, que conducen a todo a los que se lanzan en su seno a cuerpo perdido.

"Bendigo mis años de colegio, y ya que he trazado estos recuerdos, que la última palabra sea de gratitud para mis maestros y de cariño para los compañeros que el azar de la vida ha dispersado a todos los rumbos."

ARTURO CAPDEVILA.
Argentino, 1889.

De "CÓRDOBA DEL RECUERDO"

EDICIÓN ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.

CAPÍTULO IV. — *Un niño de la escuela*

Una clara mañana de marzo, la bondadosa maestra de primeras letras (¡buenos días, señorita Estaurofila!) que vivía en la más próxima vecindad, llamó a la puerta de calle en busca mía. Yo esperaba con nervioso zozobra mi estreno de escolar. Al oír el llamador, el corazón me dió un salto. El padre y la madre me acompañaron hasta el umbral con sus últimos consejos y recomendaciones, tal como en una página de De Amicis. La madre me besó cien veces y el padre no supo ocultar que se conmovía. La señorita me dió la mano y tomamos juntos la dirección de las quintas.

Mirenme bien, que ya me voy, con la pizarra bajo el brazo, con la cartera vademécum a la espalda, a manera de mochila, y el lápiz de manteca boyando entre bolitas de cristal, en el abultado bolsillo de la blusa.

Tomamos, dije, el camino de las quintas; luego doblamos a la derecha, y enderezando después por 9 de Julio, penetramos, de la mano siempre, a una casa con jardín frontero, por donde discurrían los pequeñitos alumnos en multitud bulliciosa.

Qué mundo a la vez revuelto y uniformado: enjambre en el recreo; batallón al primer toque de la campana. El tiempo se me iba en padecer la nostalgia de mis juegos, y apenas me consolaba pensar que con los años entraría yo también al de-

seadísimo Colegio Nacional —militarizado entonces no sabré decir por qué— y formaría en las paradas de los días patrios como ese primo mío que tanto admiraba cuando salía tan vistoso entre los otros colegiales del barrio, con su kepi empenachado y su chaqueta azul y sus bombachas coloradas y sus polainas blancas y su machete relumbrante, a formar como un verdadero soldado frente al Cabildo o a la Catedral: perfección y término que no me habría de negar el destino...

La desconfianza me sobrecogía en los recreos; el miedo de ser interrogado me embargaba en la clase.

Y es que, pobre de mí, yo sufría de unos nervios enfermos que me inhibían de pronto, impidiéndome hablar. ¡Cuántas veces, sabiendo mejor que muchos lo que me preguntaban —la tabla de sumar o el silabario— no me quedé en despreciable silencio ignorando a ojos de todos que dos más dos son cuatro o que la eme es la eme! Defecto en ocasiones trágico que sólo mucho más tarde mal que mal corregí. Pero costándome lágrimas en esa edad en que los otros no lloran.

¡Qué descanso y qué dicha en las infernales clases cuando la señorita nos hacía escribir! Entonces el afán del desquite me impulsaba imperiosamente a la excelencia. Y trabajaba desde entonces por hacerme escritor, sin saberlo, como mejor podía, bajo la fuerza del sino.

ARTURO CAPDEVILA.
Argentino, 1889.

De "CÓRDOBA DEL RECUERDO"

EDICIÓN ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.

CAPÍTULO VI. — *Pandemonium escolar*

Mi buen colegio de Santo Domingo se cerró justamente a tiempo que se abría uno nuevo en la ciudad: un colegio germánico que prometía, desde la prensa, en avisos de media plana, sólida enseñanza primaria, disciplina ejemplar y la segura posesión del alemán y otros idiomas vivos.

Juzgó mi padre, con criterio liberal —en todas sus acepciones— que era venturosa oportunidad la que se presentaba de trocarme aquellas aulas religiosas por estas otras, providencialmente laicas.

De la mano con mi padre, que de camino me iba explicando las ventajas del poliglotismo en la civilización moderna, llegué a una casa de altos, no lejos de la plaza principal, en cuyo balcón leí con el alma asustada estas letras extranjeras, anchas y carmesíes, a lo largo de un enorme lienzo

Die Deutsche Schule

Como mi matrícula era ya hecho consumado, la diligencia paterna se limitó, en la ocasión, a las someras recomendaciones de estilo. Más pronto de lo que yo hubiera deseado, mi padre se retiró y hube de quedarme solo en aquel mundo ignoto.

A un pequeño patio, daban cinco o seis habitaciones, una de las cuales era el aula única del colegio, siendo las otras, salón del director y alcobas de su familia. Se me olvida men-

cionar la estrechísima sala de canto, donde había un armonium, bajo la augusta protección de un retrato del káiser.

El director me condujo al aula única y me designó mi asiento. Cuatro filas de bancos empezaban y acababan la escuela. Cada fila se reputaba ser un grado. Y esta fila era el primero, aquella el segundo, la última el cuarto. En los asientos veíanse promiscuamente niños y niñas, casi todos desteñidos y rubios. El director hacia esta parte y hacia la otra su señora esposa, se distribuían la tarea de aquella docencia plural y babélica.

Me senté y atendí. La voz del profesor me iniciaba ya en los nombres de los números: eins, swie, drei, vier, fünf... De pronto, el escarceo momentáneo de un niño fué reprimido con admirable precisión. La mano del profesor se abatió sobre el hombro del pequeño y dió con él de rodillas, la cara al muro, contra la primera esquina. Luego tornamos a los números. Y la clase a coro los repetía con un amedrentado temblor, que harto aproximaba al balido la emisión de aquellos duros monosílabos: eins, swei, drei, vier, fünf...

En el fondo, todo aquello me parecía absurdo. Era volverme al principio de las cosas, enseñándome de nuevo a contar. Mis diez años se sublevaban, pero muy contenidamente porque la disciplina ejemplar de la casa me inhibía ya hasta de pensar con libertad. Luego se me puso a escribir las primetras letras, desde la humillante a... Era preciso hacerlo con caracteres góticos, en un alfabeto distinto al de toda la gente. Había que deletrear y silabear. Luego resultó que la ve sonaba como efe y que el diptongo ei debía pronunciarse ai...

—¿Para qué, Dios del alma —me decía, recordando la enseñanza domínica— para qué los hombres se habrían propuesto un día por tierras de Sennaar, levantar una horrible torre "que tuviera la cabeza en el cielo"? ¡Cuánto mejor no sería que, como en la primera hora de los tiempos, fuera "toda la tierra de una lengua y de unas mismas palabras"!

CAPDEVILA: "Arturo Capdevila nació en 1889 en la ciudad de Córdoba, que él llamó, cariñosamente, "Córdoba del recuerdo", título de uno de sus libros en prosa. Es un artífice dueño de todos los secretos del idioma y de las formas literarias. Su herramienta fuerte y delicada no conoce la fatiga. Su copiosa y múltiple labor —verso, ensayo, historia, teatro, cuento, biografía—, triunfará más allá de nuestro tiempo como triunfa más allá de nuestras fronteras." Con estas palabras justas presenta Germán Berdiales al poeta en su libro "Maestros del idioma".

"CÓRDOBA DEL RECUERDO", por Arturo Capdevila: Páginas claras, de añorante acento, éstas donde el poeta se vuelve hacia los viejos tiempos de la infancia para revivir, al conjuro de su pluma, leyendas, canciones, episodios, personajes, ambientes de la ciudad querida: la casa paterna, la escuela de primeras letras, la iglesia tradicional. Por ahí, oscurécese el cielo y se enriquece el libro con emocionante página: "Córdoba de los aquilones...", página de imperecedera belleza, página antológica.

Vienen después otras, donde ya su arte, siendo siempre bien personal, es cosa menos íntima. Se acerca a los barrios y las cosas: las moradas de los pobres, el río, las barracas, y la que fué barraca y ya es jardín: la acrópolis de Córdoba, el bellísimo parque, "victoria del árbol". Y feliz remate del hermoso libro, estos párrafos de alta calidad poética: "La ciudad, bajo el encanto, perdida en vagas nieblas, asumía un aspecto de país soñado, trepando por las colinas distantes, en caseríos abigarrados, entre alamedas y saucedales, mientras por el valle se desvanecían los edificios con una tinta melancólica. Muy lejos, demasiado lejos, las sierras ennegrecidas insinuaban misteriosas pirámides en el horizonte.

"Ahora ha entrado la noche. Por el valle y por las lomas de la ciudad ha encendido sus luces. Parece una vasta ensenada que poblaran escuadras de fiesta. Todo el firmamento se ha estrellado. Brilla Orión; riela Antares; sube amarillo Júpiter poderoso. Todo el cielo navega como un divino navío. Y unos invisibles marineros, creyéndose llegados a no sé qué riberas de lo absoluto, echan desde la nave de los cielos, como un ancla, la silenciosa, misteriosa y solitaria Cruz del Sur.

"Córdoba mía..."

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
Español, 1547-1616.

De "DON QUIJOTE DE LA MANCHA"

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I. — *Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mesmo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia entre los autores que deste caso escriben) aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballería que leer, y se llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos, y de todos ninguno le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas entrincadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: "la razón

de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura". Y también cuando leía: "los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza." Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor cabalero, Palmerín de Inglaterra ó Amadís de Gaula, mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de valentía no le iba en zaga. En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era toda verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto á Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó a Antéon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generación gigántea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todo estaba bien con Reinaldos de Montalván, y más cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de

coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más estraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa á poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisagüelos, que tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrión hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego a ver á su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que "tantum pellis et ossa fuit", le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid, con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría, porque (según se decía él á sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodárselo de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón, que mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía á la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar Rocinante, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su

gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria para hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quijote de la Mancha, con que, á su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre á su rocín, y confirmádose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo por males de mis pecados, ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo estuvo enamorado (aunque según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso; nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
Español, 1547-1616.

De "DON QUIJOTE DE LA MANCHA"

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO VIII. — *Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.*

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vió, dijó a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molino de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante: y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto esos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando de la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiendosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho—; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en la floresta y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó ansí Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias.

Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

—Aquí —dijo en viéndole don Quijote— podemos, hemano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor —respondió Sancho—, que vuestra merced sea muy muy bien obedecido en esto; y más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré —respondió Sancho—, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo á su escudero:

—O yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, respondió don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad y ahora lo verás. Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podían

oir lo que dijese, en alta voz dijo: Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas, si no aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo don Quijote; y sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido sino cayera muerto. El segundo religioso que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña más ligero que el viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en estos dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, lo molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso, y en pago del beneficio que de mí habéis recebido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi

parte os presentéis ante esta señora, y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para don Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

—Anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno. Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero como no lo eres, yo ya hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no puedo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á don Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ¡Oh señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura! socorred á este vuestro caballero que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaíno que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula

á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginación no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CERVANTES: Miguel de Cervantes Saavedra nació el 9 de octubre de 1547 en Alcalá de Henares, España. Sus padres fueron Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas. Poco se sabe de sus años juveniles; en 1563 estudiaba en Madrid y en 1567 pasó a Roma, al servicio del cardenal Acquaviva. El 7 de octubre de 1571 toma parte en el famoso combate de Lepanto; recibe allí gravísima herida, que le deja inútil de la mano izquierda. Vuelto al servicio activo en el año siguiente, interviene en varias acciones de guerra y en la batalla naval de Túnez. Tres años después, en 1575, navega de Nápoles a España en la galera "Sol" que fué abordada y apresada por corsarios argelinos. Cervantes permanece cautivo en Argel durante cinco años, siendo al cabo rescatado por la suma de quinientos ducados. Vuelto a Madrid en 1582, inicia públicamente su carrera literaria, pero su ingeniosa pluma no logra proporcionarle los necesarios medios de subsistencia. Así se ve reducido a la mayor miseria y hasta alguna vez sufre prisión por deudas. Murió el día 23 de abril de 1616, y se le dió sepultura en el convento de las monjas Trinitarias, de Madrid, sin que, por haberlo dispuesto él expresamente, se pusiese inscripción alguna sobre su tumba.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, obra máxima de Miguel de Cervantes Saavedra: La primera obra que trazó la pluma de Cervantes fué "La Galatea", novela pastoril. Vino luego el Quijote, libro donde se enfrentan lo poético y lo práctico, el caballero y el escudero, don Quijote y Sancho Panza; pero no sólo se enfrentan sino que, y de ahí la grandeza de la creación cervantina, que por ese hecho sobrepasa los límites de la simple novela para alcanzar los esplendores de la síntesis filosófica,

ambos modos de ser y de sentir llegan a formar una unidad indisoluble, de donde, siendo tan profundamente española resulta una expresión universal, según lo han reconocido los críticos de todos los tiempos. El Quijote apareció en 1605. Consta de dos partes: La primera tiene 52 capítulos, y la segunda 74. Diez años mediaron entre la publicación de ambas partes. Este libro sin par, del cual se han hecho innumerables ediciones, ha sido traducido a todos los idiomas del mundo y es tenido por una cumbre de la literatura universal. En él se narran las aventuras de un hidalgo de la Mancha que, entusiasmado con la lectura de libros de caballería y creyéndose él también un caballero andante, "desfacedor de agravios y enderezador de entuertos", va por los caminos con armadura, escudo y lanza, dando esto lugar a jocosos episodios, como el de los molinos de viento que relata Cervantes de un modo maravilloso e inimitable. Compañero de sus andanzas y aventuras es su escudero Sancho Panza, un labriego física y espiritualmente opuesto a su señor. Su buen sentido, sus dichos, sus acertados refranes, hacen de Sancho el personaje más simpático de la obra. Trae a su amo, a quien quiere de veras, a la razón y al juicio, doliéndole todo cuanto le acontece y participando de sus andanzas.

Otro afortunado libro de este ingenio es el que reune sus "Novelas ejemplares", doce preciosas narraciones donde la anécdota, el ambiente y los tipos están realizados con insuperable maestría. Cervantes también escribió obras teatrales: importante contribución para la escena fueron sus entremeses. En el campo de la poesía merece citarse su "Viaje al Parnaso".

JUAN DANTIN CERECEDA
Español. Contemporáneo.

De "EXPLORADORES Y CONQUISTADORES DE INDIAS" (Relatos geográficos)

EL RIO DE LA PLATA

Por *Francisco López de Gomara.*

Del cabo de San Agustín, que cae a ocho grados ponen setecientas leguas de costa hasta el río de la Plata. Américo (1) dice que las anduvo el año de 1501 yendo a buscar estrecho para las Molucas y Especiería por mandado del Rey don Manuel de Portugal; Juan Díaz de Solís, natural

(1) Américo Vespucci.

de Librija, las costeó legua por legua el año de 12, a su propia costa. Era piloto mayor del Rey; fué con licencia, siguió la derrota de Pinzón, llegó al cabo de San Agustín, y de allí tomó la vía de mediodía; y costeando la tierra, anduvo hasta ponerse casi en cuarenta grados. Puso cruces en árboles, que los hay por allí muy grandes; topó con un grandísimo río que los naturales llaman Paranaguazu, que quiere decir río como mar, o agua grande. Vido en él muestra de plata, y nombrólo della. Parecióle bien la tierra y gente, cargó de brasil (2) y volvióse a España Dió cuenta de su descubrimiento al Rey, pidió la conquista y gobernación de aquel río; y como le fué otorgada, armó tres navíos en Lepe, metió en ellos mucho bastimento, armas, hombres para pelear y poblar. Tornó allá, por capitán general, en septiembre del año de 15, por el camino que primero. Salió a tierra en un batel con cincuenta españoles, pensando que los indios lo recibirían de paz como la otra vez, y según entonces mostraban; pero en saliendo de la barca, dieron sobre él muchos indios que estaban en celada, y lo mataron y comieron todos los españoles que sacó y aun quebraron el batel. Los otros, que de los navíos miraban, alzaron anclas y velas, sin osar tomar venganza de la muerte de su capitán. Cargaron luego de brasil y ánime blanco, y volviéronse a España corridos y gastados. Año de 26 fué Sebastián Gaboto al río de la Plata, yendo a los Malucos con cuatro carabelas y doscientos y cincuenta españoles. El Emperador le dió los navíos y artillería; mercaderes y hombres que con él fueron le dieron, según dicen, hasta diez mil ducados, con que partiese con ellos la ganancia por rata. De todos dineros proveyó la flota de vituallas y rescates. Llegó, en fin, al río de la Plata, y en el camino topó una nao francesa que contrataba con los indios del golfo de Todos Santos. Entró por él muchas leguas. En el puerto de San Salvador, que es otro río cuarenta leguas arriba, que entra en el de la Plata, le mataron los indios dos españoles, y no los quisieron comer, diciendo como eran soldados, que ya los habían probado en Solís y sus compañeros. Sin hacer cosa buena se tornó Gaboto a España destrozado, y no tanto, a lo que algunos dicen, por su culpa como por la de su gente. Don Pedro de Mendoza, vecino de Guadix, fué también al río de la Plata, el año de 35, con doce naos y dos mil hombres (3). Este fué el mayor número de gente y mayores naves que nunca pasó capitán a Indias. Iba malo, y volviéndose acá por su dolencia, murió en el camino. Año de 41 fué al mismo río de la Plata, por adelantado y gobernador, Alvaz Núñez Cabeza de Vaca, natural de Jerez, el cual,

(2) Llamábase brasil a diferentes palos tintóreos de especies pertenecientes a las cesalpináceas.

(3) Fué don Pedro de Mendoza el fundador de la ciudad de Buenos Aires.

había hecho milagros (4). Llevó cuatrocientos españoles y cuarenta y seis caballos. No se hubo bien con los españoles de Don Pedro que allí estaban, ni aun con los indios y enviáronlo preso a España, con información de lo que hiciera. Tienen muchos por buena gobernación ésta, porque hay allí muchos españoles hechos a la tierra, los cuales saben la lengua de los naturales, y han hecho un lugar de dos mil casas en que hay muchos indios e indias cristianadas, y está cien leguas de la mar a la ribera de Mediodía, en tierra de Quirandies (5), hombres como jayanes, y tan ligeros, que corriendo a pie toman a mano los venados, y que viven ciento y cincuenta años. Todos los de este río comen carne humana, y van casi desnudos. Nuestros españoles visten de venado curtido con sain de peces, después que se les rompieron las camisas y sayos. Comen pescado, que hay mucho y gordo, y es principal vianda de los indios, aunque cazan venados, puercos, jabalís, ovejas como las del Perú y otros animales. Son guerreros, usan los deste río traer en la guerra un pomo con recio y largo cordel, con el cual cogen y arrastran al enemigo para sacrificar y comer. Es tierra fertilísima, ca Sebastián Gaboto sembró cincuenta y dos granos de trigo en Septiembre y cogió cincuenta mil en Diciembre. Es sana, aunque a los principios probaba los españoles, y echábanlo al pescado; mas engordaban infinito después con ello mismo. Hay peces puercos y peces hombres, muy semejables en todo al cuerpo humano. Hay también en tierra unas culebras que llaman de cascabel, porque suenan así cuando andan. Hay muestra de plata, perlas, y piedras. Llaman a este río de la Plata y de Solís, en memoria de quien lo descubrió. Tiene de boca veinte y cinco leguas y muchas islas, que tanto hay del cabo de Santa María al cabo Blanco; los cuales están en treinta y cinco grados más allá de la equinocial, cual más, cual menos. Crece como el Nilo, y pienso que a un mismo tiempo. Nasce en el Perú y engruésanlo Abancay, Vilcas, Purina y Jauja que tiene sus fuentes en Bombón, tierra altísima.

---

(4) Durante los diez años en que Alvar Núñez Cabeza de Vaca recorrió, hambriento y desamparado, los Estados Unidos, de la Florida a Culiacan, se vió obligado, por adquirir crédito y autoridad entre los salvajes ("Sioux, "Pymas", etcétera) del S. y Se. de los Estados Unidos, a remedar a los magos y médicos indígenas. Hizo así curaciones que él mismo tuvo por milagrosas.

(5) Entre otras tribus interesantes, habitaban el Gran Chaco y región regada por los enormes ríos paraguayos y norteargentinos los "charruas" —matadores de Solís y compañeros— y los "guaycurus", relacionados con los "querandies". Todos ellos han dejado sangrienta memoria en la exploración y conquista del Río de la Plata. Gentes de selvas y de grandes ríos, eran consumados cazadores, crueles y sanguinarios, diestros flecheros y lanzadores de bolas. Sus ranchos, míseros, eran fácilmente mudables. Acaso conocieron el totemismo y practicaron la exogamia.

JUAN DANTIN CERECEDA
Español. Contemporáneo.

DE COMO LOS INDIOS DE PUERTO DE LOS REYES SON LABRADORES

Por *Pero Hernández* (1).

Los indios de este puerto de los Reyes son labradores; siembran maíz y mandiosa (2) (que es el caçabi de las Indias); siembran mandubies (3) (que son como avellanas) y desta fruta hay gran abundancia y siembran dos veces en el año; es tierra fértil y abundosa, assí de mantenimientos de caza y pesquerías; crían los indios muchos patos en gran cantidad para defenderse de los grillos; crían gallinas, las cuales encierran de noche por miedo de los murciélagos que les cortan las crestas, y cortadas, las gallinas se mueren luego. Estos murciélagos (4) son una mala sabandija, y hay muchos por el río que son tamaños y mayores que tórtolas desta tierra y cortan tan dulcemente con los dientes que al que muerde no lo siente, y nunca muerden al hombre, si no es en las lumbres de los dedos de los pies, o de las manos, o en el pico de la nariz, y al que una vez muerde, aunque haya muchos, no morderá sino al que comenzó a morder, y éstos muerden de noche y no parescen de día, tenemos que hacer en defenderles las orejas de los caballos, son muy amigos de ir a morder en ellas y en entrando un murciélago donde están los caballos se desasosiegan tanto que despiertan a toda la gente que hay en la casa, y hasta

(1) Fué Pero Hernández el escribano relator de la expedición de Alvar Núñez cabeza de Vaca cuando fué nombrado adelantado y gobernador del Río de la Plata. Tituló "Comentarios" a su obra, dañada de parcialidad, pero muy interesante en cuanto toca a territorio, tribus y luchas de Cabeza de Vaca y Domingo de Irala en la exploración y conquista de la región de los grandes ríos argentinos y paraguayos.

(2) Llamaban "mandioca" en el Brasil, de donde es indígena, a la euforbiácea, "Manihot utilissima", cuyas raíces tuberculosas —una vez separado por cocción el principio tóxico— eran comestibles o servían para extraer una fécula o "tapioca".

(3) Mandubies o mandovi es el nombre brasileño del cacahuete.

(4) Alusión a los vampiros americanos.

que los matan o echan de la caballeriza nunca se sosiegan, y al gobernador le mordió un murciélago estando durmiendo en un bergantín, que tenía un pie descubierto, y le mordió en la lumbre de un dedo del pie y toda la noche estaba corriendo sangre hasta la mañana, que recordó con el frío que sintió en la pierna y la cama bañada en sangre, que creyó que le habían herido, y buscando donde tenía la herida, los que estaban en el bergantín se reían dello porque conoscían y tenían experiencia de que era mordedura de murciélago y el gobernador halló que le había llevado una rebanada de la lumbre del dedo del pie. Estos murciélagos no muerden sino adonde hay vena. También hay en esta tierra otras malas sabandijas y son unas hormigas muy grandes, las cuales son de dos maneras: las unas son bermejas y las otras son muy negras; do quiera que muerden cualquiera dellas el que es mordido está veinte y cuatro horas dando voces y revolcándose por tierra, que es la mayor lástima del mundo de lo ver; hasta que pasan las veinte y cuatro horas no tienen remedio ninguno y pasadas se quita el dolor. Y en este puerto de los Reyes en las lagunas hay muchas rayas y muchas veces los que andan a pescar en el agua, como no las ven huéllanlas y entonces vuelven con la cola e hieren con una púa que tienen en la cola, la cual es mas larga que un dedo y si la raya es grande es como un jeme (5), y la púa es como una sierra, y si da en el pie lo pasa de parte a parte, y es tan grandísimo el dolor como el que pasa el que es mordido de hormigas, mas tiene un remedio para que luego se quite el dolor y es que los indios conoscen una hierba que luego como el hombre es mordido la toman y majada la ponen sobre la herida de la raya y en poniéndola se quita el dolor, mas tiene más de un mes que curar en la herida. Los indios desta tierra son medianos de cuerpo; andan desnudos en cueros; las orejas tienen horadadas y tan grandes que por los agujeros que tienen en ellas les cabe un puño cerrado y traen metidas por ellas unas calabazuelas medianas y contino van sacando aquellas y metiendo otras mayores y ansí las hacen tan grandes que casi llegan cerca de los hombros y por esto los llaman los otros indios comarcanos Orejones, y se llaman como las Lingas del Perú que se llaman orejones (6). Estos cuando pelean se quitan las calabazas o rodajas que traen en las orejas y revuélvense en ellas mismas de manera que las encogen allí, y si no quieren hacer esto anúdanlas atrás debajo del colodrillo. Vive cada uno por sí con su mujer e hijos; las mujeres tienen cargo de hilar algodón y ellos van a sembrar sus

(5) Distancia que hay desde la extremidad del dedo pulgar al índice, separados todo lo posible.

(6) El autor llama aquí Lingas a los Incas o Ingas del Perú y alude a los orejones incásicos del "ayllu" del Sol.

BIBLIOTECA NACION
DE MAESTROS

heredades y cuando viene la tarde vienen a sus casas y hallan la comida aderezada; todo lo demás no tienen cuidado de trabajar en sus casas sino solamente cuando están los maízes para coger; entonces ellas lo han de coger y acarrear a cuestas y traer a sus casas. Dende aquí comienzan estos indios a tener idolatría y adoran ídolos que ellos hacen de madera, y según informaron al Gobernador adelante la tierra adentro tienen los indios ídolos de oro y de plata.

DE COMO LOS INDIOS DE LA TIERRA VIENEN A VIVIR EN LA COSTA DEL RIO

Cuando las aguas están bajas los naturales de la tierra adentro se vienen a vivir a la ribera (7) con sus hijos y mujeres a gozar de las pesquerías, porque es mucho el pexe que matan y está muy gordo, y están en esta buena vida bailando y cantando todos los días y las noches como gentes que tienen seguro el comer; y como las aguas comienzan a crescer, que es por Enero, vuélvense a recoger a partes seguras, porque las aguas crecen seis brazas en alto encima de las barrancas y por aquella tierra se extienden por unos llanos adelante más de cien leguas a la tierra adentro, que paresce mar y cubre los árboles y palmas que por la tierra están y pasan los navíos por encima dellos, y esto acontesce todos los años del mundo ordinariamente, y pasa esto en el tiempo y coyuntura cuando el sol parte del trópico de allá y viene para el trópico que está acá, que está sobre la boca del río de Oro, y los naturales del río, cuando el agua llega encima de las barrancas ellos tienen aparejadas unas canoas muy grandes, y en medio de las canoas echan dos o tres cargas de barro y hacen un fogon, y hecho, métese el indio en ella con su mujer e hijos y casa y vanse con la creciente del agua donde quieren, y sobre aquel fogón hacen fuego y guisan de comer y se calientan, y así andan cuatro meses del año que dura esta cresciente de las aguas, y como las aguas andan crescidas saltan en algunas tierras que quedan descubiertas y allí matan venados y antas y otras salvaginas que van huyendo del agua, y como las aguas hacen repunta para volver a su curso ellos se vuelven cazando y pescando como han ido y no salen de sus canoas hasta que las barrancas están descubiertas, donde ellos suelen tener sus casas, y es cosa de ver cuando las aguas vienen bajando la gran cantidad de pescado que deja el agua por la tierra en seco.

(7) Tribus del Chaco —principalmente "payaguás" o "paguaes"— que venían a vivir al gran río Paraguay y eran excelentes nadadores y pescadores.

JOAQUIN V. GONZALEZ
Argentino, 1861-1923.

De "LA TRADICION NACIONAL"

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO VIII. — *Ituzaingó, Alvear, Lavalle, Paz, Brandzen*

Asombra, en efecto, al observador imparcial aquella fortaleza inagotable de los soldados de la Revolución, en medio de los disturbios que ya comenzaban a cavar la tumba de nuestras libertades; sorprende a la inteligencia más fría aquella virtud no extinguida en tanto sacrificio, en que murieron desgarrados tantos hombres que habían sido el alma de la emancipación, y aquella disciplina y aquel amor a la patria joven, que les arrastraban a los combates contra el enemigo común, después de haber dejado en las contiendas civiles girones de su cuerpo y de su alma, porque peleaban contra sus hermanos.

Belgrano, el héroe de las primeras campañas, muerto en el abandono, envuelto en la bandera que él levantó en sus momentos de inspiración en las orillas del Paraná, y en medio de las ruinas que el año 20 amontonaba sobre este suelo inmortalizado por tantas victorias. San Martín, el genio más alto de la Revolución americana, que había consagrado la redención de un mundo con un sacrificio sublime que sus contemporáneos no comprendieron, sufriendo en el extranjero la nostalgia de la tierra amada, tanto más dolorosa cuanto más hondas eran las heridas que la ambición y el odio abrían en el seno de su patria; y cuando vuelve a empuñar la espada invencible para salvarla de una guerra contra el enemigo exterior, los que le debían la vida y la libertad se encargan de llevar a sus labios la esponja empapada en la hiel de sus rencores y de sus miserias, y de clavar en su corazón magnánimo la última puñalada que lo llevó al sepulcro!

Así, y cuando tanta sombra y horrores se extendían sobre nuestras glorias imperecederas, parece sobrenatural que aún viviera el temple guerrero de los primeros días, para congregar nuevas legiones de héroes en los campos de Ituzaingó; pero es que allí concurren los legendarios peregrinos de los Andes, de Chile, del Perú y el Ecuador, nunca vencidos, siempre llevando consigo la libertad, y levantando la bandera de Mayo sobre las cumbres más altas de la América; allí corrieron los sobrevivientes de tantas inmolaciones sangrientas en que los argentinos

se coronaron de palmas inmortales, y levantaron la admiración de los buenos, la emulación de los bravos, el odio de los perversos, y donde más de una vez tuvieron que sufrir el rigor injusto de jefes envidiosos, que no eran por cierto los que salieron del Plata. No hay un palmo de tierra americana donde no haya caído su sangre como riego fecundo de libertad y de heroísmo. Oigamos al poeta de la victoria:

Las barreras
eternas de los Andes se allanaron
al marchar de los fuertes campeones;
parten de allí cual rayo a otras regiones,
y con igual decoro
en el Perú la espada desnudaron,
y de sangre enemiga la lavaron
en las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió. Quito amagada
miró argentinos y quedó asombrada;
y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo
en bélico furor toda la tierra.

No era posible que una nación que acababa de pasearse victoriosa por todo un continente, realizando hazañas que no lograron los antiguos, libertando pueblos extraños, retemplando en el fuego de los combates su vigor tradicional, fuera vencida por un ejército de esclavos, que marchan a la batalla al sonido del látigo, y sin llevar en su corazón sino una débil llama de entusiasmo, porque la pasión por el suelo donde nació tanto desgraciado, se desvanecía ante la presión fatídica de sus tiranos.

La batalla de Ituzaingó, como Maratón, es la lucha de la civilización y de la libertad contra el despotismo y la esclavitud; ambas salvaron un mundo y una raza de la eterna sombra de la servidumbre que degrada los espíritulos y mata en germen la cultura social; por eso aquellos héroes, cien veces laureados desde el Atlántico al Pacífico y al Ecuador, alcanzan la última y más radiante corona de inmortalidad que la historia prepara a los grandes bienhechores.

No conozco sobre la tierra empresa más grandiosa ni pensamiento más completamente realizado: la Revolución comienza la tarea de la emancipación política y social de la América Española, y la victoria de Ituzaingó quema al nacer las alas del monstruo que volaba a oscurecer la libertad sobre nuestras jóvenes generaciones. La sombra de San Martín aún flota sobre nuestros guerreros, envuelta en la túnica del sacrificio que iluminó una época y abrió para siempre los senderos de la historia a su patria, y su mirada profunda es fuego que enciende

la hoguera en sus compañeros inolvidables, que viven y alientan con su recuerdo, que mantienen en torno de su nuevo jefe la disciplina de hierro que se encarna en su carácter, impresa por el genio del Capitán de los Andes en todo su ejército.

Alvear es el tipo del heroísmo bullicioso y temerario, que despliega como los relámpagos sus chispas incendiarias sobre las multitudes enemigas, y que, como el fluído que ellos contienen, contagia los que le siguen y obedecen sus órdenes. Corazón apasionado y ardiente, cerebro febril y fantasista, alma templada en el molde candente de la época, inteligencia desbordante, voluntad impetuosa e irresistible, como el torrente despeñado de la cumbre, su silueta se dibuja sobre la humareda del combate como una exhalación de fuego en medio de las nubes apiñadas; su voz se escucha en todas partes como la repercusión del eco en las montañas; su caballo de pelea, semejante al carro de los semidioses de la leyenda brahmánica, atraviesa la confusión y el tumulto como arrastrado por vientos tempestuosos: hay en todo su aspecto el brillo sobrenatural de un personaje mitológico.

A su lado se destacan, con su resplandor sublime, la figura imperturbable de Paz, que parece al pie del cañón un coloso de los Andes despidiendo las llamas y los peñascos del volcán, y la de Lavalle que, como una visión de las leyendas osiánicas, parece llevar en su mano infatigable la espada sagrada que los dioses primitivos legaron a los elegidos de su raza. Las sombras de víctimas ilustres se levantan del escenario siniestro, para atestiguar el heroísmo de la nación de 1810, y para repetir la eterna lección del martirio que redime todos los pueblos y santifica todas las causas.

Bradzen fué el héroe que la fatalidad elige como expiación suprema, y su inmolación atiza el fuego del combate, como si un sacudimiento profundo pusiera en fermentación las lavas encerradas en el seno de la montaña. Oigamos de nuevo al poeta de Ituzaingó:

El rayo está en su mano, y en sus ojos
la llama brilla que el honor enciende;
la presencia de Brandzen los enojos
redobló del soldado: tal un día
allá a los campos de la antigua Troya
Héctor descendería,
con un valor igual, con igual suerte,
en demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la parca avara,
de matanza vulgar no satisfecha,
una víctima grande señalara,
y Brandzen expiró... Golpe terrible!...

JOAQUIN V. GONZALEZ
Argentino, 1861-1923.

De "LA TRADICION NACIONAL"

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO IX. — *Las odiseas marítimas. Brown y Buchardo.*

Allí aparece de nuevo el legendario Brown, como una resurrección sublime después de largos años de silencio, siempre con aquel arrojo que no temió las iras de los mares más bravos del mundo, ni los fuegos de los buques enemigos, ni los cañones de las plazas fuertes donde aventuró sus naves y sus heroicos compañeros; allí,

mientras que vencedor por su destino
Brown combatía la tremenda flota,
quedaba libre el líquido camino,
y a la playa remota
volaban las legiones
que al causador de tan inicua guerra
a mostrar iban ya nuestros pendones
triunfantes en las aguas y en la tierra.

Las aventuras de este marino singular son dignas, no ya tan sólo de la narración sencilla que ilumina el pasado, y de la historia serena que juzga las trascendencias de los hechos, sino también que por su índole y sus vicisitudes realmente fantásticas, parecen destinadas a dar vida a una odisea que, como la antigua, perpetúe por los mares lejanos el nombre augusto de la nación cuya bandera flameaba en sus mástiles. Y a la verdad, yo me he sentido agitado de admiración y de entusiasmo extraños, al relato de esas expediciones que parecen inspiradas y realizadas por una potencia misteriosa, de esas frágiles naves que se lanzan por la ruta donde tantos naufragios memorables habían sembrado el horror, y a develar derroteros ocultos por las brumas australes, donde al fragor de las olas se une la oscuridad horrible de las tinieblas impenetrables.

Esa cruzada del Pacífico hasta Colombia, con sólo cuatro barcos y un puñado de soldados, "a la vez que fué uno de los episodios de

nuestra Revolución, de más vivo interés, nos da la primacía, de tiempo al menos, y de no menos arrojo, sobre las mentadas hazañas que lord Cochrane realizó algunos años después, con medios mucho más poderosos. No sólo por eso merece contarse, sino también porque es una prueba palpable de la vigorosa elasticidad que la Revolución había comunicado al movimiento social y a los hombres envueltos en su fortuna". Y es cosa que invita a las reflexiones más profundas, y convida a los sueños más fantásticos, la imagen de la bandera argentina, símbolo de la libertad de un pueblo recién nacido, mostrando sus colores y agitando sus pliegues en toda la extensión de las costas de América, en los dos océanos que la abrazan. Cualquier espíritu inclinado a deducciones remotas o a supersticiones más o menos fundadas, encontraría en aquellas aventuras memorables una profecía nebulosa y medio velada por las brumas de la distancia, de lo que podrá en lo futuro la nación en cuyo nombre esa bandera surcaba los mares, e iba a asomarse como la aparición de un sueño, a los puertos de las ciudades insulares, y en frente de las fortalezas enemigas.

El fué a despertar la quietud de los pueblos occidentales con el repentino estruendo del cañón, y solo, adelantándose a sus compañeros de aventuras, después de victorias increíbles, va a intentar la rendición de Guayaquil, donde el mar le sorprende, su nave se tumba, y donde semejante a un dios de la destrucción, o a un ángel conductor del fuego del incendio, se dispone a quemar su nave y perecer en sus llamas con sus soldados, leales y templados en el mismo fuego, antes que dejar mancillar aquel estandarte que atravesaba todas las latitudes, sin que una sombra empañara su gloria, ni una gota de sangre injustamente derramada salpicara sus franjas luminosas.

El Océano Atlántico le vió cruzar también, como una ave pasajera que va buscando en lejanos climas las selvas donde construir su nido al abrigo de la muerte; y en esta odisea del *Hércules*, solitario peregrino de la inmensidad, y llevando a su bordo al marino legendario y a sus hermanos de aventuras, llega hasta ese mar donde Colón arribó la primera vez, y al golfo inmenso donde las naves de Cortés ardieron para cerrar el camino de la fuga. En todas partes los recuerdos grandiosos, las tradiciones heroicas renuevan su entusiasmo, y le hacen presentir el destino colosal de la nación que le abrió los brazos y le llamó su hijo; y así se vió en la guerra brasilera unas frágiles naves luchar venciendo con la enorme y ponderada flota enemiga, que parecía iba a reducir a cenizas las ciudades y las fortalezas, las naves y los ejércitos.

"La historia del corso argentino, desde 1815 hasta 1821, dice Mitre, es una brillante y animada odisea marítima, llena de episodios dramá-

ticos, de figuras heroicas, de hazañas innumerables y de aventuras extraorlinarias, que pueden suministrar materiales para escribir un libro tan interesante como nuevo. Durante esos cuatro años, la bandera argentina, enarbolada por nuestros atrevidos corsarios, flameó triunfante en casi todos los mares del orbe: en el Océano Pacífico, en el Atlántico del Sur y del Norte, en los mares de la India y en el Mediterráneo... Taylor dominó con la bandera argentina el golfo de Méjico y el mar de las Antillas, destruyendo el comercio en La Habana. Chayter llevó esa misma bandera hasta la costa de la península española, hostilizando vigorosamente el comercio de Cádiz al frente de sus propias escuadras con las que no rehusó medirse. Brown, en calidad de simple aventurero, mantuvo con gloria su enseña de comodoro argentino al frente de las fortificaciones del Callao y de Guayaquil. Todos estos cruceros, y muchos otros, tan descoocidos como importantes, son dignos de figurar en las páginas de la historia nacional; pero tal vez ninguno de ellos presenta el interés del crucero de la fragata *La Argentina* al mando del capitán don Hipólito Buchard, más conocido entre nosotros con el nombre del capitán Buchardo. Los mares de la India y del Pacífico fueron su teatro de acción, dominando en ellos la Polinesia, la Malasia y las costas de California y Centro América, destruyendo el comercio español en Filipinas, y después de recios combates, largos trabajos y proezas dignas de memoria, dando la vuelta al mundo desde las costas argentinas, doblando el Cabo de Buena Esperanza, hasta las de Chile, atravesando los mares de la Oceanía... Nosotros apenas conocemos por tradición el nombre del intrépido capitán Buchardo, el primero y el último que hizo dar triunfalmente la vuelta al mundo a nuestra bandera; y el único que, hasta hoy, haya llevado tan lejos nuestras armas, haciendo pronunciar el nombre de la República Argentina en los más remotos mares, por la ardiente boca de sus cañones."

Así, parecía que la nación que comenzaba a ostentar su nuevo título, hubiera querido exhibir al mundo los colores de su bandera, el heroísmo de los soldados con que había conquistado su libertad y el fuego del entusiasmo con que se aventuraba a las luchas de la vida; parecía que una bendición sobrenatural caía, como las lenguas de fuego del Evangelio, a ungir la frente del pueblo que en 1810 se hizo apóstol y mártir de la redención de un mundo.

Sin mencionar en detalle los mil y un episodios, llenos de novedad y de colores fantásticos, de las campañas marítimas de la Revolución, tarea que pertenece a los historiadores, el tradicionista y el poeta encontrarían en esas odiseas sorprendentes, motivos fecundos para la creación e idealización de la leyenda patria; porque los combates y las expediciones

marítimas llevan en sí mismas la extraordinaria grandeza, la fantasía y los efectos maravillosos que les presta el escenario turbulento en que se suceden; los caprichos y las veleidades de las olas, los horizontes engañosos de los mares, la inmensidad del elemento enfrente de la pequeñez del hombre, son causas para que la imaginación encuentre en esas empresas guerreras el encanto de la poesía, la atracción del abismo, la seducción de los paisajes, la sombría tinta de los sentimientos que en el corazón despierta la lucha con lo desconocido.

La literatura de todos los pueblos del viejo mundo se enriquece con las narraciones de sus marinos, que se ausentan de la patria para llevar por los climas y las latitudes más lejanas el nombre de su nación, haciendo en todas partes prodigios, que referidos en el estilo de la leyenda, extasían los espíritus y despiertan en las generaciones que los escuchan los anhelos heroicos que les impulsan a las grandes acciones.

El mar, como todos los abismos, ejerce sobre el cerebro atracciones vertiginosas, evoca ideas tan vastas como sus horizontes, estimula la fantasía con sus arcanos eternos, y hace de cada marino un tipo de leyenda y de epopeya: parece que el hombre se siente impulsado a dominar sus iras terribles, y a abarcar con las alas de su pensamiento toda su inmenscidad. Los helenos han nutrido su poesía virgen con todos los encantos que el océano encierra en sus senos insondables; ellos han personificado en creaciones risueñas sus voces misteriosas, sus rumores infernales, sus tempestades siniestras; y ya desde sus leyendas primitivas, las sirenas cautivaban los atrevidos navegantes que se lanzaban a la conquista de tierras remotas sobre las olas agitadas, con esas armonías vagas y arrebatadoras que brotan de los antros líquidos, y que vienen a acariciar el oído como músicas de otros mundos; y allí quedaron, para no volver jamás a los patrios lares, envueltos en redes de amor o en cárceles graníticas, muchos de esos héroes que desafiaron con orgullo titánico y sobre embarcaciones rudimentarias, los furores y las tempestades del cielo y del mar. Los acentos más gigantescos de la poesía, los acordes más inmensos de la música, son quizá los que se inspiraron en esos cuadros del mar, siempre sublimes, siempre nuevos, siempre grandiosos, ora se adormezca como un lago perdido entre las rocas, ora se revuelva encolerizado entre sus riberas.

Nuestras poetas han ensayado algunos poemas y descripciones de nuestras montañas, de nuestros desiertos y de nuestros ríos; pero hasta ahora ninguno se inspiró en las aventuras de Brown y de Buchardo, sobre el océano, siendo así que, por su índole, la poesía debe preferir los asuntos más fantásticos y maravillosas, y que la forma poética se aviene más con las hazañas realizadas sobre un escenario de suyo tan

fecundo en bellezas, que reflejadas sobre los personajes mismos, darían el efecto emocional sin gran esfuerzo de meditación ni de inteligencia.

Tenemos, pues, nuestros héroes del mar, como los tenemos del desierto y de la montaña, y sus tradiciones verdaderamente prodigiosas pueden inmortalizar un poeta y un novelista, y hacer soñar con sus aventuras y peregrinaciones a todos cuantos aman sumergirse en espíritu en los mundos luminosos de la fantasía y de las glorias de su raza. El misterio que rodea aún muchos de los episodios marítimos de nuestra Revolución, antes de ser un motivo de alejamiento para los poetas, es lo que añade mayor atractivo a los asuntos; porque la creación ideal, siempre más deslumbrante y arrobadora, les dará el encanto que la verdad descarnada quizá les arrebataría.

La tradición legendaria no se esclaviza, como la historia, en el yugo inquebrantable de la verdad, porque arrancan sus orígenes del sentimiento y de la imaginación del pueblo; y ni la inteligencia más encumbrada podrá decir jamás, que las creaciones del sentimiento y de la imaginación no tienen una base indestructible de verdad en el corazón y en el cerebro donde brotaron: la verdad poética es a la verdad histórica lo que la luz es al astro que la irradia: ambas tienen una existencia real, aunque se presenten a la mente con formas y colores distintos; así el observador que quisiera ver la masa compacta del planeta, tendría que amortiguar la luz intensa que le envuelve para percibir los contornos materiales; y el historiador que busca retratar los hechos positivos que constituyen la vida de una sociedad y de la humanidad, se vería obligado a cerrar sus ojos a los esplendores de la fábula, y sus oídos a las armonías embriagadoras con que los pueblos en la infancia rodean y embellecen los acontecimientos de su vida.

¡Qué espléndidos horizontes para la poesía y la leyenda nacionales, en las aventuras de los marinos que hicieron flotar nuestra bandera azul y blanca por todos los mares del mundo! ¡Cuánto fuego para encender y caldear las estrofas del poema, en aquellos combates increíbles trabados en la inmensidad del océano, por un puñado de héroes que no tienen otro vínculo con la tierra que el sentimiento de su patriotismo y la fuerza del recuerdo! ¡Cuántos colores para la belleza estética, y para despertar la emoción y el entusiasmo, en aquellos dramas sangrientos envueltos por las nieblas y por el humo de los cañones, o ahogados por el estrépito de las olas y el fragor de la pelea, en cuyo secreto nadie ha penetrado todavía, y cuyas armonías no fueron aún repetidas por el arpa del trovador de las leyendas argentinas!

JOAQUIN V. GONZALEZ
Argentino, 1861-1923.

De "MIS MONTAÑAS"

CAPÍTULO IV. — *El indio Panta*

Este triste episodio, que llenó de sombras mi espíritu, me recuerda que debo una historia, la del indio Panta, el tambor de las fiestas religiosas, el indispensable músico de gatos y zamacuecas en los bailes criollos, el bebedor invencible, el trasnochador sin rival, que lo mismo marchaba contrito al lado de la imagen de la Virgen en los días solemnes, como se pasaba la noche de claro en claro repicando zapateos y gritando "¡aro!" para que la niña de pies ligeros y el mozo de espuela chillona, diesen la graciosa media vuelta revoleando los pañuelos sobre sus cabezas.

Era infatigable el indio Panta, y no se concebía sin él una parranda, ni se divertían sus vecinos sin que él fuese el alma de la fiesta; su tambor es legendario, y hoy, como un veterano, todavía redobla y resuena vigoroso, pero no ya al golpe de sus manos curtidas, sino de sus herederos, que no tienen la gracia, ni el aire gallardo, ni las coplas saladas, ni las morisquetas con que, a modo de variaciones, alteraba la monotonía de la música del baile, y que las parejas se empeñaban en ejecutar con los pies, la niña levantándose el vestido hasta dejar ver sus movimientos ágiles, y el mozo deshaciéndose en figuras y en dobleces, siempre dentro del compás de la danza.

Predominaba en él la sangre indígena; lo decían los cabellos ensortijados, la piel negra y lustrosa, la frente chata y los pómulos salientes como las rocas de sus cerros, los dientes blancos como marfil y la barba escasa, semejante a un campo de trigo diezmado por la sequía.

Era, pues, de esa raza criolla que tuvo en sus manos y salvó la libertad de su suelo; que oía la llamada general para correr a alistarse sin rezongos ni escondrijos inútiles; que iba a la pelea como a una fiesta, y obedecía en silencio, aunque se le mandara sablear como granadero de Maipo, o asaltar una fortaleza como en Curupaytí. Nacido para la fatiga, se vengaba bien cuando podía, cuando imperaba la paz, cuando las guerras civiles con sus montoneros, colorados y laguneros, dejaban tranquila la provincia; entonces llegaba a la aldea, jinete sobre la mula patria robada con buen derecho, de la partida, y apeándose en el patio del rancho, —adonde ya le seguían en procesión los vecinos, a la novedad y al festejo de su vuelta con salud, y como si nada hubiera pasado—, les invitaba para el baile, preguntaba de su caja, si no se la habían manoseado mucho, hacía cariños a los muchachos y a las chinitas del pueblo, y abrazaba emocionado a sus viejos amigos.

—"Ya ha vuelto Panta"—, se decía de boca en boca, y las muchachas empezaban a prepararse de prisa para los bailes que comenzarían de seguro. Era su humor inagotable, y él sólo valía la felicidad del pueblo, que supo mantener entre músicas y jaranas, hasta que un día llegó una compañía de línea y plantó en la ciudad bandera de enganche. Corrió la voz por las poblaciones de la montaña, de que la Nación se hallaba empeñada en una guerra grande y que llamaba a sus buenos hijos a empuñar las armas y seguir su bandera contra el enemigo. El indio Panta lo supo y se puso triste; no era ya la guerrilla casera donde como quiera se salva y está siempre cerca del hogar; era lejos, muy lejos donde debía partir, quizá para no volver pero una voz interior le mandaba obedecer aquel llamamiento y se resolvió como siempre, sin la menor vacilación, a marchar en busca del peligro.

Una tarde se reunió con los amigos y mujeres de la aldea, y les dijo: —"Me voy a la guerra, la patria nos llama, los voy a dejar". Y sin oír ruegos ni razones, tomó el tambor querido, compañero de alegrías y de devociones, y se fué a la

iglesia seguido por todos. Se puso de rodillas delante del altar de la Virgen, y con voz ahogada por los sollozos, le ofreció como ofrenda la caja construída por él mismo, y que era su segunda vida —"¡Adiós Madre mía, —gimió—, si no vuelvo será señal de que habré muerto por mi patria!" Salió de la iglesia enjugándose las lágrimas, pero su semblante irradiaba esa luz propia de las decisiones inquebrantables; y luego, como arrepentido de ese sentimiento, empezó a decir bromas que sabían a despedida triste, y a prometer para la vuelta las grandes fiestas, los casamientos y las procesiones, porque quería costear con sus sueldos una función de agradecimiento a la Virgen, si le sacaba salvo de aquella aventura, —"la última de mi vida, porque ya me voy haciendo viejo"—, decía sonriendo.

Ensilló su mula patria, dió un abrazo a todos, y diciendo "¡adiós, hermanos!" tomó el camino de la ciudad. Los aldeanos se quedaron apiñados en el camino, mirándolo alejarse, con los ojos humedecidos por el llanto, y un indio anciano exclamó en voz baja y temblorosa, emprendiendo la vuelta: —"Pobre Panta, ya no volverá"—. Y Panta no volvió hasta ahora, porque dejó sus huesos, como tantos héroes ignorados, en frente de las fortalezas del Paraguay.

Allí quedó la caja, depositada a los pies de la imagan venerada, como la ofrenda del patriota, que en medio de su ignorancia tenía la intuición de los deberes cívicos, y como fuerza fatal le impelían al combate. Era la sangre guerrera que clama al través de esa ruda corteza indígena, como en el corazón del algarrobo secular se escucha el susurro del insecto que tiene en él la vivienda. El indio Panta ya no vuelve, pero su sombra ha cruzado muchas veces en las noches de luna por la placita del pueblo, ha entrado en la iglesia donde el tambor conserva su memoria y el recuerdo de su devoción sincera, y por mucho tiempo sus paisanos guardaron su duelo, rezando siempre, a la hora triste del crepúsculo, un padrenuestro por el alma heroica del soldado que murió por la patria.

JOAQUIN V. GONZALEZ
Argentino, 1861-1923.

De "MIS MONTAÑAS"

CAPÍTULO XVI. — *La escuela*

Era tiempo de abrir las cartillas, abandonadas tantas veces a medio deletrear: la escuela nos llamaba a aprovechar la tranquilidad y la paz en sus bancas humildes. Nuestra madre nos hizo trajes nuevos, y nos puso corbatas para presentarnos al maestro, hombre de semblante duro y terco, pero de alma sensible y cariñosa, lo propio para hacerse respetar y querer de su enjamble inculto, pues no éramos otra cosa los flamantísimos escolares. En tantas tentativas contra el primer libro, algo había conseguido yo aprender; cada una de mis maestras dejó en mi inteligencia una letra del abecedario, y allí sometido al método y a la disciplina, pronto pude leer de corrido y hacerme el predilecto de mi preceptor. —"Es claro —decían mis compañeros— si ha entrado sabiendo la cartilla porque la estudió en otra parte, y no es hazaña aventajarnos". Si hubieran conocido mi historia, no habían sido tan injustos. Yo no les llevaba más ventaja que unas cuantas letras y muchos cartones rotos, agujereados siempre en el Cristo, punto en que se armaba la camorra entre la maestra y los discípulos, bajo los corredores de la estancia del Huaco. A medida que avanzaban mis conocimientos, la escuela iba siéndome más simpática; apostábamos entre mis hermanos y yo a quién se levantaba más temprano, y recuerdo haber ido algunas veces a dormir el último sueño, sentado en el umbral del aula, mucho antes del amanecer, esperando que se abriera la puerta. Aguijoneábannos el interés de los premios finales, las recomendaciones del maestro a mi padre, los elogios tributados en la clase y la esperanza de tener

pronto en nuestras manos unos libros con láminas de color, en que leían los más adelantados; y sentíame rebosante de orgullo cuando por encima de sus hombros podía leerlos yo también, aunque estaban en letras más pequeñas que las del mío.

Pocos años más tarde cambiamos de maestro, y estudiábamos ramos de memoria; la escuela se trasladó a un espacioso edificio situado en la plazuela de la iglesia. El nuevo profesor sabía mucho y halagaba nuestro entusiasmo con fiestas frecuentes, en las cuales pronunciábamos discursos escritos por algún amigo de la familia, sin hacer de la trampa gran misterio. Mucho era, en efecto, conseguir que recitáramos aquello delante de la gente, y yo delante de mi padre, a quien le tenía miedo, porque luego, en casa, se burlaba de mis actitudes oratorias. No sabía cómo mover los brazos, ni para qué servía esto; lo sentía pegados, metía las manos en los bolsillos o entre los botones del chaleco, me tiraba las puntas de la chaqueta, cruzaba los pies y encogía una pierna, y todo esto mientras recitaba como una exhalación el trozo aprendido, alusivo casi siempre al término de nuestras fatigas anuales, a la confraternidad entre condiscípulos y el respeto al maestro y a los padres, quienes se sacrificaban para sacarnos de las "tinieblas de la ignorancia", —así solían decir mis discursos.

Era de verse la clase de lectura —nuestro desahogo— porque el profesor nos señalaba largas páginas de *La conciencia de un niño*, para tener tiempo de almorzar cómodamente en las piezas interiores donde vivía. Quedábamos solos, entregados a nosotros mismos, sin rey ni Roque, sin miramientos y sin respetos para nadie, ni siquiera para los bancos del gobierno, que pagaban la fiesta. Tan pronto convenía mos en leer todos a un tiempo la misma cosa, como a quién gritaba más fuerte. La lectura comenzaba en tono moderado, pero iba aumentando en intensidad y rapidez hasta que hacíamos un solo borrón, sin que el diablo pudiera entendernos; allá saltaba uno sobre una banca para dominar desde arriba, por lo menos, a los otros, ya que no pudiera con la voz; aquí se en-

caramaba otro sobre la mesa del maestro, y revistiendo su autoridad *motu proprio*, e imitando su gesto, gritaba como un clarinete destemplado:

—¡Sileeeencioooooo...!

El entusiasmo, el vértigo, mejor dicho, subían de punto; y ya volaban cuadernos, libros, puñados de papel, lápices, tinteros llenos y vacíos, sobre el usurpador osado que se permitía representar, siquiera fuese en caricatura, la menor idea de orden en aquella asamblea de demonios sueltos. Otros se trababan en pugilato sobre los asientos, y rodaban trenzados como Aniel y la serpiente, por el suelo polvoroso y aventadizo de la clase, pisoteado todos los días por más de cien muchachos; otros mal inclinados abrían el *oyito* en el piso y se ocupaban de jugar a la *quema* con bolitas de cristal pintorreadas por dentro, o de piedra, que eran las más estimadas porque con éstas se rompían las otras; y de repente salía bramando un trompo, que luego su diestro lo hacía bailar en la palma de la mano, o lo tiraba sobre la cátedra, muda e impávida ante tamaños ultrajes, para que *escribiera* sobre los papeles del maestro. La baraúnda era diabólica, de golpes, risotadas, carreras y gritos de orden y de respeto, que eran los más sensatos que se oían. De pronto llegaba un muchacho despavorido y con los ojos por reventársele, y gritaba en la puerta: —¡El maestro!— y entonces era un encanto el vernos a todos quietecitos en nuestras bancas leyendo en voz baja, pero sin advertir que los despojos dispersos, las roturas, la tinta derramada y las caras encendidas y empapadas en sudor, estaban delatando el infernal barullo.

Inútiles eran las inquisiciones y las pruebas para descubrir a los promotores del escándalo; las conjuraciones comienzan desde allí a tener ese carácter sombrío, que les vale el éxito contra los gobiernos buenos o malos; las autoridades subordinadas se conjuraban también, por lo menos para callar o abstenerse; de lo contrario, nada bueno les esperaba a la salida; toda la arena de la plaza era insuficiente para llover sobre ellos

como arma de venzanga. Además, como todos negaban su participación, había que condenar a todos; y aquí el problema grave que después, en la política, he visto reproducirse: cuando todo el pueblo se uniforma para producir un hecho contra la autoridad aislada ¿quién tiene la razón? Nosotros la teníamos siempre, eso sí, después de una amonestación, más bien cariñosa que dura, porque, a decir verdad, excepción hecha de esos momentos de holganza, siempre nos portábamos bien, haciendo lucir al profesor en los exámenes, para los cuales invitaba a todo lo mejor de la villa.

Cuando llegaron a mis manos la historia argentina, la geografía y la gramática, me contaba dichoso, desbordante de alegría y de amor propio halagado. Doña Juana Manso, Asa Smith y Herrans y Quiroz, no sabían que yo me los devoraba todas las tardes sobre la tapia de la viña, recorriéndola de punta a cabo; y era raro el caso de que hubiera ido y vuelto las tres cuadras sin tener bien sabido de memoria el párrafo más estirado. Ese era mi gabinete de estudio, y la hora, la del crepúsculo. En todo lo largo de la pared de tierra apisonada, seguía por entre una avenida de rosales que derramaban sus flores en mi camino, estimulando mi imaginación y mi inteligencia con ese aroma suave de las rosas comunes que servían de ropaje a la tapia.

Siento no poder contar iguales proezas de la aritmética: toda mi vida fué ella el nudo de donde no pasé, y la causa de las sombras que cayeron muchas veces sobre mi reputación de estudiante. Así hay organizaciones refractarias al número, y la mía es de esas, no lo puedo negar; en cambio mi espíritu vuela cuando sale de esas marañas de fórmulas y de signos, hechos para que unos sumen y multipliquen, y otros resten y dividan. Así es la ley humana del trabajo, de la acumulación y de la herencia. Tal vez fué providencial mi aversión a las cuatro reglas originarias de las ciencias exactas, porque nunca tuve en qué aplicarlas; y cuando he podido mostrar mis conocimientos matemáticos, no hallé elementos ni para la operación más sim-

ple. ¡Bendito sea Dios que no me puso esa afición a sumar y a multiplicar, porque me he librado en este mundo de impulsiones irresistibles que tantas felicidades procuran a los mortales!

Pero debo decir quién era el maestro. Algunos han de leer estos recuerdos, y quiero que esos sepan que debo a ese hombre una gratitud inmensa. Me enseñó mucho, me hizo comprender cuál era el destino del hombre que estudia, y eso basta, aunque de su escuela hubiese salido sin saber siquiera cuánto hacen 3 más 2. Tenía —tiene, porque aun vive— unos ojos pequeños, movedizos y chispeantes, frente abultada, labios gruesos y barba escasa, alta estatura, delgado el cuerpo, temperamento nervioso, signo casi siempre de viveza intelectual; hablaba rápido, medio confuso, con voz aguda y estriada como la de una flauta rota. Ejercía dominio sobre nosotros, porque nos gritaba fuerte y no se equivocaba en las explicaciones; amaba nuestra tierra hospitalaria, y cada 25 de Mayo y 9 de Julio nos hacía fiestas que nunca he de olvidar.

Tenía este hombre la facultad extraordinaria de entusiasmarnos por todo, y las fiestas patrias celebrábanse con ardor, aun en medio del más riguroso invierno. Con algún tiempo de anticipación nos ordenaba mandar coser nuestros trajes de chaqueta celeste y pantalón blanco, para asistir a la plaza a saludar el sol naciente. Ensayábamos todos los días en coro el Himno Nacional, preparábamos discursos y algunas veces nos ejercitaba en el manejo de las armas. La víspera nadie dormía; pasábamos la noche en claro, revolviendo la ropa de la fiesta, y por temor de dormirnos y faltar a la llamada del cuartel general, —la plaza de la escuela. Ya estabamos de pie, el agua está congelada, hace un frío *de cortar las carnes*, no amanece y están cayendo gruesos capullos de nieve. No importa, vamos: ya ha sonado la llamada y no podemos ser los últimos.

Al asomar a la calle, el suelo, está alfombrado de tapiz blanco, terso, finísimo, como que está cayendo del cielo, y nuestros pies se hunden en él, mientras corremos a la formación

y mientras nuestros corazones laten con la ansiedad de la expectativa. El tambor toca asamblea sin cesar, hasta que el último soldado ocupa su claro en la fila, y entonces la llamada termina con un redoble vigoroso, digno del veterano que sólo empuña los palillos los días de la patria. Ya estamos todos: la guardia nacional armada de fusiles grandes, de chispa, ocupa la cabecera de la columna; en seguida nosotros, el batalloncito blanco y celeste, alineado correctamente, de manera que nuestros trajes uniformes parecen una bandera estirada, tiritando de frío y dando diente con diente, las manos insensibles y los pies como si fuesen de hielo. No importa: el pequeño batallón no defecciona; está firme, rectificando la línea de formación y atento a la voz del jefe, el maestro que también tirita como nosotros, y por eso le queremos y le obedecemos.

—Armas al hombro! ¡Media vuelta! ¡Paso redoblado! ¡Mar...!

Una banda de músicos aficionados nos precede, tocando trozos marciales que nos encienden en bélico entusiasmo; las piernas se mueven con perfecta simultaneidad; no se altera la formación por el frío, ni por tropiezos; de todas las bocas salen columnas de vapor como de calderas hirvientes, mientras a marchas forzadas el ejército se dirige a la plaza. El sol de invierno, después de una noche de intenso frío, se levanta con sus lumbreras apagadas, dejando ver solamente un inmenso globo rojo, como masa de hierro encandecida, y se anuncia con un leve destello que va a dorar la cúspide del Famatina. Las nubecillas madrugadoras que han ido a agruparse por verle salir, se tiñen de oro pálido y se ribetean de fuego. Ellas nos anuncian la aparición majestuosa, cuando su tinte se convierte en llama; nuestros pechos se agitan como fraguas; ya aparece el punto rojizo sobre la sierra que lo vela a nuestra vista; el viejo tambor siente correr una lágrima por las mejillas y ahoga el llanto con un redoble frenético, una diana que conmueve y electriza a la tropa; la banda de música empieza la introducción solemne, y nuestras cien gargantas le envían el sa-

ludo armonioso, al mismo tiempo que las descargas de la fusilería recuerdan las primeras de la independencia.

¡Oh, sol de mi patria, con cuánta grandeza y sublimidad apareces sobre las altas cumbres de la América, de cuyos habitantes primitivos fuíste Dios y Genio protector, fuente purísima de sacrificios, de heroísmos y de amores inmortales! ¡Cuán imponente y avasalladora es tu presencia, allí donde reina la madre naturaleza, donde son templos las selvas vírgenes, donde los cóndores parecen símbolos de destino ideales, obscurecidos por nubes sangrientas! Te he visto tantas veces asomar la faz centelleante al rumor de los himnos infantiles, sobre el valle humilde y el hogar bendito de mis padres, que hoy núblanse mis pupilas recordando que en todo aquel cuadro que iluminabas entonces, sólo hay un lugar vacío, como nido abandonado, y es la casa paterna donde aprendí a amarte, donde ensayé mis cantos de Mayo, donde me vestía de blanco y celeste para correr a arrodillarme a tu salida. Núblanse, sí, mis ojos, cuando en medio de días amargos te he visto aparecer sobre una tierra muda e indiferente a tu belleza y a tu historia, pero saludado por los acordes de la montaña y de la llanura, de armonías, de palabras y sentimientos eternos. Séame dado volver a descubrir mi cabeza sobre la cima de la montaña que sombrea mi terruño nativo, ante tu aparición fantástica, el día de la gloria argentina. Y pueda también tu luz colorear el follaje del sauce que cubra mis huesos, en el pobre cementerio de mi aldea.

Es imposible borrar de la memoria aquel cuadro: el viejo tambor al frente, al lado del jefe; el maestro delante de nosotros; el pueblo rodeándonos; centenares de cadezas descubiertas y de rostros bañados de sol naciente, mientras el redoblante, la música y nuestras gargantas entonaban, cada uno en su lenguaje, la estrofa gloriosa:

Oíd, mortales, el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad.
Oíd el ruido de rotas cadenas...

Cuando la canción concluía y el viejo tambor seguía bor-

dando flores en el parche con sus manos rejuvenecidas, el sol ya empezaba a templar la atmósfera, a derretir la nieve de las calles y de los árboles, y sentíamos restaurado nuestro calor normal. Había que hacer callar al veterano, porque era hombre de redoblar todo el día 25, hasta ponerse el astro de la partia. Entonces se daba la voz de marcha y de vuelta a la escuela, donde el maestro nos obsequiaba con chocolate, o cuando los tiempos eran malos, nos enviaba a tomarlo en nuestras casas y a descansar hasta la hora de las fiestas escolares y de la despedida del sol, que se hacía repitiendo el canto y las descargas. ¡Qué hermosa era la fatiga de aquel día! Nuestros padres no podían conseguir que cambiásemos de ropa; queríamos seguir vestidos de mayo los tres días que duraban en las casas, en los ranchos, y en los árboles las banderas de la fiesta, flotando incesantemente como bandadas de aves azules que revoloteasen sobre la villa.

JOAQUIN V. GONZALEZ.
Argentino, 1861-1923.

ORACION A LA BANDERA

Bandera de la Patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra, y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado e indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras; ¡juremos defenderla hasta morir antes de verla humillada! Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar de la tierra donde ellos la condujeren; que a su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.

GONZÁLEZ: Joaquín V. González nació en 1861, en Chilecito, provincia de La Rioja. Murió en 1923, en Buenos Aires. "Maestro, filósofo, artista, su influencia sobre el pensamiento argentino se prolonga a través del amor inextinguible que le profesan los que tuvieron la suerte de contarse entre sus discípulos. Su prosa, del más puro entronque clásico, es sólo comparable, en su fastuosidad, al pensamiento elevadísimo que expresa, que canta debiéramos decir, tan límpido es su acento y tan armoniosa su forma." Hasta aquí habla Germán Berdiales, y deja la palabra a Arturo Marasso, el cual dice de González: "Este hombre de amplia cultura clásica y moderna era el íntimo artista atento a las más sutiles vibraciones del espíritu humano. Vino fraternalmente hacia nosotros desde el silencio de las serranías donde la tradición, la leyenda y el paisaje se compenetran. Los peñascos, las cimas nevadas, los antiguos pueblos, dejaron en González una persistente visión de patria vieja. El la vió en el hogar, en el muro derruído: y ahí, en esa tradición fluyente, en esa quietud de la piedra y del cielo, se inició en aquel largo estudio que no dejó de enamorarse de ningún aspecto del pensamiento y la belleza. Era un humanista entregado a su labor espiritual este hidalgo cuya fisonomía empezó a semejarse en la vejez a una figura del Greco. Su palabra indecisa íbase ahondando y llegaba en la intimidad a la expresión enternecida de su sentimiento."

"LA TRADICIÓN NACIONAL", por Joaquín V. González: En este libro, con el cual el autor se presentó a las letras argentinas en 1888, la pluma que cinco años más tarde trazaría "Mis Montañas", hace animada relación y clara revelación de nuestra pre-historia, razas aborígenes, fusión de nuevos elementos humanos, episodios heroicos de la Conquista y del Evangelio; cuadros de la revolución, héroes de la Independencia, negro y rojo de la guerra civil, sangre y fuego de la Tiranía, y por la aurora de Caseros. "La Tradición Nacional" y "Mis Montañas", ha dicho Arturo Marasso, son obras de la juventud de González, pero no adolecen de la imperfección de la forma que caracteriza a casi todos los escritores de su época. La excelencia del léxico, la ingenuidad del pensamiento, la sensación grandiosa de las montañas, el fervor romántico, la elevación y delicadeza espiritual dan a estas obras un lugar aparte aun en la labor literaria del autor. Son de una época de su vida y de su tiempo." Con motivo de la aparación de "La Tradición Nacional" los escritores de entonces tributaron a González muchos homenajes, y el 28 de mayo de 1889 el general Mitre le dedicó un elogioso juicio crítico, que corre agregado a las sucesivas ediciones de la obra.

"MIS MONTAÑAS", por Joaquín V. González: A las bellezas de este libro, se ha referido Arturo Marasso en los siguientes términos: "Son poemas en prosa: resaltan por la excelencia del léxico, por el esfuerzo reflexivo, la delicadeza espiritual y el fervor romántico. En estilo rico de color, se identifica con las cosas, las siente vivir, les descubre un alma; nos ofrece la sensación de las montañas andinas; describe paisajes vivos y sentidos simultáneamente; escenas familiares o históricas. Su imaginación panteísta mira, a veces, a través del velo de lo maravilloso. La realidad está anotada con la riqueza de la pintura y con una fidelidad virgiliana... Cada una de estas voces (las regionales), se engasta, en la prosa elegante y castiza, con el sabor de la tierra, crea un ambiente y despierta el vestigio de una época... En el sensible espejo de estas páginas perdura una presencia que ya nos parece remota." "Mis Montañas" apareció en 1893, con una carta-prólogo de don Rafael Obligado. Era la segunda grande obra literaria de su autor.

JUANA MANUELA GORRITI.
Argentina, 1819-1874.

GÜEMES Y RECUERDOS DE INFANCIA

Una noche que dormía yo en la cuna al lado de mi madre, me despertó de repente el sonido cauteloso de una voz varonil. Abrí los ojos, y vi un hombre embozado en una capa militar, que sentado al borde del lecho hablaba quedo con mi madre. Aquel hombre lloraba; y la voz moría algunas veces en su labio, ahogada por los sollozos. Los rayos de la luna, deslizándose por una ventana entreabierta, bañaban el pie del lecho y el busto del incógnito, cuyos bordados brillaban en las tinieblas.

La presencia de aquel visitador nocturno, a esa hora en el cuarto de mi madre, me llenó de admiración; pero creció mi asombro cuando reconocí en él a mi padre. Mi padre ausente y no esperado, ¿cómo se encontraba allí? y ¿qué podía arrancar lágrimas a él, cuya grande alma era de un temple tan estoico?

—¡Lo hemos perdido! ¡No veré ya a la cabeza de nuestras filas el héroe que nos guiaba a la victoria! La patria ha perdido su más valiente campeón, y yo... ¡Ah! ¡yo lo he perdido todo! Víctima de intrigas y calumnias, destinado por una fatalidad hereditaria a encontrar siempre la traición en la amistad, la perfidia aún en aquellos a quien me consagré con entera abnegación, volvía los ojos hacia ese amigo fiel, en cuyo magnánimo corazón se reposaba el mío con delicia, y en él lo hallaba todo: nobleza, lealtad, abnegación, todo, todo!... ¡Ah, Feliciana, tú sabes si soy fuerte, y si el dolor me venció jamás, pero ignoras todavía, (y plegue al cielo que ignores siempre) ¡cuán horrible es que dos que marchan juntos, apoyados uno en otro, con una misma idea en la mente y un mismo sentimiento en el corazón, el uno caiga y el otro quede con vida!— ¡Oh, Dios mío!— dijo mi madre.— ¿Y cómo ha sucedido esta irreparable desgracia?

Al saber Olañeta la derrota de su vanguardia —respondió mi padre— marchó sobre la provincia con el resto de sus tropas. Al llegar a Jujuy,

destacó de repente una fuerza de cuatrocientos hombres, que, al mando de "Barbarucho", y en una marcha nocturna por sendas extraviadas, vino a ocultarse en Castañares. Aquella noche Güemes, Whit y yo campábamos con una división al linde de los bosques del Chamical. Eran las siete. Acabábamos de recibir avisos vagos de la presencia de una fuerza enemiga en las cercanías, y juntos los tres en la tienda, combinábamos un plan de ataque, los centinelas dieron el "quién vive", y poco después se presentó un mensajero enviado por la hermana de Güemes, invitando a éste para que fuera a verla, pues tenía que comunicarle noticias de la más alta importancia.

Güemes amaba tanto a su hermana, que asió con apresuramiento aquella ocasión de acercarse a ella, y montando inmediatamente a caballo, seguido de veinte hombre de su escolta, tomó a galope el camino de Salta.

¡Ay! ¿por qué el corazón permanece a veces mudo, y cerrado al presentimiento? ¿por qué el mío no me avisó, siquiera con un latido, la desgracia que me amenazaba, y yo me habría arrojado delante de mi amigo, y él hubiera tenido que pasar sobre mi cadáver, o la catástrofe fatal no se cumpliera?...

Entretanto Güemes llegó a Salta, y su hermana, yerta de sorpresa, lo vió de repente arrojarse en sus brazos.

¡Pues qué! —la dijo él— ¿no me has llamado?— ¡Dios mío! ¡no! —respondió ella—. Y las palabras del pérfido mensajero tuvieron entonces su verdadera explicación.

En ese momento un criado que se paseaba en la azotea vino corriendo a avisar que una numerosa fuerza enemiga ocupaba la calle y guardaba las esquinas inmediatas, cercando enteramente la casa. Al oir la hermana de Güemes este aviso, y viendo la actitud audaz de su hermano, se echo llorando a sus pies, y le rogó que huyera escalando las murallas interiores de la casa. Pero él sonrió con desdén a esta proposición de la ternura fraternal.

¿Y éstos? —dijo mostrando a los bravos que lo acompañaban—, ellos que jamás me abandonaron ¿qué dirían, si yo los dejara en la hora del peligro?

Y saltando sobre su veloz caballo negro. —Vamos, hijos —les dijo—, ¡juntos hemos vivido, muramos juntos!

Y aquellos valientes respondieron con una aclamación unánime, lanzándose en pos de su jefe, que cargó denodadamente sobre una de las columnas que le cerraban el paso. Un granizo de balas lo rechazó, matándole toda su escolta. Solo ya y acosado en todas direcciones por el fuego enemigo, no se mostró menos grande que cuando estaba a la cabeza de su ejército; y partiendo como el rayo, se arrojó con la es-

pada en la mano sobre una muralla de bayonetas que guardaba otro ángulo de la calle, y la atravesó de parte a parte, dejando un ancho y glorioso camino sembrado de cadáveres, y regado con su propia sangre. Sí, porque una de las mil balas que destrozaron sus vestidos, su sombrero, y hasta los tiros de su espada, había atravesado su cuerpo.

Al amanecer, pálido, cubierto de sangre, casi exánime, With y yo lo recibimos en nuestros brazos.

Los soldados, viéndolo llegar así, precipitándose en confuso tropel, lo rodearon dando gritos de dolor. Pero él, haciendo un grande esfuerzo, se puso en pie, sonriendo con seguridad y valentía; y tranquilizándolos completamente, los alejó retirándose a su tienda.

Amigos míos —nos dijo, cuando estuvimos solos—, traigo la muerte en mi seno; pero no es ella lo que en este momento me aqueja, si no la idea de abandonar la vida, sin haber cumplido la promesa de libertad que hice a la patria. En vosotros confío: sois mi espíritu y mi brazo, y llenaréis, lo sé, la misión que no me es dado cumplir en este mundo.

Después de estas palabras lo asaltó un desmayo que duró muchas horas.

Entretanto Olañeta, que había avanzado hasta las inmediaciones de Salta, informado del fatal incidente, mas no de su terrible verdad, y subyugado por el heroísmo inaudito de ese hombre, a la vez que ansioso de aprovechar la ocasión de alejar aquel rival invencible del teatro de su gloria, le envió un solemne parlamento renovando todas las promesas hechas antes por La Serna.

Güemes mandó llamar a With.

—Coronel —le dijo—, marche usted inmediatamente con la división sobre el enemigo. —Y volviéndose hacia los parlamentarios.— He ahí —les dijo—, la respuesta que doy a vuestro general. Id.

Cuando los parlamentarios hubieron salido, el héroe tendió la mano a With, con una mirada inefable de adiós, despidiéndolo en seguida; y deteniéndome a mí con un ademán. —Compañero —me dijo—, la hora suprema se acerca: siento que comienza a embargar mis miembros un entorpecimiento precursor de la muerte o de esos largos parasismos que la preceden, y quiero que me acompañéis hasta el umbral de la eternidad. Tengo, además, que recomendaros la patria, mis soldados, mis hijos, mi Carmen... ¡Oh! ella vendrá conmigo, porque no querrá habitar sin mí la tierra; y morirá de mi muerte, como ha vivido de mi vida. ¡Pero mis gauchos, esos valientes soldados cuya adhesión por mí llega a la idolatría! esos niños, Martín... Luis... Ignacio...

Aquí su voz se apagó en un profundo letargo; y poco después no quedaba del héroe más que un cadáver.

¡Oh! —continuó mi padre, después de un triste silencio—, ¿quiénes fueron los traidores que lo vendieron a los enemigos de su patria?

—No queramos saberlo —interrumpió mi madre—, la misericordia infinita los perdone. Nosotros inclinémonos ante los decretos de Dios; y cuando nuestro labio no pueda decir: ¡gracias Dios mío! digamos al menos: ¡bendita sea tu voluntad!

—Sí —replicó mi padre—, plegue a Dios, que prohibe la venganza, acallar la convicción que eleva en mi alma su lúgubre clamor, pronunciando los nombres de...

Mi padre prosiguió; pero la hora en que yo escribo estas líneas es una hora de concordia. Olvidemos; y digamos como entonces dijo mi madre: ¡Bendita sea la voluntad de Dios!

A un movimiento que yo hice, mi padre calló y quiso acercarse a mí; pero mi madre lo detuvo, y ambos hablaron aún largo tiempo en voz baja, sin que yo pudiera ya oír más que el nombre de Carmen pronunciado con frecuencia entre ellos. Después, mi padre salió, y a poco oí los pasos de su caballo alejarse a galope. Mi madre se levantó entonces, y las veces que desperté en el resto de la noche , la oí pasearse llorando en el cuarto.

Pero a la mañana siguiente la encontré serena, al lado de Carmen, sentadas ambas en una ventana y hablando entre sí tranquilamente. Y cuando comenzaba a creer un sueño la visita misteriosa de mi padre y su funebre revelación, oí a la bella Carmen decir fijando una mirada triste en el horizonte.

—¡Cuántos días sin saber nada de Martín! Él, que siempre me escribió diariamente ¿por qué calla, Dios mío?

Pero luego, con esa viveza incomparable que le era propia, batió las manos y dijo radiante de gozo. —¡Ah!... ya sé... ¡ya sé! No ha escrito porque quiere sorprenderme él mismo. ¡Y no caía yo en ello y he pasado tantos días dolorosos y largos como siglos! Anoche lloraba desvelada, cuando entre las doce y la una oí el galope de un caballo, y mi corazón palpitó de esperanza, pero luego conocí que no era el Negro. Martín no hubiera venido en otro caballo. El jinete se apeó cerca de la torre, y a poco oí sus pasos en el patio. ¿Quién sería?

—Era mi padre —dije yo de pronto, con esa ansia de dar noticia peculiar a los niños.

Carmen fijó una mirada suprema, indescriptible, en el inmutado rostro de mi madre, exhaló un grito que todavía resuena en mi corazón, y cayó al suelo cual si el rayo la hubiera herido.

Al volver en sí, se halló en los brazos de su padre que lloraba amargamente. Pero cuando el noble anciano temblaba por los extremos a

que el dolor llevaría a su hija, la vimos alzarse pálida y serena como los bienaventurados, y elevar al cielo sus hermosos ojos con una mirada de esperanza y de beatitud.

—Dios mío —exclamó—, ¿tú lo has llamado a él a tu seno? Pues a mí también me llamas. ¡Gracias, Señor! Adiós, mísera vida, tan llena de dolores, aunque tan corta. Yo no podía vivir sin mi Martín, y Dios me llama cerca de él.

Y sin escuchar a su padre ni a sus hermanos que la rodeaban llorando, cortó su espléndida cabellera, cubrióse con un largo velo negro, postróse en tierra en el sitio más obscuro de su habitación, y allí permaneció hasta su muerte, inmóvil, muda, insensible al llanto inconsolable de su anciano padre, a las caricias de sus hermanos que la idolatraban, a los ruegos de sus amigos y a los homenajes del mundo, alzando sólo de vez en cuando su luctuoso velo para besar a sus hijos: cual una sombra que, apartando las nieblas de la eternidad, volviera un momento a la tierra, atraída por el amor maternal.

Un día llamó a su padre y, echándose en sus brazos, lo besó y acarició con la dulce efusión de otro tiempo. El anciano miró a su hija lleno de gozo y de esperanza; pero ¡ay! sus ojos vieron radiar en aquel bello rostro una luz que no era de este mundo; y el desgraciado padre sintió que su corazón desgarrado murmuraba un "De profundis".

Poco después, la hermosa Carmen Puch yacía en su lecho mortuorio. Vestida de blanco como una mártir y tan blanca y transperente como el sudario que la envolvía, no parecía ya una mujer sino un ángel dormido, y sonriendo al arrullo de los cantares del cielo. Su deseo se había cumplido: había ido a reunirse con su esposo.

Y dos años pasaron. El luto había desparecido del uniforme de mi padre, pero no de su corazón, donde vivía siempre, como una antorcha cineraria la imagen del héroe que yacía bajo los bosques del Chamical.

La guerra languideció por entonces en nuestro país; pues las fuerzas realistas, concentrándose para reforzar el ejército que pereció en Ayacucho, se habían retirado al interior del Perú.

Mi padre, que entonces era capitán general de la provincia, aprovechó esta tregua para cumplir un deber caro a su alma.

Hizo con un mes de anticipación una solemne convocatoria a todos los amigos de Güemes para que vinieran a rendirle los últimos honores. Preparóse todo para la lúgubre ceremonia; y el día prefijado, mi padre, seguido de todos los empleados y de los militares que se hallaban en la ciudad, montó a caballo, y salió de la casa de Gobierno.

En la calle y en todo el tránsito le esperaba una inmensa multitud que lo siguió en silencio las cinco leguas que median entre la ciudad y

el Chamical. Llegados al fúnebre sitio, mi padre, apartando la señal que su mano había colocado sobre la tumba del héroe, cogió la azada y levantó él mismo la tierra que cubría sus sagrados restos, que abrazó el primero y que después rodeó la multitud de rodillas, y elevando al cielo un inmenso gemido.

Todavía recuerdo el magnífico espectáculo de aquel cortejo fúnebre que ví atravesar las calles de Salta, conducido por mi padre y por Whit, que vestín de luto, y la cabeza descubierta, llevaban con una mano las cintas del ataúd, y con la otra a dos niños, Martín y Luis Güemes, que acompañaban llorando el féretro de su padre. Detrás venían dos bellos corceles en arneses de duelo. Veíase a uno de ellos, volver tristemente la cabeza como si buscara a alguien. Era aquel negro testigo de tantas glorias y compañero del héroe hasta la muerte.

Después del fúnebre grupo, venía una inmensa muchedumbre, pueblos enteros, que de largas distancias habían venido para tributar al grande hombre sus ofrendas de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba un profundo y doloroso silencio, interrumpido sólo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes, y los sollozos de la multitud.

La fúnebre procesión pasó ante mis ojos como una visión mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves de la Catedral, donde sepultaron las reliquias del héroe al pie del tabernáculo.

Mi padre salió del templo llevando en su pecho la llave de aquel ataúd que encerraba lo único que le restaba de su amigo.

A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes a las guarniciones de Humahuaca y Río del Valle. —Señor —dijo uno de ellos, adelantándose cabizbajo—, hemos desertado para venir a ver otra vez a nuestro general, para acompañarle hasta su última sepultura, y llevarnos estas reliquias suyas.

A estas palabras, cada uno sacó de su seno un rizo de los negros cabellos de Güemes.

Mi padre contempló enternecido a esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima: Id en paz, amigos míos, y referid a vuestros compañeros lo que habéis visto, y cómo llora la patria a sus héroes.

Desde ese día, muchos años han tendido sus luctuosas horas sobre nuestra bella patria; torrentes de sangre la han bañado, arrastrando en montones de cadáveres la generación de entonces con sus creencias y sus tradiciones; pero el nombre de Güemes, ha quedado inmortal; su recuerdo es una apoteosis, y en el silencio de las noches se oye siempre

resonar nuestros bosques con la voz de los bardos campestres, que cantan en su sencillo y poético lenguaje:

¿Dónde estás, astro del Cielo
¿Quién tu carrera cortó?

Largas y sentidas trovas, que deifican y perpetuarán de generación en generación la gloria y las virtudes de aquel héroe, honra de nuestra patria.

¡Grandes de la tierra, que osáis llamaros tales, porque os habéis hecho una púrpura con la sangre de vuestros pueblos, un trono de sus osamentas; miserables falsificadores de la gloria, a quienes la posteridad en el día de la justicia marcará con el hierro candente de la infamia, ved aquí la verdadera grandeza: ¡un hombre cuya tumba está en los corazones de una nación entera, y cuya memoria es un culto!

GORRITI: Juana Manuela Gorriti, hija del prócer de la independencia José Ignacio Gorriti, nació en Salta en 1819 y murió en 1896. Fué su esposo don Manuel Isidoro Belzú que ocupó la presidencia de Bolivia desde 1848 a 1855 y que murió víctima de un atentado político. Durante su larga y fecunda residencia en el Perú, Juana Manuela Gorriti se dedicó a la enseñanza pública; las reuniones que se celebraban por ese tiempo en su casa, le dieron material para un interesante volumen que tituló "Veladas literarias de Lima", aparecido en 1892. Además escribió muchas páginas de carácter romántico: cuentos, novelas, recuerdos de su vida. Los últimos años de su existencia los pasó en Buenos Aires. Fué una precursora de la forma narrativa entre nosotros.

JUAN MARIA GUTIERREZ.
Argentino, 1809-1878.

DE "ORIGEN Y DESARROLLO DE LA ENSEÑANZA PUBLICA SUPERIOR EN BUENOS AIRES"

Erección de la Universidad (1821)

A las cuatro y media de la tarde del día 12 de agosto de 1821 inmediato, tuvo lugar la inauguración solemne de la Universidad en el templo de San Ignacio, (lugar tradicional de las grandes fiestas de la inteligencia), cuyas avenidas, naves y tribunas rebosaban en gentío ansioso de ver por sus ojos aquella constelación de doctos brillando a la luz reflejada por las lentejuelas y avalorios de capirotes y bonetes (1).

Esta faz de la ceremonia era la más al alcance de la generalidad de los espectadores, aunque no faltaría ante ellos padres serios y madres tiernas, cuyos ojos se humedecerían de entusiasmo y de amor al considerar la nueva honra a que podían aspirar sus hijos. "Jamás un esta- "blecimiento ni una función pública (dice un testigo ocular), ha tenido "un séquito tan interesante y numeroso; el pueblo se hallaba verda- "deramente encantado de alegría, y ha dado a conocer hasta qué grado "es entusiasta por las letras" (2). En aquel día la ciencia se dignificaba, se despertaba al estímulo por el estudio y se mostraba claramente por la autoridad de Buenos Aires, cuán grande debe ser el respeto que rinden los Gobiernos bien intencionados a la inteligencia cultivada.

A la hora ya indicada se presentó el Gobernador a la puerta del templo acompañado de sus cinco Ministros, del cuerpo Diplomático y de todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, siendo recibido allí por una comisión de miembros de la Sala de Doctores: otra comisión llevó sobre un almohadón de tela de damasco y de oro hasta el asiento

(1) En la gaceta del 21 de julio se lee el siguiente aviso oficial: Con esta fecha se ha servido S. E. el gobernador y capitán general de la Provincia, aprobar el diseño que el Rector de la Universidad le ha presentado de la "muceta" que debe usar la sala de doctores "sin bolsa ni capuz" con prevención de que se toleren los que algunos D. D. hubiesen hecho en la forma antigua y "no puedan uniformarse sin deterioro".

(2) "Argos", número 20 del sábado 18 de agosto de 1821.

de S. E. el edicto original de erección de la Universidad. Mientras esto tenía lugar, entraban a la iglesia formados en dos alas los treinta y seis miembros presentes del claustro, abriendo la marcha los maceros (1) y presididos por el tribunal literario encabezado por el Rector. Colocados en sus asientos, el pro-secretario de la Universidad, por ausencia del escribano de gobierno, leyó el edicto, pasando en seguida el gobernador a recibir el juramento de incorporación al rector y doctores presentes, bajo la siguiente fórmula:

"¿Juráis a Dios nuestro señor, y estos santos evangelios y prometéis a la patria defender la libertad e independencia del país bajo el orden representativo y el *único imperio de la ley?*" (2)

"¿Juráis y prometéis conservar y sostener todos los fueros y privilegios de la Universidad?"

"¿Juráis y prometéis obedecer al Cancelario y Rector de la Universidad, al Tribunal Literario y a la muy ilustre sala de doctores?"

Después de esta larga formalidad, tomó la palabra el señor Cancelario y pronunció una oración inaugural, *sólida y elocuente*, según el testimonio de la prensa oficial. El ministro de gobierno don Bernardino Rivadavia, dirigiéndose a su turno, a la sala de doctores, hízola presente, en una corta y enérgica arenga, el gran empeño que acababa de contraer para con la patria, asegurándola que para cumplirlo y llenarlo dignamente podía contar con el apoyo de la primera autoridad de la provincia.

Acto continuo y para cerrar esta ceremonia con un rasgo digno de caballeros togados, los doctores, a imitación del Cancelario, pusieron a disposición del gobierno un *grado de indulto*, en señal de agradecimiento como a fundador de aquel establecimiento. Así terminó la parte oficial de la función ereccional.

Al día siguiente hizo la Universidad su primer ensayo jurisdiccional, confiriendo cinco grados de medicina y uno de derecho.

---

(1) Siempre que la universidad se presentaba en público como corporación, llevaba dos empleados vestidos con capas cortas de grana, cargando al hombro dos grandes mazas de plata, con relieves alusivos y probablemente con las armas de la Universidad. Entre los dos maceros caminaba también un guión con su gran escudo de plata. La parte metálica de estas venerables antigualla ha mucho que desapareció de la casa, sin dejar rastro en la página de ningún libro ni inventario. Lo único que existe hoy es la tela del pendón, de seda colorada, galoneada de oro, y un cojín forrado en la misma tela.

(2) Son palabras habituales al señor Rivadavia, que se encuentran repetidas en varios documentos públicos, redactados por él.

GUTIÉRREZ: Juan María Gutiérrez nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1809. Cursó estudios universitarios, y, aunque ejerció la profesión de agrimensor, el arte literario fué el amor de toda su vida, vocación seria y decidida. En 1837 lee, en la inauguración del "Salón Literario" que fundara Marcos Sastre, su trabajo "Fisonomía del saber español". En 1838 da forma, con Echeverría y su gran amigo Alberdi, a la "Asociación de Mayo", cuyo objeto es combatir a Rosas. Pronto se ve en la necesidad de abandonar el país y se refugia en Montevideo, donde es laureado poeta en el primer certamen literario americano, certamen que se celebró el 25 de mayo de 1841. En 1844. luego de un rápido viaje por Europa, se establece en el Brasil, y aprovechando su radicación allí, estudia el movimiento literario de aquella nación. Desde 1845 a 1851 recorre los países del Pacífico, hallando en ello ocasiones y motivos para realizar abundante labor intelectual, entre la que ha descontarse, como valiosa contribución, la primera antología poética del continente. Por aquella época tuvo a su cargo la organización de la Escuela Náutica de Valparaíso, cuya dirección le entregó el gobierno chileno. Al sobrevenir la caída de Rosas, el proscripto vuelve a la patria. En Buenos Aires lo espera el gobernador Vicente López, para encargarle el ministerio de Gobierno. De 1854 a 1856 acompaña a Urquiza en el de Relaciones Exteriores. Su obra de estadista satisface a sus conciudadanos, pero él no está satisfecho: el escritor que lleva adentro ansía realizar su obra; por fin, se le confían funciones públicas en consonancia con su sueño de toda la vida: durante doce años ocupa el rectorado de la Universidad de Buenos Aires; es un largo período de paz, de estudio, de comodidad, durante el cual da a la estampa libros de crítica, filología, ciencias históricas, etc. El último cargo oficial donde sirve al país es la presidencia del Consejo de Instrucción Pública. Lo deja el 5 de abril de 1875 en manos de Sarmiento. Murió el 26 de febrero de 1878, en Buenos Aires.

JUAN RAMON JIMENEZ.
Español, 1881.

De "PLATERO Y YO"

Este breve libro, en donde la alegría y la pena son gemelas, cual las orejas de Platero, estaba escrito para... ¡qué sé yo para quien!... para quien escribimos los poetas líricos... Ahora que va a los niños, no le quito ni le pongo una coma. ¡Qué bien!

"Dondequiera que haya niños —dice Novalis—, existe una edad de oro." Pues por esa edad de oro, que es como una isla espiritual caída del cielo, anda el corazón del poeta, y se encuentra allí tan a su gusto, que su mejor deseo sería no tener que abandonarla nunca.

¡Isla de gracia, de frescura y de dicha, edad de oro de los niños; siempre te halle yo en mi vida, mar de duelo; y que tu brisa me dé su lira, alta y, a veces, sin sentido, igual que el trino de la alondra en el sol blanco del amanecer!

EL POETA.

CAPÍTULO I. — *Platero*

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y

gualdas... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tiene acero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Capítulo XIII. — *La Espina*

Entrando en la dehesa, Platero ha comenzado a cojear. Me he echado al suelo...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada, mostrando la ranilla, sin fuerza y sin peso, sin tocar casi con el casco la arena ardiente del camino.

Con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una espina larga y verde, de naranjo sano, está clavada en ella como un redondo puñalillo de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he tirado de la espina; y me lo he llevado al pobre al arroyo de los lirios amarillos, para que el agua corriente le lama, con su larga lengua pura, la heridilla.

Después, hemos seguido hacia la mar blanca, yo delante él detrás, cojeando todavía y dándome suaves topadas en la espalda...

CAPÍTULO LXV. — *La Muerte*

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fuí a él, lo acaricié, hablándole, y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico. El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y meció sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo.

—Nada bueno, ¿eh?

No sé qué contesto... Que el infeliz se iba... Nada... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La Tierra, entre la hierba...

A mediodía, Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizoso ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae, al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores.

JIMÉNEZ: Juan Ramón Jiménez, el primero de los poetas españoles contemporáneos, nació en 1881. Un espíritu puro, un niño; su arte es intenso, inefable, místico, original, exaltado, noble, emocionante. Eternizó, en "Platero y yo", los recuerdos de su infancia en prosas cinceladas. Sólo tiene par, lo mismo por la fuerza creadora que por la influencia de su obra, en Rubén Darío, su maestro, y en Antonio Machado, su compañero.

"PLATERO Y YO", elegía andaluza, por Juan Ramón Jiménez: M. Romera Giménez ha definido así esta pequeña grande obra maestra del exquisito lírico: "Historia de la vida y muerte de un asnillo, casi una persona, compañero inseparable que fué del poeta; libro cándido y realista, gracioso y tierno; Platero es la creación más afectuosa y viva del autor, Platero es casi un Rocinantillo inmortal." El notable escritor argentino Rodolfo Ragucci, en breves líneas resume así el delicioso vagabundeo de Platero y su poeta: "Compónese el libro de 138 como viñetas, desbordantes de luz, música y poesía. Son impresiones o ligeros episodios de la vida del autor, a los que va siempre ligado el suave recuerdo del borriquillo amigo. Allí se evocan juegos y sustos de la infancia, notas de la escuela, la guerra de brevas, la púa que se ha clavado Platero, la niña fulminada mientras juega a la fantasma, el loro que repite "Ce n'est rien" cuando el herido se queja, la vuelta del monte, el cura del lugar, el canario que vuelve a la jaula, Platero espantado de otro burro feo, Darbón su médico, los cíngaros, el perrito Lord mordido por otro rabioso, la fiesta del Corpus, la riña de gallos, el alegre vivir de los gorriones, el bando contra los perros rabiosos, los fuegos artificiales, la niña que muere llamando a Platero, la muerte del canario, la venta de un caballo querido, las lecturas de otoño, los chicos que apedrean al borracho inito, la visita al cementerio, el eco que repite el nombre de Platero y su rebuzno, la casa en que nació el poeta, la corona de perejil con que premian a Platero, ganador de una carrera, los regalos de los Reyes Magos, las fiestas de carnaval, las mariposas, la muerte de Platero, su tumba, nostalgia, sus arreos con que juegan ahora los chicos, el Platero de cartón sobre el escritorio del poeta, etc. Mucho corazón hay en las primorosas pinturas del paisaje, de las noches de luna, de tormenta, de eclipse, de navidad; del ocaso, de un incendio en la montaña, de la tarde otoñal y caída de las hojas, de la primavera, del invierno y su lluvia, etc. Es un áureo collar de églogas."

VICENTE FIDEL LOPEZ.
Argentino, 1815-1903.

De "HISTORIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA"

TOMO 1°, CAPÍTULO 26. — *Población en 1806*

A fuer de aturdido, el almirante inglés sir Home Popham se había lanzado a la conquista de Buenos Aires sin comprender siquiera el desesperado conflicto en que iba a poner la honra militar de su nación y la política continental de su gobierno. Cegado sólo por el material anhelo de arrebatar a España el mejor predestinado de sus territorios ultramarinos, y siguiendo las inspiraciones de una política que ya no era la del momento, ni la que profesaba el nuevo gabinete, de Londres, había comprometido sus armas sin haber estudiado los recursos con que el país atacado podía resistirle, ni haber calculado los medios y las probabilidades con que pensaba equilibrar las fuerzas respectivas, para vencer y conservarse en el punto que se proponía sorprender. Que si lo hubiera hecho, y si hubiese consultado los consejos de una mediana sensatez, habría visto que llevaba las tropas inmaculadas de la Gran Bretaña a una derrota inevitable: la única quizá que cuenta la historia moderna en que las banderas gloriosas de esa grande potencia se hayan rendido a discreción en el campo de batalla.

Buenos Aires era ya muy grande y muy poderosa ciudad en 1806 para que mil seiscientos o dos mil soldados ingleses pudieran conservarla sometida, aún después de haber logrado ocuparla por la sorpresa y por la cobarde ineptitud de un pobre hombre, virrey por acaso, y sin aptitudes para defenderla.

Una rápida reseña del desarrollo económico y social a que la capital del virreinato había llegado en los momentos de la ocupación inglesa es de absoluta necesidad aquí para levantar a su debida claridad los hechos, y para que queden explicados los acontecimientos en su justa relación de causas y de efectos.

Después de la creación del virreinato y de la apertura de nuestros mercados marítimos e interiores a la libre navegación y entrada al comercio español, el aumento y el carácter peculiar que había tomado la

población de Buenos Aires habían dado un gran vuelco; se había iniciado esa evolución fundamental que venía de la naturaleza misma de las cosas y de una posición geográfica que la había convertido en el punto más próspero y mas erguido de toda la América española. Las brisas que con la aurora le venían del Atlántico y de la madre Europa, cargadas de luz y de riquezas, refrescaban e iluminaban su frente. Treinta años había vivido desde entonces nutriendo bien su robusta niñez, y sentía ya en la fuerte musculatura de su cuerpo desde el Plata y el Uruguay a Uspallata y a Humahuaca el desarrollo de su vigor natural.

Además de las entradas numerosas de españoles y de italianos naturalizados que venían de su cuenta atraídos por el comercio y por el trabajo, habían contribuido a aumentar su población activa algunas otras causas accidentales.

Durante la guerra que el Derecho de visita produjo entre España e Inglaterra, entró de arribada a Buenos Aires, por descalabros y contrastes sufridos en el Cabo de Hornos, la escuadra y el poderoso armamento que España había despachado al Pacífico para repeler el ataque del almirante inglés Anson. Todo el material y el personal de esa armada quedó en el país, porque en esos momentos era imposible hacerlo regresar por el mar, a causa de los cruceros enemigos y de la carestía o dificultades de los pasajes.

El doctor Mariano Moreno, nos da en el año de 1806 algunos datos estadísticos que además de ser hoy muy interesantes, tenemos por estrictamente exactos, pues proceden del hombre más entendido entonces en asuntos de estadística y movimiento comercial. "Más de 300 buques de comercio, dice, se presentan anualmente en los puertos de Buenos Aires; cerca de 18 millones que consume el Perú pasan en la mayor parte por este precioso canal... Más de un millón de cueros se exporta cada año de su distrito; se deposita en sus almacenes considerable cantidad de hierba del Paraguay (40.000 tercios según el editor, y un millón de libras de tabaco, fuera del algodón y de las maderas). El Río de la Plata es el único puerto conocido por las colonias extranjeras para la remisión directa de sus frutos. Buenos Aires envía los suyos; a su diversidad y abundancia —carnes, pieles, lanas, harinas y otros productos de sus campos—, se agrega la industria, para facilitar y hacer más cómodo el retorno. Aquí se calcula, se emprende, se aventuran expediciones. No hay puerto mercante en el mundo que no conozca nuestros frutos y nuestra bandera; en fin, éste es el único pueblo que en esta América puede llamarse comerciante."

En cuanto a la población, el mismo doctor don Mariano Moreno, su hermano don Manuel, el deán Funes y otros, que consideramos como los

mejor informados y de mayor autoridad, nos aseguran que en 1806 Buenos Aires contaba con 70.000 almas. Hablando de las guerras portuguesas, el primero dice: "Si Buenos Aires en un estado débil y con un pequeño vecindario, obró con tanto heroísmo, ¿qué no deberíamos esperar (1806) de este mismo pueblo cuando ha llegado a componerse de más de setenta mil almas?" El deán Funes nos informa también que en 1806 de setenta mil almas?" El deán Funes nos informa también que en 1806 la ciudad tenía 70.000 habitantes, coincidiendo con Moreno en tres o cuatro mil almas más o menos.

En la vida de su hermano, escrita en 1812, don Manuel se expresa así: "El gobierno español ignoraba completamente el número de habitantes que comprendía el virreinato de Buenos Aires. La población de la capital estaba igualmente envuelta en mil incertidumbres. Don Félix de Azara le da sólo 40.000 almas hasta el año de 1801. Pero sería de desear que este viajero fuese mas exacto en otras partes de sus observaciones que en los cálculos de población, pues con respecto a Buenos Aires su cálculo es defectuoso en veinticinco mil almas. El doctor Moreno (don Mariano) mandó formar un padrón de todos los habitantes de la capital y resultó tener ésta cincuenta y cinco mil almas en su recinco propiamente dicho, a que agregadas diez mil al menos, que comprenden sus suburbios, se compone de una totalidad de sesenta y cinco mil habitantes. Quitando Azara veinticinco mil a la población de Buenos Aires, y tres mil a Montevideo, calcula la población del distrito del gobierno de Buenos Aires en 170.832 habitantes; mas con sólo esta restitución, aparece que su número efectivo es de 198.832, y es muy probable que, formando un padrón general, y removidas las dudas que Azara ha tenido en no menos que en treinta y cinco lugares, cuya población no nos ha dado, resulta, que la población de la provincia de Buenos Aires es de doscientas mil almas; igual aumento aparecerá en los habitantes de todo el virreinato, cuya totalidad se calcula comúnmente mucho más baja de lo que en realidad es."

El cálculo más antiguo que se ha hecho de la población que Buenos Aires tenía en 1806 es el del doctor don Mariano Moreno, pues lo hizo en ese mismo año y en los días mismos en que las fuerzas inglesas ocupaban la ciudad. Por lo demás, el monto de sesenta a setenta mil almas era de opinión común y recibido por todos los hombres de ese tiempo capaces de formar juicio en esta materia.

De esa voz común, establecida como un hecho incontrovertible, fué que Popham tomó ese mismo monto de setenta mil habitantes, con que transmitió a Londres los detalles y noticias de su conquista, según se vió por la publicación posterior de su correspondencia, que no se conoció

en el Río de la Plata hasta mucho después de las afirmaciones del doctor don Mariano Moreno.

Don Manuel Moreno, hombre entendidísimo en la materia, distinguido estadista y hombre de ciencia consumado, corroboró en 1812 ese mismo monto, como se ha visto.

VICENTE FIDEL LOPEZ.
Argentino, 1815-1903.

De "EVOCACIONES HISTORICAS"

LA GRAN SEMANA DE 1810

(CRONICA DE LA REVOLUCION DE MAYO)

Buenos Aires, Mayo de 1885.

Publicamos con este título un legajo viejo de cartas que encontramos en el baúl de la parda Marcelina Orma. Las cartas no son evidentemente originales, sino copias de una misma letra, firmadas con simples iniciales, que llevan las fechas del 20 al 31 de Mayo de 1810. Carecen, por consiguiente, de autenticidad, pero presentan un grande interés, no sólo porque *se puede conjeturar* por sus iniciales, que están escritas o atribuídas a personas muy conocidas de aquel tiempo, como B. V. A. (Buena Ventura Arzac); (F. C. (Felipe Cardoso); M. O. (Mariano Orma); F. P. (Francisco Planes); J. S. A. (Julián Segundo Agüero y otros así; sino porque nos presentan la Revolución de 1810, día por día, y a medida que se va haciendo, sin el enfático clasicismo que le han dado los panegíricos convencionales de los tiempos subsiguientes; que, sin ser falsos en la generalización de sus resultados sociales, carecen, sin embargo, del colorido que tuvieron los sucesos al tiempo que los iban produciendo la pasión y el interés de los agentes secundarios que constituían la fuerza vital del sacudimiento.

En estas copias, que pueden carecer de autenticidad, pero que no carecen de verdad, la Revolución de Mayo se nos presenta popular y callejera, al correr de la pluma ingenua de los que las escribieron dando cuenta de todo lo que hacían ellos o sus amigos, contra el gobierno colo-

nial, en las plazas y en los cuarteles, mientras que, sobre el tumulto popular los políticos de uno y otro partido fabrican el gobierno nuevo, cada uno en su sentido.

Para que no se extrañe que nada digamos sobre cómo estaba este legajo en el baúl de Marcelina Orma, confesaremos francamente que no lo sabemos. Marcelina Orma murió hace algún tiempo a la edad de noventa y dos años. Había sido esclava del disitnguido presbítero don Mariano Orma, que figura en estas cartas; era muy vieja cuando, achacosa y tierna, venía siempre a nuestra casa a visitar a nuestra madre; lo que hacía sin ninguna falta el 25 de Mayo de cada año. Para ella la *Patria* era una cierta persona de carne y hueso, vestida de raso blanco y celeste que había nacido por allí cerca de la casa de sus amos, y que había muerto también, muchos años hacía, desde que ella (Marcelina) estaba vieja, arrumbada; y desde que no veía andar por las calles a "los Hijos y Padres de la Patria" que ya se habían ido muriendo también con la misma patria. Mis hermanos y yo le dábamos muchos bromas sobre esto, sosteniéndole que —"la Patria vivía todavía, y que tenía hijos cada nueve meses". —"¡Qué esperanza, niños!, nos decía: ¡Cómo se conoce que ustedes son de ayer! Cuando tengan experiencia y razón verán que hace ya muchos años que la Patria se murió. ¡Si lo sabré yo, que la conocí desde que nací!"... ¿Si tendría razón la pobre vieja?

El último aniversario de Mayo que estuvo en nuestra casa, teníamos precisamente en la mano un diario del día. —¡Viva la Patria! Marcelina, le gritamos así que la vimos: y ella... echando atrás el rebozo y levantando el brazo como si tuviera una espada —¡Viva! gritó— pero sus años no le permitieron soportar el esfuerzo y tuvo que plegarse en la primera silla que encontró. —"He ahí una época" nos dijimos para nosotros — y queriendo consolarla nos pusimos a leerle: — "¡Hoy es "el día de los grandes recuerdos! Trescientos años pasados en el oprobioso sueño de esclavitud se desmoronaron en este memorable día ante "el sol refulgente de la Libertad. El pueblo, el gran pueblo argentino, "aquel pueblo robusto que se inspiraba en el rostro luminoso de nuestros "abuelos, levantó su voz prepotente; y con el ademán heroico de su "brazo invencible, adornado del bonete frigio, y armado con el puñal "de la Libertad, dominó la furia de los leones que habían humillado la "cerviz del gran Turco en las sangrientas aguas del Lepanto. La obra "del pueblo y de la democracia..." Al llegar aquí miramos a Marcelina y la encontramos embebido el espíritu en otra cosa muy distinta de nuestra declamación. —"¿Qué, no te gusta? le dijimos. —Pero ¿dónde está la patria? nos dijo. Ahí no hablan de ella. Cuando yo me muera, que ya ando de más en este mundo, le he de dejar, niño, unos papeles,

mucho más lindos que ese. — Dámelos ahora. — ¡No puedo! Un amigo que no puedo nombrar, y que Dios tenga en su gracia, me dijo que solamente muerta me separase de ellos. — Y Marcelina se puso a llorar con un dolor profundo, el mismo día que había concentrado para ella en otro tiempo todas las grandes y nobles alegrías de su alma. "He ahí otra época"; nos dijimos contristados... y nos pareció que veíamos en aquella vieja a la Patria misma que lloraba sus viejos y fieles amantes.

He ahí la historia del manuscrito que ahora publicamos.

Buenos Aires, 25 *de Mayo de* 1810.
(*Nueve de la noche*).

Mi querido J. R...: Hago un verdadero sacrificio poniéndome a escribirte, porque estoy muerto de cansado y con la cabeza un volcán. Pero V... me dice que es indispensable que lo haga, porque mañana de madrugada sale otro chasque para el coronel Pino de la Colonia ordenándole que se pronuncie por la nueva Junta de hoy, y que pase a Montevideo, con reserva, las comunicaciones que van para el coronel Murgiondo y para Luis Balbín a fin de que hagan lo mismo con el regimiento Río de la Plata y de Infantería Ligera que mandan en esa. Moreno, que es ya el alma del nuevo gobierno, me encarga que te diga que éste es el momento de echar el resto, porque dueños nosotros de esas dos plazas abaluartadas, no hay miedo que vengan tropas de España, pues tendrían que vivir en campaña, donde los paisanos se los merendarían en poco tiempo. En fin, creo que les escriben largo sobre esto a los predichos oficiales y a Cavia, en cuyo cacumen y pillería confiamos todos.

V... me encarga decirte que es una calamidad para él, en estos momentos, tener buena letra y saber redactar, más o menos bien, una nota o una carta, porque lo tienen en el potro hace cuatro horas muy largas, haciendo las comunicaciones de Ocampo y de otros para el interior, mientras los repiques y las salvas, y la cohetería, y los tiros y los gritos de alegría atruenan el aire, y mientras todas las muchachas patriotas andan por las calles mojando sus rebozos y sus cabellos de azabache en la lluvia que se ha desatado desde la tarde. La verdad es que no se puede describir la alegría y el bullicio del pueblo. ¡Somos libres, J. R... Somos libres y no alcanzamos todavía a darnos toda la explicación merecida de lo que decimos con estas mágicas palabras! Yo mismo no alcanzo a darme cuenta de la inmensidad de esta dicha y bailo solo sin poder contener-

me... ¿Pero qué estoy haciendo, cuando todavía no he cumplido con el deber de referirte lo que ha ocurrido?

Pues bien, óyeme. Anoche renunció Cisneros del todo, y quedó abolida la pérfida intriga de los faldonudos y gran bonetes del Cabildo. Hoy de mañana insistían todavía en no admitirle la renuncia a Cisneros y en autorizarlo a que usase de la fuerza, creyendo que con Saavedra tenían lo bastante para fusilar y dispersar al pueblo. Pero fuera de que éste no es hombre capaz de semejante absurdo contra la patria ni de prestarse a eso, teníamos los cuerpos que no lo habrían seguido tampoco, y que estaban dispuestos a llevar adelante la revolución.

La plaza estaba ocupada por todos nuestros amigos. La verdad es que había poco pueblo, porque casi toda la oficialidad, la mozada y la tropa estaba recogida a los cuarteles y sobre las armas para cargar en el momento oportuno. Teníamos, sin embargo, en la plaza más de cuatrocientos vecinos, y todos los comandantes y principales patriotas estaban reunidos en lo de Miguel Azcuénaga. Cuando se supo que el Cabildo porfiaba en llevar adelante su maldita intriga e imponernos a Cisneros, se formó un grupo dirigido por Chiclana, French, el padre Grela, Planes y diez o quince más, que después de haberse concretado con Rodríguez Peña y con Belgrano en lo de Azcuénaga, salieron gritando: ¡Al Cabildo! ¡Al Cabildo, muchachos!... El tropel se desató, y en un dos por tres, nos metimos con una bulla infernal en la galería de los altos. Los faldonudos se asustaron y Leiva abrió la puerta grande presentándose en el umbral con Lezica y Tomás Manuel. — ¡Orden, señores, por Dios! nos gritaron. ¿Qué es lo que ustedes quieren? — ¡La deposición inmediata de Cisneros, le gritamos; ahora mismo!

—Señores, nos dijo Leiva, para oírlos a ustedes necesitamos calma; que se presente alguien que lleve la voz por este gentío, y lo haremos entrar al salón para que hable por todos. En el momento se adelantaron Beruti, Chiclana, French y el doctor Grela. Pancho Planes iba también a entrar, pero Leiva le puso la mano y le dijo: No, amigo mío, usted es muy loco para este negocio; con estos caballeros hay lo bastante, pues son hombres de representación, y lo mejor es que no haya tantos con quien hablar. Dirigiéndose a Chiclana le dijo: —Compañero, haga retirar ahora a los demás para que nos dejen tratar el negocio como buenos amigos y como patriotas que todos queremos el bien de nuestro país. Chiclana conferenció un momento con los demás, y dirigiéndose a Pancho le pidió que obedeciese y que se retirasen a los portales de abajo mientras reducían al Cabildo. De lo que se trataba era de que el Cabildo aceptase la representación que ya llevaban escrita, y que se nombrase una junta de gobierno compuesta de los individuos que en esa represen-

tación se marcaban. El Cabildo objetó que aquello era variar todo el orden de la monarquía sin consultar a los demás pueblos del virreinato; pero French y Chiclana contestaron que no, porque en esa misma representación se decía que se convocará un congreso nombrado por todos esos pueblos con libertad.

—Pues esperemos todos, dijo Leiva, a que ese congreso se convoque y decida, como se resolvió el 22.

—No señor; eso no puede ser, porque si bien los pueblos tienen el derecho que tiene el de Buenos Aires a pronunciarse, ellos no pueden negar el derecho que tiene el de Buenos Aires a pronunciar su voto desde luego, y exigir que el congreso sea elegido con libertad y no como un mango servil de los europeos que los mandan y que tienen allí fuerzas para sofocar su voto, como sucedió el año pasado en Chuquisaca y en la Paz. En esto, el doctor Planes se había introducido furtivamente en la sala, y con todo atrevimiento, levantó la voz y dijo: —El Cabildo ha excedido escandalosamente las facultades que le dimos el 22, y ha intrigado para perdernos. —Modere usted sus palabras, le dijo el gallego Santiago Gutiérrez; usted no es de esta reunión y debe salirse. —Ni las modero ni me salgo; lo que digo es lo que repite todo el pueblo y no tardará usted mucho en verlo. El Cabildo abierto que obró como soberano el 22, resolvió también como soberano separar absolutamente del gobierno al señor Cisneros y retirarle el mando de las armas; y aunque es verdad que defirió en el ayuntamiento la elección de los miembros del nuevo gobierno, no se ha podido ni debido nombrar otros que aquéllos que expresaron la mayoría de la resolución, como el señor Saavedra, el señor Peña, el señor Rodríguez, el señor Moreno; porque es intriga usar de la facultad concedida como lo ha hecho el Cabildo, entregando a los enemigos y a la minoría el gobierno, resuelto por la mayoría. —¡Todavía no nos gobierna Rousseau, ni Tomás Payne, señor Planes! —Es verdad, pero desde el 22 nos gobierna el pueblo. Señor Alcalde, dijo Anchorena, esta disputa es inútil; mi opinión es que citemos a los comandantes de la fuerza, porque en esta fuerza no hay veteranos; todos son vecinos aptos para opinar y para votar. Los comandantes nos dirán la disposición en que están y deliberaremos con ellos. —Así pienso yo también: retírense ustedes que vamos a llamar a los comandantes. —Aceptemos, compañeros, dijo Beruti; y se retiraron.

En lo de Azcuénaga estaban: Rodríguez (1), Romero (2), García (3),

(1) Húsares del rey.
(2) Segundo de Patricios.
(3) De Montañeses.

Ocampo (4), Terrada (5), Ruiz (6), Esteve y Llas (7), Vivas (8), Núñez (9), Castex (10), Ballesteros (11) y Merelo (12) a la mira de las ocurrencias para ordenar la entrada de las tropas a la plaza y ponerse a su cabeza. La turba de los muchachos y de los exaltados estaba aglomerada en la Fonda de las Naciones de la *Vereda Ancha;* el día estaba neblinoso, nublado, destemplado y amenazando por instantes descargarse en lluvia.

En el momento de ser avisados, todos los comandantes se dirigieron al Cabildo; pero tuvieron que esperar a que viniesen Orduña (13), Quintana (D. J. Ig.) (14) y don Bernardo Lecoq (15). Cuando estuvieron todos, tomó la voz el doctor Leiva y predicó largo rato sobre el lamentable conflicto en que se hallaba el Ayuntamiento después de haber resuelto y enajenado las facultades que se le habían conferido provisoriamente el día 22. Invitó a los jefes que leal y honradamente apoyaran la autoridad legítima y prudente con que se había satisfecho a las exigencias del pueblo; les hizo presente que salir de este camino era encender la guerra civil con el resto del país, atraerse las fuerzas de la monarquía que miraría como una rebelión atroz el derrocamiento absoluto de las autoridades y de las leyes que ella había creado e impuesto con una sabiduría ejemplar; que notasen, les dijo, que la parte más pudiente y honorable de los vecinos, era la de los fieles súbditos del rey de España, que se veían ahora atropellados por el tumulto sedicioso que prevalecía; y que por fin los jefes prestigiosos y leales que obtenían el mando y la fuerza en todo el resto del virreinato, no habían de consentir en la violencia con que se les quería dar una autoridad soberana intrusa sobre la que ellos ejercían por acto y delegación del monarca. El Cabildo cree, agregó, que en vista de todo esto, ustedes no vacilarán en sostener lo resuelto el día 23 y la autoridad instalada y jurada ayer; por lo cual espero que ustedes se expliquen francamente si se puede contar con las armas de su mando para sostener el gobierno establecido.

---

(4) De Arribeños.
(5) Granaderos de Fernando VII.
(6) De Naturales.
(7) Artilleros de la Unión.
(8) Segundo de Húsares.
(9) Tercero de ídem.
(10) Miqueletes.
(11) Quinteros.
(12) Andaluces.
(13) Artillería.
(14) Dragones.
(15) Ingenieros.

Estaba convenido que contestara por los patriotas el comandante Romero, porque siendo de formas moderadas y firme al mismo tiempo, se quería evitar que don Martín Rodríguez estallase en explosiones demasiado crudas. Viendo que Quintana, Orduña y Lecoq se obstinaban en no hablar, Romero tomó la palabra y dijo que iba a declarar a nombre de todos sus compañeros y del suyo, que no era posible la elección del virrey como presidente de la Junta; que las tropas y el pueblo estaban indignados, y que ellos no tenían autoridad para darle apoyo al Cabildo, porque estaban seguros de que no serían obedecidos; tal era la efervescencia en que se hallaban los cuarteles y los hijos del país. Si el Cabildo se obstina en lo que ha resuelto, nos será imposible evitar que la tropa se venga hoy a la plaza y cometa toda clase de excesos contra el Cabildo mismo, y contra la persona del señor Cisneros, hasta formar por sí sola un gobierno de su gusto. V. E. no se haga ilusión, esto está ya hecho; puedo asegurar que el pueblo ha consignado ya lo que quiere por escrito, y ha designado los sujetos que quiere ver en el gobierno.

Hallábase el síndico Leiva insistiendo en sus observaciones, cuando el tropel de las galerías comenzó a levantar gritos, y a golpear ruidosamente las puertas con el ánimo evidente de echarlas abajo. El síndico le rogó a Rodríguez que apaciguase el tumulto; pero éste dijo: —Lo haré si el Cabildo me autoriza a informar al pueblo que desiste de su empeño y que queda separado de todo mando el señor Cisneros. Y como el tumulto crecía y crecía como un mar embravecido, Leiva se volvió entonces a los demás cabildantes y les dijo: —No hay más remedio, señores, que consentir, ¡creo que debemos hacerlo pronto, muy pronto! Los cabildantes se encogieron de hombros y se conformaron. Martín salió entonces al corredor y nos gritó: —¡Paisanos, queda separado el virrey Cisneros; tengan un rato de paciencia, que se va a tratar de lo demás! Se armó con esto una grande algarabía de voces y de vivas; pero con esta declaración Martín logró despejar los altos de la casa, y salió inmediatamente hacia lo de Azcuénaga.

Todos corrimos detrás de él en la misma dirección. Me falta tiempo para continuar; pero así que vea lo que sucede, te seguiré escribiendo; y el chasque no saldrá sin que te lleve todo lo que haya ocurrido hasta la noche.

Cuando Martín, seguido de la multitud, llegó a lo de Azcuénaga, les dió cuenta a los demás directores del movimiento, del estado de impotencia y desaliento en que dejaba al Cabildo. —Pues este es el momento, dijo Peña, de obligarlos a que sancionen la nueva lista que ha formado el pueblo; que Beruti y French, se encarguen de entrarse al salón con otros que ellos elijan y hacerle al Cabildo la intimación sin

condiciones, amenazándolos con el último golpe. Decirlo y hacerlo, todo fué uno.

El Cabildo estaba en efecto lleno de dudas y pensando en mandarle una nueva diputación a Cisneros, para que renunciase sin condiciones ni protestas, porque el momento era ya supremo, cuando se vió invadido de nuevo. French, Beruti, Orma, Grela, Cardoso, Rocha, Arzac, Planes y muchos muchachos de empuje, penetraron en el salón de sesiones. Los cabildantes ocupaban sus asientos atrás de la gran mesa endamascada que mira a la puerta, y los patriotas se agruparon en la gran baranda que limita el recinto hacia el lado de afuera. Señores, dijo Beruti antes de que le hubiesen consentido hablar. Venimos en nombre del pueblo a retirar nuestra confianza de manos de ustedes. El pueblo cree que el Ayuntamiento ha faltado a sus deberes y que ha traicionado el encargo que se le hizo; ya no se contenta con que sea separado el virrey. Bien informados como estamos de que todos los miembros de la Junta han renunciado, el Cabildo ya no tiene facultad para sustituirlos con otros, porque el pueblo ha reasumido la autoridad que había trasmitido, y es su voluntad que la Junta de Gobierno se componga de los sujetos que él quiere nombrar con la precisa indispensable condición de que en el término de 15 días salga una expedición de quinientos hombres para las provincias interiores, a fin de que, separados los que las esclavizan, pueda el pueblo en cada de ellas votar libremente por los diputados que han de venir a resolver de la nueva forma de Gobierno que al país debe darse. Y hago esta declaración señores vocales, protestando que si en el acto no se acepta, pueden ustedes atenerse a los resultados fatales que se van a producir, porque de aquí vamos a marchar todos a los cuarteles a traer a la plaza las tropas que están reunidas en ellos, y que ya no podemos ni debemos contener en el límite del respeto que hubiéramos querido guardarle al Cabildo.

Leiva, Lezica, Domínguez, hicieron esfuerzos por conseguir que se variara la intimación. Pero lo único que obtuvieron, después de mucho disputar, fué que la voluntad del pueblo se presentase por escrito.

La representación estaba hecha y contenía un sin número de firmas en pliegos separados.

Antes de entregársela a French para que la llevara al Cabildo, se había leído con meditación en la casa de Azcuénaga; se le hicieron algunas adiciones y aclaraciones para que quedara más terminante, y se les entregó a los emisarios para que la presentaran al Cabildo. Con más orden ya y mejor arreglado, el grupo entró a la Sala y presentó el escrito. Leiva lo tomó, pasó la vista de una a otra foja, y le dijo:

—Muy bien, la formalidad de los actos y de las responsabilidades

que vamos a tomar todos con este paso, nos exige que nosotros veamos y oigamos a ese pueblo en cuyo nombre nos hablan ustedes. Vemos aquí por escrito un número considerable de vecinos, religiosos, comandantes y oficiales que piden lo que ustedes han representado de palabra; pero es necesario que de propia voz ratifiquen su pedido. Congreguen ustedes a todo ese pueblo en la plaza, y el Cabildo saldrá a su balcón para leerles este pedido y ver si es eso mismo lo que se aclama. Pasó media hora, y como el concurso comenzara a dar voces de impaciencia, los cabildantes se presentaron en el balcón. Miraron a la plaza, se consultaron entre sí, y adelantándose a la reja Leiva nos gritó: —¿Dónde está el pueblo? ¡Nosotros no vemos ahí sino un número muy reducido de individuos!

Señores del Cabildo, le contestó Beruti: esto ya pasa de juguete, no estamos en circunstancias de que ustedes de burlen de nosotros con sandeces. Si hasta ahora hemos procedido con moderación, ha sido por evitar desastres y la efusión de sangre. El pueblo en cuyo nombre hablamos está armado en los cuarteles y una gran parte del vecindario espera en otras partes la voz de alarma para venir aquí. Quieren ustedes verlo, toquen la campana, y si es que no tiene el badajo, nosotros tocaremos generala, y verán ustedes la cara de ese pueblo, cuya presencia echan de menos. ¡Sí o no! pronto, señores; decidirlo ahora mismo, porque no estamos dispuestos a sufrir demoras y engaños; pero, si volvemos con las armas en la mano, no respondemos de nada. En el momento se levantó una furiosa gritería de: ¡Abranse los cuarteles! ¡No esperemos más! ¡Esto ya no se puede sufrir!

En medio de este alboroto vimos a Leiva que extendía la mano pidiendo que lo oyéramos; y apaciguadas las voces, nos dijo con voz clara y serena: —Señores: El Cabildo se considera conminado por la fuerza y por los desastres con que ustedes lo amenazan; y cediendo al tumulto y a la violencia cede a lo que se le impone. Los carteles del bando que había mandado fijar en las esquinas han sido arrancados y tirados al lodo de las calles, y los mismos empleados que los llevaban han sido despojados y también estropeados. Esta es una rebelión abierta... —Sí, señor, lo es, gritó alguien desde abajo, y si el Cabildo no se somete a la voluntad soberana del pueblo, quizás no nos quedaremos en eso. —Por desgracia, no nos queda ya duda de eso, dijo Leiva, y cedemos; pero tengan ustedes calma para oír las condiciones con que el Cabildo dará por anulados los actos del día 23 y 24, y consentirá en proclamar el nuevo gobierno. —¡Que las diga! ¡Que las diga! —La primera es que la nueva Junta que ustedes imponen se responsabiliza por el orden público y por la tranquilidad del pueblo. —Acordado, respondió un grito general. —La segunda que el Cabildo quede con la autoridad

necesaria para vigilar la conducta de los miembros de la Junta. —¡No, señor, no queremos, negado! —Pero, señores, el Cabildo no procederá en eso sino con justa causa.— El pueblo gritaba: bueno y negado, sin que fuese posible averiguar si aceptaba o no. —La tercera, que no se impongan nuevas contribuciones. — De acuerdo. — Y que la Junta llene las vacantes por elección en su seno. — De acuerdo.

Yo me hallaba al lado de V. L. y de Ignacio Núñez, y les pregunté, ¿qué les parece a ustedes? — ¡Simplezas!, me dijo el primero; estos hombres no se hacen cargo de lo que son ni de la situación en que se hallan. ¿Qué poder, ni qué medios les quedarán para vigilar a la Junta, ni para impedir que ella haga todo lo que quiera? Son ellos los que quedan en manos del nuevo gobierno como un cero a la izquierda.

En esto una nueva gritería comenzó a pedir *¡el Bando! ¡el Bando!* ¡los nombres de la Junta! y sobre todo ¡la expedición a las Provincias!, que ha de ser costeada con los sueldos del Virrey, de los Oídores, de la Renta de tabacos y otros que la Junta determine cercenar; — todo eso de acuerdo con la representación del pueblo que se ha entregado al Cabildo; dejémonos de cábulas y de dilatorias, señor Síndico; ya sabemos que su señoría es buen abogado, pero aquí no hay estrados. ¡Pronto! ¡pronto! gritaban todos en medio de risotadas y de amenazas. — Sí, señores; todo está ya concedido; necesitamos unos breves momentos para extender el Acta y formar el bando; que suba una diputación de vecinos respetables para que intervenga en lo que queda por hacer.

No sé quién lo dispuso, ni cómo; lo que sé es que subieron al salón el doctor don Mariano Irigoyen, don Miguel Azcuénaga, Belgrano y Darregueira, llevándose a Ignacio Núñez por si era menester escribir algo. Muchos otros se colaron detrás de estos, y los más nos quedamos en la plaza perorando y discurriendo sobre los incidentes del caso que cada uno comentaba a su modo.

Una media hora después oíamos el vozarrón de Martín Rodríguez, que desde el balcón nos gritaba: ¡Atención, señores!, y el escribano-secretario del ayuntamiento Justo José Núñez nos leyó: que quedaban anuladas las resoluciones y las actas del día 23 y 24; que por la nueva acta de hoy día 25 de Mayo de 1810 quedaba constituída la Junta de Gobierno en Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga (paisanos) Matheu y Larrea (europeos pero patriotas) con Passo y Moreno como secretarios. Lo principal de lo demás, era la expedición contra los mandones del interior, que como te he dicho saldrá dentro de diez o quince días: y la convocación de los vecindarios del interior para que nombren los diputados al Congreso general que debe establecer la forma de Gobierno que se considere más conveniente para el país. Me olvidaba decirte que la

Junta queda provisoriamente encargada de la autoridad superior de todo el virreinato; y que se ordena que ahora mismo vengan los nombrados a prestar juramento de conservar la integridad de estos dominios a nuestro amado Soberano el señor don Fernando VII. A muchos nos ha chocado esta última cláusula, porque es una reverenda mentira; pero dicen que por ahora conviene hasta que tengamos bien firme el terreno; y la cosa ha pasado riendose los unos y rabiando muchos otros.

Hazte cargo del júbilo general que estalló. De allí corrimos a los cuarteles a hacer tocar diana y a las iglesias para echar a vuelo las campanas. Hacía más de dos horas que el virrey había salido del Fuerte; y Terrada mandó en el acto hacer salvas; los cohetes reventaban por todas partes; las calles llenas de barro, porque llovía bastante, y sin embargo llenas de señoras y muchachas que victoreaban a la patria a la par del pueblo. ¡Aquello era hermoso!

Los nombrados estaban todos en lo de Azcuénaga, menos Moreno, que como tú sabes andaba muy desconfiado de Saavedra y de su círculo; y que había protestado que no se metería en nada mientras el virrey quedase con mando. Lo buscábamos por todas partes sin dar con él, porque lo que es en su casa no estaba. Pero Dionisio Vayo, que es un hurón que mete el hocico en todo, averiguó que lo habían vistro entrar a una de las piezas del cura de San Miguel doctor Ruiz; y nos fuimos para allá. Allí estaba, y lo sacamos, trayéndolo en comitiva hasta lo de Azcuénaga, donde se juntó con los demás; y salieron todos a jurar el cargo en el Cabildo.

La ceremonia fué solemne y tierna. El Cabildo ocupaba sus asientos bajo el dosel. A uno y otro costado del salón formaban dos alas de mucho fondo, los Comandantes y Jefes con muchos oficiales, los prelados y gran número de personas de distinción. Los miembros de la Junta Soberana erigida por el pueblo entraron por el centro; reinaba un gran silencio y todos creíamos ver una imagen majestuosa, la nueva patria levantarse con formas aéreas y celestiales en el vacío misterioso de aquella elocuente y sublime escena. El Alcalde se puso de pie, se incorporaron como él los demás vocales; el síndico se levantó y abrió los Santos Evangelios en el lugar aquel de San Lucas en que Zacarías exclama *Nune, dimitte servum tuum Domine!* A una señal que les hizo el Alcalde Mayor, los miembros de la Junta se postraron de rodillas por delante de la mesa principal; el Síndico le alcanzó los evangelios al presidente Saavedra, y le hizo poner sobre ellos la palma de la mano; Castelli puso la suya sobre uno de los hombros de Saavedra, Belgrano la puso sobre el otro, sucesivamente los demás, los unos sobre los hombros de los otros, según la posición que ocupaban.

¿Qué crees tú que hacíamos todos nosotros, sin excepción?... ¡Llorábamos y llorábamos todos de gozo, amadísimo Juan Ramón! ¡Llorábamos como unos niños; sentíamos el hálito de Dios sobre nuestras frentes al vernos pueblo libre, pueblo soberano, y a nuestros queridos condiscípulos y amigos en el solio de los virreyes... ¡qué virreyes! ¡al diablo los virreyes! en el solio de la soberanía popular que es más que los reyes.

El Cabildo bajó de sus asientos; y subió la Junta de Gobierno a colocarse bajo el dosel. Saavedra bastante conmovido y trémulo nos dirigió unas cuantas palabras dignas y severas. Nos exhortó al orden, a la unión y a la fraternidad, rogándonos también que fuésemos respetuosos y gratos con la venerable persona de Cisneros y de su familia. Los pueblos fuertes son generosos, nos dijo; el de Buenos Aires ha mostrado ya que era lo uno y lo otro cuando tuvo que oponer su pecho a los rifles y bayonetas del inglés. Esas virtudes que entonces mostró, son de mayor valor y de mayor deber para los magistrados que representan ahora a un soberano que todos lloramos en el cautiverio, rogando al cielo que lo vuelva a su trono.

En esto último, no estuvo feliz don Cornelio; y de veras que no nos satisfizo; hubo muchos gestos.

De allí, la Junta pasó a la Fortaleza, donde quedó establecido su despacho.

¡Decirte el júbilo y el frenesí del pueblo, es imposible! No tengo palabras con que describírtelo y lo mejor es que tú mismo te figures cómo habrá sido por lo que pasará en tu alma al leer todos estos detalles.

La tarde ha estado lluviosa, y a la noche ha continuado lo mismo, pero la calle del Cabildo, la de las Torres, la del Colegio y la plaza llenas de gentes y hasta de señoras con paraguas y con piezas de cintas blancas y celestes, cuyos pedazos andan repartiendo a los jóvenes y la mozada de los regimientos de hijos del país. Ha sido imposible iluminar la ciudad por causa de la lluvia y de la garúa; las candilejas se apagan; ha sido imposible encontrar faroles; no hay vidrios ni quien los arregle; miles de negros y de mulatillos han luchado por guarnecer de candilejas las rejas de las ventanas y las cornisas de las puertas; ¡imposible! se apagan. Pero se ha recurrido a otro expediente: se han hecho abrir todas las puertas e iluminar los zaguanes; la mayor parte de las ventanas están abiertas e iluminadas por detrás de los vidrios con candelabros, y en las piezas hay niñas y señoras recibiendo sus amigos, tocando el *clave* y bailando. Yo no he visto jamás una alegría más expansiva ni más cordial.

A las once fuí al Fuerte. En la sala de entrada encontré a Chiclana, y logré que me hiciese entrar al despacho de la Junta. Moreno y Passo

están ocupados de hacer las circulares para las provincias del interior y para la Banda Oriental. Julián Alvarez marcha de madrugada para la *Colonia*. Está resuelto ya que el coronel Ocampo con los arribeños, cinco compañías de patricios y tres de dragones en número de 700 hombres, llevando de secretario a Vicente, marche antes del 31, sobre Córdoba. Castelli y Belgrano se ocupaban activísimamente de esta expedición. Azcuénaga y Larrea tienen a su cargo la seguridad interior de la ciudad, la citación y organización de los cuerpos, la provisión de los cuarteles y el armamento de la tropa, para defendernos de toda tentativa de los enemigos. Matheu acompañado de Chiclana, que se multiplica con una actividad asombrosa, han tomado la vigilancia y atenciones de la policía, para estar a la mira de lo que hagan los enemigos que tenemos adentro, y cuidar de que no falten provisiones de pan, carne y leña para el pueblo.

Tuve el gusto de hablar un momento con Moreno. Parece satisfecho y acorde con Saavedra. Su grande anhelo es la expedición al interior; estaba tratando de ella con López que irá de Secretario. Se cuenta con que el coronel Pino sublevará la Plaza de la Colonia, y con que Murguiondo y Luis Balbín harán la revolución en Montevideo; me ha dicho que sobre esto te escriben muy largo a ti y a Cavia, para que obren pronto.

Martín sale de madrugada a la campaña para poner alcaldes y arreglar la recluta de esclavos y vagos que han de formar los batallones veteranos que van a crearse. A Monasterio le han dado el Parque y se van a recoger todas las armas útiles e inútiles que andan desparramadas por el pueblo y por el campo. No tengo fuerzas para escribirte más, te doy cien mil abrazos; tenemos patria; somos dueños de la tierra en que hemos nacido. Si del primer golpe nos vamos hasta Potosí, iremos hasta la Paz; de allí a Lima no hay sino marchar, y los hijos de Buenos Aires marcharán, porque se siente en todos un gran poder y un entusiasmo que nadie contendrá. Ayúdennos ustedes. Cien abrazos de tu amigo y condiscípulo: *C. A.*

LÓPEZ: Vicente Fidel López nació en Buenos Aires el 24 de abril de 1815. Fueron sus padres don Vicente López y Planes y doña Lucía Petrona y Riera. En 1839 terminó los estudios de derecho. En 1840 pasó a Montevideo y luego a Chile donde fué amigo y compañero de Sarmiento, Mitre y Alberdi. Retornó al país después de la caída de Rosas y ejerció cargos públicos de importancia: diputado, ministro, presidente del Banco de la Provincia y rector de la Universidad. Al mismo tiempo produjo vasta labor de investigador y publicista. "La "Historia de la República Argentina", por él escrita, —ha dicho Rojas—, ha de sobrevivirle como el mayor monumento de su fama y como una de las piedras fundamentales de la cultura nacional." Murió en 1903.

JOSE MARTÍ.
Cubano, 1853-1895.

TRES HEROES

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó donde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y la llama. En América se vivía

antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de Méjico. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fué más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso le ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor, en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que

de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos.

Méjico tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo XVIII, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vió a los negros esclavos, y se lleno de *horror. Vió maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y* se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da la miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a Méjico libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con música y vivas. Al otro día juntó el ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. Él les devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano.* Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su de-

rrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero Méjico es libre.

San Martín fué el libertador del sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie le desobedecía; su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber? Llegó a Buenos Aires; no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería; en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel de Venezuela; Hidalgo estaba muerto; pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fué a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos; iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipo, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca

una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

MARTÍ: Véase la nota que acompaña uno de sus cuentos en la sección correspondiente.

BARTOLOMÉ MITRE.
Argentino, 1821-1906.

De "PAGINAS DE HISTORIA"

FALUCHO Y EL SORTEO DE MATUCANA

I

Los héroes desconocidos

¡Cuánta acción heroica ha quedado envuelta en el humo de los combates ó yace sepultada en el polvo de los archivos!

Millares de héroes sin biografía han rendido noblemente su vida, como el mensajero de Marathon, "sin pensar siquiera en legarnos sus nombres", según la expresión del poeta.

Estos son los héroes anónimos de la historia.

Multitud de hechos magnánimos y generosos yacen envueltos en el polvo del olvido, sin que una mano piadosa se cuide de sacudirlo, para que aparezcan en todo su esplendor las nobles figuras de nuestros soldados ilustres.

Estos son los héroes desconocidos de la historia.

¡Cuántos sacrificios obscuros, cuántos mártires modestos, cuántos héroes anónimos y cuántos hechos ignorados dignos de eterna memoria, de esos que hacen honor á la humanidad y constituyen la gloria más excelsa de un pueblo, cuenta nuestra historia militar!

El episodio histórico que vamos á narrar, uno de los más interesantes y sublimes de la guerra de la independencia sudamericana es el comprobante de las melancólicas reflexiones que anteceden.

Hace medio siglo que un soldado obscuro de Buenos Aires sacrificó deliberadamente su vida como un soldado de Leonidas, por no presentar sus armas á la bandera del enemigo triunfante.

Hace medio siglo que un puñado de oficiales del ejército argentino en el Perú sorteó la vida con un estoicismo heroico, digno de los mejores tiempos de la Atenas de Sócrates.

Hace hoy cincuenta años que dos ilustres mártires argentinos, nuevos Curcios romanos, se sacrificaron con abnegación por salvar la vida de sus compañeros de armas, como víctimas propiciatorias de la libertad americana.

Transcurrieron treinta y tres años ¡la edad de un redentor! antes que una parte de estos hechos fuera recordada, cuando, para mengua de la gratitud argentina, la patria de aquellos héroes aun no conocía ni sus nombres! Empero, esos nombres merecen ser inscriptos en letras de bronce, en el gran monumento que la posteridad consagrará á las glorias nacionales.

Mientras tanto, la imprenta, con sus fungibles letras de plomo, que se reproducen sin cuento, se encarga del premio y de la reparación.

La sublevación del Callao durante la guerra de la independencia, y la suerte de los jefes y oficiales que quedaron prisioneros á consecuencia de tal suceso, forman el fondo de este episodio de los tiempos heroicos de la República Argentina en que hasta los simples soldados eran héroes.

El coronel D. Juan Espinosa, natural de Montevideo, y al servicio del Perú, fué el primero que le consagró un recuerdo tardío en una obra publicada en 1852, bajo el título de *La herencia española de los Americanos.*

La relación del coronel Espinosa, aunque llena de interés y escrita con animación, era incompleta y adolecía de inexactitudes.

Nosotros, compulsando nuevos documentos, reuniendo los recuerdos de los mismos actores en el drama sangriento que vamos á historiar, pudimos salvar en toda su integridad una de las más bellas páginas de nuestra historia militar, que podría figurar sin mengua en el libro de los héroes de Plutarco.

Publicada por primera vez en 1857, nuestra narración hizo populares los nombres de Falucho, de Millán y Prudan, y desde el humilde folletín de un diario, subieron hasta la escena dramática. Después, el silencio se hizo en torno de ellos.

Han transcurrido desde entonces diez y ocho años, una nueva generación ha crecido, y todavía ningún libro histórico ha registrado esos nombres.

La prensa popular, que se encargó antes de la reparación y del premio, se encarga de hacerles revivir, agregando hoy nuevas noticias á su respecto, mientras llega el tiempo en que del *Diario* pasen al *Libro*.

II

La sublevación del Callao

En la noche del 4 al 5 de febrero (1) de 1824 se sublevó la guarnición patriota de los castillos del Callao de Lima, arrebatados á la dominación española por las combinaciones estratégicas del genio militar de San Martín.

La guarnición se componía en su mayor parte de las reliquias del memorable Ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú. El regimiento del Río de la Plata, los batallones 2º y 5º de Buenos Aires, los artilleros de Chile, y dos escuadrones del célebre regimiento Granaderos á caballo que se reunieron más tarde (el 14) á los sublevados, fueron las tropas que, después de haber combatido por la independencia americana, rindieron el primer baluarte del Perú á sus más encarnizados enemigos, obscureciendo con este hecho sus antiguas glorias.

Se han dado distintas explicaciones sobre esta sublevación.

La versión más acreditada es la que atribuye el motín á la falta de pago, en más de cinco meses, lo que es un hecho positivo (2), á lo que se agrega que en el día anterior á la sublevación habían sido abonados de sus sueldos los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Parece, en efecto, que esta fué la causa inmediata que determinó el movimiento, pero es indudable que éste tenía raíces más profundas, pues á haber estado animada la tropa de mejor espíritu, tal escándalo no habría tenido lugar. Así lo reconocen en cierto modo los mismos jefes españoles, que tuvieron ocasión de penetrar en el fondo del pensamiento que presidió á la conspiración.

El general García Camba, á quien más adelante veremos figurar en este drama de una manera sombría, dice al relatar el hecho: "Bien fuese efecto del vivo deseo de regresar á Buenos Aires y á Chile, de donde procedía la guarnición del Callao, bien disgusto por el atraso que experimentaban en el pago de sus haberes, ó bien, en fin, repugnancia de embarcarse para la costa del norte á disposición de Bolívar, cuyas voces

(1) Espinosa dice que este suceso tuvo lugar el 15 de febrero, pero consta la fecha que damos de documentos auténticos, cuales son las notas de Casariego, jefe de la sublevación, a Canterac; la del comandante español, don Isidro Alaix, al brigadier Dodil, al tiempo de recibirse del Callao, y el manifiesto de Torretagle, presidente a la sazón del Perú.

(2) Manifiesto del general D. Enrique Martínez.

corrían, celosa al mismo tiempo de las preferentes atenciones que se llevaban las tropas colombianas, lo cierto es que en la noche del 4 al 5 de febrero se sublevó la guarnición del Callao'' (3).

El general en jefe de los restos del Ejército de los Andes, que lo era á la sazón D. Enrique Martínez, nos revela en uno de sus manifiestos sobre este suceso, que, además de los cuatrocientos mil pesos que se le adeudaban por sus servicios, y que el gobierno se negaba á pagar siquiera en parte, el jefe de ese mismo gobierno y su ministro de la guerra se habían puesto en comunicación con los enemigos traicionando su causa. No era sólo esto. Los jefes y oficiales del mismo ejército, divididos entre sí conspiraban para deponer tumultuosamente á su jefe participando la tropa de estas maniobras. Más aun. El gobierno republicano de Lima había ordenado por nota oficial firmada por un argentino que formaba parte de él, que en razón de no existir el gobierno general de las Provincias Unidas, el Ejército de los Andes debía borrar su nombre y quitarse la escarapela argentina. A consecuencia de esto último, el Ejército de los Andes se había puesto bajo la protección del gobierno provincial de Buenos Aires, manifestando al del Perú que, puesto que no se le necesitaba y existía siempre la nación cuya bandera enarbolaban, se le diese al menos algo á cuenta de lo mucho que se le debía, lo suficiente siquiera para fletar algunos buques en que trasladarse á la patria (4).

En honor de los antiguos veteranos que cometieron este crimen, debemos creer que influyeron muy poderosamente en su resolución los recuerdos de la patria lejana y el deseo de volverla á ver, después de tan largos y fatigosos años de campaña. Debe también contarse por algo el orgullo militar ajado en las tropas que, después de haber sido la intrépida cabeza de la columna de la revolución, se veían colocadas á su retaguardia, huérfanas del vencedor de Chacabuco y Maipo, y sometidas a Bolívar, su feliz rival. Si esto no disculpa el hecho en sí, sirve por lo menos para atenuarlo, y sobre todo, para explicarlo, demostrando que la falta de pago fué más bien un accidente inmediato que determinó la sublevación. Más adelante se verá que esa sublevación no tuvo en su origen un carácter político, y que otro accidente le imprimió el carácter y la dirección que definitivamente asumió.

---

(3) Memorias de las armas españolas en el Perú.

(4) Todos estos pormenores constan además de los documentos de la causa que se formó sobre el particular, del manifiesto del general D. Enrique Martínez, dado en Montevideo en 1845, cuyo original tenemos en nuestro poder (M. E.). Constan también algunos de ellos, a la par de otras particularidades que no son del caso, de la correspondencia inédita de D. Félix Alzaga, a la sazón enviado diplomátivo del gobierno de Buenos Aires cerca de Chile y el Perú. (M.S. del Archivo de relaciones exteriores).

III

Los sargentos Moyano y Oliva

Operada la sublevación, aparecieron á la cabeza de ella los sargentos Moyano y Oliva, ambos pertenecientes al regimiento del Río de la Plata, el cual sirvió de base al motín. Estos dos sargentos eran naturales, uno de Mendoza y otro de Buenos Aires; habían hecho todas las campañas del Ejército de los Andes, distinguiéndose ambos por su valor más que por su inteligencia.

El general D. Rudesindo Alvarado era en aquella ocasión gobernador del Callao. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, quienes fueron puestos presos, quedando aquéllos dueños absolutos de la plaza.

Obtenido el triunfo, los amotinados no acertaban á dictar ninguna medida, ni á dar una dirección al movimiento. Una parte de la tropa arrastrada por sorpresa, y otra sorprendida tal vez, volvía instintivamente los ojos hacia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada á obedecer, y á cuyas órdenes se había batido siempre. La soldadesca, emancipada del freno saludable de la disciplina, se entregaba á cometer excesos, no bastando ya á contenerla la autoridad de los nuevos caudillos El motín no tenía un objeto declarado que pudiese mantener unidos en un mismo pensamiento á 1500 soldados, mandados por dos sargentos. En consecuencia, la reacción debía tardar lo que tardase en brillar la aurora del nuevo día.

Moyano, que como más audaz había asumido el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veía desorganizarse los elementos que había desencadenado y tenía delante de sí en perspectiva el cadalso. Oliva, menos arrojado que Moyano, pero más sagaz que él, tuvo en aquel momento supremo una inspiración funesta, que decidió de la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las Casas-Matas del castillo el coronel D. José María Casariego, hombre de carácter firme y de gran presencia de espíritu en los momentos críticos. Habíalo conocido en Chile el sargento Oliva, y persuadió á Moyano que se dirigiesen á él, para que les aconsejase en aquella difícil circunstancia.

Moyano acogió la idea, y ambos se dirigieron en silencio á los retirados calabozos de Masas-Matas, donde descansaba el coronel Casariego, ajeno á la revolución que se operaba en su destino. Luego que los dos sargentos le informaron del objeto de su visita, comprendió todo el partido que podía sacarse de aquel suceso y de aquellos hombres, pero se guardó

bien de manifestar su pensamiento. Se limitó á aconsejarles que trasladasen á los prisioneros españoles, de quienes nada tenían que temer, al cuartel de la puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, y que los reemplazasen en las Casas-Matas con los jefes y oficiales independientes, aislándolos así de la tropa y previniendo una reacción.

Moyano y Oliva acogieron con avidez el consejo, y antes de amanecer el día se hallaban todos los presos patriotas en las Casas-Matas, bajo la custodia de Oliva, mientras Moyano alimentaba el fuego de la sedición, teniendo por coadjutor á Casariego.

La indisciplina y el desorden subieron de punto como era natural, y esto, agregado á las maniobras, á las amenazas y á las promesas de los agentes patriotas, no hizo sino aumentar la confianza de Moyano y Oliva, que entonces comprendían el alcance del paso que habían dado, y se reconocían inferiores á la situación violenta y falsa que habían creado. El astuto Casariego, que se había insinuado ya con ellos respecto de la conveniencia de dar á la sublevación un carácter reaccionario, y que los encontró vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintó á Moyano y Oliva con los más negros colores todo lo que tenían que temer de los patriotas, después del paso atrevido que habían dado, dibujándoles del modo más halagüeño las recompensas que debían esperar del rey de España, si se atrevían á levantar en los castillos el estandarte real. Valiéndose así de la esperanza y del temor, logró fijar á aquellos hombres en el mal camino encendiendo en sus almas un súbito relámpago de ambición y de grandeza, que debió ofuscarlos. Persuadidos de que no tenían salvación posible sino en el camino que se les abría, insinuaron artificiosamente en la tropa que éste era el único medio de regresar á Buenos Aires y á Chile, y aquélla aceptó la idea tal como se le presentaba; y desde ese momento Casariego fué el árbitro de la situación, y el rey de España dueño de la primer fortaleza de la América del Sur.

Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad; Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel; Oliva fué nombrado teniente coronel; Casariego asociado al mando político y militar; se dió nueva forma á los cuerpos sublevados; se intercalaron en ellos los jefes y oficiales españoles; se hizo una promoción general á oficiales entre los cabos y sargentos rebeldes, y se ofició al general Canterac poniendo á su disposición las fortificaciones y la guarnición del Callao.

Después de muchos días de negociaciones, que Casariego entretenía con astucia, y después de contrarrestar valerosamente los sublevados varios ataques por mar y tierra, oscilando entre el desorden y la esperanza del pronto auxilio del ejército español, llegó por fin éste el 29

de febrero al Callao, y tomó posesión de la plaza, confirmando en sus honores y empleos á los tres caudillos de los sublevados.

Moyano y Oliva llegaron á ocupar altos puestos en el ejército español, muriendo rodeados de honores.

Casariego, mal recompensado de sus servicios, quedó en América. Por mucho tiempo vivió de la limosna de los conventos de Lima, y murió en la obscuridad y la miseria, ¡sin que el rey de España se acordase de su nombre!

IV

Falucho

En la noche del 6 de febrero, subsiguiente á la de la sublevación, hallábase de centinela en el torreón del Real Felipe un soldado negro, del regimiento del Río de la Plata, conocido en el Ejército de los Andes con el nombre de guerra de *Falucho*.

Era Falucho un soldado valiente, muy conocido por la exaltación de su patriotismo, y sobre todo, por su entusiasmo por cuanto pertenecía á Buenos Aires. Como uno de tantos que se hallaban en igual caso, había sido envuelto en la sublevación, que hasta aquel momento no tenía más carácter que el de un motín de cuartel.

Mientras que aquel obscuro centinela velaba en el alto torreón del castillo, donde se elevaba el asta-bandera, en que hacía pocas horas flameaba el pabellón argentino (5), Casariego decidía á los sublevados á enarbolar el estandarte español en la obscuridad de la noche, antes de que se arrepintiesen de su resolución.

Sacada la bandera española de la sala de armas, donde se hallaba rendida y prisionera, fué llevada en triunfo hasta el baluarte de Casas-Matas, en donde debía ser enarbolada primeramente, afirmándola con una salva general de todos los castillos.

Faltaba poco para amanecer, los primeros resplandores de la aurora iluminaban el horizonte y el mar Pacífico estaba sereno.

En aquel momento se presentaron ante el negro Falucho los que debían enarbolar el estandarte, contra el que combatía después de catorce años.

---

(5) Esta bandera, traída del Perú por el general don Enrique Martínez, fué entregada al gobierno de Buenos Aires, acompañada de una memoria sobre las campañas del Ejército de los Andes. Es la misma que se ha presentado al pueblo al jurar Buenos Aires la constitución nacional y al inaugurarse las estatuas de San Martín y de Belgrano.

A su vista el noble soldado, comprendiendo su humillación, se arrojó al suelo y se puso á llorar amargamente, prorrumpiendo en sollozos.

Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestación de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron á Falucho que presentase el arma al pabellón del rey que se iba á enarbolar.

—Yo no puedo hacer honores á la bandera contra la que he peleado siempre —contestó Falucho con melancólica energía, apoderándose nuevamente del fusil que había dejado caer.

—¡Revolucionario! ¡Revolucionario! —gritaron varios á un mismo tiempo.

—¡Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor! —exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la antigüedad (6); y tomando su fusil por el cañón, lo hizo pedazos contra el asta-bandera, entregándose nuevamente al más acerbo dolor.

Los ejecutores de la traición, apoderándose inmediatamente de Falucho, le intimaron que iba á morir, y haciéndole arrodillarse en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron á quemarropa sus armas al pecho y á la cabeza. Todo era silencio y las sombras flotantes de la noche aun no se habían disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó su detonación: resonó un grito de *¡Viva Buenos Aires!* y luego, entre una nube de humo, se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho, que caía gritando *¡viva Buenos Aires!* ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y obscuro!

Así murió Falucho, como un guerrero digno de la República de Esparta, enseñando cómo se muere por sus principios y cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao, fué necesario pasar por encima de su cadáver, Se enarboló al fin, pero salpicada con su sangre generosa, y aun tremolando orgullosamente en lo alto del baluarte, el valiente grito de *¡viva Buenos Aires!* fué la noble protesta del mártil contra la traición de sus compañeros. Esa protesta fué sofocada por el estruendo de la artillería en los baluartes del Callao.

Falucho había nacido en Buenos Aires, y su nombre verdadero era Antonio Ruiz. Pocos generales han hecho tanto por la gloria como ese humilde y obscuro soldado, que no tuvo un sepulcro, que no ha tenido una corona de laurel, y cuyo nombre todavía no ha sido registrado en la historia de su patria.

---

(6) Todos estos detalles y palabras, como los demás que se leerán, son rigurosamente históricos.

¡El martirio de Falucho no fué estéril!

Pocos días después, se sublevaron en la Tablada de Lurín (7) dos escuadrones del regimiento de Granaderos á caballo, y deponiendo á sus jefes y oficiales, marcharon á incorporarse á los sublevados del Callao. A la distancia vieron flotar el pabellón español en las murallas. A su vista, una parte de los granaderos, que ignoraba que los sublevados hubiesen proclamado al rey, volvieron avergonzados sobre sus pasos, como si la terrible sombra de Falucho les enseñase airada el camino del honor. Sólo los más comprometidos persistieron en su primera resolución y volvieron sus armas contra sus antiguos compañeros, quedando así disuelto por el motín y la traición el memorable Ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

V

Los calabozos de Casas-Matas

Los jefes y oficiales patriotas encerrados en los calabozos de las Casas-Matas, oían desde su prisión los lamentos y los gritos de Falucho, al mismo tiempo que la descarga que le quitaba la vida y la salva de artillería que saludaba la ascensión de la bandera española en los castillos. Los respiraderos de la prisión comunicaban con el torreón del Real Felipe, donde Falucho estaba de centinela. Estos respiraderos, que dejaban penetrar los ruidos pavorosos del exterior, apenas daban paso á la luz; así es que los presos vivían tinieblas.

Hacía dos días que, en el desorden que reinaba en la plaza, no se había acordado nadie de dar de comer a los prisioneros, de manera que sufrían las angustias de la situación y las punzantes mortificaciones del hambre. Para mayor tormento se habían aglomerado en una sola cuadra más de cien personas, que no tenían ni el aire suficiente para respirar, ni el suelo necesario para dormir.

Tal era la triste situación de los jefes y oficiales patriotas encerrados en Casas-Matas, mientras Falucho moría heroicamente en el baluarte.

Aun no había amanecido, y muchos de los prisioneros dormían, cuando repentinamente se iluminó el suelo de la cuadra y se vió correr una línea azulada de fuego, que se dirigía como una serpiente hacia la entrada de un depósito de mistos de guerra, que comunicaba con la prisión por una débil puerta de madera.

Era un incendio que se pronunciaba y que tenía por origen una

(7) Orden general de García Camba publicada en Lima

gran cantidad de azufre derramado por el suelo al tiempo de trasladar los mistos al depósito indicado. El fuego de un cigarro determinó su combustión.

El terror se apoderó de los prisioneros, y en los primeros momentos no acertaron á hacer ningún movimiento, á pesar de que el fuego se propagaba con rapidez por el suelo y se dirigía siempre hacia la puerta del depósito. Algunos, con más presencia de espíritu, se arrojaron sobre el fuego para sofocarlo con sus cuerpos ó con sus ropas, impidiendo así que se pusiera en contacto con los mistos. Al fin lo consiguieron para verse amenazados de otro peligro mayor.

El ruido que causó en la prisión la alarma del incendio y los esfuerzos hechos para apagarlo, llamaron la atención de los que se hallaban en la explanada de las Casas-Matas. Lo primero que se les ocurrió fué que los jefes y oficiales se habían sublevado, y sin más averiguaciones se pusieron á hacer fuego por las ventanillas del calabozo.

Los que acababan de salvar de tan inminente peligro se vieron nuevamente expuestos á morir entre una lluvia de balas que cruzaban la prisión en todas direcciones. Al fin pudieron hacer comprender á la guardia lo que sucedía, y por esta vez al menos salvaron sus vidas.

Muchos de ellos habían pasado más de diez años de su vida encerrados en aquellas horribles prisiones, y el temor de terminarla miserablemente en ellas debilitaba en sus almas hasta la esperanza de la libertad. Los que con más arrogancia soportaban su desgracia aun esperaban que la escuadra patriota y el ejército de línea pudiesen abrirles á cañonazos las puertas de la prisión. Los ruidos por la tarde, de tierra, las descargas de fusilería que por allí se sentían á veces, las detonaciones del cañón marino en la bahía, los resplandores intermitentes que en medio de la noche penetraban á manera de relámpagos por los respiraderos, eran otras tantas luces de esperanza que el silencio volvía á apagar bien pronto. Todo contribuía á apocar los ánimos y á destemplar la varonil energía de que tanto necesitaban para hacer frente con dignidad á la desgracia.

Después de más de cuarenta días de riguroso carcelaje y de miseria fueron sacados de sus calabozos los jefes y oficiales independientes presos en las Casas-Matas. La transición violenta de la obscuridad á la luz del día deslumbró á los más, habiendo algunos que por largo rato creyeron haber enceguecido. Inmediatamente fueron entregados al general Monet, que con su división debía custodiarlos hasta el valle de Xauxa, para hacerles pasar de allí á la isla de los Prisioneros, situada en el lago de Titicaca ó Chucuito.

Eran los presos como 160 entre jefes y oficiales (8), y fueron divididos en dos grupos para mayor seguridad, pues en la misma división que debía custodiarlos, iban los dos escuadrones de Granaderos á caballo, últimamente pasados al enemigo.

El grupo de prisioneros, cuya marcha vamos á seguir, y en que tuvo lugar el suceso que vamos á narrar, se componía de 80 jefes y oficiales, entre los que se contaban un general y tres coroneles.

VI

La quebrada de San Mateo

La división Monet salió de Lima el 8 de marzo y tomó el camino de la quebrada de San Mateo, que es el camino de uno de los pasos de la cordillera que conduce directamente al valle de Xauxa, dando origen al celebrado río Rimac.

La quebrada de San Mateo, que ha sido reconocida por uno de nuestros primeros geógrafos (9) es la más pintoresca de la Sierra del Perú. A lo largo de ella hay diez pueblos, y por su centro corre un río torrentoso, que se desprende de lo alto de la Cordillera, que va tomando el nombre de las diversas poblaciones que baña, y que, frente al pueblito de San Juan, se denomina río de Matucana. El camino es sumamente fragoso; se marcha casi continuamente por estrechas laderas ó desfiladeros elevados á centenares de pies sobre el cauce del río, que brama sordamente en el fondo de la quebrada, no pudiendo muchas veces pasar por ellas sino un hombre de frente. Cuando de esas laderas se baja al fondo del precipicio, para faldear la montaña opuesta, hay que atravesar el río por varios pequeños puentes de piedra, que facilitan esta operación, hallándose estos puentes precisamente en aquellos sitios donde la escabrosidad de las rocas facilita la ocultación de las personas, sin que se den cuenta de ello, aun los mismos que van más inmediatos. Multitud de hondas acequias en que puede ocultarse un hombre, se cruzan en todo sentido.

Esta descripción era necesaria para comprender cómo pudieron efectuar su evasión algunos de los prisioneros, al mismo tiempo que sirve para hacer formar al lector una idea del severo y agreste paisaje donde tuvo lugar la sangrienta tragedia del sorteo de San Juan de Matucana.

El primer día anduvieron los prisioneros siete leguas á pie y pernoctaron en Vicentelo. Don Juan Ramón Estomba y don Pedro José Luna

(8) Alaix en sus partes al general Rodil dice que eran ciento cinco.
(9) El coronel D. José Arenales.

(después coroneles), se tendieron en el suelo, uno al lado del otro. A pesar de estar muy fatigados, los dos velaban. Una conversación en voz baja se estableció entre ellos, y antes de entregarse al sueño los dos se habían juramentado para fugarse en la primera ocasión propicia. Al día siguiente comunicaron su proyecto á don Pedro José Díaz (después coronel), y á los oficiales Millán y Prudan, sus compañeros de hilera, comprometiéndose á auxiliarse mutuamente en la fuga, á darse unos á otros la preferencia según las circunstancias y a no revelar el secreto en ningún caso.

Al tercer día de marcha (en la noche del 21 de marzo), llegaron á la estrecha ladera de Tambo Vizo. Marchaban los prisioneros en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudan. Al descender al fondo de la quebrada, la cabeza de la columna atravesó una honda acequia, y se comprometió en uno de los puentecillos ya descriptos, colocado precisamente en un recodo del camino que impedía ver lo que pasaba á retaguardia. Al pasar por la acequia, soldados y prisioneros se agachaban sobre la marcha para tomar agua. Estomba y Luna imitaron el mismo movimiento y se deslizaron á lo largo de ella como por un camino cubierto. Millán y Prudan cerraron el claro con impasible abnegación, renunciando á la salvación para burlar la vigilancia de la custodia (10). ¡Esta generosidad debía costarles la vida!

Apenas supo Monet, al amanecer del día siguiente, la evasión de Estomba y Luna, se puso furioso, y según lo afirman tres testigos presenciales (11), y lo repite el coronel Espinosa, se degradó hasta el extremo de insultar personalmente á los prisioneros y abofetear á algunos de ellos. Pero este hecho no está bien probado y no hay necesidad de recargar con sombras este cuadro, demasiado fúnebre por sí.

Lo que, sí, es positivo es que, habiendo sido vanas las pesquisas para dar con los fugitivos, el cura del lugar fué desterrado para siempre de él, por sospecharse haberles dado asilo (12).

---

(10) Todos estos pormenores constan de una carta del mismo coronel Luna, cuyo original tenemos en nuestro poder, en la cual se dice: "Al pasar la columna ya estábamos al borde de un precipicio para arrojarnos a él, en el caso de ser encontrados. (M. S. autógrafo). El general español García Camba nombra al capitán Alegre en vez de Luna, en lo cual padece un error, no obstante haber sido actor en el suceso.

(11) Los coroneles Dulanto y González y el comandante Guirourt, los tres al servicio del Perú.

(12) Carta al coronel Luna, citada en la nota 9.

VII

El sorteo

La columna siguió su marcha ascendiendo siempre á lo largo de la quebrada.

Luego que la división llegó al pueblo de San Juan de Matucana, que dista 19 leguas de Lima, los prisioneros fueron colocados sobre la ribera del río del mismo nombre, bajo la guardia de dobles centinelas de vista. Inmediatamente se presentó el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, acompañado del coronel español Fur. El primero (á quien se atribuye haber instigado á Monet á cometer el acto de barbarie que se ejecutó en ese día, y que en sus *Memorias* se justifica mal del cargo), ordenó á los prisioneros que se formasen en ala, lo que ejecutaron todos, con excepción del general don Pascual Vivero, que estaba separado de ella, y que era el mismo que se había sublevado contra el rey de España entregando la plaza de Guayaquil.

Así que los prisioneros estuvieron formados, García Gamba les habló en términos duros con el semblante airado que le era habitual.

—Señores —les dijo— tengo orden terminante del general de la división de sortear á ustedes, para que mueran dos, por los dos que se han fugado; en la inteligencia de que, de hoy en adelante, serán responsables los unos de los otros, pues si se fugan diez serán fusilados diez; y si se fugase la mitad, morirá el resto.

El doctor López Aldana, auditor de guerra del ejército independiente, el hombre de la justicia, el representante del derecho en presencia de la fuerza, fiel á sus compañeros de infortunio y á los sagrados deberes del abogado, no pudo contener su indignación, y levantó su voz enérgica en favor de los oprimidos, como si abogase ante el tribunal; y para honor de la humanidad esta defensa se ha salvado por la tradición oral.

—En ninguna parte se ha visto —dijo López Aldana— que la víctima sea custodia de la víctima. En las sociedades bárbaras no se recuerda un hecho tan atroz ni tan injusto. Que responda el oficial de las faltas, pero jamás ninguno de los prisioneros, porque ninguno ha negado ni niega sus brazos y sus pies á las cadenas que quieran ponerles. Sobre todo, reclamo que se observe con nosotros el derecho de gentes y...

—Bastante se ha observado el derecho de gentes con usted y sus compañeros —le interrumpió Camba— pues tienen aún la cabeza sobre los hombros.

Inmediatamente se dispuso lo conveniente para proceder al sorteo, y los prisioneros, comprendiendo que se hallaban bajo el peso de una

resolución implacable, guardaron silencio, salvando así su dignidad y esperando tranquilamente el misterioso fallo del destino.

El coronel argentino Videla Castillo, que formaba, por su elevada graduación, á la cabeza de sus compañeros, quiso hacer aún un último esfuerzo por ellos, inmolándose por la salvación común.

—Va á procederse al sorteo —dijo Camba, en alta voz, dirigiéndose á los prisioneros.

—¿Con qué derecho se hace esto? —le preguntó Videla Castillo.

—¡Con el derecho del que lo puede! —repuso secamente Camba.

—Bien; tenga usted cuidado con la represalia, señor Camba.

—Señores, va á procederse al sorteo —volvió a repetir Camba.

—¡Es inútil esa suerte! —dijo con tranquila firmeza el noble coronel Videla Castillo—. Aquí estamos dos coroneles: elija usted cuál de los dos ha de morir, ó fusílesenos á los dos juntos si se quiere, y hemos concluído.

—¡No! ¡No! ¡A la suerte! —gritaron casi á un mismo tiempo todos los prisioneros (13).

El general Vivero, que en este intervalo había advertido lo que pasaba en el campo de los prisioneros, se dirigió hacia donde ellos estaban, y sin proferir una palabra se formó tranquilamente á la cabeza de la fila, como si fuese á cumplir con un deber ordinario del servicio.

Era el general don Pascual Vivero un anciano de más de setenta años, de figura marcial y fisonomía simpática, á la que daban apacible majestad los blancos cabellos que coronaban su cabeza.

García Camba, que se hallaba en aquel momento distraído presidiendo los preparativos del sorteo, notó al general Vivero al levantar la vista.

—Señor don Pascual —le dijo, haciéndole con la mano ademán para que se retirase— con usted no reza la orden.

—¡Sí, reza! —contestó sencillamente el noble anciano, con el sublime laconismo del padre de los Horacios.

—No, señor don Pascual, esta orden sólo reza para los prisioneros que marchaban unidos.

—Debe rezar conmigo, porque debo participar de la suerte de mis compañeros, así en las desgracias como en las felicidades. Por mi grado me corresponde sacar la primera suerte.

---

(13) Todos estos diálogos son textualmente recogidos de boca de los actores del sorteo que aun viven, y principalmente del coronel D. Pedro José Díaz, que a una extraordinaria memoria para repetir textualmente las palabras que había oído, reunía la facultad de describir las acciones de guerra y escenas históricas que había presenciado, recordando hasta los gestos.

—¡Se va á proceder al sorteo! —gritó el implacable jefe de estado mayor, sin darse por entendido de la insistencia.

Entonces el general Vivero, sensibilizado en presencia de tantos jóvenes que iban á jugar sus vidas, se dirigió al ejecutor de tan tiránica orden, hablándole en estos términos:

—Soy un viejo soldado que ha sido traidor á Fernando VII, que ha entregado la plaza de Guayaquil, y he devuelto todos mis honores al rey. He perdido dos hijos en el campo de batalla, y han muerto defendiendo su patria, que es también la mía, porque era mía la sangre que derramaron (*textual*). De consiguiente, poco útil puedo ser ya á la patria: esos jóvenes todavía pueden darle días de gloria, por lo que pido y suplico que se sacrifique á este pobre viejo, y que se salven tan preciosas vidas.

García Camba, que en aquel momento escribía las cedulillas del sorteo á muerte, sobre una caja de guerra que le tenía su tambor de órdenes, no oyó, ó acaso aparentó no oír, las sentidas palabras del generoso anciano.

Escritas las cedulillas, eran dobladas por el tambor, y arrojadas en el morrión cónico de un sargento del regimiento de Cantabria, que daba ese día la guardia. Acto continuo se procedió á pasar lista á los prisioneros, que para algunos de ellos iba á ser la última lista de la vida.

Sentimos no poder dar los nombres de todos los jefes y oficiales que pasaron aquella fúnebre lista, jugando con serenidad la vida. He aquí los únicos que hemos podido recoger: auditor de guerra, López Aldana. Jefes: Videla Castillo (José), Ortega, Carrasco (D. Eduardo), Medina, Magan (Escolástico), Agüero, Llicio, Girouf (Eugenio), Tenorio. Oficiales: Díaz (Pedro José, muerto de coronel en Buenos Aires), Gómez, Pando, Cavero, Belareso, Campana, Lista (D. Ramón, muerto en Buenos Aires, de coronel), Ortiz, Heredia, Castro, Prudan (Juan Antonio), Pérez, Jiménez, Callejas, Reaño, Noriega, Ríos, Quiroga, Carrillo, Grados, Cheguecas, Gallangos, Lucero, Miro, Funes, Alvarez, Calderón, Muniz, González (José Ignacio), Pérez (José Miguel), dos hermanos Dulantos, dos hermanos Barrones, Castro, Tapia, Tineo, Fernández, Gómez, Cabanillas, Ariste, Godoy, Pérez (Manuel), Luján, Oliva, López (Manuel) (14).

El orden de la formación, dando frente al río, que corría como á diez pasos, era el siguiente:

General Vivero, español.
Coronel Videla Castillo, de la Punta de San Luis.
Coronel Ortega, colombiano.
Mayor Escolástico Magan, argentino.

(14) La lista que trae Espinosa es más incompleta.

Capitán Reaño, de San Juan.
Capitán Manuel López, de Córdoba.
Capitán D. Pedro José Díaz, de Mendoza.
Mayor Tenorio, peruano.
Capitán Ramón Lista, de Buenos Aires.

Seguían sucesivamente todos los demás, entre los cuales se hallaban representadas todas las provincias de la República Argentina, en aquella época, incluso la Oriental, no deteniéndonos más en esta revista, por ser los nombrados los únicos (con excepción de uno solo), á quienes les cupo el terrible honor de tomar suerte, como se verá más adelante.

El primero que metió la mano en el morrión que contenía la ciega sentencia de muerte que pesaba sobre aquellas nobles cabezas, fué el coronel don José Videla Castillo. Tomó su cédula sin que se le notase agitación en el pulso, la abrió y vió que era *blanca*, y ningún síntoma de alegría se dibujó en su semblante austero y reposado.

El coronel Ortega, el mayor Magan, los capitanes Reaño, López y D. Pedro José Díaz, tomaron sus cédulas, con igual serenidad, imitando el bello ejemplo que les daba su jefe. A todos ellos les tocó blanca.

Parecía imposible que entre tantas almas tan bien templadas pudiese haber un cobarde, y sin embargo, lo hubo. El nombre de ese infame debe clavarse en la picota de la historia para eterno baldón suyo, y nos honramos en ser los primeros que lo damos á luz, para hacer resplandecer más la sublimidad del heroísmo estigmatizando la cobardía como merece.

Cuando llegó su turno al mayor Tenorio, su rostro demudó, y retiró instintivamente la mano que iba á meter en el morrión fatal, que contenía la vida ó la muerte.

—¡Yo no tomo cédula! —exclamó al fin, el cobarde Tenorio, después de algunos momentos de vacilación en que no vió por todas partes sino semblantes adustos.

—Tome usted su suerte como los demás —le ordenó con imperio García Camba.

—Que declare primero el señor —dijo Tenorio, señalando á Lista que estaba á su izquierda— él sabe quiénes son los que protegieron la fuga.

—¡Yo no sé nada! interrumpió bruscamente Lista—. Venga la suerte.

—Usted me ha dicho que sabía quiénes eran; y no deben pagar los justos por los pecadores.

—¡Es usted un infame! —le apostrofó Lista.— Si yo he dicho algo á usted será en el seno de la confianza. ¡A ver, venga mi suerte!

—añadió, metiendo la mano en el morrión fatídico del impasible sargento de Cantabria y sacando una cédula que se dispuso á desdoblar con sangre fría

En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, exclamó con voz vibrante:

—¡Yo soy uno!

—¡Yo soy el otro! —dijo inmediatamente otro oficial, que imitó la acción de su compañero.

—¡Venga la suerte! ¡Venga la suerte! —gritaron todos á un mismo tiempo, á excepción del infame Tenorio.

—¡Es inútil! —les contestaban aquellos dos grandes corazones, que se ofrecían al sacrificio como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas.

El primero de éstos, joven todavía, en la edad de las verdes promesas de la vida, se llamaba don Juan Antonio Prudan (15), y era natural de Buenos Aires (16).

El segundo, de edad más provecta, con la frente calva y con una orla de cabellos negros que le circundaban el cráneo, dándole un aspecto imponente, era el capitán don Alejo Millán, hijo de Tucumán.

Ambos habían hecho casi todas las campañas de la independencia, especialmente Millán, quien había estado presente en todas las guerras del Alto Perú. Prudan, prisionero en Vilcapugio, había permanecido siete años prisionero en las Casas-Matas del Callao, hasta que la expedición de San Martín á Lima puso fin á su largo cautiverio (17).

Sin embargo de la tranquila resolución de Prudan y Millán, todos exigían que se continuase el sorteo.

—¡Es inútil! —volvió á repetir Millán.— En prueba de que soy yo el que debe morir, aquí está una carta del coronel Estomba.

—En el equipaje que viene en mi maleta se encontrará la casaca de Luna —dijo Prudan.

—¡No les crean! —gritaron á una voz todos los prisioneros

(15) Espinosa le llama equivocadamente Manuel.

(16) Algunos de sus compañeros de armas le tenían por hijo de Montevideo, y así lo repite Espinosa. Su familia era de Buenos Aires, y su fe de bautismo existe en la parroquia de San Nicolás. (Noticia transmitida por el coronel don José María Bustillos, pariente de Prudan).

(17) He aquí la única noticia que sobre Prudan encontramos en el Archivo general: En el Legajo "General del ejército de los Andes", 1818, se registra una carta del virrey Pezuela a San Martín, de 18 de diciembre de 1717, contestando a una propuesta de canje de prisioneros (que no tuvo lugar), a la cual se adjunta una relación de los del Alto Perú. En ella se lee: "Cadete Manuel Prudan, 17 años, patria Buenos Aires". Por consecuencia, al tiempo de morir, Prudan no había cumplido los 25 años. (M. S.).

—¡Es cierto! —contestaba Prudan.

—No hay que afligirse —añadía Millán, con entereza— ¡verán morir dos valientes!

—Es inútil seguir la suerte —dijo entonces con frialdad García Camba— habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados (18).

Millán, prisionero de los sepañoles en la batalla de Ayouma, y que había estado encerrado en las Casas-Matas del Callao cerca de siete años, dijo entonces:

—Prefiero la muerte, de cualquier modo que sea, á los tormentos de ser presidiario de los españoles (19).

VII

Prudan y Millán

Las dos víctimas predestinadas fueron puestas en capilla, y por una de aquellas coincidencias burlescas que siempre aparecen en las catástrofes, el capitán encargado de custodiarlos llevaba el apellido de Capilla.

Dos horas se les dieron para encomendar su alma á Dios. El cura de Matucana los confesó y fué el que los asistió hasta los últimos momentos. Habiendo cumplido con los deberes religiosos del cristiano, Prudan y Millán no cesaron de apostrofar á sus verdugos, y en esta circunstancia se apoya García Camba, en sus *Memorias*, para justificar su ejecución (20).

Cuando se acercaba la hora del suplicio, dijo Millán al capitán Capilla:

—Espero que me hará usted el último favor que le voy á pedir: voy á morir por la patria, y quiero que me traigan mi uniforme que tengo en mi maleta.

Habiéndole traído la casaca y vestídose con ella, sacó de entre su forro las medallas con que había sido condecorado, y colgándolas al pecho, dijo á sus llorosos compañeros:

—He combatido por la independencia desde mi juventud; me he

(18) Repetimos que, tanto este diálogo como los demás son rigurosamente históricos. Apenas nos hemos permitido arreglar la frase que nos ha sido transmitida, y que hemos copiado bajo el dictado de los testigos oculares de aquella tragedia.

(19) Memoria de Miller.

(20) Espinosa supone que Prudan y Millán fueron fusilados a consecuencia de haberles tocado en suerte. La versión que damos es la verdadera.

hallado en ocho batallas, he caído prisionero en Ayouma (21); he estado siete años encerrado en Casas-Matas y habría estado setenta, antes de transigir con la tiranía española, que va á dar una nueva prueba de su ferocidad. Mis compañeros de armas, testigos de este asesinato, algún día lo vengarán, y si ellos no lo pueden hacer, lo hará la posteridad.

¡Víctima ilustre, tus votos están cumplidos!

Pocos momentos después se oyó el sordo redoble del tambor. La custodia de los prisioneros se puso sobre las armas, y la guardia de capilla los condujo al lugar del suplicio, sobre la ribera del río. Los demás fueron formados de á dos en fondo, dando frente al río, y Millán y Prudan dando la espalda al río y el frente á sus compañeros.

Los ejecutores quisieron vendarles los ojos, pero ambos se resistieron, permaneciendo de pie, con la cabeza erguida y en actitud valerosa, prontos á dar su vida por su religión política.

La escolta del suplicio preparó sus armas que traía ya cargadas, y al tiempo de echárselas á la cara, Millán, que con el pelo echado hacia atrás y con el rostro encendido de nobles iras, apostrofaba enérgicamente á sus asesinos, gritó con voz estentórea:

—¡Compañeros, la venganza les encargo!

Y abriéndose con furor la casaca, añadió:

—¡Al pecho! ¡al pecho! ¡viva la patria!

Al sonar la fatal descarga cayó bañado en su sangre generosa, repitiendo el valiente grito de ¡Viva la patria! (22).

Prudan, menos ardiente que su compañero de suplicio, guardaba silencio, ostentando la apacible serenidad y la mansa resignación de un mártir, y murió exclamando también ¡Viva la patria! La muerte no

---

(21) El autor de Herencia Española dice que en Vilcapugio; pero, sin embargo, lo da presente en Ayouma, que fué posterior. El general Paz, que conoció a Millán, ha asegurado este hecho

(22) El coronel D. Ramón Estomba, uno de los fugitivos que fué causa del sorteo, compuso una canción fúnebre, que consagró a estos dos valientes, la que, con la música de la Pola, se cantó por largos años en los campamentos militares. En ella se mencionan estas particularidades en la siguiente estrofa:

Al suplicio conducen a entrambos
Y con ánimo grande Millán
Desabrocha el honroso uniforme
Y les dice: "Aquí, al pecho, ¡tirad!"

Las palabras que ponemos en boca de Millán, y los otros pormenores, nos fueron transmitidos por el coronel D. Pedro José Díaz, testigo presencial y actor en esta tragedia.

arrebató á su fisonomía ese bello carácter de tranquilidad, mientras que el rostro desfigurado de Millán, con la amenaza pendiente aún de los labios, guardaba el ceño terrible con que lo encontraron las balas que atravesaron su magnánimo corazón.

Los verdugos de Prudan y de Millán, no satisfechos con aquel bárbaro asesinato, hicieron desfilar á todos los prisioneros por delante de los cadáveres sangrientos de aquellas dos nobles víctimas. *Horresco réferens!*

IX

El lago de Chucito

Los desgraciados que sobrevivieron á Prudan y Millán, continuaron tristemente á su destino, donde les esperaban nuevas amarguras, mientras que los demás compañeros de infortunio, que iban por otro camino, debían pasar por pruebas no menos duras.

Los prisioneros sorteados en San Juan de Matucana fueron confinados á la isla de Esteves, que se halla frente á la ciudad de Puno, en el gran lago de Chucuito, cuna de la civilización indígena del Perú. La isla es un peñasco árido donde sopla constantemente un frío húmedo como el del sepulcro.

El paisaje tiene una grandiosidad austera que inspira recogimiento al alma cuando se evocan los grandes recuerdos de la historia.

Vense desde allí cadenas de montañas que limitan el horizonte al naciente y al norte, y por esta parte descuella entre todas el cerro donde es creencia vulgar fué sepultada la gran cadena de oro que rodeaba el templo del sol. Las islas del lago, que son otras tantas montañas sumergidas, se destacan sobre el fondo de las aguas, amarillento por la tarde, y blanquecino por la mañana; y soberbias ruinas de una civilización anterior á la de los quinchúas, llenan esas rocas solitarias. Los nevados picos de la cordillera se divisan algunas veces en lontananza, mientras una balsa de paja gobernada por un indio pescador, con una estera por vela, surca la quieta superficie del lago, trayendo á la memoria los juntos de la China. A la distancia se presiente por la forma de las cimas el célebre estrecho de Tiquina, á un lado del cual está el sagrario de Copacabana, que ha inspirado á Calderón uno de sus más poéticos dramas,y al otro, el fúnebre campo de Huaqui, donde las armas argentinas sufrieron un revés como el de Cannas, no lejos de las soberbias ruinas del famoso templo de Tiahuanaco. Inmediato está el puente flotante que dejó el Inca, y que existe todavía, á pesar de ser de liviana

paja; y pasando el puente se encuentran las calzadas de Zepita, donde independientes y realistas se batieron como austríacos y franceses en los diques del Adije. El pueblo de Pomata, con su magnífica iglesia esculpida en granito rojo, como una joya de filigrana, se hace conocer por los rojizos peñascos que lo rodean, y los campanarios de Juli, cuartel general de la Compañía de Jesús en la conquista espiritual del Nuevo Mundo, se alzan orgullosos aún, atestiguando la grandeza y el poder de aquella singular asociación. Más allá está Azángaro, el puerto donde desembarcaron Manco Capac y Mama Oello, como dos ángeles descendidos del cielo, y de allí sale el camino que conduce al Cuzco, capital del imperio que conquistaron y destruyeron las espadas de los Pizarros. Por allí, caminando hacia el Alto Perú, está el campo donde fué derrotado Almagro, disputando á sus rivales el manto desgarrado de los descendientes de Atahualpa. El sitio conocido con el nombre de Horca del Inca y el campamento de Tupac-Amaru están á la vista y al fondo de las misteriosas selvas de la quina, del café y del cacao, cuyos perfumes no llegan hasta la isla. Una línea uniforme de pálida verdura, formada por la vegetación de las totoras de que se forman las balsas que navegan el lago, borda sus melancólicas riberas, pobladas de aves acuáticas.

Cuando ahora algunos años visitamos esa isla, sentimos el religioso respeto que inspira naturalmente al alma la contemplación de los imperios caídos, y el recuerdo de los padecimientos á que nuestros padres se resignaron para darnos patria y libertad. Algún día el Byron americano encontrará en aquel calabozo inspiraciones varoniles, no menos elevadas que las que despertó el castillo de Chillon en el bardo británico.

La tradición oral de Puno cuenta que los habitantes de la isla maldecida vieron llegar un día el resto de los prisioneros del Callao, que venían pálidos, envejecidos y con los pies chorreando sangre.

Contaban aquellos desgraciados pavorosas historias de su peregrinación, que en las largas noches de la prisión entretenían por las emociones á los desterrados de aquella especie de Siberia. Según ellos, en el pueblo de Santa Rosa, camino del Cuzco á Puno, habían sorprendido una noche á sus guardianes dormidos, y arrebatádoles sus armas y conquistado su libertad á sangre y fuego. Que habiéndose refugiado en las montañas de Coroyco, en el Alto Perú, después de costear por muchos días el gran lago, algunos de ellos habían sido devorados por las fieras en medio de la noche. Que el resto tuvo que entregarse de hambre á la división española que los sitiaba, pues sólo tenían raíces y frutas silvestres para alimentarse. Después de esto, estuvieron en capilla para ser fusilados, cuando la batalla de Junín vino á salvarlos. El virrey ordenó entonces que fuesen trasladados á la ciudad de La Paz, para ser quintados

allí, reservándose el resto para canjearlos con los prisioneros españoles. De La Paz habían pasado á la isla de Esteves. Allí se vieron reunidos por último todos los prisioneros de la sublevación del Callao, que tuvieron bastante fortaleza para sobrevivir á la miseria, á la fatiga, al hambre, al plomo español, á las fieras de los bosques y á la ferocidad no menor de los carceleros realistas.

La batalla de Ayacucho puso fin á tan melancólico cautiverio.

BARTOLOME MITRE.
Argentino, 1821-1906.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN

En el general San Martín el rasgo primordial, la cualidad generatriz de que se derivan y deducen las que constituyen su carácter moral, es el genio de la moderación y del desinterés, ya sea que medite, luche, destruya, edifique, mande, obedezca, abdique o se condene al eterno ostracismo y al eterno silencio.

Concibió grandes planes políticos y militares, no para satisfacción de designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana. Organizó ejércitos, no a la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal de los caudillos, sino bajo las leyes austeras de la disciplina, en nombre de la patria, y para servir a la causa de la comunidad.

Peleó, no por el amor estéril de la gloria militar, sino para hacer triunfar una idea de todos los tiempos.

Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que en ellas viviesen y se perpetuasen hombres libres.

Mandó, no por ambición, sino por necesidad y por deber, y mientras consideró que el poder era en sus manos un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto.

Fué conquistador y libertador sin fatigar a los pueblos por él redimidos con su ambición o su orgullo.

Administró con pureza el tesoro común, sin ocuparse de su propio bienestar, cuando podía disponer de la fortuna de todos sin que nadie pudiese pedirle cuentas.

Abdicó el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, sin debilidad, sin cansancio, y sin enojo, cuando comprendió que su misión había terminado, y que otro podía continuarla con más povecho de la América.

Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios y en holocausto a su causa.

Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y esto, pensando en los demás; pasó los últimos años en la soledad, sin rechazar la calumnia ni desafiar la injusticia, y murió sin quejas cobardes en los labios y sin odios amargos en el corazón.

BARTOLOME MITRE.
Argentino, 1821-1906.

De "HISTORIA DE BELGRANO"

TOMO III, CAPÍTULO XLIV. — *Muerte de Belgrano*

El general don Manuel Belgrano, después de las humillaciones sufridas a consecuencia del motín de Tucumán, se sentía morir, presa de una profunda melancolía. Abandonado de todos y reducido a una estrecha pobreza, sólo le visitaban dos o tres amigos, no más, quienes generosamente le adelantaron algunos fondos, para llenar sus más premiosas necesidades (1). Por las tardes, cuando su enfermedad se lo permitía, solía montar a caballo y recorrer triste y solo el campo de su antigua gloria, sombreado de laureles seculares y embalsado por los naranjeros silvestres del vecino bosque. En una de esas tardes, le acom-

(1) Don José Celedonio Balbín, don Pedro Castañeda y don Teodoro Fresco. El primero fué quien le suplió por la primera vez con dos mil pesos fuertes. "Memoria", M. S., ya citada, y "Elogio fúnebre de Belgrano", por don José Valentín Gómez, pág. 26 en la nota.

pañaba uno de sus amigos, y volviéndose a él, le dijo: "Yo quería a Tucumán como a la tierra de mi nacimiento; pero han sido aquí tan ingratos conmigo, que he determinado irme a morir a Buenos Aires; pues mi enfermedad se agrava cada día más" (2). En consecuencia de esta determinación, dirigióse al gobernador Araoz, solicitando la cantidad de dos mil pesos para los gastos de viaje. A los dos días, se le contestó que el tesoro provincial se hallaba exhausto, por haber invertido todos sus recursos en gastos de guerra, y el doctor Serrano, su antiguo amigo, autorizó este decreto como secretario del gobernador (3). Esta negativa afligió profundamente al general, quien dijo con tal motivo a don José Celedonio Balbín, que era uno de los dos amigos que lo visitaban en su desgracia: "Ya no podré ir a morir a Buenos Aires; no tengo recurso alguno para moverme. ¡He escrito al Gobernador pidiéndole algún dinero y caballos para mi carruaje, y me ha negado todo!" Balbín puso inmediatamente a su disposición la cantidad de 2.000 pesos plata, que él aceptó agradecido, con cargo de devolución (4).

En los primeros días de febrero, el general se puso en marcha con destino a Buenos Aires. Acompañábanle su médico de cabecera el doctor Joseph Redhead, su capellán el P. Villegas y sus fieles ayudantes de campo, don Jerónimo Elguera y don Emilio Salvigni. Sus piernas estaban tan hinchadas, y su estado de postración era tal, que cuando llegaban a alguna posta, sus ayudantes le cargaban en hombros para bajarlo del carruaje y conducirle a la cama. En todo su camino no encontró la menor muestra de simpática hospitalidad. En el territorio de Córdoba, llegó a una casa, al anochecer, donde después de ser colocado en su cama por brazos ajenos, pidió a su ayudante Elguera, llamase al maestro de posta. Este contestó con sarcástica insolencia: "Dígale usted al general Belgrano, que si quiere hablar conmigo, venga a mi cuarto, que hay igual distancia" (5). Al tiempo de pasar por la ciudad de Córdoba, donde dominaba su antiguo subalterno Bustos, a quien tanto había distinguido, sus recursos se habían agotado. Dirigióse al Gobernador interino don José Díaz, solicitando un corto auxilio en dinero, para continuar su viaje y éste se lo negó, como lo había hecho el Gobernador de Tucumán (6). El comerciante don Carlos del Signo le ofreció el óbolo de Belisario, en-

(2) "Memoria", M. S., de Balbín, ya citada.

(3) Expediente original en nuestro archivo, M. S. La petición de Belgrano, es de 17 de enero de 1820, y el decreto del gobernador, de 20 del mismo.

(4) "Memoria", de Balbín, ya citada M. S.

(5) Informe verbal de Elguera, "Memoria", M. S., de Balbín.

(6) Don Manuel Antonio Castro, en un artículo a la "Memoria de Belgrano", inserto en el núm. 66 de la "Gaceta" de Buenos Aires, de 1º de agosto de 1821. — "Elogio fúnebre", de don Valentín Gómez, pág. 26, en la nota.

viándole 418 pesos, con los cuales, el vencedor de Tucumán y Salta, pudo arrastrarse moribundo hasta su ciudad natal (7).

Belgrano llegó a Buenos Aires en el mes de marzo, y la encontró envuelta en la anarquía cuyas agitadas escenas hemos historiado ya. Débil y exánime, entró caminando por pies ajenos a la casa paterna, donde medio siglo antes había nacido, y se acostó en su lecho de agonía. Desde entonces pasó sus días en un sillón, y la noche en vigilia, incorporado en su cama, porque no podía acostarse del todo. Sus hermanos y los pocos amigos que le habían quedado, le rodeaban a todas horas del día y de la noche. A veces pedía que le dejasen solo y quedaba sumido en una honda meditación. Un día, después de unos de esos instantes de soledad voluntaria, sus amigos le encontraron pálido y con los ojos casi extintos. Al verlos pareció reanimarse, y dirigiéndose a su amigo, don Manuel Antonio Castro, le dijo con triste gravedad: "Pensaba en la eternidad adonde voy, y en la tierra querida que dejo. Espero que, los buenos ciudadanos, trabajarán en remediar sus desgracias" (8).

El gobernador Ramos Mejía, sabedor del estado de indigencia en que se encontraba el ilustre general, le envió un día por medio de un edecán de gobierno la cantidad de trescientos pesos, con destino a los gastos de su curación, disculpándose de oficio por no poder atenderle con más, a causa de la pobreza del erario; pero asegurándole, que consideraba como uno de sus principales cuidados, el velar por su bienestar como justo premio debido a sus virtudes y servicios (9).

Belgrano contestó: "Doy á V. S. las gracias, bien persuadido que el estado de las rentas no le permite usar de la generosidad que me manifiesta, sin que merezca tanto favor" (10). Pocos días antes de morir solicitó que, a cuenta de sus haberes y por la parte que le correspondía en la existencia de azogues tomados en el Perú, se le atendiera con alguna cantidad, a fin de poder pagar sus deudas. El Gobernador Ramos Mejía hizo presente su solicitud a la Junta de Representantes en los siguientes términos: "El gobierno, penetrado de los servicios del general don Manuel Belgrano é indigencia en que se halla en el estado de su salud ruinosa, no obstante de sus apuros en las presentes circunstancias, tuvo por conveniente socorrerle con 300 pesos, cerciorado que no se le había prestado el menor auxilio. Mas ahora que solicita una

(7) Carta de don Domingo Estanislao Belgrano a su hermano don Miguel, en su calidad de albacea testamentario del general, de 15 de junio de 1824. M. S., original en nuestro archivo.

(8) Artículo del doctor Castro, citado. "Gaceta" de 1821.

(9) Oficio del Gobernador Ramos Mejía a Belgrano, de 19 de mayo de 1820. M. S., original en nuestro archivo.

(10) Contestación de Belgrano, sin fecha. Borrador original en nuestro archivo. ("Papeles M. S. de Belgrano".)

cantidad excedente é imposible de satisfacer por falta de numerario, elevo á V. H. la presente solicitud para que en su vista se sirva resolver lo que estime de su justificación" (11). Esta solicitud no fué atendida por entonces. La posteridad debía decretarla (12).

Antes de cerrar sus ojos para siempre, tuvo la satisfacción de ver a su predilecto subalterno el coronel Lamadrid, que tan noblemente se había conducido en la sublevación de Arequito. Lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas, y luego que se hubo serenado, abrió una gaveta de su escritorio que tenía a su espalda y sacó de ella unos papeles. Eran unas *Memorias* históricas de Lamadrid, escritas por encargo de él en el Fraile Muerto, lugar donde un año antes había empezado su agonía. "Estos apuntes (le dijo) están hechos muy á la ligera: es menester que los recorra." Habló de Tucumán, recordó algunos amigos y se despidió de él para no volverle a ver más en la vida (13).

En vísperas de su muerte, recibió la visita de su amigo Balbín, que le había proporcionado en Tucumán los medios de trasladarse a Buenos Aires, sin recabar de él ningún documento que comprobase la deuda. En esos momentos se anunciaba la nueva invasión de los federales sobre la provincia de Buenos Aires. Después de algunos momentos de conversación, le dijo: "Mi situación es cruel: mi estado de salud me impide montar á caballo para tomar parte en la defensa de Buenos Aires." Siguióse un intervalo de silencio, y luego agregó: "Me hallo muy malo: duraré muy pocos días. Espero la muerte sin temor, pero llevo al sepulcro un sentimiento." Interrogado por Balbín, le contestó con tristeza: "Muero tan pobre, que no tengo con que pagarle el dinero que usted me prestó; pero no lo perderá. El Gobierno me debe algunos miles de pesos de mis sueldos, y luego que el país se tranquilice se los pagarán a mi albacea, quien queda encargado de satisfacer la deuda" (14).

El 25 de mayo (veinticinco días antes de morir) había dictado su testamento, "encomendando su alma á Dios, que la formó de la nada, y su cuerpo á la tierra de que fué formado", según sus propias palabras. En tal ocasión declaró que no teniendo ningún heredero zorfosa, ascendiente ni descendiente, instituía como tal a su hermano el canónigo don Domingo Estanislao Belgrano, a quien nombró patrono de las es-

(11) Mensaje de 29 de mayo de 1820 M. S., en el archivo de la Legislatura de Buenos Aires.

(12) Más tarde lo fué, cubriéndose sus deudas por cuenta de sus sueldos devengados.

(13) "Memorias" autógrafas de Lamadrid, M. S. Preferimos este texto, porque en él se concentran detalles que faltan en sus "Memorias" impresas, pág. 203.

(14) "Memoria", de Balbín, ya citada. M. S., en nuestro archivo.

cuelas por él fundadas, legándole su retrato, con encargo secreto de que, pagadas todas sus deudas, aplicase todo el remanente de sus bienes en favor de una hija natural, llamada Manuela Mónica, que de edad de poco más de un año había dejado en Tucumán, recomendándole, muy encarecidamente, hiciera con ella las veces de padre, y cuidara de darle la más esmerada educación (15).

El día antes de su muerte, pidió a su hermana Juana, que lo asistía con el amor de una madre, que le alcanzase su reloj de oro que tenía colgado a la cabecera de la cama. "Es todo cuanto tengo que dar á este hombre bueno y generoso", dijo dirigiéndose a Redhead, quien lo recibió enternecido (16).

Luego empezó su agonía, que se anunció por el silencio, después de prepararse cristianamente, sin debilidad y sin orgullo, como había vivido, a entregar su alma al Creador. Las últimas palabras que salieron de sus labios, fueron éstas: *¡Ay patria mía!* (17).

A las siete de la mañana del 20 de junio de 1820, expiró hidrópico el general Manuel Belgrano, a la edad de cincuenta años y diez y siete días. En ese mismo día, Buenos Aires, presa de la anarquía, contaba tres gobernadores a un mismo tiempo, según queda ya relatado.

La autopsia de su cuerpo fué hecha por su fiel amigo y médico de cabecera el doctor Redhead, que lo embalsamó piadosamente, diciendo al tiempo de practicar esta operación, que había encontrado su corazón más grande que el del común de los mortales, lo que siendo moralmente cierto, era el efecto natural de su enfermedad, originada por los dolores que lo afligieron (18).

Su cadáver fué sepultado en el atrio del convento de Santo Domingo,

---

(15) Todo esto consta de una carta de don Domingo Estanislao Belgrano a su hermano don Miguel, de fecha de 15 de junio de 1824, trasmitiéndole su patronato, y comunicándole los encargos que el general le había hecho al tiempo de morir. M. S., original en nuestro archivo. Por ella se ve que el testamento de Belgrano es un simple "fidei comiso"; y explica el verdadero sentido de las palabras que en él se encuentran "no tener ascendiente ni descendiente" es decir, para los efectos de herencia forzosa, y por esto sin duda instituyó como heredero universal a un sacerdote, que era a la vez su hermano, en la confianza que él aplicaría todos los bienes, como lo hizo, en favor de su hija.

(16) Informe verbal de don Francisco Chás, testigo presencial. También le regaló el coche en que había venido desde Tucumán, y en él regresó Redhead después de la muerte de Belgrano.

(17) "Elogio fúnebre de Valentín Gómez", pág. 20. Proyecto de "Medalla a la muerte del general Belgrano", y carta explicativa de él, por don José Joaquín Araujo, de 17 de marzo de 1822. M. S., "autógrafo" en nuestro archivo.

(18) Noticias biográficas de Redhead, extractadas de una carta de Salta, de la señora de Tedín, de fecha de 30 de junio de 1869. M. S., en nuestro archivo.

amortajado con el hábito del Patriarca de la Orden, según su última voluntad (19).

Su sepulcro fué cavado al pie de la pilastra derecha del arco central del frontispicio de la iglesia. Allí se colocó su féretro de pino, cubierto de paño negro, y se derramó encima de él una capa de cal, cerrándose la bóveda que debía guardar sus restos eternamente. Sobre él se colocó una losa de mármol, encerrada en un marco de madera al nivel del suelo, con este simple epitafio: AQUÍ YACE EL GENERAL BELGRANO (20).

Sus hermanos, algunos parientes más lejanos y unos pocos amigos fieles a la desgracia, fueron los únicos que asistieron al entierro de uno de los más buenos y de los más grandes hombres de la historia argentina.

Sólo un periódico de Buenos Aires anunció su muerte, y sus funerales tuvieron lugar ocho días después en el mismo día y casi a la misma hora (28 de junio de 1820), en que el ejército de Buenos Aires era derrotado por los federales en la Cañada de la Cruz, según se verá después (21).

Así murió, así fué enterrado y así se hicieron los funerales del general Manuel Belgrano, en medio de la anarquía que devoraba a la República Argentina y de la indiferencia pública, que por algún tiempo más continuó pisando la losa de su sepulcro, colocado bajo la planta de los que pasaban, sin sospechar que allí se encerraba la más pura y una de las altas gorias de la patria independiente y libre, merced a sus esfuerzos y a sus largos trabajos.

El hombre a cuyos últimos momentos hemos asistido, y cuya figura histórica ha llenado las páginas de este libro por el espacio de treinta años, era, en vida, de regular estatura, de ojos grandes, de color azul sombrío, de cabello rubio y sedoso, de color muy blanco y algo sonrosado, cuya apariencia hacía recordar el tipo de las razas del Norte de Europa, indicando un temperamento sanguíneo-linfático, vivificado por

---

(19) Testamento de Belgrano. Impreso en hoja suelta.

(20) En aquella época no se encontró una losa de mármol para su sepulcro; fué necesario cortarla en la tabla de mármol de una cómoda perteneciente a su hermano don Miguel. En 1840, durante la tiranía de Rosas, fueron sobre esta misma lápida, azotadas, algunas señoras a la puerta del templo, obligándolas a vestir el moño colorado pegado con brea. En 1855, fué renovada esta losa, rota bajo el peso de una generación que la había pisado, siendo jefe político de Buenos Aires don Cayetano Cazón, quien hizo colocar una nueva losa, igual a la anterior.

(21) El "Despertador Teofilantrópico" del P. Castañeda, números 10, 15 y 17. En el núm. 10 de este periódico, se encuentra una elegía sobre su muerte, publicada a los cinco días del suceso (25 de junio). En el núm. 17, del 20 de

el flúido nervioso. Su fisonomía era bella y simpática, y el carácter que prevalecía en ella era de una grave serenidad. Su cabeza era grande y bien modelada, aunque sin esas proyecciones atrevidas y esas protuberancias indicantes del genio. Los retratos y los bustos que han popularizado su imagen, le representan ocupando la región craneana más de un tercio de la cabeza, que hace recordar el tipo de Bonaparte en su juventud; pero si se examinan sus líneas fundamentales, sus planos suavizados y sus simétricas curvas, se percibe que, más bien que el receptáculo de una poderosa inteligencia, es el coronamiento de un cuerpo y de una alma bien equilibrada, en que se dilatan sus facultades morales. La nariz, que sustentaba el peso de la bóveda del cráneo, era prominente, fina y ligeramente aguileña, prolongándose su perfil en la dirección de la inclinación de la frente. La boca amable y discreta, y la barba, ligeramente saliente y acentuada por un pliegue, indicaba en su conjunto una voluntad tranquila, sin violencia y sin debilidad. Era escaso de barba, no usaba bigote y llevaba la patilla corta, a la inglesa, como se ve en los retratos de la última época de Wáshington, que era su modelo político.

Belgrano era de una contextura delicada y su educación física no lo había preparado para los trabajos de la guerra. Estaba dotado, sin embargo, de una gran actividad corporal, que lo hacía sobreponerse a toda fatiga. Se le acompañaba con dificultad cuando caminaba a pie, pues su andar era tan rápido, que casi alcanzaba la medida del paso gimnástico de los soldados. Sus maneras eran sumamente cultas, sin afectación; sus gestos y ademanes, muy medidos, aun cuando reprendía a sus subalternos; su conversación era amena y seria, y a veces algo pintoresca, aunque sin brillo y con poco caudal de ideas profundas; sus hábitos eran morigerados, siendo muy parco en su mesa, sencillo en el vestir, no usando ningún estimulante, leía y escribía mucho, dando apenas tres

---

agosto de 1820, se registra una epístola sobre sus funerales, en que se leen estos malos versos del P. Castañeda, que vivirán, sin embargo, por su verdad justiciera:

. . . . . .

Porque es un deshonor a nuestro suelo.
Es una ingratitud que clama al cielo,
El triste funeral pobre y sombrío,
Que se hizo en una iglesia junto al río,
En esta capital al ciudadano
Ilustre general Manuel Belgrano.

En el núm. 3 del suplemento al "Despertador Teofilantrópico" (publicado sin fecha, el 10 de agosto de 1820), se registra un comunicado y unas décimas del mismo autor, sobre el mismo asunto, págs. 42 a 45.

o cuatro horas al sueño, velaba siempre durante la noche. Gustaba mucho de la sociedad de las señoras y solía decir que algo de lo que sabía, lo había aprendido de ellas; agregando, que el hombre que cultiva su trato se hace amable y sensible, se acostumbra a ser delicado, y muestra tener nobles inclinaciones.

Durante los años del XVII al XIX, en que permaneció acantonado el ejército en Tucumán, vivió constantemente en el campamento de la ciudadela, sin ausentarse de él una sola noche, obligando a todos a dormir en sus cuarteles. Su alojamiento lo componían cinco habitaciones de techo de paja, construídas por los soldados, rodeadas de un pequeño jardín y de una huerta, como lo estaban las cuadras de la tropa, a la que obligaba a cultivar la tierra para sustentarse, a fin de no gravar el erario. Los muebles eran sencillísimos, y todos ellos fabricados en la maestranza del ejército. Su cama era un catre pequeño de campaña, con un colchón muy delgado, que siempre permanecía doblado, salvo en las tres o cuatro horas que dedicaba al descanso durante el día. Su almuerzo era un solo plato y su comida tres platos de que participaban sus edecanes. Por la mañana temprano, recibía a su jefe de Estado Mayor el general Cruz, a quien impartía las órdenes del día. Después de almorzar despachaba su correspondencia, leía, y en seguida se acostaba a descansar, y cuando se levantaba, el colchón volvía a doblarse hasta el día siguiente a la misma hora. Las horas que seguían a su frugal comida, las pasaba generalmente en su jardín, donde había hecho construir dos bancos rústicos. Allí solía recibir algunas raras visitas y entregarse a largas conversaciones. Estas eran sus únicas horas de solaz. Por la noche montaba a caballo y la pasaba toda ella en vigilancia, acompañado solamente de sus edecanes: recorría los cuarteles, patrullaba la ciudad y suburbios, y era inexorable, cuando después del toque de silencio encontraba a un individuo del ejército fuera de su puesto.

Su capellán el P. Villegas, un fraile franciscano de Buenos Aires, era el que dirigía la administración doméstica de su casa militar, teniendo esto de común con el general San Martín, que hacía administrar sus escasos fondos por el suyo. Su economía respecto de su persona era tan austera como respecto de los gastos públicos. Mensualmente tomaba de la tesorería del ejército trescientos pesos por cuenta de sus sueldos, pidiéndolos prestados cuando la caja estaba exhausta, como sucedió con frecuencia, y entregaba la cantidad íntegra a su capellán, que a veces se veía en apuros para cubrir su modesto presupuesto.

Era sencillo en sus vestidos y en sus arreos militares, bien que sumamente aseado. Su uniforme habitual era una levita de paño azul con alamares de seda negra; gorra militar redonda, como se usaba entonces; pantalón azul sin franja, y en los últimos tiempos, botas de

montar, a la inglesa. En los días clásicos, se presentaba de sombrero elástico, orlado por un rico galón de oro que le había regalado el general Iriarte al pasarse del ejército español, sin ningún otro relumbrón. La montura de su caballo tocaba en mezquindad en los primeros años de la revolución. A su regreso de Inglaterra, le agregó un mandil azul sin galón, que cubría toda la silla, y los demás arreos eran de mejor gusto y más cuidado. El único lujo que llevó en aquella época al ejército, fué una volanta inglesa de dos ruedas, que él manejaba en persona, con un solo caballo, y que fué el primer carruaje de este género que se vió en Tucumán. Muchas veces se le vió con las botas remendadas, y en el año XVII se encontró una vez sin camisas, teniendo que encargar a Buenos Aires dos piezas de irlanda para remontar su guardarropa, cosa que le sucedió más de una vez al general San Martín, quien después de la victoria de Maipú, no tenía sino una casaca remendada (22).

Así era el hombre, cuya vida hemos seguido al través de la revolución de la independencia argentina, a cuyos últimos momentos asistimos, y cuyo retrato físico acabamos de bosquejar.

En los capítulos siguientes asistiremos a su apoteosis y a su resurrección histórica, y entonces formularemos el juicio definitivo de la posteridad a su respecto.

BARTOLOME MITRE.
Argentino, 1821-1906.

De "HISTORIA DE SAN MARTIN"

TOMO II, CAPÍTULO XVII. — *Después del desastre de Cancharrayada*

La noticia del desastre de Cancharrayada llegó a Santiago en la tarde del 21 de marzo, propagada por los principales jefes de cuerpo de ejército, y entre ellos el mariscal Brayer, jefe de estado mayor. Todo lo daban por perdido. Se daba a San Martín por muerto; y algunos

(22) Todos estos detalles sobre su persona, sus hábitos e inclinaciones son tomados: 1º De la "Memoria", de don José Celedonio Balbín. M. S., ya citado. 2º "Memoria", el General don Tomás de Iriarte. M. S., ya citado. 3º "Memorias", del General Paz, t. 2º, pág. 9 y siguiente. 4º Informes verbales del General don Blás José Pico, del Coronel don José María Albariño, de su sobrino don Francisco Chás y de su amigo don José Mila de la Roca.

aseguraban haber visto su cadáver. O'Higgins mortalmente herido. Todo estaba perdido, según ellos. El pavor se difundió en la población. Grupos de mujeres levantando los brazos al cielo y mesándose los cabellos y hombres de todas las clases se reunían en la plaza pública, y se dispersaban llenos de consternación. En los barrios apartados se oían gritos aislados de ¡viva el Rey! y se anunciaba en voz baja la próxima llegada a la capital de su ejército triunfante. Los más cobardes se disponían a emigrar a Mendoza o huían a refugiarse en los buques de Valparaíso. La aparición de cincuenta hombres del enemigo habría bastado para rendir la plaza. Los realistas, llenos de júbilo, y algunos notables de la aristocracia chilena para congraciarse, se apresuraban a abrir comunicaciones con el vencedor, y uno de ellos mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para ser presentado al general Osorio en su entrada triunfal. Aquella noche nadie durmió en Santiago.

El Gobierno, conturbado, no acertaba a dictar medidas, y mandaba construir una fortaleza en la estrechura de Payne, según el tradicional plan militar de 1812 y 1814, para contener la marcha del enemigo, a la vez que hacia retirar al Norte los caudales públicos para ponerlos en salvo. El director delegado Cruz, hombre más de administración rutinaria que de gobierno en circunstancias extraordinarias, se afanaba empero en hacer frente a la situación, allegando elementos militares. Al efecto, mandó reconcentrar el batallón chileno de Infantes de la Patria y la artillería que guarnecía a Valparaíso, y reunir la guardia nacional de infantería y caballería de la capital, Quillota, Melipilla, Aconcagua y Petorca, mientras recibía noticias oficiales para darles dirección. No encontrando inspiraciones dentro sí mismo para levantar el espíritu público abatido, convocó un cabildo abierto, a que fueron citadas las corporaciones civiles y los notables de la ciudad. La reunión tuvo lugar el 22 por la mañana, en momentos que se recibía la noticia de hallarse San Martín en San Fernando reuniendo sus dispersos. El director delegado, que la presidía, manifestó los peligros de la situación y su resolución de poner en juego todos los elementos para hacer frente a aquéllos.

Interpelado por él, Brayer, que se hallaba presente, para que, como actor en la sorpresa de Cancharrayada, expusiese su opinión, el general, después de titubear un momento, contestó que "no había esperanza de reaccionar contra la derrota sufrida". Todos quedaron mudos y consternados ante esta declaración del famoso mariscal de Napoleón. Entonces se levantó la voz de don Tomás Guido, que en su calidad de representante del gobierno argentino había sido invitado a tomar parte en la deliberación. "No puede juzgar, dijo, del estado del ejército en retirada el que ha dejado el campo bajo la impresión de un desastre.

Yo puedo asegurar que el general San Martín, aunque obligado a replegarse, dicta las más premiosas órdenes para la reconcentración de sus tropas. No hay, pues, razón para temer que no veamos pronto a nuestro ejército en estado de combatir y conquistar la victoria con el apoyo y energía del país, decidido a todo sacrificio para sostener su independencia''. A pesar de estas confortantes palabras, la reunión se disolvió perpleja, sin tomar resolución alguna, poseída de un desaliento que deprimió más el estado de la opinión.

El 23 llegó el parte de San Martín anunciando la salvación de la columna de Las Heras y hallarse al frente de 4000 hombres. Pocos dieron crédito a estas palabras, y la población, poseída de pánico, se disponía a tomar en masa el camino de Mendoza. En tal momento se presentó un hombre, llamado a ser el héroe pasajero de las circunstancias como el corifeo de la tragedia antigua, y levantar un tanto el espíritu público de su postración. Fué éste el Dr. Manuel Rodríguez, aquel famoso guerrillero del Sur, uno de los principales precursores de la reconquista de Chile en 1816, cuyo retrato hemos trazado antes. (Véase cap. X, párrafos IV y V). Nombrado auditor de guerra del ejército, su carácter díscolo, que se avenía mal con toda regla, dió motivos para separarlo de su puesto, y se ocupaba en conspirar en favor de los Carrera, o lo que es lo mismo, en romper la alianza argentinochilena, cuando San Martín, que le profesaba cariño, hizo que se le nombrara enviado cerca del gobierno argentino, a fin de alejarle y salvarlo. Hallábase próximo a emprender su viaje diplomático, cuando ocurrió el contraste de Cancharrayada. Pidió ocupar su puesto de combate en el peligro y se presentó a caballo en las calles de Santiago, arengando al pueblo como caudillo y tribuno, infundiendole su espíritu anárquico y patriótico; se hizo seguir por la multitud entusiasmada y pidió a gritos otro cabildo abierto para salvar la patria. En la mañana del 23 reuniéronse de nuevo las corporaciones, y Rodríguez fué el primero en tomar la palabra: ''El orgulloso ejército patriota que existía hace una semana, y en el cual fundábamos nuestras esperanzas, no existe ya. Se anuncia que el general O'Higgins ha muerto, y que el general San Martín, abatido y desesperado, no piensa más que en atravesar los Andes. Es preciso, chilenos, resignarnos a perecer en nuestra propia patria defendiendo nuestra independencia con el heroísmo con que hemos afrontado tantos peligros''.

Esta peroración, tan vacía como incoherente, que parecía calculada para disipar las últimas esperanzas, y proclamaba la deposición de los dos únicos hombres necesarios, produjo, sin embargo, el efecto contrario, y fué saludada con estrepitosos aplausos. Como sucede cuando todos dudan y temen y no saben qué hacer, y se presenta un hombre que cree en sí;

todos creyeron que era aquél el llamado por la Providencia para salvarlos, y a los gritos de ¡viva Rodríguez! fué nombrado únicamente coadjutor en el gobierno, en consorcio con el director delegado Cruz. El tribuno se convirtió en dictador, levantado por una verdadera revolución disolvente.

Rodríguez, con su carácter enérgico, se hizo el árbitro de la situación, doblegándose ante su voluntad la de su colega en el gobierno. Impetuoso y atolondrado, todas las medidas que dictó llevaban el sello de su temperamento fogoso y de sus cualidades desequilibradas. Regreso de los caudales a la capital, proclamas ofreciendo pasaportes a los cobardes que quisieran abandonar el país, prisiones de sospechosos, alistamientos populacheros sin plan ni método, distribución de vestuarios y de armas sin cuenta ni razón a los que las pedían, y por último, la organización de un cuerpo fantástico denominado Húsares de la Muerte, vestidos de negro con sus fúnebres emblemas, cuyo mando se reservó él como guardia pretoriana, tales fueron los principales actos que señalaron la efímera y bulliciosa dictadura de Rodríguez. Empero, su actitud decidida contribuyó a dar temple a la opinión, reaccionando contra el miedo y la derrota, y aun cuando su papel en esta ocasión haya sido exagerado, fué como tribuno político-militar el hombre de las circunstancias, que llenó dramáticamente el intermedio histórico. Los grandes actores iban a reaparecer en la escena.

O'Higgins, al tener noticias de las novedades de la capital, apresuró su marcha, caminando día y noche a caballo, para tomar posesión del gobierno. Pasada la media noche del mismo día, se apeaba en Santiago con el brazo en banda. En la mañana del 24 una salva de 21 cañonazos y un repique general de campanas anunciaba su arribo. Inmediatamente asumía el mando y convocaba una reunión, a la que concurrieron todas las corporaciones. El director estaba taciturno, pero entero. "He visto todo, dijo, y abrigo la profunda convicción de que hemos de salir vencedores en la primera batalla". Desde este momento todo entró en quicio. Se impartieron órdenes metódicas para allegar los elementos de guerra, empezaron a acuartelarse las milicias para remontar el ejército, se reunió parte del armamento imprudentemente dispersado por Rodríguez, se compraron fusiles a los comerciantes ingleses a cuenta de la próxima victoria, se encendieron las fraguas de la maestranza y el parque empezó a funcionar activamente elaborando municiones. Ante la reaparición del orden administrativo y de la figura severa de O'Higgins, se eclipsó el dictador de 48 horas, para volver a reaparecer más tarde en una misteriosa tragedia, según se relatará a su tiempo.

En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín a Santiago, seguido

de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de Granaderos a Caballo, con su sobretodo de campaña cubierto por el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en hule. En su rostro se dibujaban las fatigas del insomnio. Estaba triste y reconcentrado. Al llegar a los suburbios de la ciudad, salió a su encuentro su amigo y confidente Guido, y echándole los brazos desde a caballo, le dijo con voz conmovida: "Mis amigos me han abandonado, pero recobraremos lo perdido y arrojaremos del país a los chapetones". Al anuncio de su llegada, se echaron a vuelo las campanas, el pueblo lo recibió con aclamaciones, y al cruzar la plaza, después de conferenciar dos horas con el director O'Higgins, la muchedumbre le pidió una palabra que la confortase. El general no era orador ni hombre de movimientos espontáneos; pero sea que la conciencia lo inspirase o hubiese preparado de antemano el efecto de su golpe dramático, detuvo su caballo a la puerta del palacio episcopal que le servía de alojamiento, y con acento sonoro pronunció el primer y último discurso de su vida: "¡Chilenos! Uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir a nuestro ejército un contraste. Era natural que este golpe inesperado y la incertidumbre os hiciera vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos, y observar que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reunen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de 4000 hombres sin contar las milicias. La patria existe y triunfará, y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur". El tono resuelto con que fueron pronunciadas estas palabras, el ademán varonil que las acompañaba y la expresión grave del rostro inspirado del orador, impresionaron hondamente al pueblo que prorrumpió en estruendosos vivas. Un hombre del pueblo, un "roto", se le acerca y exclama: "Mi general, un abrazo!". Su edecán O'Brien hizo el ademán de apartarlo, pero él, que como se ha dicho, necesitaba hacer brotar nuevas legiones de la tierra, y esperaba que aquel abrazo le daría muchos soldados, echó pie a tierra y lo abrazó en medio de grandes aplausos de la multitud. Confirmando oficialmente las seguridades dadas por San Martín, el Gobierno expidió una circular a los departamentos, pidiendo un auxilio de 4000 mulas y víveres: "El general ofrece con su cabeza no dejar una de las del enemigo, si los ciudadanos del Estado creen en su palabra; pero pide por condición precisa que lo ayuden en la esfera de sus alcances. El Gobierno lo pagará todo religiosamente".

En el mismo día reuníase una junta de guerra en el alojamiento del general, a la que concurrieron el director O'Higgins y todos los jefes

militares presentes en Santiago. Las opiniones estaban divididas. Unos proponían replegarse a Aconcagua y reorganizar allí el ejército. Otros estaban por sostenerse en la misma capital. San Martín guardaba silencio. Uno de los jefes indicó que antes de tomar una determinación, era necesario oír el informe del jefe del parque, a fin de conocer los elementos de guerra con que se contaba para seguir uno u otro plan. El general mandó llamar a Beltrán, y limitando el alcance de la pregunta, le interrogó: "¿Cómo estamos de municiones?" El capitán-fraile, levantando la mano en alto, contestó lacónicamente: "¡Hasta los techos!" La verdad era que no había diez mil cartuchos de fusil en los depósitos; pero San Martín que lo sabía, y tenía su idea, se dió por satisfecho, y declaró en tono perentorio, que el ejército se pondría en campaña cubriendo la capital, para esperar en esta actitud al enemigo y librar una batalla. Así quedó acordado. Mientras tanto, Beltrán pedía al Gobierno hiciera una leva de trabajadores, sin distinción de hombres, mujeres o niños. Pasaba la noche en vela trabajando, y al día siguiente daba parte que tenía cincuenta mil cartuchos prontos. Los trabajos militares se activaron, los cuerpos se remontaron, estableciόse un campo de instrucción a diez kilómetros al sur de la ciudad en el llano de Maipo, donde se reunieron los regimientos de granaderos y cazadores, dos batallones de infantería y la artillería de nueva creación, con las piezas de repuesto montadas en el parque, la escuela disciplinaria de Mendoza y de Las Tablas volvía a abrirse. El 28 de marzo llegó al nuevo campamento la columna salvadora de Las Heras, saludada por una salva de 21 cañonzos y las dianas precursoras de la victoria, recibiendo nuevamente las congratulaciones del general en jefe en medio de las aclamaciones populares. Las Heras, el tipo de la disciplina valerosa, vestía un uniforme azul-mezclilla hecho jirones, llevaba la espada en la mano, y recibía las ovaciones modestamente en la actitud del soldado que espera nuevas órdenes para cumplirlas.

La confianza pública volvió a renacer; pero San Martín, prudente siempre, no fiaba nada a la fortuna. Para mostrar que no cedía el campo, estableció una vanguardia de caballería en Rancagua, a veinticuatro kilómetros de su campamento; pero al mismo tiempo, en previsión de un contraste, impartía órdenes secretas señalando la provincia de Coquimbo como punto de reunión, y se establecían depósitos desde Santiago a la Serena marcando con ellos el itinerario de una retirada posible hacia el Norte. El intendente del ejército, al cumplir estas instrucciones, decía: "Las precauciones tomadas para un caso funesto son siempre prudentes en un general, aun cuando tenga la superioridad de las armas". El coronel Luis de la Cruz fué el encargado de organizar en este sentido

las provincias del Norte. Previendo hasta el caso de que no fuera posible la retirada a Coquimbo, y hubiese que transmontar la cordillera, estableciase un parque en Santa Rosa de los Andes y otro en la Guardia Vieja, cubriendo con una reserva de milicias todos los boquetes y portezuelos de las montañas. A los diez días de la derrota de Cancharrayada, el Ejército Unido estaba reorganizado y pronto a renovar la batalla. Constaba de nueve batallones, cinco chilenos y cuatro argentinos, con cerca de 4000 plazas; tres regimientos de caballería, dos argentinos y uno chileno, con más de 100 jinetes y 22 piezas de artillería, sumando un total de más de 5000 hombres de línea. El general de los Andes, seguro esta vez de vencer, le había infundido su espíritu y esperaba con confianza al enemigo triunfante.

MITRE: Bartolomé Mitre nació el 26 de junio de 1821 en Buenos Aires. Aprendió las primeras letras en la escuela que fundó su padre en Carmen de Patagones. A los quince años publica su primer libro: una colección de versos. A los diez y siete, proscripto en la Banda Oriental, inicia la carrera de las armas, y durante el sitio de Montevideo por las tropas federales, su mano empuña, alternativamente, y con igual maestría, la pluma y la espada. A raíz del pronunciamiento de Rivera a favor de Rosas, se ve obligado a emigrar a Bolivia, de allí al Perú, y por último a Chile. En 1851 se incorpora al ejército de Urquiza, y en Caseros revista como jefe de la artillería y con el grado de coronel. Después de la victoria, Mitre se opone, desde su diario "Los Debates", a la política absorbente de Urquiza. Llega así la jornada de Cepeda, y Mitre muerde el polvo de la derrota: sin embargo, consigue una paz honrosa. En 1860 gobierna la primera provincia argentina y prepara la campaña que concluye en la batalla de Pavón, donde, a su vez, es Urquiza el vencido. En aquel campo y con aquella sangre queda resuelto el problema de la unidad nacional. Y Mitre asciende en 1862 a la presidencia de la República. Durante su período estalla la guerra del Paraguay. ¡Días de luto para la América! Pero, al fin, brilla la aurora... El honor de nuestras armas ha quedado a salvo y afianzada la paz de estos pueblos. Mitre, al dejar el sillón presidencial, pasa al senado como representante de la provincia de Buenos Aires. Es el ídolo del pueblo argentino que, como demostración de su amor, le obsequia la casa de la calle San Martín, donde iba a morir el 19 de enero de 1906. Dejó muchas y valiosas obras: "Historia de San Martín", "Historia de Belgrano", "Arengas", "Rimas". Fué también insuperable traductor de la "Divina Comedia", "Horacianas", "Ruy Blas". Fundó el gran diario "La Nación".

ARMANDO PALACIO VALDÉS
Español, 1853-1938.

De "NOVELA DE UN NOVELISTA"

CAPÍTULO XIII. — *La vara de Falaris*

Si mi amigo Leoncio perteneciese todavía al número de los vivos, dudo mucho que nadie osara recordarle el incidente que voy a narrar. Nada más fácil que saliese de su empresa con las narices hinchadas, como habían salido por otros motivos Manolín el chocolatero, Pepín el hijo del carnicero, y su hermano Ciriaco.

Porque mi amigo Leoncio, a pesar de su rostro mofletudo y plácido era, cuando montaba en cólera, un ser furibundo y pernicioso y poseía unos puños que infundían respeto a toda la escuela de don Juan de la Cruz.

¿Quién no recuerda en Avilés a este don Juan de la Cruz, tan modesto, tan melifluo, tan pulcro? ¿Quién no recuerda a aquel hombrecillo pálido, de cabellos lacios, de ojos negros guarnecidos de largas pestañas que apenas se alzaban del suelo con expresión tímida y humilde? Enseñó las primeras letras a tres generaciones y murió a los ochenta años, declinando un pronombre relativo. Sosegado, grave, silencioso, atravesaba el salón de la escuela sin que nos diéramos cuenta de su presencia hasta que lo teníamos encima. La expresión apacible de su rostro no se turbaba jamás: no recuerdo haberle visto enfurecido. Un esbozo de sonrisa se dibujaba casi constantemente en sus labios. No era más que un conato de sonrisa que comenzaba en el ángulo izquierdo de la boca y allí se detenía sin pasar jamás al derecho. Rara vez nos miraba a la cara; nos hablaba ceremoniosamente de usted, y cuando nos reprendía lo hacía siempre en voz baja, con los ojos puestos en el suelo, como si se estuviera confesando de alguna falta. Nos

tajaba las plumas, que eran de ave en aquella época; nos echaba tinta en los tinteros, nos corregía las planas con la mayor modestia y compostura, y cuando llegaba el caso, que llegaba con harta frecuencia, con la misma modestia y compostura empuñaba su vara y nos sacudia de lo lindo. Era un hombre tan modesto que cuando nos zurraba la piel parecía que nos estaba haciendo reverencias.

Las varas que empleaba para esta operación delicada eran generalmente de avellano y se las proporcionaban los mismos chicos de la escuela, hijos de labradores que residían en los alrededores de la villa. Eran muy adecuadas para levantarnos la piel y hacernos ver las estrellas. Recuerdo que en cierta ocasión en que me hallaba dulcemente entretenido en frotar un botón de bronce contra el pupitre hasta ponerlo bien caliente y luego aplicarlo a las manos de los compañeros que tenía cerca, sentí en la espalda y en la nuca la impresión de cien botones de fuego. Me volví y vi a don Juan que me sacudió cortésmente otros seis lapos y me dijo después, con voz dulce como el soplo de la brisa entre las flores:

—Hijo mío, aplíquese al estudio y déjese de fútiles entretenimientos.

Pero estas varas tenían, como todas las cosas de este mundo, una ventaja y una desventaja. Para don Juan tenían el inconveniente de que se concluían pronto y necesitaba renovarlas, lo cual no siempre era fácil porque los chicos aldeanos, con pretextos más o menos fundados, se resistían algunas veces a proporcionarlas. En cambio para nosotros poseían la ventaja de que muy pronto se les quebraban las puntas, y entonces ya no ceñían la carne y su golpe era menos doloroso. Así que los chicos más despejados procurábamos cuidadosamente no estrenarlas, porque entonces, y sólo entonces, poseían toda su virtud maléfica. Cuando las veíamos bien despuntadas, nuestra conducta empezaba a relajarse.

Mi amigo Leoncio, que era un chico de gran talento y además complaciente y servicial como pocos, quiso obviar el inconveniente que ofrecían las varas de avellano para el maes-

tro. Pensando constantemente en ello como Newton en la gravitación universal, acertó al cabo con la solución. La caída de una manzana sugirió al pensador inglés la idea de la fuerza de atracción. La vista de una ballena del corsé de su mamá iluminó repentinamente el cerebro del mofletudo Leoncio. Exploró un día y otro el desván de su casa, donde se amontonaban mil cachivaches. Al cabo tropezó con una ballena delgada y redonda y del tamaño aproximadamente de las varas que don Juan de la Cruz empleaba.

Leoncio se sintió feliz desde aquel momento. No hay nada que dilate el alma tanto como un descubrimiento imprevisto. Desempolvó la famosa ballena, la envolvió esmeradamente en papeles de seda y sujetó estos papeles con una cuerdecita encarnada. Al día siguiente, sin duda para dar mayor solemnidad al acto, procuró retrasarse un poco para llegar a la escuela. Y cuando ya estábamos todos acomodados en nuestros bancos y el maestro allá en el fondo sentado detrás de su mesa, he aquí que aparece nuestro Leoncio con aquel extraño objeto en la mano, atraviesa erguido y sosegado el vasto salón y, acercándose a la mesa del maestro, deposita en ella gravemente su tesoro. Hecho lo cual, con la misma solemnidad se dirigió a su sitio y se sentó.

Una ardiente curiosidad se apoderó de todos nosotros. ¿Qué sería aquello? ¿Un regalo? Hubo alguno que imaginó que sería un caramelo monstruoso semejante a los que nosotros chupábamos con delectación en cuanto teníamos algún dinero para comprarlos. Don Juan comenzó también a examinarlo con curiosidad antes de desenvolverlo. Al fin se decidió a quitarle los papeles, y poco después quedó al descubierto la preciosa ballena.

Nuestra estupefacción fué enorme; pero nuestra indignación fué aún mucho mayor. Cincuenta pares de ojos se clavaron furibundos en el mofletudo Leoncio. Si estos ojos fueran dardos venenosos como los de las abejas, el mofletudo Leoncio hubiera perdido allí mismo la vida. Un sordo rumor, temeroso, corrió por toda la escuela. Si se analizase este rumor se

vería inmediatamente que estaba compuesto de doscientos "¡miserable!", trescientos "¡cochino!" y lo menos quinientos "¡indecente!"

Leoncio se mantenía sosegado y satisfecho, sin advertir el éxito extraordinario de su regalo. O si lo advertía, aparentaba mostrar que le tenía sin cuidado. Don Juan seguía examinando atentamente el famoso caramelo. Al cabo profirió con su voz meliflua:

—Leoncio, hijo, tenga usted la bondad de venir un momento.

Leoncio acudió solícito. Don Juan se levantó de la silla con calma, y sujetándole por el cuello le aplicó un cumplido vardascazo en el trasero. Leoncio dejó escapacar un grito de dolor. A este grito respondimos nosotros con un rugido de alegría. Don Juan (¡Dios le bendiga!) secundó el golpe, y con su acostumbrada modestia le estuvo solfeando un buen rato. Mientras duraba la operación parecía hablarse a sí mismo, y le oímos murmurar:

—En efecto; es flexible... Es sólida... Se ciñe admirablemente.

¡Vaya si se ceñía! Que lo digan las nalgas del pobre Leoncio, que seguía chillando como un condenado mientras nosotros respondíamos a sus lamentos con bárbaras carcajadas.

Cuando a don Juan de la Cruz le pareció bien probada la flexibilidad y la solidez del nuevo instrumento, soltó al sujeto de la experiencia y le dijo con voz suave y mirando, como siempre, humildemente al suelo:

—Hijo mío, en tiempos muy antiguos existía en la ciudad de Agrigento, en la Italia meridional, un tirano que se llamaba Falaris. Este tirano era tan cruel que se complacía en atormentar de mil maneras a todos aquellos que tenían la desgracia de no complacerle. Sucedió que uno de sus cortesanos, por captarse su benevolencia, le hizo regalo de un toro de bronce hueco donde se podía meter a la persona que se quisiera

hacer morir atormentada. Debajo de este toro de bronce se encendía una hoguera, y el desdichado que estaba dentro, al comenzar a asarse, dejaba escapar teribles gritos que, al pasar por el cuello y la boca del toro, semejaban los rugidos de esta fiera... Falaris quedó prendado de tan ingenioso artefacto, y después de dar las gracias a quien se lo había regalado no se le ocurrió otra cosa mejor que ensayarlo metiendo dentro de él al propio inventor.

Hizo una pausa don Juan, y dando una cariñosa palmadita a Leoncio en las llorosas mejillas, le dijo:

—Así, pues, muchas gracias, hijo mío, por este precioso regalo. Aplíquese el cuento y váyase a su sitio.

PALACIO VALDÉS: Véase la nota puesta al pie de su cuento "Polifemo". página 69 de este libro.

"NOVELA DE UN NOVELISTA", por Armando Palacio Valdés: Este libro de carácter autobiográfico reúne una larga serie de relatos, treinta y ocho escenas de infancia y adolesdencia donde el autor juega casi siempre el rol protagónico. Capítulos de gran fuerza emocional, sería vana e imposible tarea querer resumirlos; en resultará útil, para mejor ilustración de nuestros lectores, reproducir estos párrafos entre los que, a manera de exposición de motivos, sirven de exordio a la obra: "Mi infancia —dice Palacio Valdés—, fué particularmente dichosa por una disposición de circunstancias que el lector apreciará si se digna pasar la vista por las siguientes páginas.

"Mi infancia y mi adolescencia se pasaron en dos medios bien diferentes, en las ásperas montañas de la más abrupta provincia española y en las riberas del mar. Esta ventaja de alternar la vida campesina con la marítima es inapreciable porque da variedad a la vida y desarrolla en nosotros pensamientos y aptitudes diversas. Sabido es que nada refresca tanto el cuerpo y el espíritu como el cambio de ambiente y de costumbres. Además fuí educado con una libertad que pocos niños han disfrutado en la clase a que yo pertenezco. Nadie me ha obligado jamás a estudiar. Yo lo he hecho siempre cuando quería y como quería. Mi padre era un escéptico irreductible en lo referente a educación; se encolerizaba cada vez que oía decir que la educación puede mudar poco o mucho nuestra naturaleza. Tal ves arrastrado por su tendencia a la paradoja, fuese demasiado lejos en este punto.

"Después que salimos de la escuela he discurrido siempre a mi antojo por la villa o por el campo en compañía de otros niños hasta que sonaba el "Angelus" en la iglesia, en cuyo instante estábamos obligados a restituirnos a casa sin pérdida de tiempo. Nada de ayas o vigilantes, nada de colegios particulares o aristocráticos que no he pisado jamás. He ido siempre a la escuela pública y más tarde al Instituto. No maldigo de colegios y academias que no conozco; pero opino que es mejor para el niño beberse el aire de la calle y recibir algunos sopapos de los hijos de los carniceros."

RICARDO ROJAS.
Argentino, 1882.

De "EL SANTO DE LA ESPADA"

Edición: L. J. Rosso - Buenos Aires

CAPÍTULO IV. — *El caballero de América*

El arribo de San Martín con sus compañeros de la *Canning*, fué anunciado en Buenos Aires el 14 de marzo por la lacónica noticia de la *Gaceta Ministerial*. En ella se nombra a los siete peregrinos y se dice que vienen a ofrecer sus armas a la Patria. Este anuncio despertó la curiosidad popular y empezaron a circular conjeturas en torno de ellos. Sospechábase que fuesen espías, puesto que habían servido hasta poco antes en el ejército español. A Carlos de Alvear, que venía con su señora y tenía parentela influyente en el partido revolucionario, no le fué difícil precaverse de tales murmuraciones. Era distinto el caso de San Martín, forastero en su patria; sin familia, sin fama, sin fortuna. Alvear, como sobrino del respetable don Gervasio Antonio de Posadas, vinculado al gobierno, constituyóse en fiador de todo el grupo. Algunos debieron preguntarse, refiriéndose a San Martín, cómo se explicaba que un coronel joven, con tan brillante carrera en España, la hubiera cortado allí para venir a correr aquí esta aventura. Contestaríase, acaso, que había venido por amor a la patria; pero ¿cómo, si no era hijo de Buenos Aires? El advenedizo decíase nacido en Yapeyú, cuna incierta y obscura. Quizá no faltaría quien recordara de sus padres, Don Juan y Doña Gregoria, modestos vecinos que fueron de la Buenos Aires virreinal, aunque hiciera de eso treinta años, y la población habíase renovado mucho desde entonces. En la Catedral, sin embargo, constaba el matrimonio de sus progenitores. Esas vagas sospechas debieron ser la primera amargura de San Martín en su patria, que tantos otros sinsabores le ocasionaría después. Pero él no era hombre de sentimentales desalientos. El sabía ya quién era, y eso le bastaba. El era el caballero de América, y con secreto fatalismo amonestábase: "*Serás lo que hay que ser, o no eres nada*". Cuando se realizó su destino, él habría podido decir como Napoleón: "Soy uno de esos hombres que se lo deben todo a sí mismo y nada a sus abuelos". Pero nunca lo dijo, porque San Martín carecía de toda vanidad.

Su país natal y el continente de su proeza futura, tardarían mucho en comprender semejante destino. Los dados de su suerte estaban echados desde que se decidió a pasar el mar. Con ese designio silencioso, comenzó a estudiar el teatro en que empezaba a moverse. Hombre observador y metódico, preparaba tácitamente su plan, como para una batalla, contando para ello con Alvear y los viajeros de la *Canning*, sus primeros órganos de adaptación y de influencia.

Apenas llegados, los peregrinos se dirigieron al Fuerte, antigua residencia de los virreyes, en la Plaza Mayor, donde ahora gobernaban Pueyrredón, Rivadavia y Chiclana, los triunviros sucesores de las primeras Juntas. Los huéspedes fueron recibidos como lo merecían "dados los nobles sentimientos que manifestaron", dice una crónica contemporánea. En la vista se cambiaron noticias sobre el estado de Europa y la marcha de la revolución en América. San Martín encareció la necesidad de vigorizar el gobierno para mantener el orden civil y de organizar el ejército para vencer al enemigo armado. Presentó a las autoridades su foja de servicios en la que se leía: "Soltero, de clase noble, hijo de capitán"; excelente concepto sobre su capacidad y valor; ninguna licencia en veinte años; rápidos ascensos en acciones de guerra, entre éstas la batalla de Bailén, en la que Napoleón fué derrotado.

Necesitaba la patria un jefe así.

El porte grave del soldado, su juventud serena, sus ideas claras, su palabra concisa, impresionaban favorablemente. El había militado en la más grande aventura militar de la época; había visto de cerca al corso fabuloso; había sableado franceses en Arjonilla y había sido herido por un sable francés. La caballería, que tomó gran importancia en las guerras napoleónicas, era su arma y la que mejor se avenía a la índole del país y a los intrépidos jinetes nativos. Proyectó así la fundación de un cuerpo, los Granaderos a Caballo, que él disciplinaría según su sistema. Ese cuerpo serviría, por de pronto, para guarnición de la ciudad. No ignoraba el recién llegado que para algo más servirían sus granaderos, pero se ofrecía con modestia cautelosa, porque tal era su carácter y porque deseaba evitar resistencias. Sin embargo, Rivadavia y otro de los triunviros desconfiaron un tanto del recién llegado; a pesar de lo cual, siete días después del arribo, el Triunvirato le reconoció grado de Teniente Coronel de caballería, "por sus méritos, servicios y conocimientos militares", en decreto sellado con las armas reales que aún se usaba, pues solo al año siguiente substituyéronse éstas por el sello de la nueva Nación. Reconocido en su grado, se le nombró comandante del escuadrón que él debía organizar, y le dieron por segundos jefes a Alvear y a Zapiola, sus compañeros de aventura, más jóvenes que él.

Hacia diciembre de 1812, ya San Martín había reclutado e instruído un Regimiento y se le designó jefe del mismo. Del escaso sueldo que le correspondía donó al Estado la mitad, ya que no podía, como Alvear lo hiciera, renunciar a toda su asignación, pues de ella debía sustentarse. Así empezó a adquirir respetabilidad y a sentirse menos forastero en su patria.

En agosto de 1812, el Triunvirato, en decreto firmado por Rivadavia, comisionó a Francisco Doblas para traer de las Misiones "trescientos jóvenes naturales, de talla y robustez, que S. E. destina al Regimiento de Granaderos a Caballo al mando del Teniente Coronel don José de San Martín, oriundo de aquel territorio". El paladín misionero inició su obra con ese plantel de 300 indios, sus conterráneos...

El Regimiento de Granaderos a Caballo se acuarteló en el Retiro, lugar que desde 1702 fué mercado de esclavos y más tarde Plaza de Toros, y que después de las Invasiones inglesas se llamó Campo de la Gloria o Campo de Marte.

Aquel barrio, hoy tan céntrico, era un agreste suburbio con pantanos en la época de lluvias y zanjas de desagüe hacia la ribera, con toscos puentecillos. El casco aristocrático y burocrático de Buenos Aires, lo constituían entonces las pocas manzanas que se extienden entre la Merced, San Nicolás y San Francisco. La costa del río, contigua al Fuerte, amenizábase con la Alameda, único paseo mundano y con las escenas del desembarco en lanchas y carretas que discurrían por la extensa playa, la cual solía desnudar su fondo de toscas y de arena en los días de bajante. A espaldas del cuartel, la barranca del norte caía brusca hacia la ribera del Plata, con altura suficiente para dominar el panorama del ancho río hasta el horizonte. En aquel verdadero "Retiro", donde hoy elévase su estatua, inició San Martín su carrera americana, y allí plantó un taller de austeras labores. El primitivo cuerpo de sus oficiales contó a Manuel Escalada, Hipólito Bouchard, Manuel Soler, Luis de Arellano, Ladislao Martínez, Rufino Guido, Carlos Bowness, Luis José Pereyra, Anselmo Vergara, José María Urdininea, Juan Manuel Blanco, José Hilario Basabilbaso, Angel Pacheco, Mariano Necochea, y casi todos ellos realizaron después hazañas memorables en la epopeya continental. Aquel cuerpo fundado por San Martín dió a la América diez y nueve generales y más de doscientos jefes y oficiales, todos ascendidos desde los primeros grados, en acciones de guerra. Tal fué la escuela de semejante maestro.

Por esos días de 1812 San Martín se propone, a fuer de caballero, instituir una orden de caballería patricia, y va a conseguirlo. El quiere unir a todos los americanos en un pensamiento común: la independencia

BIBLIOTECA NACION

de América, y desea que su Regimiento se aleje, en cuanto sea posible, de los turbulentos egoísmos que empiezan a nacer. Tiene una "misión" y a ella va a consagrarse hasta el fin de su vida. Presiente los peligros de la demagogia militar y del caudillismo cesarista, fatalidades de la América libre que no tardarán en aparecer como resabio romano y visigótico. De todo ello se aparta desde el principio y busca un refugio para forjar las armas de su próxima empresa, tan distinta de aquellos extremos. El será en medio del tumulto emancipador, algo así como un monje armado, ejemplar nunca visto de santidad paladinesca, Cid de nuevas Castillas fundido en un Loyola de misticismo láico.

Su cuartel del Retiro es como un monasterio para este iniciado de la acción, nuevo templario de la América futura. Allí tiene, en sus camaradas criollos, la primera comunidad militante del ideal novísimo. Para los oficiales promulga un código que ellos mismos aplican, regla de la mejor caballería. Rigen severas penas: "por cobardía en acción de guerra, en la que aún agachar la cabeza es reputado tal; por consentimiento de las injurias, por no defender el honor del cuerpo, por trampas infames como de artesanos, por familiarizarse en grado vergonzoso con los subalternos, por falta de integridad en el manejo de fondos, por divulgar disposiciones de las juntas secretas, por no ayudar a un compañero en peligro, por presentarse públicamente con mujeres prostituídas, por jugar con personas indecentes, por poner la mano sobre una mujer, por abusar de la bebida, por difamar a un camarada ante extraños". Los primeros domingos de cada mes, reúnense los oficiales y cadetes presididos por San Martín y él encarece en una admonición las normas de la caballería que ha fundado. Si hay denuncia formal contra alguno, éste se retira y los restantes votan con su firma si el oficial Fulano "es indigno de actuar con sus honrados compañeros y pertenecer al cuerpo". Todo esto se hace en secreto, para defensa del propio honor y "para prosperidad de las armas de la patria". La disciplina militar fúndase así en la disciplina moral. Edifica el Escuadrón, y luego el Regimiento, como edificará después el Ejército de los Andes, sobre la piedra angular de cada individuo. Más que un jefe que manda, parece un maestro que ilumina. Es el arquitecto de una construcción pitagórica, éste iniciador misterioso.

El mismo San Martín elige los cadetes y soldados: a aquellos los toma de las mejores familias, a éstos de entre los jinetes de la pampa. Así vienen a buscar su magisterio, adolescentes como Juan Lavalle, que llegará en su carrera hasta el Pichincha y más tarde al generalato cuando, en lucha contra la tiranía de Rosas, muere por la libertad civil de su país. Así vienen a sus filas gauchos mocetones, prefiriendo de

entre ellos a los más altos, a los valientes y airosos; se los entregan desaliñados y toscos y el maestro los transfigura en la estampa y el ánimo. Difunde en la tropa el espíritu hidalgo de la oficialidad. El jefe viste uniforme sin alamares, traje de paño azul con vivos rojos, bota de cuero opaco, sable curvo, espuelas, y falucho forrado de hule en el que, después en 1813, prende la escarapela nacional. Así vestido se acerca paternalmente a los soldados y sin perder autoridad les infunde confianza, se chancea con ellos cuando lo cree necesario, enseña con el ejemplo y siente nacer en aquellas almas rudas la admiración y el cariño. Sobre el caballo de guerrear, la cabeza ha de ir erguida, la mirada en el horizonte, sin volver nunca el rostro hacia atrás, el brazo listo para el sable, "y si un godo se opone —les dice—, partirle la cabeza como se parte un zapallo". Tal es la lección elemental que da a la tropa. A cada soldado, además, le pone un nombre de guerra, con lo cual despierta su conciencia y se apodera de ella por arte realmente mágico, puesto que magia es siempre el nombre de los seres.

Campo es de Marte el viejo picadero de los toros, y en él los jinetes realizan en público ejercicios de equitación y de esgrima, con programas y horarios, verdaderos certámenes que despiertan entusiasmos y vocaciones.

Practican a veces marchas hasta Olivos, al son de los clarines que electrizan al pueblo. Las damas de la ciudad, después de misa o de sus paseos por la Alameda, suelen correrse hasta el Retiro, a ver a los gallardos jinetes. Según se susurra, el propio jefe está enamorado de una gentil doncella que admira a los granaderos y al creador del nuevo Regimiento. La doncella suele ir a ver los ejercicios con Carmen Quintanilla, esposa del segundo jefe.

Lejos de aquel público entusiasta y curioso, dentro del cuartel, reúnese la escuela estratégica y la logia judicial de los oficiales. Un cierto misterio rodea estas reuniones y la leyenda comienza a formarse. Aquel castro es taller, escuela, palestra y templo. Cuando se reunen a comer, San Martín y los suyos, son como caballeros de la Tabla Redonda. Se discurre con jovialidad, aunque sin chacota, que él no la consiente: el coronel es hombre amable pero digno. Refiere alguna vez anécdotas de la guerra napoleónica y del alzamiento español, que los neófitos oyen con veneración y avidez. Son todos jóvenes, y siente la impaciencia de algo análogo. San Martín comprende que su obra de templario empieza a prosperar. El instrumento de hierro, el martillo del símbolo masónico, el arma de golpear y construir, estará pronto listo para la obra. También lo estará el ojo espiritual que guía la obra, el ojo en el triángulo, que se ve en los templos. Esto no es Esparta ni Crotona; esto es el "Campo de Marte" de Buenos Aires, donde San

Martín trabaja en silencio, con metódica seguridad. Alguien murmura en torno, sin comprenderlo. No importa: él, enigmático y tenaz, prosigue su tarea.

Así disciplinó su Regimiento de Granaderos, y tenía ya lista su arma, cuando un día recibió la orden de partir hacia la margen derecha del Paraná, porque sabíase que una escuadrilla realista de once embarcaciones había salido de Montevideo remontando el río en dirección a Rosario. San Martín marchó inmediatamente, con 120 hombres de su tropa y otros jinetes auxiliares, siguiendo la costa. Salió sigilosamente de la capital, vestido de paisano, con chambergo y poncho.

Partió de aquí el 28 de enero de 1813, cabalgando de noche, más para no ser visto que para evitar el sol del verano. Pasó por Zárate, San Nicolás y Rosario en que había una corta guarnición de mando del uruguayo don Celedonio Escalada, quién dió noticia sobre los movimientos del enemigo. Las embarcaciones españolas hallábanse ya frente a las altas barrancas de San Lorenzo, pequeño caserío ubicado entre Rosario y Santa Fe. En San Lorenzo había un monasterio de franciscanos, cuya iglesia tenía una torre desde la cual era posible atalayar el campo y el río. Se mandó esconder las provisiones y retirar de la costa hacia el interior todos los ganados. San Martín y su gente habían llegado de noche a San Lorenzo, y se acercaron a la posta para remudar caballos. De pronto, dos granaderos se detuvieron junto a un carruaje desenganchado, en cuyo interior dormía un hombre:

—¿Quién está aquí? —preguntaron los granaderos.

Resultó ser el caballero inglés Guillermo Parish Robertson, que iba hacia el Paraguay por asuntos comerciales, con viandas, vinos y mercaderías en su coche. San Martín lo había conocido en Buenos Aires y, al saber quién era el hombre de la volanta, contuvo en la sombra a sus soldados, advirtiéndoles en alta voz:

—No falten Vdes., que no es un enemigo.

Robertson, que al llegar habíase informado por el postillón de los sucesos militares que aguardaban, reconoció la voz de San Martín y dijo entonces:

—¿Seguramente es Vd. el coronel San Martín?

—¿Y si así fuere? —respondió el aludido.

—Pues aquí tiene Vd. a su amigo Mr. Robertson.

Se estrecharon las manos; el viajero brindó una copa de su buen vino, augurando el triunfo, y ambos amigos hablaron sobre el inminente combate.

—El enemigo tiene doble número de gente que la nuestra, pero dudo que le toque la mejor parte, —afirmó San Martín.

Robertson pide al jefe granadero que le permita acompañarlo, y éste responde:

—Convenido, pero su deber no es pelear. Le daré un buen caballo, y si la jornada nos es adversa, póngase a salvo. Sabe V. que los marinos son maturrangos.

Ya lo sabía el inglés y pronto habría de verlo; años después contaría ese diálogo y la acción que vió, en un libro suyo publicado en su patria. Este era el primer súbdito británico que San Martín encontró en su carrera americana y, como Lord Macduff en la Península, Haigh en Chile, Mr. Hall en el Perú, todos simpatizarían con él y darían a la posteridad imparcial testimonio de sus hazañas o de su genio.

—¡A caballo! —gritó el paladín— y con Robertson a la par y todos los granaderos a la zaga, cabalgaron hacia el convento inmediato, bajo la noche que cubría el campo.

Entraron al monasterio por los fondos; cerraron el portón, y San Martín subió a la torre para observar con su anteojo al enemigo. A la luz del amanecer descubrió en el río las embarcaciones. Era la mañana del 3 de febrero. Sabíase que los enemigos pretendían saquear las poblaciones, cortar el comercio con el Paraguay, e intentar un desembarco a esa altura para ensayar un camino por el litoral hacia Buenos Aires. San Martín vió que los invasores empezaban a desembarcar y que ya trepaban la empinada barranca, distante unos trescientos metros del convento. Bajó aquél de la torre, distribuyó la tropa, disponiendo el ataque, y Robertson le oyó decir:

—En dos minutos más estaremos entre ellos.

Montado San Martín en un bayo rabicorto, desenvainó su sable morisco, arengó a la tropa; dió el mando del segundo escuadrón al capitán Bermúdez y al tomar para sí el comando del primero, inició personalmente el ataque diciendo a Bermúdez:

—En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos y allí daré a Vd. mis órdenes.

Sonó el clarín de los Granaderos y desde atrás del convento avanzaron por derecha e izquierda las dos divisiones al galope. Iban delante los lanceros, con pistolas al arzón, y en pos los restantes, armados de sable y carabina. No eran sino 120 hombres, ante casi trescientos infantes y marinos que habían desembarcado ya y que avanzaban al son de pífanos y tambores, con la bandera desplegada, entre mil gritos de coraje y descargas de cuatro cañones que traían consigo. Venía al frente de los españoles el comandante Zabala, y cuando San Martín con los suyos llegó a la línea de combate, ambos jefes se encontraron cara a cara como dos combatientes del romancero. Una descarga de metralla

recibió a San Martín, matándole el caballo que, al caer, apretó la pierna al jinete. Entre una refriega de armas blancas, trabada en torno del jefe, éste cayó herido de sable en el rostro. El bayonetazo de un infante español que hacía él venía, hubiéralo atravesado si el puntano Balgorria no detiene el golpe, traspapasando al español con su lanza. Otro de sus granaderos, el correntino Juan Bautista Cabral, corrió en auxilio de San Martín, desembarazándolo del peso de su caballo muerto, en circunstancias que los españoles iban a ultimarlo. Cabral salvó la vida a San Martín, pero recibió dos heridas y murió pocas horas después, diciendo:

—"Muero contento ¡Hemos batido al enemigo!".

Breve rato después de empezado el combate, la victoria era ya indudable para los patriotas, pero la lucha continuaba con encarnizamiento y denuedo. "¡Viva el Rey!" gritaba Zabala reanimando a su hueste. "¡Viva la Patria!" respondían los caballeros de América, en una confusión de jinetes, sables y lanzas que brillaban entre el polvo revuelto por la caballería, bajo el sol estival de la cruenta mañana. Ahora los invasores retrocedían hacia la barranca, sostenidos por los cañones de a bordo, que disparaban desde el río. Las aguas del Paraná coruscaban como un bronce lustrado por el sol, entre los verdores de la costa y de una isla cercana. El capitán Bermúdez trajo una segunda carga, arrollando al adversario. El alférez Hipólito Bouchard había arrebatado la bandera realista. El teniente Manuel Díaz Vélez había rodado por la barranca, recibiendo dos bayonetazos en el pecho y una herida en la frente. Dos oficiales voluntarios, Vicente Mármol y Julián Corvera, afrontaban con denuedo los peligros. El capellán Julián Navarro pasaba como un espectro medieval en medio de aquella algara. Los invasores, por fin, lograron volver a sus embarcaciones, dejando en el campo cuarenta muertos, además de los heridos, algunos prisioneros, la bandera, dos cañones y otras armas abandonadas. Los Granaderos, a su vez, tuvieron 15 muertos y 27 heridos, entre ellos hombres de diversas provincias.

Cuando el combate hubo concluído, el inglés con sus víveres y el Capellán con sus bendiciones asistieron a los heridos, mientras se realizaba un canje de prisioneros. San Martín, magullado, cubierto de polvo, sudoroso, fuerte a pesar de la fatiga, vino serenamente a sentarse a la sombra de un pino que aún se conserva en el huerto conventual de San Lorenzo y allí escribió el parte de la victoria, recomendando a todos los que se habían distinguido en la acción, sin mencionar para nada su propia conducta.

¿Después de esto, seguirían dudando de su fidelidad americana los émulos que lo creyeron espía?

Siguieron dudando, como lo veremos.

Solo mucho tiempo después de la muerte de San Martín, han empezado a descorrerse los velos terrenales que cubrieron el destino de aquella alma excelsa, cuya misión se realizó entre injurias y dolores. Nadie comprendió entonces que San Martín, el caballero de América, era un "iniciado". Como Lohengrin había llegado en su barca para ser el libertador de una virgen cautiva.

Por eso Olegario Andrade, el poeta argentino que mejor lo cantó, dijo sobre aquel primer combate del héroe, medio siglo más tarde:

Y una raza cautiva
Llamaba al Salvador con hondo acento;
Y el Salvador le contestó lanzando
El resonante grito de victoria,
Entre el feroz tumulto de las olas
Del Paraná irritado
Al sentirse oprimido por las quillas
De las guerreras naves españolas.

Fué así trascendental ese pequeño combate de San Lorenzo, según el propio Torrente, historiador de las armas españolas en América, lo declara en su libro:

"Seguía la marina ejerciendo una decidida superioridad, y era la única fuerza que podía hostigar con fruto a los rebeldes. Valiéndose de esa ventaja, no había punto de la costa que pudiera sustraerse a su poder y el número de sus triunfos se contaba por el según sus empresas, sin que hubiera tenido más contraste que en el desembarco de San Lorenzo, pues habiendo debido chocar con un jefe tan afortunado y valiente como San Martín, hubo de cederle el honor de la victoria; y desde entonces tomó este caudillo aquella arrogancia militar, que lo estimuló a lanzarse a nuevas empresas para adquirir una funesta nombradía".

El gobierno de Buenos Aires recibió la noticia de la acción de San Lorenzo con gran regocijo. Ese breve combate tenía importancia para el país porque aseguró la paz de los ríos y las provisiones del ejército sitiador de Montevideo que no tardó en caer; conservó el comercio con el Paraguay y escarmentó a los invasores que no volvieron a tentar aventuras de ese género sobre la costa argentina; consolidó, en una palabra, la situación estratégica de Buenos Aires, centro de la naciente revolución, en la región del Río de la Plata y sus afluentes, sobre cuyas riberas iban a fundarse tres nuevas naciones.

El vencedor San Martín, aunque ninguna confidencia nos ha dejado de ello, debió pasar un día de intensas emociones. Había demostrado con sus granaderos la eficacia de su sistema disciplinario; había dado su primera batalla en América, gemela del combate de Arjonilla; se había

anunciado al Nuevo Mundo con una victoria: podía, pues, dilatar su mirada sobre el campo lejano de mayores hazañas...

Un lanchero del río Paraná, el paraguayo José Félix Bogado, fascinado por San Martín, se incorporó en San Lorenzo a los Granaderos; acompañó luego a su jefe en las campañas de Chile y el Perú; prosiguió sus servicios a las órdenes de Bolívar, más allá del Ecuador; y volvió al Plata después de Ayacucho, trayendo la bandera de su regimiento después de doce años de fatigas por la libertad.

Aquel modesto soldado, ya ascendido a coronel, volvió casi desnudo y con la bandera convertida en andrajos.

Bogado regresó en 1826 con sólo siete granaderos de los que salieron con San Martín; eran los últimos restos del Ejército de los Andes, —cien hombres a lo más—. Volvían de su campaña continental después de haber combatido desde el Plata hasta Quito durante doce años. Las armas que traían fueron depositadas en el Retiro y se las guardó en una caja de cedro con una inscripción en bronce que decía: "Armas de los libertadores de Chile, Perú y Colombia". Colombia también, puesto que habían triunfado en Río Bamba, Pichincha, Junín y Ayacucho, cooperando en la acción bolivariana.

El combate de San Lorenzo fué el punto de arranque de esa carrera triunfal en que palpita el generoso espíritu sanmartiniano.

ROJAS: Ricardo Rojas nació en Tucumán en 1882. La gigante serie de sus obras es el pedestal de toda una vida entregada a la historia, la crítica literaria, el folklore, la poesía, el teatro, la oratoria y el periodismo. La "Historia de la literatura argentina" es su obra más importante, entre otros muchos títulos de prosa y verso. Honra la cátedra universitaria, fué rector de la Universidad, dirige colecciones de obras literarias e históricas, institutos de investigación, múltiple y fecunda actividad que le pone muy por encima de todo elogio cuanto más de cualquier agravio. Obra es la suya de gran contenido espiritual, como es su vida ejemplar en todo sentido.

"EL SANTO DE LA ESPADA", por Ricardo Rojas: El Santo de la Espada es el general San Martín; santo porque la libertad fué para él un apostolado. En tres capítulos titulados: "Iniciación", "Hazaña" y "Renunciamiento", el autor nos lleva por la vida del gran capitán desde su nacimiento en las selvas misioneras hasta las costas de Francia donde entra a la inmortalidad. En esos tres capítulos, bellamente escritos, San Martín vive, lucha, sufre y muere como un santo.

DOMINGO F. SARMIENTO.
Argentino, 1811-1888.

DISCURSO DE LA BANDERA

Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo ni hipogrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad, un laurel para las nobles virtudes: he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo nosotros, como República y harán extensivo a todas estas regiones, como Nación, nuestros hijos.

De "RECUERDOS DE PROVINCIA"

El Hogar Paterno

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados

donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera, fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que multiplicándose, daban su contribución al cumplimiento y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo, abrillantado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y otros varios arbustillos florescentes. Así se realizaban en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas y loza-

nas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, tomadas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconsillo en que se ensayaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas. principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres y establecerse en seguida en sus telas, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

Para completar este menaje, debo traer a colación dos personajes accesorios: la Toribia, una zamba criada en la familia; la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de esa señora, el ayo que nos crió a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera, y el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió joven, abrumada de hijos, especie de vegetación natural de que no podía prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después, no sólo en la economía doméstica, sino en el corazón de mi madre; porque eran dos amigas ama y criada, dos compañeras de trabajo, que discurrían entre ambas los medios de mantener la familia; reñían, disputaban, disentían y cada una seguía su parecer en ambas conducentes al mismo fin. ¡Qué pensar en sorprender a la cocinera los

niños de vuelta de la escuela, con su mendruguillo de pan escondido, introduciéndonos en vía y forma de visita, para soparlo en el caldo gordo del puchero! Si el tiro se lograba, era preciso tener listas las piernas y correr sin mirar para atrás hasta la calle, so pena de ser alcanzado por el más formidable cucharón de palo que existió jamás, y que se asentó por lo menos treinta veces en mi niñez sobre mis frágiles espaldas. La otra era ña Cleme, el pobre de la casa; porque mi madre, como la Rigoleta de Sué, que *no se mezquinaba nada*, tenía también sus pobres a quienes ayudaba con sus desperdicios a vivir. Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual, y un mendigo. Sentábanse mi madre y ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas y cebollas, y cuando la infeliz quería pedir su limosna, devía invariablemente: *pues vóyeme yo*, frase que repetía hasta que algún harapo caído en desuso, en consideración a sus muchos servicios, alguna cemita redonda y sabrosa, una vela, si las había en casa, unos zapatos viejos, y allá por muerte de un obispo, un medio en plata, a falta de menores subdivisiones de la moneda, acudían a hacer cierto e inmediato el sacramental *vóyeme yo*, que no era al principio más que una voz preventiva.

Según he podido barruntar, aquella ña Cleme, india pura, renegrida por los años que contaba por setenta, habitante de los confines del barrio de Puyuta, había sido en sus mocedades querida de uno de mis deudos maternos, cuyas relaciones pecaminosas dejaban traslucir los ojos celestes y la nariz prominente y afilada de sus hijas. Lo que había de más notable en esta vieja, es que se la creía bruja, y ella misma trabajaba en sus conversaciones por darse aire de tal bruja, y confirmar la creencia vulgar. ¡Rara flaqueza del espíritu humano, qué después el conocimiento de la historia me ha hecho palpar! Más de tres mil de los brujos de Logroño, que quemó por centenares la inquisición, y los de Marvland en Norte América, se confesaban y ostentaban brujos de profesión, y estaban contestes en sus declaraciones sobre el conciliábulo, el cabro negro por los aires, y esto en presencia de los suplicios a que la imbecilidad de los jueces los condenaba. Tenemos decididamente una necesidad de llamar la atención sobre nosotros mismos, que hace a los que no pueden más de viejos, rudos y pobres, hacerse brujos; a los osados sin capacidad, volverse tiranos crueles; y a mí acaso, perdónemelo Dios, el estar escribiendo estas páginas. Ña Cleme contaba sus historias en casa, escuchábala mi madre con indulgencia y fingiendo asentimiento para no mortificarla; atisbábamos nosotros sus misteriosas palabras, hasta que cuando se había alejado, mi madre hacía farsa de los cuentos de la vieja, y disipaba con un buen sentido los gérmenes de la superstición que hubiesen podido abrigarse en nuestras almas, para lo que venía, si el

caso lo hacía necesario, el texto favorito, las pláticas del inolvidable cura Castro, que había perseguido a las brujas y desacreditádolas en San Juan, a punto de no causar su trato inquietud ninguna. No fué nunca perseguida ña Cleme por sus creencias religiosas a este respecto, aunque lo fueron más tarde y en épocas no muy remotas, varias brujas del barrio de Puyuta, afamado hasta hoy en la creencia del vulgo por servir de escondite a varias sectarias del maldito. No hace, en efecto, doce o catorce años que la policía, eran los federales los que mandaban, anduvo en pesquisas tras de un hecho de embrujamiento, sacando en limpio un enredo de cuentos, que dejaron perplejas a las autoridades. Hablábase mucho en el pueblo de una muchacha bruja, y la policía quiso averiguar la verdad del caso. Al efecto, trajeron a la acusada, y, en presencia de numerosos testigos, se confesó en relación ilícita con el diablo; y como se preparasen a azotarla, no dice la historia si por su imprudente descaro, o para corregirla de sus malos hábitos, dijo llorando: "¡es bueno que me castigan a mí que soy pobre! A fe que no han de castigar a doña Teresa Funes (mi tía), a doña Bernarda Bustamante", y otras respetables señoras, ancianas que fué nombrando, y que, según declaró, asistían los sábados al campo santo, donde se practicaban los ritos consabidos de la brujería. Espantados y boquiabiertos hubieron de quedarse al oír nombres tan respetables, y temerosos de cometer una grave injusticia, dejaron escapar a la taimada, dejando en muy mal olor, en el concepto de muchos, la reputación de aquellas matronas. ¡Qué sabemos, pues, en cosas tan escondidas!

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, a no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomados en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera; y cuanta fabricación femenil requería habilidad consumada, fué siempre encomendada a estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza, y deja poquísimo dinero. El confesado intento de denigrarme, de un escritor chileno, se detuvo hace algunos años en presencia de aquellas virtudes, y pagó su tributo de respeto a la laboriosidad respetable de mis hermanas, no sin sacar partido de ello para hacer de mí un contraste.

Nuestra habitación permaneció tal como la he descrito, hasta el momento en que mis dos hermanas mayores llegaron a la edad núbil, que entonces hubo una revolución interior que costó dos años de debates, y

a mi madre gruesas lágrimas al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos que no eran aquéllos de la existencia colonial de que ella era el último y más acabado tipo.

Son vulgarísimos y pasan inadvertidos los primeros síntomas con que las revoluciones sociales que opera la inteligencia humana en los grandes focos de civilización, se extienden por los pueblos de origen común, se insinúan en las ideas y se infiltran en las costumbres. El siglo XVIII habría brillado sobre la Francia y minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias, y aún suscitando odio y desprecio por las cosas hasta entonces veneradas; sus teorías políticas trastornado los gobiernos, desligado la América de España, y abierto sus colonias a nuevas costumbres y a nuevos hábitos de vida. El tiempo iba a llegar en que había de mirarse de mal ojo y con desdén la industriosa vida de las señoras americanas, propagarse la moda francesa, y entrar el afán en las familias de ostentar holgura, por la abundancia y distribución de las habitaciones, por la hora de comer retardada de las doce del día en punto, a las dos, y aún a las cuatro de la tarde. ¿Quién no ha alcanzado a alguno de esos buenos viejos del antiguo cuño, que vivían orgullosos de su opulencia en un cuarto redondo, con cuatro sillas pulverulentas de baqueta, el suelo cubierto de cigarros, y la mesa por todo adorno con un enorme tintero, erizado de plumas de pato, si no de cóndor, sobre cuyos cañones, de puro antiguas, se habían depositado cristalizaciones de tinta endurecida? Este ha sido, sin embargo, el aspecto general de la colonia, este el mensaje de la vida antigua. Encuéntrasele descrito en las novelas de Walter Scott o de Dumas, y vense frecuentes muestras vivientes aún en España y en la América del Sur, los últimos de entre los pueblos viejos que han sido llamados a rejuvenecerse.

Estas ideas de regeneración y de mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII, ¡quién lo creyera! entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas a la edad en que la mujer siente que su existencia está vinculada a la sociedad, que tiene objeto y fin esa existencia, empezaron a aspirar las partículas de ideas nuevas, de belleza, de gusto, de vida confortable, que traía hasta ellas la atmósfera que había sacudido y renovado la revolución. Las murallas de la común habitación fueron aseadas y blanqueadas de nuevo, cosa a que no había razón de oponer resistencia alguna. Entróles la manía de destruir la tarima que ocupaba todo un costado de la sala, con su *chuse* y sus cojines, diván como he dicho antes, que nos ha venido de los árabes, lugar privilegiado en que sólo era permitido sentarse a las mujeres, y en cuyo espacioso ámbito, reclinadas sobre almohadones (palabra árabe), trababan visitas y dueños de casa, aquella bulliciosa

charla que hacía de ellas un almácigo parlante. ¿Por qué se ha consentido en dejar desaparecer el estrado, aquella poética costumbre oriental, tan cómoda en la manera de sentarse, tan adecuada para la holganza femenil, por sustituirle las sillas en que una a una y en hileras, como soldados en formación, pasa el ojo revista en nuestras salas modernas? Pero aquel estrado revelaba que los hombres no podían acercarse públicamente a las jóvenes, conversar libremente, y mezclarse con ellas, como lo autorizan nuestras nuevas costumbres, y fué sin inconveniente repudiado por las mismas que lo habían aceptado como un privilegio suyo. El estrado cedió, pues, su lugar en casa a la silla, no obstante la débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un extremo a tomar mate por las mañanas, con su brasero y caldera de agua puestos enfrente en el piso inferior, o a devanar sus madejas, o bien a llenar sus canillas de noche, para la tela del día siguiente. No pudiendo habituarse a trabajar sentada en alto, hubo de adoptar el uso de una alfombra, para suplir la irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos años.

El espíritu de innovación de mis hermanas atacó en seguida aquellos objetos sagrados. Protesto que yo no tuve parte en este sacrilegio que ellas cometían, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la ley. Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, Santo Domingo, San Vicente de Ferrer, afeaban decididamente la muralla. Si mi madre consintiera en que los descolgasen y fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba un nuevo aspecto de modernidad y de elegancia refinada, porque era bajo seductora forma del buen gusto, que se introducía en casa la impiedad iconoclasta del siglo XVII. ¡Ah! ¡cuántos estragos ha hecho aquel error en el seno de la América Española! Las colonias americanas habían sido establecidas en la época en que las bellas artes españolas enseñaban con orgullo a la Europa, los pinceles de Murillo, Velázquez, Zurbarán, a par de las espadas del duque de Alba, del gran Capitán y de Cortés. La posesión de Flandes añadía a sus productos los del grabado flamenco, que dibujan en toscos lineamientos y con crudos colores las escenas religiosas que hacían el fondo de la poesía nacional. Murillo en sus primeros años hacía facturas de vírgenes y santos para exportar a la América; los pintores subalternos le enviaban vidas de santos para los conventos, la pasión de Jesucristo en galerías inmensas de cuadros, y el grabado flamenco, como hoy la litografía francesa, ponía al alcance de las fortunas moderadas cuadros del hijo pródigo, vírgenes y santos, tan variados como puede suministrar tipos el calendario. De estas imágenes estaban tapizadas las murallas de las habitaciones de nuestros padres, y no pocas veces entre tanto mamarracho, el ojo ejercitado del artista podía descubrir algún lienzo de manos de maestro. Pero la revolución venía ensañándose contra los emblemas religiosos. Ignorante y ciega en sus anti-

patías, había tomado entre ojos la pintura, que sabía a España, a colonia, a cosa antigua e inconciliable con las buenas ideas. Familias devotísimas escondían sus cuadros de santos, por no dar muestras de mal gusto en conservarlos, y ha habido en San Juan y en otras partes, quienes, remojándolos, hicieron servir sus lienzos mal despintados para calzones de los esclavos. ¡Cuántos tesoros de arte han debido perderse en estas estúpidas profanaciones de que ha sido cómplice la América entera, porque ha habido un año o una época al menos, en que por todas partes empezó a un tiempo el desmonte fatal de aquella vegetación lozana de la pasada gloria artística de la España!

Los viajeros europeos que han recorrido la América, de veinte años a esta parte, han rescatado por precios ínfimos obras inestimables de los mejores maestros que hallaban entre trastos, cubiertas de polvo y telarañas; y cuando el momento de la resurrección de las artes ha llegado a América, cuando la venda ha caído de los ojos, las iglesias, los nacientes museos y los raros aficionados, han hallado de tarde en tarde algún cuadro de Murillo que exponer a la contemplación, pidiéndoles perdón de las injusticias de que han sido víctimas, rehabilitados ya en el concepto público, y restablecidos en el alto puesto que les correspondía. No de otra manera y por las mismas causas, una generación próxima venerará el nombre de los unitarios en nuestra patria, vilipendiado hoy por una política estúpida, y aceptado el vilipendio por uno de esos errores vertiginosos que se apoderan de los pueblos. Pero ¡cuántos de los cuadros de aquella escuela culta, habrán desaparecido, y cuán pocos, degradados por las injurias del tiempo, merecerán los honores de la apoteosis, en la resurrección del buen sentido y de la justicia que se les debe!

El mejor estudio que de las bellas artes hice durante mi viaje a Europa, aquel curso práctico de un año consecutivo, pasando en reseña cien museos sucesivamente, me sugirió la idea de escribir a Procesa, el artista capaz de traducir mi pensamiento, para que, tomando las precauciones imaginables, a fin de que no se trasluciese el objeto, recolectase poco a poco los cuadros dispersos, y formase la base de un museo de pintura. ¡Vano empeño! No bien manifestó interesarse en algún cuadro, cuando los que los tenían abandonados en algún aposento obscuro, los hallaron interesantes, ni más ni menos como el labriego que no ha podido deshacerse de sus trigos, si le hacen propuestas de compra, les sube el precio, sospechando que el trigo vale, puesto que lo buscan. Trigo y cuadros se quedan en el granero.

En la capilla de la Concepción había seis cuadros de santos obispos, de buen pincel, que han sido no ha mucho devorados por las llamas. En los Desamparados hay una virgen de pintura y ropajes de la Edad Media.

En San Clemente existía un gran depósito de cuadros sobre asuntos varios, entre los cuales descollaba un Jesús en el huerto, antes de la resurrección. Limpiólo Procesa, restaurólo y después de barnizado a sus expensas, la galantería del donador lo halló digno de su casa, y lo reclamó. Las señoras Morales tienen una Magdalena enviada de Roma por el jesuíta Morales. En casa de los Oros hay un San José de buena escuela italiana; en la casa de los Cortínez un San Juan excelente. En materia de retratos hay pequísimos, pero selectos; el retrato romano del jesuita Godoy, compañero del padre Morales; el de San Martín, feo mamarracho, no tanto, sin embargo, como el que se conserva en el museo de Lima; pero digno de memoria por ser tomado del original; los retratos de los papas León XII y Gregorio XVI, obra ambos del pincel de un pintor napolitano de bastante mérito; el de Pío IX, de mano inhábil y que no pude evitar en Roma fuese enviado a San Juan; y los de los obispos Oro y Sarmiento, de Graz el primero y de Procesa el segundo.

Sobre todo el primero, y aun otros cuadros más que omito, daba a mi hermana desde Roma detalles de ubicación y de asunto. Sobre los retratos de papas y obispos, sugería a mi tío obispo la buena idea de formar una galería de papas, contemporáneos al obispado, y de los obispos de San Juan. Pocos años habrían bastado para enriquecerla de muchos personajes. Hay en San Juan todavía algo que merecería examinarse. Un Miguel Angel americano, si la comparación fuese permitida, ha dejado allí numerosas obras de la universalidad de su talento. Escultor, arquitecto, pintor, en todas partes ha puesto mano. *San Pedro el Pontífice*, la *Nuestra Señora del Rosario del Trono*, como la *Virgen Purísima del Sagrario*, y la *Visitación de Santa Isabel*, son dignas obras del cincel o de la paleta que sucesivamente manejaba; un altar de San Agustín, varios de la catedral, no sé si el mayor, que es obra de gusto, y una torre en el frontis de la iglesia, de bastante mal gusto, es verdad, constituyen las obras de Cabrera, salteño, compañero de Laval, Grande y otros vecinos de aquella ciudad, artistas y ebanistas, no obstante su excelente educación. El obispo de San Juan puede todavía reunir en una galería todas aquellas obras de arte, cuyo mérito principal estaría en formar una colección, y fomentar el naciente arte de la pintura que cuenta, entre aficionados, dos retratistas, Franklin Rawson y Procesa. Una virgen del primero, para reemplazar la de Cabrera muy estropeada, y un Belisario del segundo, pidiendo limosna, víctima de los celos de un tirano, podrían con el tiempo añadirse como ensayos. Pero el mal espíritu que reina allí, como en todas partes, dejará al diente de las ratas y a las injurias el tiempo, expuestos aquellos pobres restos del antiguo gusto por la pintura, que formó parte de la nacionalidad española, y que nosotros hemos repudiado por la ignorancia, y a fuer de malos españoles,

como lo son los que en la Península se han dejado desposeer de uno de sus más claros títulos de gloria.

La lucha se trabó, pues, en casa entre mi pobre madre que amaba a sus dos santos domínicos, como a miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y a las preocupaciones de la época. Todos los días, a cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba a los santos, como si quisieran decirles "¡han de salir para afuera!", mientras que mi madre, contemplándolos con ternura, exclamaba: ¡pobres santos, qué mal les hacen donde a nadie estorban! Pero en ese continuo combate, los oídos se habituaban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque, vista bien la cosa, como objeto de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse a ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco a poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar su brazo a torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió a misa o a una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Los santos estaban ya alojados en el dormitorio, y a juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones, permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro, hasta que al fin el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; y después del estrado y los santos, las miradas cayeron en mala hora sobre aquella higuera viviendo en medio del patio, descolorida y nudosa a fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero, para mi madre, era una cuestión económica, a la par que afectaba su corazón profundamente. ¡Ah! ¡si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía o neutral o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico

se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia, si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaba obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mata del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué éste un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre, las lágrimas asomaron a sus ojos, como la savia del árbol, que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenose la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle, y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra ensenando su copa blanquecina, a medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia.

Después de estas grandes reformas, la humilde habitación nuestra fué lenta y pobremente ampliándose. Tocóme a mí la buena dicha de introducir una reforma sustancial. A los pies de nuestro solarcito, está un terreno espacioso que mi padre había comprado en un momento de holgura. A la edad de diez y seis años, era yo dependiente de una pequeña casa de comercio. Mi primer plan de operaciones y mis primeras economías, tuvieron por objeto rodear de tapias aquel terreno para hacerlo productivo. Esta agregación de espacio puso a la familia a cubierto de la indigencia, sin hacerla traspasar los límites de la pobreza. Mi madre tuvo a su disposición teatro digno de su alta ciencia agrícola; a la higuera sacrificada, se sucedieron en su afección cien arbolillos que su ojo maternal animaba en su crecimiento; más horas del día hubieron de consagrarse a la creación de aquel plantel, de aquella vida de que iba a depender en adelante gran parte de la subsistencia de la familia.

Cuando yo hube terminado esta obra, pude decir en mi regocijo de haber producido un bien: *et vidi quod esset bonum*, y aplaudirme a mí mismo.

DOMINGO F. SARMIENTO.
Argentino, 1811-1888.

De "FACUNDO"

DEL CAPÍTULO I. — *Infancia y juventud de Juan Facundo Quiroga*

> Au surplus, ces traits appartiennent au caractére original du genre humain. L'homme de la nature et qui n'a pas encore appris à contenir ou déguiser ses passions, les montre dans toute leur énergie, et se libre à toute leur impétuosité.
>
> **Alix**, "Histoire de l'Empire Ottoman".

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene de Oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo lugar una vez la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nustros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la travesía a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No era por entonces sólo el hambre y la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba desde un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se le

llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus desvastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un bramido como el del chancho, pero agrio, prolongado, estridente, y sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquél se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que se va, y levantando la vista, divisa a su presa, haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos y en un abrir y cerrar de ojos, sus poderosas manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho: Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya se veía

próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué obra de un segundo. La fiera estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. "Entonces supe lo que era tener miedo", decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

También a él le llamaron *Tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominación, a fe. La frenología o la anatomía comparadas, han demostrado, en efecto, las relaciones que existen entre las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y de algunos animales a quienes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así le llamaron largo tiempo los pueblos del interior, el general don Facundo Quiroga, el excelentísimo brigadier general don Juan Facundo Quiroga, todo eso vino después cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles. Facundo, pues, era de estatura baja y fornido, sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara, poco ovalada, estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente crespa y negra, que subía hasta los pómulos bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme y tenaz.

Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban a fijarse, porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza siempre inclinada, y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Montvoisin. El Caín que representa la famosa compañía Ravel, me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba encerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne el genio de la Francia, y del mameluco obscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto. La sociedad en que nacen da a esos caracteres la manera especial de manifestarse; sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civili-

zada, en unas partes, terribles, sanguinarios y malvados, son en otras su mancha, su oprobio.

Facundo Quiroga fué hijo de un sanjuanino de humilde condición, pero que, avecindado en los Llanos de La Rioja, había adquirido en el pastoreo una regular fortuna. En 1799 fué enviado Facundo a la patria de su padre a recibir la educación limitada que podía adquirirse en las escuelas: leer y escribir. Cuando un hombre llega a ocupar las cien trompetas de la fama con el ruido de sus hechos, la curiosidad o el espíritu de investigación, van hasta rastrear la insignificante vida del niño, para anudarla a la biografía del héroe; y no pocas veces entre fábulas inventadas por la adulación, se encuentran ya en germen en ella los rasgos característicos del personaje histórico.

Cuéntase de Alcibíades, que, jugando en la calle, se tendía a lo largo del pavimento para contrariar a un cochero que le prevenía que se quitase del paso a fin de no atropellarlo; de Napoleón, que dominaba a sus condiscípulos y se atrincheraba en su cuarto de estudiante para resistir a un ultraje. De Facundo se refieren hoy varias anécdotas, muchas de las cuales lo revelan todo entero.

En la casa de sus huéspedes, jamás se consiguió sentarlo a la mesa común; en la escuela era altivo, huraño y solitario; no se mezclaba con los demás niños sino para encabezar actos de rebelión, y para darles de golpes. El *magister*, cansado de luchar con este carácter indomable, se provee una vez de un látigo nuevo y duro, y enseñándolo a los niños aterrados: "éste es, les dice, para estrenarlo en Facundo". Facundo, de edad de once años, oye esta amenaza y al día siguiente la pone a prueba. No sabe la lección, pero pide al maestro que se la tome en persona porque el pasante le quiere mal. El maestro condesciende; Facundo comete un error, comete dos, tres, cuatro; entonces el maestro hace uso del látigo; y Facundo, que todo lo ha calculado, hasta la debilidad de la silla en que su maestro está sentado, dale una bofetada, vuélcalo de espaldas, y entre el alboroto que esta escena suscita, toma la calle y va a esconderse entre ciertos porrones de una viña, de donde no se le saca sino después de tres días. ¿No es ya el caudillo que va a desafiar más tarde a la sociedad entera?

Cuando llega a la pubertad, su carácter toma un tinte más pronunciado. Cada vez más sombrío, más imperioso, más selvático, la pasión del juego, la pasión de las almas rudas que necesitan fuertes sacudimientos para salir del sopor que las adormeciera, domínalo irresistiblemente a la edad de quince años. Por ella se hace una reputación en la ciudad; por ella se hace intolerable en la casa en que se hospeda; por ella, en fin, derrama por un balazo dado a un Jorge Peña, el primer reguero de

sangre que debía entrar en el ancho torrente que ha dejado marcado su paso por la tierra.

Desde que llega a la edad adulta, el hilo de su vida se pierde en un intrincado laberinto de vueltas y revueltas por los diversos pueblos vecinos: oculto unas veces, perseguido siempre, jugando, trabajando en clase de peón, dominando todo lo que se le acerca y distribuyendo puñaladas. En San Juan muéstranse hoy en la esquina de los Godoyes tapias pisadas por Quiroga; en La Rioja las hay de su mano en Fiambalá. El enseñaba otras en Mendoza en el lugar mismo en que una tarde hacía traer de sus casas a veintiséis oficiales de los que capitularon en Chacón, para hacerlos fusilar en expiación de los manes de Villafañe; en la campaña de Buenos Aires también mostraba algunos monumentos de su vida de peón errante. ¿Qué causas hacen a este hombre, criado en una casa decente, hijo de un hombre acomodado y virtuoso, descender a la condición del gañán, y en ella escoger el trabajo más estúpido, más brutal, en el que sólo entren la fuerza física y la tenacidad? ¿Será que el trabajador gana doble sueldo, y que se da prisa para juntar un poco de dinero?

Lo más ordenado que de esta vida obscura y errante he podido recoger, es lo siguiente. Hacia el año 1806 vino a Chile con un cargamento de grano de cuenta de sus padres. Jugólo con la tropa y los troperos, que eran esclavos de su casa. Solía llevar a San Juan y Mendoza arreos de ganado de la estancia paterna, que tenían siempre la misma suerte, porque en Facundo el juego era una pasión feroz, ardiente, que le resecaba las entrañas. Estas adquisiciones y pérdidas sucesivas debieron cansar las larguezas paternales, porque al fin interrumpió toda relación amigable con su familia. Cuando era ya el terror de la República, preguntábale uno de sus cortesanos: "¿Cuál es, general, la parada más grande que ha hecho en su vida?" — "Sesenta pesos" —contestó Quiroga con indiferencia;— acababa de ganar, sin embargo, una de doscientas onzas. Era, según lo explicó después, que en su juventud, no teniendo sino sesenta pesos, los había perdido juntos a una sota.

Pero este hecho tiene su historia característica. Trabajaba de peón en Mendoza en la estancia de una señora, sita aquélla en el Plumerillo. Facundo se hacía notar hacía un año por su puntualidad en salir al trabajo y por la influencia y predominio que ejercía sobre los demás peones. Cuando éstos querían hacer falla para dedicar el día a una borrachera, se entendían con Facundo, quien lo avisaba a la señora, prometiéndole responder de la asistencia de todos al día siguiente, la que

era siempre puntual. Por esta intercesión llamábanle los peones el Padre.

Facundo, al fin de un año de trabajo asiduo, pidió su salario, que ascendía a sesenta pesos; montó en su caballo sin saber adónde iba, vió gente en una pulpería, desmontóse y alargando la mano sobre el grupo que rodeaba al tallador, puso sus sesenta pesos a una carta; perdiólos, y montó de nuevo, marchando sin dirección fija, hasta que a poco de andar, un juez Toledo, que acertaba a pasar a la sazón, lo detuvo para pedirle su papeleta de conchavo.

Facundo aproximó su caballo en ademán de entregársela, afectó buscar algo en su bolsillo, y dejó tendido al juez de una puñalada. ¿Se vengaba en el juez de la reciente pérdida? ¿Quería sólo saciar el encono de gaucho malo contra la autoridad civil y añadir este nuevo hecho al brillo de su naciente fama? Lo uno y lo otro. Estas venganzas sobre el primer objeto que se presentaba, son frecuentes en su vida. Cuando se apellidaba general y tenía coroneles a sus órdenes, hacía dar en su casa en San Juan doscientos azotes a uno de ellos por haberle ganado mal, decía; a un joven doscientos azotes por haberse permitido una chanza en momentos en que él no estaba para chanzas; a una mujer en Mendoza que le había dicho al paso "adiós, mi general", cuando él iba enfurecido porque no había conseguido intimidar a un vecino tan pacífico, tan juicioso, como era valiente y gaucho, doscientos azotes.

Facundo reaparece después en Buenos Aires, donde en 1810 es enrolado como recluta en el regimiento de *Arribeños* que manda el general Ocampo, su compatriota, después presidente de Charcas. La carrera gloriosa de las armas se abría para él con los primeros rayos del sol de Mayo; y no hay duda que con el temple de alma de que estaba dotado, con sus instintos de destrucción y carnicería, Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la suplimidad del objeto de la lucha, habría vuelto un día del Perú, Chile o Bolivia, uno de los generales de la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de la lucha, cipiaron su carrera desde el humilde puesto de soldado. Pero el alma rebelde de Quiroga no podía sufrir el yugo de la disciplina, el orden del cuartel, ni la demora de los ascensos. Se sentía llamado a mandar, a surgir de un golpe, a crearse él solo, a despecho de la sociedad civilizada, en hostilidad con ella, una carrera a su modo, asociando el valor y el crimen, el gobierno y la desorganización. Más tarde fué reclutado para el ejército de los Andes, y enrolado en los *Granaderos a caballo;* un teniente García lo tomó de asistente, y bien pronto la deserción dejó un vacío en aquellas gloriosas filas. Después, Quiroga, como Rosas, como todas estas víboras que han medrado a la sombra de los laureles de la

patria, se ha hecho notar por su odio a los militares de la Independencia, en los que uno y otro han hecho una horrible matanza.

Facundo, desertando de Buenos Aires, se encamina a las provincias con tres compañeros. Una partida le da alcance; hace frente, libra una verdadera batalla, que permanece indecisa por algún tiempo, hasta que, dando muerte a cuatro o cinco, puede continuar su camino, abriéndose paso todavía a puñaladas por entre otras partidas que hasta San Luis le salen al paso. Más tarde debía recorrer este mismo camino con un puñado de hombres, disolver ejércitos en lugar de partidas, e ir hasta la ciudadela famosa de Tucumán a borrar los últimos restos de la República y del orden civil.

Facundo reaparece en los Llanos, en la casa paterna. A esta época se refiere un suceso que está muy válido y del que nadie duda. Sin embargo, en uno de los manuscritos que consulto, interrogado su autor sobre este mismo hecho, contesta: "Que no sabe que Quiroga haya tratado nunca de arrancar a sus padres dinero por la fuerza"; y contra la tradición constante, contra el asentimiento general, quiero atenerme a este dato contradictorio. ¡Lo contrario es horrible! Cuéntase que habiendo negado su padre a darle una suma de dinero que le pedía, acechó el momento en que padre y madre durmieran la siesta, para poner aldaba a la pieza donde estaban, y prender fuego al techo de pajas con que están cubiertas, por lo general, las habitaciones de los Llanos (1).

Pero lo que hay de averiguado es que su padre pidió una vez al gobierno de La Rioja que lo prendieran para contener sus demasías, y que Facundo antes de fugar de los Llanos, fué a la ciudad de La Rioja, donde a la sazón se hallaba aquél, y cayendo de improviso sobre él le dió una bofetada, diciéndole: "¿Usted me ha mandado prender? ¡Tome, mándeme prender ahora!", con lo cual montó en su caballo y partió a galope para el campo. Pasado un año, preséntase de nuevo en la casa paterna, échase a los pies del anciano ultrajado, confunden ambos sus sollozos, y entre las protestas de enmienda del hijo y las reconvenciones del padre, la paz queda restablecida, aunque sobre base tan deleznable y efímera.

Pero su carácter y hábitos desordenados no cambian, y las carreras

(1) Después de escrito lo que precede, he recibido de persona fidedigna la aseveración de haber el mismo Quiroga contado en Tucumán, ante señoras que viven aún, la historia del incendio de la casa. Toda duda desaparece ante deposiciones de este género. Más tarde he obtenido la narración circunstanciada de un testigo presencial y compañero de infancia de Facundo Quiroga, que le vió a éste dar a su padre una bofetada y huir, pero estos detalles contristan sin aleccionar, y es deber impuesto por el decoro apartarlos de la vida.

y el juego, las correrías del campo, son el teatro de nuevas violencias, de nuevas puñaladas y agresiones, hasta llegar al fin a hacerse intolerable para todos e insegura su posición. Entonces un gran pensamiento viene a apoderarse de su espíritu, y lo anuncia sin empacho. El desertor de los *Arribeños*, el soldado de Granaderos a caballo que no ha querido inmortalizarse en Chacabuco y en Maipú, resuelve ir a reunirse a la montonera de Ramírez, vástago de la de Artigas, y cuya celebridad en crímenes y en odio a las ciudades a que hace la guerra, ha llegado hasta los Llanos y tiene llenos de espanto a los gobiernos. Facundo parte a asociarse a aquellos filibusteros de la Pampa, y acaso la conciencia que deja de su carácter e instintos y de la importancia del refuerzo que va a dar a aquellos destructores, alarma a sus compatriotas, que instruyen a las autoridades de San Luis por dónde debía pasar, del designio infernal que lo guía. Dupuy, gobernador entonces (1818), lo hace prender, y por algún tiempo permanece confundido entre los criminales vulgares que las cárceles encierran. Esta cárcel de San Luis, empero, debía ser el primer escalón que había de conducirlo a la altura a que más tarde llegó. San Martín había hecho conducir a San Luis un gran número de oficiales españoles de todas graduaciones de los que habían sido tomados prisioneros en Chile. Sea hostigados por las humillaciones y sufrimientos, sea que previesen la posibilidad de reunirse de nuevo a los ejércitos españoles, el depósito de prisioneros se sublevó un día, y abrió la puerta de los calabozos a los reos ordinarios, a fin de que le prestasen ayuda para la común evasión. Facundo era uno de estos reos, y no bien se vió desembarazado de las prisiones, cuando enarbolando el macho de los grillos, abre el cráneo al español mismo que se los había quitado, hiende por entre el grupo de los amotinados, y deja una ancha calle sembrada de cadáveres en el espacio que ha querido recorrer. Dícese que el arma de que usó fué una bayoneta, y que los muertos no pasaron de tres; Quiroga, empero, hablaba siempre del macho de los grillos y de catorce muertos.

Acaso es ésta una de las idealizaciones con que la imaginación poética del pueblo embellece los tipos de la fuerza brutal que tanto admira; acaso la historia de los grillos es una traducción argentina de la quijada de Sansón, el hércules hebreo; pero Facundo la aceptaba como un timbre de gloria, según su bello ideal, y *macho* de grillos o bayoneta, él, asociándose a otros soldados y presos, a quienes su ejemplo alentó, logró sofocar el alzamiento y reconciliarse por este acto de valor con la sociedad y ponerse bajo la protección de la patria, consiguiendo que su nombre volase por todas partes ennoblecido y lavado, aunque con sangre de las manchas que lo afeaban. Facundo, cubierto de gloria,

mereciendo bien de la patria, y con una credencial que acredita su comportamiento, vuelve a La Rioja, y ostenta en los Llanos, entre los gauchos, los nuevos títulos que justifican el terror que ya empieza a inspirar su nombre; porque hay algo de imponente, algo que subyuga y domina en el premiado asesino de catorce hombres a la vez.

Aquí termina la vida privada de Quiroga, de la que he omitido una larga serie de hechos que sólo pintan el mal carácter, la mala educación y los instintos feroces y sanguinarios de que estaba dotado.

DOMINGO F. SARMIENTO.
Argentino, 1811-1888.

DE "FACUNDO"

CAPÍTULO II. — *Originalidad y caracteres argentinos. — El rastreador. — El baquiano. — El gaucho malo . — El cantor.*

Ainsi que l'océan les steppes remplissent
l'esprit du sentiment de l'infini.
Humboldt.

Si de las condiciones de la vida pastoril, tal como la han constituído la colonización y la incuria, nacen graves dificultades para una organización política cualquiera, y muchas más para el triunfo de la civilización europea, de sus instituciones y de la riqueza y libertad, que son sus consecuencias, no puede, por otra parte, negarse que esta situación tiene su costado poético, fases dignas de la pluma del romancista. Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia; la lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes y originales los caracteres.

El único romancista norteamericano que haya logrado hacerse un nombre europeo, es Fenimore Cooper, y eso porque transportó la escena de sus descripciones fuera del círculo ocupado por los plantadores al límite entre la vida bárbara y la civilizada, al teatro de la guerra en que las razas indígenas y la raza sajona están combatiendo por la posesión del terreno.

No de otro modo nuestro joven poeta Echeverría ha logrado llamar la atención del mundo literario español con su poema titulado *La Cautiva*. Este bardo argentino dejó a un lado a Dido y Arjia que sus predecesores los Varelas trataron con maestría clásica y estro poético, pero sin suceso y sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, y volvió sus miradas al desierto, y allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporcionan a la imaginación el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, inconmensurable, callada, y entonces el eco de sus versos pudo hacerse oír con aprobación aún por la península española.

Hay que notar de paso un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica por qué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera que sean su raza, su origen y su colocación geográfica. Cuando leía en *El último de los Mohicanos* de Cooper, que Ojo de Halcón y Uncas habían perdido el rastro de los Mingos en un arroyo, dice: "van a tapar el arroyo". Cuando en *La Pradera*, el Trampero mantiene la incertidumbre y la agonía mientras el fuego los amenaza, un argentino habría aconsejado lo mismo que el Trampero sugiere, al fin, que es limpiar un lugar para guarecerse, e incendiar a su vez, para poderse retirar del fuego que invade sobre las cenizas del que se ha encendido. Tal es la práctica de los que atraviesan la pampa para salvarse de los incendios del pasto. Cuando los fugitivos de *La Pradera* encuentran un río, y Cooper describe la misteriosa operación del Pawnie con el cuero de búfalo que recoge, va a hacer la *pelota*, me dije a mí mismo: lástima es que no haya una mujer que la conduzca, entre nosotros son las mujeres las que cruzan los ríos con la pelota tomada con los dientes por un lazo. El procedimiento para asar una cabeza de búfalo en el desierto, es el mismo que nosotros usamos para *batear* una cabeza de vaca o un lomo de ternera. En fin, mil otros accidentes que omito, prueban la ver-

dad de que modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes. No es otra la razón de hallar en Fenimore Cooper descripciones de usos y costumbres que parecen plagiadas de la pampa; así hallamos en los hábitos pastoriles de la América, reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y hospitalidad árabes.

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora yo pregunto: ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada? Porque cuanto más se hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que se ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se muere en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

De aquí que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de los mil que caen en torno suyo? La obscuridad sucede después a la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándolas vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginación, del mismo modo que, cuando miramos fijamente el sol, nos queda por largo tiempo su disco en la retina.

Preguntadle al gaucho a quién matan con preferencia los rayos, y

os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y religiosas, mezcladas de hechos naturales, pero mal comprendidas, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádase que si es cierto que el flúido eléctrico entra en la economía de la vida humana, y es el mismo que llaman flúido nervioso, el cual excitado subleva las pasiones y enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imaginación el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa frotada chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

¿Cómo no ha de ser poeta el que presencie esas escenas imponentes?

"Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en la mar.
Doquier campo y heredades
Del ave y bruto guaridas;
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que El sólo puede sondar" (1);

¿o el que tiene a la vista esta naturaleza engalanada?

"De las entrañas de América,
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Las dos entre bosques corren.
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos.
Entre marcos de esmeraldas:
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y le arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja;
Luego en el Guazú se encuentran.
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas,
Se derraman en el Plata" (2).

Pero esta es la poesía culta, la poesía de la ciudad; hay otra que hace oír sus ecos por los campos solitarios: la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho.

() Echeverría. "La Cautiva".
(2) Domínguez.

También nuestro pueblo es músico. Esta es una predisposición nacional que todos los vecinos le reconocen. Cuando en Chile se anuncia por la primera vez un argentino en una casa, lo invitan al piano en el acto, o le pasan una vihuela, y si se excusa diciendo que no sabe pulsarla, lo extrañan y no le creen, "porque siendo argentino", dicen, "debe ser músico". Esta es una preocupación popular que acusa nuestros hábitos nacionales. En efecto, el joven culto de las ciudades toca el piano o la flauta, el violín o la guitarra; los mestizos se dedican casi exclusivamente a la música, y son muchos los hábiles compromisos e instrumentistas que salen de entre ellos. En las noches de verano se oye sin cesar la guitarra en la puerta de las tiendas, y tarde de la noche, el sueño es dulcemente interrumpido por las serenatas y los conciertos ambulantes.

El pueblo campesino tiene sus cantares propios.

El *triste*, que predomina en los pueblos del Norte, es un canto frigio, plañidero, natural al hombre en el estado primitivo de barbarie, según Rousseau.

La *vidalita*, canto popular con coros, acompañado de la guitarra y un tamboril, a cuyos redobles se reune la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces: este canto me parece heredado de los indígenas, porque lo he oído en una fiesta de indios en Copiapó en celebración de la Candelaria, y como canto religioso debe ser antiguo, y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles argentinos. La *vidalita* es el metro popular en que se cantan los asuntos del día, las canciones guerreras; el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por las asociaciones que su canto exige.

Así, pues, en medio de la rudeza de las costumbres nacionales, estas dos artes que embellecen la vida civilizada y dan desahogo a tantas pasiones generosas, están honradas y favorecidas por las masas mismas que ensayan su áspera musa en composiciones líricas y poéticas. El joven Echeverría residió algunos meses en la campaña en 1840 y la fama de sus versos sobre la pampa le había precedido ya; los gauchos lo rodeaban con respeto y afición, y cuando un recién venido mostraba señales de desdén hacia el *cajetilla*, alguno le insinuaba al oído: "es poeta", y toda prevención hostil cesaba al oír este título privilegiado.

Sabido es, por otra parte, que la guitarra es el instrumento popular de los españoles, y que es común en América. En Buenos Aires, sobre todo, está todavía muy vivo el tipo popular español, el *majo*. Descúbresele en el compadrito de la ciudad y en el gaucho de la campaña. El *jaleo* español vive en el *cielito;* los dedos sirven de castañuelas.. Todos los movimientos del compadrito revelan al majo; el movimiento de

los hombros, los ademanes, la colocación del sombrero, hasta la manera de escupir por entre los colmillos, todo es un andaluz genuino.

Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables, que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional. Yo quiero sólo notar aquí algunos que servirán para completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío. Esta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo, de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. "Aquí va, dijo luego, una mulita mora, muy buena... ésta es la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer"... Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arria, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee, le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra dice fríamente: "¡Este es!" El delito está probado y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la disposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encor-

vado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa contesta: "ya no valgo nada; ahí están los niños"; los niños son hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó, vió el rastro ya borrado e imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra en una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya, casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años! El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le suguirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle; porque, comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todas las desigualdades del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atrás. Calíbar lo seguía sin perder la pista: si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: "¡Dónde te *mi-as-dir!*" Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice: "por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!" Entra en una viña, Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo "adentro está". La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas, "no ha salido", fué la breve respuesta que sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado, los auxiliares de afuera prevenidos; en el momento de efectuarla, uno dijo: "¿y Calíbar? —¡cierto!— contestaron los otros anonados, aterrados, — ¡Calíbar!".

Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se

desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

Después del rastreador, viene el *baquiano*, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares de las provincias. El baquiano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmo veinte mil leguas cuadradas de llanura, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo; es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baquiano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia; está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baquiano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado, y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baquiano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más obscuro de la noche, en medio de los bosques o en llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta en la altura en que se halla; monta en seguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en dereseras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur" y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la obscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el baquiano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baquiano se para un momento, reconoce

el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo el sabe, y galopando día y noche llega al lugar designado.

El baquiano anuncia también la proximidad del enemigo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos; y por su espesor cuenta la fuerza: "son dos mil hombre", dice: "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto. El baquiano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más una senda extraviada e ignorada por donde puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que la partida de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baquiano que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileños sin su auxilio, y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baquiano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruido a pedazos, por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inadvertido o insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno el año 1804, y haciendo la guerra a las autoridades entonces como contrabandista, a los contrabandistas después como empleado, al rey en seguida como patriota, a los patriotas más tarde como montonero, a los argentinos como jefe brasileño, a éstos como general argentino, a Lavalleja como presidente, al presidente Oribe como jefe proscrito, a Rosas, en fin, aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco la ciencia del baquiano.

El Gaucho Malo, este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misantropo particular. Es el *Ojo del Halcón*, el Trampero de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos; pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámanle el Gaucho Malo, sin que este epíteto le

desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa, son su albergue los cardales; vive de perdices y *mulitas;* si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demás a las aves montesinas. De repente, se presenta el Gaucho Malo en un pago de donde la partida acaba de salir; conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee *de los vicios,* y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo, y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos porque el que monta el Gaucho es un *parejero* pangaré tan célebre como su amo. Si el acaso le echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo para substraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces se presenta a la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cielito,* y desaparece sin que nadie lo advierta. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa a la niña que ha seducido, y desdeñando las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscrito por las leyes; este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser más despravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo, que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros. El Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entra en la idea del *Churriador;* roba, es cierto, pero ésta en su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior; el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio, contesta: "No hay actualmente caballo así". ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y

examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señas particulares, y convencido de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca.

¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por sus nombres doscientos mil soldados, y recordaba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían. Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre la deuda. Viaja a veces a la Campaña de Córdoba, a Santa Fe. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante; si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

El cantor. Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El cantor anda de pago en pago, "de tapera en galpón", cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez. El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historias, biografía, que el bardo de la Edad Media, y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad oculta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra, que sin cuidarse de lo que tiene a sus piés, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna en sus versos y en su voz. Dondequiera que el cielito enreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino, no bebe, si la música y los versos no le

excitan (1)., y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia a lo lejos dónde se necesita el concurso de gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar cuenta de sendas puñaladas que ha distribuído, una o dos *desgracias* (muertes) que tuvo y algún caballo o alguna muchacha que robó. En 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esa vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas más abajo, tal era la altura de la barranca. El cantor oyó la grita sin turbarse, vióscle de improviso sobre el caballo, y echando un mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos clávale las espuelas. Algunos instantes después se veía salir de las profundidas del Paraná, el caballo sin freno, a fin de que nadase con más libertad, y el cantor, tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho metros, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de algún afamado malévolo, parécese al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, eleván-

(1) No es fuera de propósito recordar aquí las semejanzas notables que representan los argentinos con los árabes. En Argel, en Orán, en Máscara y en los aduares del desierto, vi siempre a los árabes reunidos en cafés, por estarles completamente prohibido el uso de los licores, apiñados en derredor del cantor, generalmente dos, que se acompañan de la vihuela a dúo, recitando canciones nacionales plañideras como nuestros tristes. La rienda de los árabes es tejida de cuero y con azotera como las nuestras; el freno de que usamos, es el freno árabe y muchas de nuestras costumbres revelan el contacto de nuestros padres con los moros de la Andalucía. De las fisonomías no se hable: algunos árabes he conocido que jurara haberlos visto en mi país. — ("Nota de la edición de 1850").

dose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstos hay muchas composiciones de mérito, que descubren inspiración y sentimiento.

Aun podría añadir a estos tipos originales muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza a la República Argentina. Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde se cuentra el rastreador, el baquiano, el gaucho malo, el cantor. Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situación interior del país, sus costumbres, su organización.

DOMINGO F. SARMIENTO.
Argentino, 1811-1888.

DE "FACUNDO"

CAPÍTULO IX. — *Barranca - Yaco*

Sus relaciones con López de Santa Fe son activas, y tiene además una entrevista en que conferencian ambos caudillos; el gobierno de Córdoba está bajo la influencia de López, que ha puesto a su cabeza a los Reinafé. Invítase a Facundo a ir a interponer su influencia para apagar las chispas que se ha levantado en el norte de la República, nadie sino él está llamado para desempeñar esta misión de paz. Facundo resiste, vacila; pero se decide al fin. El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires y al subir a la galera dirige en presencia de sus amigos sus adioses a la ciudad. "Si salgo bien, dice, agitando la mano, te volveré a ver; ¡si no, adiós para siempre!" ¿Qué siniestros presentimientos vienen a asomar, en aquel momento, su faz lívida, en el ánimo de este hombre inpávido? ¿No recuerda el lector que algo parecido manifestaba Napo-

león al partir de las Tullerías para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada, encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestro de posta acude solícito a pasarla; se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hacer uncir a las varas al mismo maestro de posta. La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara.

Vencido aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa como una exhalación: camina todos los días hasta las dos de la mañana, y se pone en marcha de nuevo a las cuatro. Acompáñale el doctor Ortiz, su secretario y un joven conocido, a quien a su salida encontró inhabilitado de ir adelante por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta a que llega hace preguntar inmediatamente: "¿a qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires? —Hace una hora—. ¡Caballos sin pérdida de momento!" grita Quiroga, y la marcha continúa. Para hacer más penosa la situación, parecía que las cataratas del cielo se habían abierto; durante tres días la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdicción de Santa Fe la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia, cuando en la posta de Pavón sabe que no hay caballos, y que el maestro de posta está ausente. El tiempo que pasa antes de procurarse nuevos tiros, es una agonía mortal para Facundo, que grita a cada momento: ¡caballos! ¡caballos! Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver a este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores, al parecer quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: "si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demás". En el paso del Río III acuden los gauchos de la vecindad a ver al famoso Quiroga, y pasan la galera punto menos que a hombros.

Ultimamente llega a la ciudad de Córdoba a las nueve y media de la noche, y una hora después del arribo del chasque de Buenos Aires, a quien ha venido pisando desde su salida. Uno de los Reinafé acude a la posta donde Facundo está aún en la galera pidiendo caballos, y no hay en aquel momento; salúdalo con respeto y efusión, suplícale que pase la noche en la ciudad donde el gobierno se prepara a hospedarlo dignamente. ¡Caballos necesito! es la breve respuesta de Quiroga; ¡caballos! replica a cada nueva manifestación de interés o de solicitud de parte de Reinafé,

que se retira al fin humillado, y Facundo parte para su destino a las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entretanto, estaba agitada por los más extraños rumores; los amigos del joven que ha venido por casualidad en compañía de Quiroga y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel a visitarlo. Se admiran de verlo vivo, y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinos son N. y N.; las pistolas han sido compradas en tal almacén; han sido vistos N. y N. para encargarse de la ejecución y se han negado. Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo, y hace abortar todos los preparativos. Jamás se ha premeditado un atentado con más descaro; toda Córdoba está instruída de los más mínimos detalles del crimen que el gobierno intenta; y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga, en tanto, llega a su destino, arregla las diferencias entre los gobernantes hostiles y regresa por Córdoba a despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos, y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas a su paso por La Rioja, arma las ocho provincias que están bajo su influencia?

Quiroga lo sabe todo, aviso tras aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado, sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. ¡A Córdoba! grita a los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuese el término de su viaje (1)

(1) En la causa criminal seguida contra los cómplices en la muerte de Quiroga, el reo Cabanillas declaró en un momento de efusión, de rodillas, en presencia del doctor Maza (degollado por los agentes de Rosas) que él no se había propuesto sino salvar a Quiroga; que el 24 de Diciembre había escrito a un amigo de éste, un francés, que le hiciese decir a Quiroga que no pasase por el Monte de San Pedro, donde él estaba aguardándolo con veinticinco hombres para asesinarlo por orden de su gobierno; que Toribio Junco (un gaucho de quien Santos Pérez decía: hay otro más valiente que yo, es Toribio Junco), había dicho al mismo Cabanillas, que observando cierto desorden en la conducta de Santos Pérez, empezó a acecharlo, hasta que un día lo encontró arrodillado en la capilla de la Virgen de Tulumba, con los ojos arrasados en lágrimas; que, preguntándole la causa de su quebranto, le dijo: estoy pidiendo a la Virgen me ilumine sobre si debo matar a Quiroga, según me lo ordenan, pues me presentan este acto como convenido entre los gobernadores López, de Santa Fe, y Rosas, de Buenos Aires, único medio de salvar la República. — ("Nota de la edición de 1851").

Antes de llegar a la posta de Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón que se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela, y le pregunta lo que se le ofrece. —Quiero hablar al doctor Ortiz. Desciendo éste, y sabe lo siguiente: en las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacer fuego de ambos lados, y matar en seguida de postillón arriba; nadie debe escapar, ésta es la orden. El joven, que ha sido en otro tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido a salvarlo, tiene caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario, asustado, pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad. Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga. "No ha nacido todavía, le dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida mañana se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado".

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniatado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba a mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros en la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiosa para el infeliz secretario, que va a una muerte cierta e inevitable, y que carece del valor y de la temeridad que anima a Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más cuanto que, siendo por fortuna sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos, porque, si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía, si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquella en que un triste deber, el de acompañar a un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla (1).

El doctor Ortiz llama aparte al maestro de posta y le interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que han

(1) Tuve estos detalles del malogrado doctor Piñero, muerto en 1846, en Chile, pariente del doctor Ortiz, compañero de viaje de Quiroga desde Buenos Aires hasta Córdoba. Es triste necesidad, sin duda, no poder citar sino los muertos en apoyo de la verdad. — ("Nota de la edición de 1851").

recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va a oír! Santos Pérez ha estado allí con una partida de treinta hombres una hora antes de su arribo, van todos armados de tercerola y sable, están ya apostados en el lugar designado, deben morir todos los que acompañan a Quiroga: así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestro de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano no altera en nada la determinación de Quiroga, que después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme profundamente.

El doctor Ortiz gana también la cama, para no dormir, sino para acordarse de su esposa, de sus hijos a quienes no volverá a ver más. Y todo ¿por qué? Por no arrostrar el enojo de un temible amigo, por no incurrir en la tacha de desleal. A medianoche la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase y va a buscar a su confidente. "¿Ducrme, amigo? le pregunta en voz baja. — ¡Quién ha de dormir, señor, con esta cosa tan horrible! — ¿Conque no hay duda? ¡Qué suplicio el mío! — ¡Imagínese, señor, como estaré yo, que tengo que mandar a dos postillones, que deben ser muertos también. Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... ¿a quién mandaré? ¡a hacerlo morir inocentemente!

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo por salvar su vida y la de su compañero; despierta a Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica. Quiroga manda a su asistente, que es un valiente negro, a que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera y las cargue; a esto se reducen todas sus precauciones.

Llega el día por fin y la galera se pone en camino. Acompáñanle, además del postillón que va en el tiro, el niño aquel, dos correos que han reunido por casualidad y el negro que va a caballo.

Llega al punto fatal, y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir a nadie: los soldados se echan sobre ella con los sables desnudos y en un momento inutilizan los caballos, y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace por el momento vacilar a aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la pregunta de Quiroga: "¿Qué significa esto?", recibe por toda contestación un balazo en un ojo, que lo deja muerto.

Entonces Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado secretario y manda, concluída la ejecución, tirar hacia

el bosque la galera llena de cadáveres con los caballos hechos pedazos y el postillón que con la cabeza abierta se mantiene aún a caballo. — ¿Qué muchacho es éste? — pregunta viendo al niño de la posta, único que quedaba vivo. — Este es un sobrino mío —, contesta el sargento de la partida; —yo respondo de él con mi vida. — Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo, y en seguida desmontándose toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro.

Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza a Santos Pérez. Después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto entre las breñas de las rocas o en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si a la vacilante luz de las estrellas se aventura a salir de su guarida, sus miradas inquietas se hunden en la oscuridad de los árboles sombríos para cerciorarse de que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño; y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, lo arredra ver venir por el que él deja, al niño animando su caballo. Facundo decía también que un solo remordimiento lo aquejaba: ¡la muerte de los veintiséis oficiales fusilados en Mendoza!

¿Quién es, mientras tanto, este Santos Pérez? Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas. Mientras permaneció el general Paz en Córdoba, acaudilló las montoneras más obstinadas e intangibles de la Sierra, y por largo tiempo el pago de Santa Catalina fué una republiqueta adonde los veteranos del ejército no pudieron penetrar. Con miras más elevadas, habría sido el digno rival de Quiroga: con sus vicios, sólo alcanzó a ser un asesino. Era alto de talle, hermoso de cara, de color pálido y barba negra y rizada. Largo tiempo fué después perseguido por la justicia y nada menos que cuatrocientos hombres andaban en su busca.

Al principio los Reinafé lo llamaron y en la casa de gobierno fué recibido amigablemente. Al salir de la entrevista, empezó a sentir una extraña descomposición de estómago, que le sugirió la idea de consultar a un médico amigo suyo, quien, informado por él de haber tomado una copa de licor que se le brindó, le dió un elixir que le hizo arrojar oportunamente el arsénico que el licor disimulaba.

Más tarde, y en lo más recio de la persecución, el comandante Casanovas su antiguo amigo, le hizo significar que tenía algo de importancia que comunicarle. Una tarde, mientras el escuadrón de que el comandante Casanovas era jefe hacía el ejercicio frente de su casa, Santos Pérez se desmonta en la puerta y le dice: — "Aquí estoy, ¿qué quería decirme?

— ¡Hombre! Santos Pérez, pase por acá, siéntese. — ¡No! ¿Para qué me ha hecho llamar?" El comandante, sorprendido así, vacila y no sabe qué decir en el momento. Su astuto interlocutor lo comprende y arrojándole una mirada de desdén y volviéndole la espalda, le dice: "¡Estaba seguro de que quería agarrarme por traición! He venido por convencerme, no más". Cuando se dió orden al escuadrón de perseguirlo, Santos había desaparecido. Al fin una noche lo apresaron dentro de la ciudad de Córdoba, por una venganza femenina.

Había dado de golpes a la querida con quien dormía: ésta, sintiéndolo profundamente dormido, se levanta con precaución, le toma las pistolas y el sable, sale a la calle y lo denuncia a la patrulla. Cuando despierta, rodeado de fusiles apuntados a su pecho, echa mano a las pistolas, y no encontrándolas: "¡Estoy rendido, dice con serenidad: me han quitado las pistolas!" El día que lo entraron a Buenos Aires, una muchedumbre inmensa se había reunido en la puerta de la casa de gobierno.

A su vista gritaba el populacho: *¡Muera Santos Pérez!* y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: "¡tuviera aquí mi cuchillo!" Al bajar del carro que lo conducía a la cárcel, gritó repetidas veces: "¡Muera el tirano!" Y al encaminarse al patíbulo, su talla gigantesca como la de Dantón, dominaba la muchedumbre, y sus miradas se fijaban de vez en cuando en el cadalso como en un andamio de arquitectos.

El gobierno de Buenos Aires dió un aparato solemne a la ejecución de los asesinos de Juan Facundo Quiroga. La galera ensangrentada y acribillada a balazos estuvo largo tiempo expuesta a examen del pueblo; y el retrato de Quiroga, como la vista del patíbulo y de los ajusticiados, fueron litografiados y distribuídos por millares como también extractos del proceso, que se dió a luz en un volumen en folio. La historia imparcial espera todavía datos y revelaciones para señalar con su dedo al instigador de los asesinos.

SARMIENTO: Domingo Faustino Sarmiento nació en San Juan en 1811. Fueron sus padres doña Paula Albarracín y don Clemente Sarmiento. Él mismo ha contado sabrosos pormenores de su infancia en su bello libro "Recuerdos de provincia". A los cinco años ya concurría a la escuela de la Patria; a los quince, detrás del mostrador de una casa de comercio, embebecíase en la lectura de textos de historia antigua; en 1833, a los 22 años, vivía emigrado en Valparaíso, Chile; por aquel tiempo se hacía despertar todos los días a las dos de la mañana para estudiar el idioma inglés; se emplea luego en una mina, y en las profundidades de la tierra continúa sus duros estudios a la luz parpadeante de un candil. Y a lo largo de los años, en la Argentina, en Chile, en el Paraguay y en el Uruguay, los cuatro pueblos con cuyas banderas pidió que fuese envuelto su cadáver, sigue sus luchas des-

empeñando funciones públicas: director general de escuelas en la provincia de Buenos Aires, plenipotenciario en Chile, Perú y Estados Unidos, gobernador de San Juan, ministro de la nación, senador, presidente... Y mientras crea y organiza el Departamento de Escuelas, el Museo de Historia Natural, el Observatorio Astronómico, las bibliotecas, los colegios nacionales, las escuelas normales, el Colegio Militar, la Escuela Naval y cien institutos más, no por eso abandona la mesa del periodista ni la herramienta del floricultor. Murió en Asunción del Paraguay el 11 de septiembre de 1888.

"RECUERDOS DE PROVINCIA", por Domingo F. Sarmiento: Este libro apareció en 1850. El gran biógrafo de Sarmiento y cultísimo escritor argentino Alberto Palcos, que como nadie ha sabido calar hondo en el genial cerebro y en el gran corazón de este prohombre nuestro, se refiere a "Recuerdos de provincia" en los siguientes términos: "Recuerdos de provincia" señala el punto más alto a que llegó posiblemente Sarmiento. Cautivan la evocación de San Juan, de su infancia y juventud. Hermosas páginas son las dedicadas a los Oro, especialmente a D. Domingo y al historiador Funes. Pero la más lírica entre tantas como brotaron de su pluma es, a no dudarlo, la consagrada al hogar paterno y a la madre. Salvó diestramente los escollos del tema sin caer en vulgaridades ni en "cursilerías". Ningún escritor al exponer su vida ha desplegado tanta ternura y variedad de colorido. Los "recuerdos" perdurarán a no dudarlo. Allí palpita el corazón de una época. Presentados en trazos nerviosos y certeros "viven" todos los personajes que desfilan por esa variada galería. Todo Sarmiento está en los "Recuerdos": bravío, altanero, empeñoso, pero lleno de bondad, de ternura, de piedad. Tras la áspera corteza del luchador palpitaba un corazón de oro, a semejanza de aquellos árboles recios y nudosos por cuyo interior circula una savia fluída y rica. En la literatura castellana, escasa en notas íntimas y tiernas, los "Recuerdos", a despecho de su defectuosa unidad, de su irregular trabazón y del constante autoelogio, son una joya. En cualquier otro idioma lo seguiría siendo por su fresco lirismo, su fondo humano, su varonil franqueza. En "Recuerdos" se respira aire puro de montaña y se asiste a la sabrosa plática de un espíritu superior."

Y aquí dejemos la palabra al propio Sarmiento, quien nos ilustra en el prólogo sobre la materia que en su libro aborda. Dice:

"Mis "Recuerdos de provincia" son nada más que lo que su título indica. He evocado mis reminiscencias; he resucitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la Iglesia, y honraron con su trabajo las letras americanas; he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas sin duda, como aquellas flotantes a que en su desamparo se asen los náufragos, pero que me hacen advertir a mí mismo que los sentimientos morales, nobles y delicados, existen en mí, por lo que gozo en encontrarlos en torno mío, en los que me precedieron, en mi madre, en mis maestros y en mis amigos. Hay una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera: la del patriotismo y el talento. Huélgome de contar en mi familia dos historiadores, cuatro diputados a los congresos de la República Argentina, y tres altos dignatarios de la Iglesia, como otros tantos servidores de la patria que me muestran el noble camino que ellos siguieron. Gusto, a más de esto, de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de

judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua."

"FACUNDO", por Domingo F. Sarmiento: Este libro inmortal como su autor, es una admirable, viva pintura del sueño argentino en 1850, de sus tipos y costumbres. En sus páginas reveladoras cobra especial y definitivo color la pampa con su enorme extensión, su fuerza eterna y la imponderable sugestión de sus peligros; pasan por sobre la inmensa llanura, que el sol caldea y el viento barre, las figuras del indio, los caudillos, Quiroga y Rosas —criaturas y símbolos—, el rastreador, el baquiano, el cantor y el gaucho malo. Ricardo Rojas tiénelo por el "poema épico de la montonera" y la definición es, sin duda, ajustada. Allí se mezclan la historia, la novela, la epopeya, la lírica, la oratoria, la filosofía, teñido todo por el genio del autor, siempre superior a su obra. "Facundo" está organizado en tres cuerpos: la escena, o sea la descripción física y moral del país; la biografía de Quiroga, trazada con despiadada crudeza; y, por fin, a manera de manifiesto político, el ataque contra el tirano Rosas. "El "Facundo" —dice Leopoldo Lugones en su grandiosa "Historia de Sarmiento"— constituye todo el programa de Sarmiento. Sus ideas literarias, su propaganda política, sus planes de educador, su concepto histórico está ahí. Es aquello nuestra gran novela política, nuestro gran estudio constitucional: una obra cíclica. El primer escritor argentino verdaderamente digno de este nombre había nacido. Los "Recuerdos de provincia", libro más sobrio y duradero, el mejor de Sarmiento literariamente hablando, fin de aquella simiente. Representan con "Facundo" la tentativa lograda de hacer literatura argentina, que es decir patria; puesto que la patria consiste ante todo en la formación de un espíritu nacional cuya exterioridad sensible es el idioma."

TOMÁS ALLENDE IRAGORRI.
Argentino, 1881.

ABUELITA

Quién subiera tan alto
como la luna
para ver las estrellas
una por una,
y elegir entre todas
la más bonita
para alumbrar el cuarto
de la abuelita.

ALLENDE IRAGORRI: Tomás Allende Iragorri nació en Córdoba en 1881. Es autor de varios libros de versos. Actualmente se dedica al periodismo. Algunas de sus composiciones en verso han tenido fortuna en la escuela, pues son recitadas y cantadas por nuestros niños.

OLEGARIO VICTOR ANDRADE
Argentino, 1841-1884.

LA VUELTA AL HOGAR

Todo está como era entonces:
la casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas
y las ramas con sus nidos!

Todo está, nada ha cambiado,
el horizonte es el mismo;
lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho!

Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos,
confidentes del secreto
de mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río,
largas horas he pasado
a solas con mis delirios!

Las hojas de esas achiras
eran el tosco abanico,
que refrescaba mi frente
y humedecía mis rizos!

Un viejo tronco de ceibo
me daba sombra y abrigo,
un ceibo que desgajaron
los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
de perfumados racimos,
lo adornaba con sus flores
de pétalos amarillos!

El ceibo estaba orgulloso
con su brillante atavío,
era un collar de topacios
ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros las hojas,
con sus murmullos el río!

¡Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
sus más dulcísimos himnos,
pobre zorzal que venía
a despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
la imagen de mi destino,
viajero de los espacios,
siempre amante y fugitivo!

¡Adiós! —parecían decirme
sus melancólicos trinos;
¡adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo obscuro y sombrío,
los juncos y las achiras
se quejaban al oirlo.

Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo,
muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos!

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
no ya contento y tranquilo;
con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido!

Aquella alma limpia y pura
como un raudal cristalino
es una tumba que tiene
la lobreguez del abismo!

Aquel corazón tan noble,
tan ardoroso y altivo,
que hallaba el mundo pequeño
a sus gigantes designios;

es hoy un hueco poblado
de sombras que no hacen ruido!
Sombras de sueños, dispersos
como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
los sauces, el cielo, el río,
las olas, hojas de plata
del árbol del infinito.

Sólo el niño se ha vuelto hombre,
y el hombre tanto ha sufrido,
que apenas trae en el alma
la soledad del vacío!

EL NIDO DE CONDORES

De *Olegario V. Andrade.*

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio a sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita, cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas veces pasaron a su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante:
"Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
De esta cumbre gigante."

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué a posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdos de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio a su ardimiento
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva
Dando caza a las nubes en Oriente;
O con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana — ¡inolvidable día!
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,—

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelve en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
¡Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente, y desgarró su entraña! (1)

¿Dónde van?, ¿dónde van? ¡Dios los empuja!
¡Amor de patria y libertad los guía;
Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
Van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
Al león hispano asió de la melena
¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: "¡Este es el grande!"
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: "Mirad! ¡Esa es mi gloria!"

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
Y a sus roncos acentos
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno.

(1) Pasaje de los Andes - 23 de enero de 1817.

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó a su oído
Rugidos de marea;
Y descendió a la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en són de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria! (2)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y, desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos.

V

Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores.

(2) Batalla de Chacabuco - 12 de febrero de 1817.

La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que despareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos (3).

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
Tornó soberbio a la nativa cumbre.

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez a sacudir las alas
Y a perderse en las nubes del Oriente.

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores!

(3) Sorpresa de Cancha Rayada - 19 de marzo de 1818.

¡Va a posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce a su paso
Los himnos de victoria,
Volverá a saludarlo como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Este es el grande!

CONSEJO MATERNAL

De *Olegario V. Andrade.*

Ven para acá —me dijo dulcemente
mi madre cierto día
(aun parece que escucho en el ambiente,
de su voz la celeste melodía);—

"ven y dime qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío.

"Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿no sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

"¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
que con un par de besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo."

Yo prorrumpí a llorar. —"Nada —le dije—:
la causa de mis lágrimas ignoro;
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, y lloro!..."

Ella inclinó la frente, pensativa;
se turbó su pupila,
y enjugando sus ojos y los míos,
me dijo más tranquila:

—"Llama siempre a tu madre cuando sufras,
que vendrá muerta o viva:
si está en el mundo, a compartir tus penas,
y si no, a consolarte desde Arriba!"

Y lo hago así cuando la suerte ruda,
como hoy, perturba de mi hogar la calma;
invoco el nombre de la madre amada
y entonces siento que se ensancha el alma.

ANDRADE: Olegario Víctor Andrade nació en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos en 1841. Murió el 20 de octubre de 1882. En sus poemas, salvo rara excepción, todo es grandioso: grandioso el pensamiento que los nutre, grandioso el argumento, grandiosa la forma. Alguna vez, como en "El consejo maternal" y en "La vuelta al hogar", el poeta nos habla confidencialmente, como si se inclinara a nuestro oído; pero, en la casi totalidad de sus cantos, declama en alta voz, como si fuera su propósito hacerse oír por todo el mundo. Así resuena su acento en "El nido de cóndores", donde relata la epopeya del ejército de los Andes; en "Prometeo", glorificación del pensamiento libertado; en "Atlántida", síntesis del pasado y anuncio del porvenir de América; en "El arpa perdida", por cuyas estrofas pasa la noble figura dl poeta Esteben de Luca, primer cantor de Mayo; en "La noche de Mendoza", que rememora las angustias del terremoto que abatió aquella ciudad en 1861; en "San Martín", oda magnífica al Libertador de América.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.
Argentino, 1889.

CANCIÓN INFANTIL

TRISCA EL CABRITILLO

Trisca el cabritillo
por el prado en flor.
(Oigo tu cuchillo,
sacrificador).

¡Corre, trepa, escapa,
que llega y te atrapa!

Sueña la paloma
sobre rama en flor.
(Tu escopeta asoma,
pillo cazador).

¡Parte, vuela, escapa,
que llega y te atrapa!

Mariposa, juegas
cercando la flor.
(Tu malla despliegas,
coleccionador).

¡Vuela, sube, escapa,
que llega y te atrapa!

SOL DE LA MAÑANA

De *Rafael Alberto Arrieta.*

Sol de la mañana,
gloria del invierno.
Por la acera de oro
se aproxima el ciego.

Blanco tiene el iris
de sus ojos, blanco.
Sus pies se resisten,
tantean sus manos.

Junto a mi ventana
se detiene el viejo.
—Cante alguna cosa,
cieguito coplero.

—Sol del caminante,
lumbre de los pobres...
—Ya sé el consonante:
recoja esos cobres.

Por la acera de oro
se encamina el ciego.
Sol de la mañana,
gloria del invierno.

EL SUEÑO

De *Rafael Alberto Arrieta.*

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.
—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues señor, este era el caso...

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras, en el regazo).

ARRIETA: Rafael Alberto Arrieta, uno de los más brillantes cultores del verso y la prosa en nuestro país, nació en Rauch, provincia de Buenos Aires, en 1889. Ha sido llamado "poeta silencioso y transparente". He aquí cómo define su arte el agudo crítico Federico de Onís: "Con pocas palabras, las menos posibles; sin alardes de forma, prefiriendo los metros tradicionales; sin exaltación de sentimientos ni elevación de temas, más bien con freno interior y predilección por lo humilde y cotidiano, los breves poemas de Arrieta son obras de arte de rara elevación, elegancia, delicadeza, precisión y complejidad. Su mesura y serenidad dan a su obra un tono clásico, pero a pesar de sus formas tradicionales, debe más a la poesía inglesa que a la clásica española, y por debajo de su impasibilidad corre una vena sentimental "breve herida, —como ha dicho Gabriela Mistral— que es la inmensa herida humana."

ENRIQUE BANCHS.
Argentino, 1888.

GATO EMBOTADO

Gato Embotado viene y va,
con una mano en la cintura,
con el sombrero
de mosquetero
donde una larga pluma oscura
hace que no y hace que sí.
Por un sendero de alelí
Gato Embotado viene y va;
¿qué pensará?; ¿quién lo sabrá?

Gato Embotado viene y va;
¿pensando en qué?; ¿quién lo sabrá?
En toda Francia
no hay arrogancia
como la "dél"; cuando el acero
saca a brillar, fuerte y ligero,
hasta las ranas, a su paso,
se echan al agua, por si acaso.
Gato Embotado viene y va,
y lo que piensa Dios sabrá.

Gato Embotado viene y va.
Caperucita cruza el prado.
—¡Eh! por aquí nadie ha pasado
sin enseñarme lo tapado:
¡Señora, presto
vuelque su cesto!
—Gato Embotado, buen amigo,
llevo quesillo y pan de trigo.
—Gato Embotado lo verá.

Caperucita abrió el cestillo;
ni pan llevaba ni quesillo;
pero ligero y asustado
salió corriendo un ratoncillo.
Gato Embotado se ha arrojado
y a cuatro patas va tras "dél";
por un ratón perdió el sombrero,
su guante inglés, con él su acero;
y no perdió su buen corcel
porque él usaba andar a pie
por la razón no sé por qué.

BANCHS: Enrique Banchs, el poeta admirable, nació en Buenos Aires en 1888. Hu publicado bellísimos libros, pero hace muchos años que sólo da dispersas composiciones en las hojas de la prensa. En 1907 publicó su primer libro, señalándose como un poeta de grandes posibilidades, juicio que ratificó la aparición sucesiva de "El libro de los elogios", "El cascabel del halcón" y "La Urna". En 1921 se publicó en México una colección de sus "Poemas selectos". Atilio E. Caronno lo ha llamado "El poeta que calla".

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.
Español, 1836-1870.

DEL SALÓN EN EL ÁNGULO OBSCURO...

Del salón en el ángulo obscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: "¡Levántate y anda!"

BÉCQUER: Gustavo Adolfo Bécquer, inmortal autor de las "Rimas", nació en Sevilla en 1836 y bajó al sepulcro en 1870. Nacido en hogar humilde, quedó huérfano a muy temprana edad. A los 17 años se trasladó a Madrid, donde vivió malamente. Fué redactor del periódico "El contemporáneo". Ni la miseria atroz, ni las adversidades sin tregua ni la muerte misma han podido nada contra su arte purísimo. En sus versos reúnese la profundidad de pensamiento, la sutileza del sentir y la perfección de la forma. Las "Rimas", apenas un manojito de páginas, desafían al tiempo y perpetuarán el nombre de su desdichado autor.

ARTURO CAPDEVILA.
Argentino, 1889.

De "LOS ROMANCES ARGENTINOS"

EDICIÓN: EDITORIALES REUNIDAS, S. A. - BUENOS AIRES

PATRIA

Otra vez, otra vez entre luces
azules y blancas
los arcos triunfales
de la fiesta patria.
Y en la fría noche
de las remembranzas
estas muchedumbres
inmensas que pasan.

Algunos vinieron
de grandes distancias:
de Ukranias y Rusias,
de Egiptos y Arabias;
otros de esas tierras
divinas de Italia:
otros de la dulce,
de la dulce Francia;
otros de los lares
de la madre España.

Todos son ahora
linaje del Plata
para enormes hechos
que el destino aguarda.
Trocaron sus cielos,
sus mares, sus playas:
todos sus recuerdos
por una esperanza.

Hijos que tuvieron
las sendas les marcan,
allá por los Andes,
aquí por las pampas:
¡Una vida recta
y una senda clara,
desde los amores
hasta las batallas!

Hoy fué como siempre.
Cañón de la patria
saludó las nubes
cerúleas del alba.
Veintiún cañonazos
oyó la mañana,
todavía en sueños
por las lontananzas.

Veintiún cañonazos
que a misa llamaban,
llamándonos misa
de fe ciudadana.
Se rompió la noche,
se aclaraba el alba,
reía la aurora,
la luz se doraba.

Hoy fué como siempre
para fiesta patria.
Sombras del Cabildo
de la gran jornada,
convocadas fueron
de nuevo a la Plaza.

Hoy fué como siempre.
Cantaban las dianas,
y los regimientos,
a las doce dadas,
a un signo del jefe
presentaron armas.
Nadie se movía,
de piedra las caras,
de bronce los cuerpos,
de hierro las almas.
Juramento heroico
los pechos juraban
y el himno de todos,
por todos cantaba.

Pasad muchedumbres
de la nueva raza,
bajo aquestas luces
azules y blancas.

Pasad, muchedumbres
de la nueva raza.
¡Para todos, gloria!
¡Para todos, patria!

Tal dije yo un día
con voces del alma
por brindar a todos
la dicha más alta.
Mas la patria ahora
sus viejas palabras
por mi verso diga,
linajes del Plata.
De sus nobles fastos
las páginas abra;
los tiempos que fueron
de pronto renazcan.
Mas no solamente
gloriosos de hazañas
entre el incendiado
fragor de las armas.
También llegue el eco
de crónicas gratas,
de bellos decires,
de amables veladas.
No todos clarines
que gritan sus dianas;
también las canciones
y el son de guitarras.

Que así se nos muestre
graciosa la patria,
nuevecita en medio
de aromas de España,
o el año 40
de sangre bañada,
con nosotros llore
sus trágicas lágrimas.

Los tiempos que fueron
cual fueron renazcan;
y al zaguán entremos
de antiguas moradas;
crucemos el patio
tan lleno de plantas,
que al pasar pasamos
rozando sus ramas.
Asiento nos brinde
familiar la sala;
suene el pianoforte,
comience la danza;
o rompa el silencio
la niña que canta.

Los tiempos que fueron
cual fueron renazcan.

Varones de antaño
que nos disteis patria,
gozad vuestros goces,
vivid vuestras ansias;
dejad esas tiesas
posturas de estampas;
guardad los arreos,
descanse la espada.
Llegad a la mesa;
yantad en confianza;
decid vuestras cosas,
tan simples y llanas;
vivid vuestras penas
y dichas amadas.
La ciudad es vuestra;
como era miradla.
Andad esas calles,
cruzad esas plazas;
vivid cual entonces...
¡Renació la patria!

Los tiempos que fueron
ya aquí se levantan,
para que los hijos
de extranjeras razas
con que hacer debemos
linaje del Plata,
aspiren dichosos
fragancias de patria.

Y pues que no oyeron
contar en sus casas,
de abuelos y abuelas
historias lejanas,
que son de los pueblos
la esencia y el alma,
en mi verso escuchen
la voz legendaria.

¡Y va de romances,
linajes del Plata!

ROMANCE DE LAS BODAS DE REMEDITOS

De *Arturo Capdevila.*

En este intervalo había tomado San Martín por esposa a doña María de los Remedios Escalada, bella joven perteneciente a una de las más distinguidas familias del país.
(*Mitre: "Historia de San Martín", cap. III*).

Remeditos, Remeditos,
¡cómo le sienta de bien
al capullo de la rosa
la vecindad del laurel!
La niña cuenta quince años;
treinta y cuatro cuenta él;
pero un día se prendaron
la niña y el coronel.

Doña Tomasa, la madre,
no lo quería creer.
Y el padre... Mucho le plugo
a don Antonio José.
Se prendaron y se casan.
—¿Va a las bodas su merced?
(Era en el mes de setiembre,
y en el año 12 fué.)

Remeditos, ojos negros;
toda de buen parecer.
Caballero misterioso
y señor mundano él.
Sabe contar de batallas
y de amoríos también:
que tenía sus Madriles
como tuvo su Bailén.
Parla de lejanas tierras
y habla, si quiere, en francés:
que este San Martín es hombre
de los que valen, a fe.
Sabe las cosas de España
como otro no ha de saber.
Cosas de la Reina, muchas...
y tristes lances del Rey.

—De oírle contar historias,
que las contaba tan bien,
—María de los Remedios
confiesa— me enamoré.

—¿De qué mas te enamoraste,
si es que se puede saber?
—De sus ojos... de sus ojos...
—¿De qué más?...
—De no sé qué.

A mediodía la misa
de las bendiciones fué.
Pálida estaba la niña
en lo blanco de la tez.
Médicos tenían dicho:
—Cuidemos su palidez.
Mas día es éste de amores;
no de médico ha de ser:
y en la casa de la novia
una gran fiesta ha de haber.
Preguntándose andan todos:
—¿Va a las bodas su merced?

☆

Los viejos que van llegando
dicen una y otra vez
ante el capullo de rosa,
ante el gallardo laurel:
—Una tarde para bodas,
que mejor no puede ser.
—¡Bendiciones, Remeditos!
—Parabienes, don José...
Y se aleja cada uno
con un aire de marqués.

Ya ocupaban las matronas
sofáes y canapés,
y entre sorbete y sorbete
unían su parecer:
—Quien se case con guerrero
no le quiera retener...
Mas por aquellos Madriles
que dicen de don José,
ni sacaban mal agüero,
ni comprendieran por qué,
pues en conyugales trances
era aqueste su saber:
—Siempre el hombre sale bueno
cuando es buena la mujer.
Y el hombre a decir: Lo mando.
Y la que se casa: Amén.

En esto pasaba el novio
saludando muy cortés.
La más anciana le llama
y allí le dice muy bien,
con sentencioso abanico
del siglo que ya se fué:
—Es verdad que quien se case
con guerrero como usted
no debe soñar siquiera
con quererle retener;
mas, por la dicha de ese ángel,
cuando en campaña no esté,
llévelo el novio sabido,
no lo olvide el coronel:
que del cuartel a la casa
y de la casa al cuartel.

Nada de tertulias, niño,
si con ella no ha de ser;
y por la acera de enfrente
en la esquina del café.

Discreto sonríe el novio.
Promete que así ha de ser.

Ya sabéis los años de ella:
ya sabéis los años de él.
Sólo quince Remeditos
y hasta treinta y cuatro él.
—Pero allá en la vicaría,
acertó a quitarse tres.

Ved, mientras tanto, la fiesta
que es cosa digna de ver.

De oficiales granaderos
con una suelta esbeltez,
allá están los Escalada:
don Mariano y don Manuel,
entre damitas vestidas
al nuevo gusto francés.
—¿Y aquélla, tan española?
—La de Alvear seguro que es:
Carmencita Quintanilla;
la boca, como un clavel.

—¿Y el señor dueño de casa?
Allí mismo le tenéis.
Algo guarda su persona,
algo queda en todo él,
de los tiempos de la Audiencia,
de cuando era canciller.
Tal respeto le granjean
su decencia y su honradez
que por todas las facciones
se le quiere mucho y bien,
por más que anden ya las gentes:
Mátame, te mataré.

☆

—Coronel, tres granaderos
preguntan por su merced.
A nombre del regimiento
dicen que vienen los tres.
Alza el coronel las cejas:
que no lo puede entender.
Esa negra del recado
ya le dice para qué.
—Es que un presente de bodas
le vienen aquí a traer
El novio y la novia salen
a recibirlos muy bien.

Trayendo el obsequio vienen
y con él su parabién;
regalo como de pobres,
pero que hace enternecer:
unos pañuelos bordados
—consejo muy fino fué—
con la R. de Remedios
y la J. de José.

Allí les dieron las gracias
muy alegres, ella y él.
Después dice Remeditos
que les va a corresponder:
que quiere servirles vino
de los que trajo el inglés
en las bodegas de Popham
por mil ochocientos seis.
Los tres alzaron los vasos
y allá brindaron los tres:
—¡Por la niña coronela!
¡Por el señor coronel!

Nada perdía la Patria
con un brindis como aquél.
Nada siquiera el pimpollo,
nada tampoco el laurel.

Se cuadraron los soldados,
la venia hicieron los tres,

y a los salones tornaron
la niña y el coronel.

☆

Y ahora sí que la fiesta
se puso digna de ver.
Ya suena en el pianoforte
la gavota o el minué.
Por las salas, por los patios,
gentes de pomposo tren.
Allá Mariquita Thompson,
allá Ramona Esquivel;
allá, la risa en los labios,
tanta doncella y doncel.
—¿María Sánchez de Thompson,
dijisteis? ¿Cuál de ellas es?
Aquélla a quien la saludan
de madama Sevigné;
esa del alto peinado
que a todos rinde a sus pies.

Mas los viejos preferían
tomar a gusto el rapé,
mientras suena el pianoforte
ya gavota, ya minué.
Allá están en sus butacas,
que no se quieren mover
de aquel salón tan guardado,
en cuya blanca pared
unos cuadros de familia
se ven amarillecer.

Conversaban, conversaban
cosas graves de saber:
de esas de Montevideo
y de Gaspar Vigodet.
Alvear jura por su espada
que la plaza ha de caer.
Se ufanan de que lo diga
mozo de tanto valer.
Cuando se va dice un viejo:
—Éste... será brigadier.

Y como entraban las negras
con ese su modo fiel,
trayendo en anchas bandejas
panales con aguamiel,
allá bebieron los viejos
dejando un punto el rapé.

Fué entrando después la noche;
luces hubo que traer.
Cornucopias de bujías
ya las vienen a encender.
Multiplicaban las luces
los espejos de bisel;
brillaban marcos y lunas,
chispeaba todo cairel;
y a la luz de las arañas
de tan dulce palidez
se volvían más gentiles
la gavota y el minué.

—¡Remeditos! ¡Remeditos!
¡Que vengas con don José!

Remeditos... Remeditos...
Baile la niña una vez,
mano a mano con el novio,
que todos los quieren ver.
Y allá vienen y ya bailan.
¡Qué decoro y sencillez!
Él ¡qué severa elegancia!
Y ella con qué languidez,
ya le abandona la mano,
ya saca muy fino el pie,
ya inclina, llena de gracia,
la cabecita cortés.

Bien le daban parabienes
viéndola danzar tan bien,
que en una corte europea
fuera graciosa entre cien.

Pero a mitad de la danza,
la novia... ¡qué palidez!
—Remeditos... Dí qué tienes...
—Me siento desfallecer...
Dejó caer de la mano
su abanico de carey.
Buscó buscando remedio
el hombro de don José.
Como una flor la cabeza
se le doblaba hacia él.
La abrazó contra su pecho,
todo bronce, el Coronel.

—Remeditos...
—Nada ha sido;
ya sola me remedié.
Y sonreía la niña
entre los brazos de aquél.

Remeditos... Remeditos...
Y le sentaba muy bien
al tierno botón de rosa
la protección del laurel.

CAPDEVILA: Véase la nota que va en la sección de prosa.

ESTANISLAO DEL CAMPO.
Argentino, 1834-1880.

A LA PATRIA

¡República Argentina! ¡Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
de bellas flores, las naciones ven:
la cariñosa mano de tus bardos
puso rosas, jazmines, violas, nardos,
entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo a mezclar con esas flores
de olímpicos perfumes y colores,
las silvestres y humildes que aquí ves.
Vengo, Patria gloriosa, solamente
a doblar la rodilla, reverente,
y a deshojar las mías a tus pies.

De "FAUSTO"

De *Estanislao del Campo.*

EN EL TEATRO COLÓN

—Como a eso de la oración,
aura cuatro o cinco noches,
vide una fila de coches
contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,
como hacienda amontonada,
pujaba desesperada
por llegar al mostrador.

Allí, a juerza de sudar,
y a punta de hombro y de codo,
hice, amigaso, de modo
que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
y di güelta... ¡Cristo mío!
estaba pior el gentío
que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja
que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral
¿a qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá: por fin, cuñao,
a juerza de arrempujón,
salí como mancarrón
que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
lo propio que picadillo,
y el fleco del calzoncillo
hilo a hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñao,
de toda esta desventura,
el puñal de la cintura,
me lo habían refalao.

EL AMANECER

Ya la luna se escondía,
Y el lucero se apagaba,
Y ya tamién comenzaba
A venir clariando el día.

¿No ha visto usté de un yesquero
Loca una chispa salir,
Como dos varas seguir
Y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñao,
Caminaban las estrellas
A morir, sin quedar de ellas
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
Como sahumerio venía,
Y alegre ya se ponía
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos,
Gotas de cristal brillaban,
Y al suelo se descolgaban
Cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento
Ver los junquillos doblarse,
Y los claveles cimbrarse
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
El botón de alguna rosa,
Venir una mariposa
Y comenzarlo a chupar.

Y si se pudiera el cielo
Con un pingo comparar,
También podría afirmar
Que estaba mudando pelo.

EL ANOCHECER

El sol ya se iba poniendo
la claridá se ahuyentaba
y la noche se acercaba
su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
una por una salían,
y los montes parecían
batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
en el corral prisioneras,
y ya las aves caseras
sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
triste los aires rompía,
y entre sombras se movía
el crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
de silenciosa laguna,
al asomarse, la luna,
se miraba retratada.

Y haciendo un estraño ruido
en las hojas tropezaban
los pájaros que volaban
a guarecerse en su nido.

DEL CAMPO: Estanislao del Campo nació en Buenos Aires el 7 de febrero de 1834. Murió en la ciudad de su nacimiento el 6 de noviembre de 1880. La creación del "Fausto" tiene su pequeña historia. He aquí cómo la refiere Germán Berdiales: "Cuéntase que del Campo asistió a una representación de la ópera "Fausto" de Gounod, en la sala de nuestro primitivo teatro Colón; lo acompañaba en aquella oportunidad, que iba a resultar memorable, el poeta Ricardo Gutiérrez con quien lo unían estrechos lazos —eran cuñados—, y como del Campo, en el transcurso de la interpretación lírica, hiciera comentarios en estilo gauchesco, y le parecieran a Gutiérrez muy acertados y graciosos, éste le sugirió la creación de una obrilla en verso donde aprovechara todos aquellos preciosos elementos. La inteligente sugestión fué escuchada de inmediato. Y a ella se debe, pues, (nótese que el "Fausto" está dedicado "al poeta Ricardo Gutiérrez"), que las letras argentinas cuenten con esta creación tan original."

ARGUMENTO DE "FAUSTO", poema de Estanislao del Campo:
"Argumento de Fausto": El payador Anastasio el Pollo, que ha bajado a Buenos Aires para cobrar unos fardos de lana, se entretiene unos días en la ciudad, y así va una noche al teatro Colón. Ocupa una localidad de paraíso, y asiste a la representación de la ópera "Fausto" de Gounod. A los pocos días, ya de regreso para sus pagos, se encuentra a orillas de un río con otro paisano, don Laguna, a quien relata sus impresiones ante la pasión de Fausto, el pacto de éste con el diablo, la hermosura de la inocente Margarita, los pesares y el doloroso fin de la joven. Es un diálogo lleno de fresca ingenuidad, dulce emoción y natural gracejo.

RUBEN DARÍO.
Nicaragüense, 1867-1916.

LA CALUMNIA

Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer;
puede también, de ese modo,
su fulgor oscurecer.

Pero aunque el diamante todo
se encuentre de fango lleno,
el valor que lo hace bueno
no perderá ni un instante,
y ha de ser siempre diamante
por más que lo manche el cieno.

DARÍO: Rubén Darío, sumo poeta de la lengua castellana en nuestro tiempo, llamábase Félix Rubén García Sarmiento; nació en 1867 en Nicaragua, murió en 1916. Publicó sus primeros versos a la edad de trece años. Ejerció el periodismo en Chile y Buenos Aires. En 1892 anduvo por España, París, Nueva York. Radícase nuevamente en Buenos Aires y en 1898 pasa a España otra vez, como corresponsal del diario "La Nación". En los primeros años del siglo, viaja por Europa. En 1908 representa a su patria en España, pero reside habitualmente en París, donde funda y dirige las revistas "Mundial" y "Elegancias". Nuevos viajes por Europa y América. En 1914 enferma gravemente y va a morir en la tierra natal. El poeta Gerardo Diego ha concretado así su juicio: "Su triple raíz indio-americana, española y, por simpatía estética sino por sangre, francesa, asegura a su obra una integral diversidad de sabores, una coexistencia de ardientes zumos vitales." Por su parte el mismo Darío ha dado su concepto de la poesía en artículos en prosa y, sobre todo, en los prefacios de sus libros de versos.

LEOPOLDO DÍAZ.
Argentino, 1862.

PATRIA

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
patria es la tierra donde se ha soñado,
patria es la tierra donde se ha luchado,
patria es la tierra donde se ha vencido.

Patria es la selva, es el obscuro nido,
la cruz del cementerio abandonado,
la voz de los clarines que ha rasgado
con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino
que en el enorme piélago sonoro
deja una blanca estela en su camino,
y patria es el airón de la bandera
que ciñe, con relámpagos de oro,
el sol, como una virgen cabellera.

LA LENGUA CASTELLANA

De *Leopoldo Díaz.*

Claro y límpido raudal
es la lengua que yo adoro,
la lengua de versos de oro
y de vibración marcial.

Es dúctil como el metal
y rica como el tesoro
que dejó Boabdil el moro
allá en su Alhambra oriental.

Como clarines al viento,
vibra su broncíneo acento
en la ira o el dolor.

Y son sus cláusulas graves,
amorosos trinos de aves
sobre las lilas en flor.

DÍAZ: Leopoldo Díaz, este famoso poeta argentino nació en 1862. Desempeñó brillantes cargos diplomáticos. "Conocedor de la poesía francesa —dice Federico de Onís en su valiosa "Antología de la poesía"—, y en general de la moderna —de la cual ha hecho traducciones—, se dedicó desde su juventud al cultivo del soneto. Así vino a ser como el Heredia de la poesía castellana, pues en gran medida tuvo los sonetos de éste como modelo; pero en su caso, como en general en la poesía hispanoamericana de esta época, es erróneo suponer que se trata de la imitación de un modelo. Aunque Díaz sea principalmente parnasiano, con influjos de Heredia y de Leconte de Lisle, sus sonetos reflejan conjuntamente influencias simbolistas y clásicas españolas y la forma y carácter de ellos han evolucionado mucho y ofrecen gran variedad a través de sus obras. Trata en ellos diversidad de temas, predominando los helénicos y los americanos en sus aspectos decorativos y simbólicos."

JOSE DE ESPRONCEDA.
Español, 1810-1842.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa a toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman,
Por su bravura, el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
Y allá a su frente Stambul.

"Navega, velero mío,
Sin temor;
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo a torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.

"Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies."
Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

"Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

"Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor."
Que es mi barco mi tesoro...

"A la voz de "¡barco viene!"
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo escapar;
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

"En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival."
Que es mi barco mi tesoro...

"¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna antena,
Quizá en su propio navío.

"Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí."
Que es mi barco mi tesoro...

"Son mi música mejor
Aquilones:
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

"Y del trueno
Al són violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar."

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

ESPRONCEDA: José Espronceda, romántico poeta español, nació en Badajoz en 1808 y murió en 1843. Tuvo azarosa vida. Por razones políticas tomó el camino del destierro. En Lisboa —donde tiró al río Tajo las dos únicas monedas que llevaba, pues no quería entrar en la ciudad con tan poco dinero—, conoció a la mujer que iba a inspirarle la más íntima y bella de sus poesías: "Canto a Teresa". Poeta excéptico, rebelde, a veces hasta incoherente, escribió también una novela "Sancho Saldaña" y una obra de teatro "Doña Blanca de Borbón".

FERNÁNDEZ MORENO.
Argentino, 1886.

SETENTA BALCONES Y NINGUNA FLOR

Setenta balcones hay en esta casa.
Setenta balcones y ninguna flor...
A sus habitantes, Señor, ¿qué les pasa?
¿Odian el perfume, odian el color?

La piedra desnuda de tristeza agobia,
¡dan una tristeza los negros balcones!
¿No hay en esta casa una niña novia?
¿No hay algún poeta bobo de ilusiones?

¿Ninguno desea ver tras los cristales
una diminuta copia de jardín?,
¿en la piedra blanca trepar los rosales,
en los hierros negros abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas, no amarán al ave,
no sabrán de música, de rimas, de amor...
Nunca oirán un beso, jamás se oirá un clave.
¡Setenta balcones y ninguna flor!

FERNÁNDEZ MORENO: B. Fernández Moreno nació en Buenos Aires en 1886. De él ha dicho Germán Berdiales: "Es el más poeta de nuestros poetas. Sólo ha dado a conocer su obra en verso, aunque tenemos entendido que ha escrito mucho en prosa. Leed los maravillosos versos que su alma millonaria regala a nuestras pobres almas para enseñarles a amar la escondida belleza de las cosas sencillas." Por su parte, Federico de Onís, da los siguientes datos del poeta: "Sus padres eran españoles. En una aldea de Santander, que lleva en su alma, como el chirrido penetrante de sus carros, pasó su infancia hasta que volvió a Buenos Aires a los trece años. Estudió y ha ejercido la carrera de medicina."

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
Mejicano, 1859-1895.

LA ABUELITA

Tres años hace murió abuelita:
cuando la fueron a sepultar,
deudos y amigos en honda cuita
se congregaron para llorar.

Cuando la negra caja cerraron,
curioso y grave me aproximé,
y al verme cerca me regañaron
porque sin llanto la contemplé.

Dolor vehemente rápido pasa:
tres años hace que muerta está,
llovieron penas, y nadie en casa,
de mi abuelita se acuerda ya.

Yo sólo tengo luto y tristeza,
y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza,
se ahonda el nombre que se escribió.

GUTIÉRREZ NÁJERA: Manuel Gutiérrez Nájera nació en Méjico en 1859 y murió en 1895. Luis Berisso escribió, en un extenso juicio sobre este poeta, el siguiente ilustrativo párrafo: "Su cuerpo era de Méjico y su alma de París. Impregnóse su espíritu de "parisina" al punto de que su producción se confundiría con la de un escritor francés si no fuese el tema local. En prosa, lírico o ligero, un periodista boulevardier; en verso, un insigne banvillista, en su mejor período. En sus primeras poesías vése algo como una predilección por Alfredo de Musset. La melancolía era la nota predominante de su inspiración."

JOSÉ HERNÁNDEZ.
Argentino, 1834-1886.

De "MARTIN FIERRO"

CONTRAPUNTO

MARTÍN FIERRO

¡Ah, negro! si sos tan sabio
no tengás ningún recelo:
pero has tragao el anzuelo
y, al compás del estrumento,
has de decirme al momento,
cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero;
mas los blancos altaneros,
los mesmos que lo convidan,
hasta de nombrarlo olvidan
y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
y el negro, blanco lo pinta;
blanca la cara o retinta,
no habla en contra ni en favor:
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia,
que al presente viene a pelo,
veré, señores, si puedo,
sigún mi escaso saber,
con claridá responder
cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio;
lloran al cair el rocío,
cantan al silbar los vientos,
lloran cuando cain las aguas
cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar los mejores;
les mandó iguales dolores
bajo de una mesma cruz;
mas también hizo la luz
pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie;
no se trata de ofender;
a todo se ha de poner
el nombre con que se llama,
y a naides le quita fama
lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
que no se turba ni yerra;
y si en tu saber se encierra
el de los sabios projundos
decime cuál en el mundo
es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
es escasa mi razón;
mas pa dar contestación
mi inorancia no me arredra;
también da chispas la piedra
si la gólpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
sigún mis pocos alcances;
forman un canto en la tierra
el dolor de tanta madre,
el gemir de los que mueren
y el llorar de los que nacen.

MARTÍN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
bien dispuesta la garganta:
sos varón, y no me espanta
verte hacer esos primores:
en los pájaros cantores
sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo viniste
con el sino de cantar,
no te vayás a turbar
no te agrandes ni te achiques:
es preciso que me espliques
cuál es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
ninguno imitar pretiende;
de un don que de otro depende
naides se debe alabar,
pues la urraca apriende a hablar
pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdame ingenio mío
para ganar esta apuesta;
mucho el contestar me cuesta
pero debo contestar:
voy a decirle en respuesta
cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
el mar que todo lo encierra
canta de un modo que aterra,
como si el mundo temblara;
parece que se quejara
de que lo estreche la tierra.

MERNÁNDEZ: José Hernández nació en el partido de San Martín el 10 de noviembre de 1834, murió en Belgrano el 21 de octubre de 1886. Político, periodista, escritor y poeta. En 1872 publicó la primera parte de su poema en verso "Martín Fierro", la obra más significativa de nuestra literatura; la segunda parte, "La vuelta de Martín Fierro", apareció poco después. La vida, las costumbres y la psicología del habitante de nuestras pampas han sido descriptas por Hernández con verdadera maestría.

ARGUMENTO DE "LA IDA Y LA VUELTA DE MARTIN FIERRO", poema de José Hernández: Argumento de "La ida de Martín Fierro": Martín Fierro es un paisano que ha cometido un homicidio, en duelo a cuchillo, y huye de la partida policial, que lo persigue; combate con ella y está a punto de caer vencido cuando se une a él otro paisano, de nombre Cruz, que se halla en las mismas condiciones suyas. Ambos logran poner en fuga a la policía y huyen juntos a la frontera, para refugiarse entre los indios.

Argumento de la "La vuelta de Martín Fierro": Los dos amigos llegan a la toldería en momentos en que los indios se preparan para un "malón". Van a matarlos, pero un cacique los ampara y quedan como cautivos. Les toca asistir a un malón y a una epidemia de viruela. Cruz, contagiado de la peste, muere. Fierro defiende un día a una cautiva, mata al indio que la martirizaba y huye con ella. Después de diez años está de vuelta en su pago. Su rancho es una tapera y su mujer ha muerto; los hijos andan por el mundo. Lo ha perdido todo.

JUANA DE IBARBOUROU.
Uruguaya, 1895.

De "LAS CANCIONES DE NATACHA"

LA LOBA

La loba, la loba
le compró al lobito
un calzon de seda
y un gorro bonito.

La loba, la loba
se fué de paseo
con su traje rico
y su hijito feo.

La loba, la loba
vendrá por aquí,
si esta niña mía
no quiere dormir.

EL VENDEDOR DE NARANJAS

Muchachuelo de brazos cetrinos
que vas con tu cesta
rebosando naranjas pulidas
de un caliente color ambarino;

Muchachuelo que fuiste a las chacras
y a los árboles amplios trepaste,
como yo me trepaba cuando era
una libre chicuela salvaje.

Ven acá, muchachuelo: yo ansío
que me vuelques tu cesta en la falda.
Pide el precio más alto que quieras.
¡Ah, qué bueno el olor a naranjas!

A mi pueblo distante y tranquilo
Naranjales tan prietos rodean
que en agosto semeja de oro
y en diciembre de azahares blanquea.

Me crié respirando ese aroma
y aún parece que corre en mi sangre;
naranjitas pequeñas y verdes
siendo niña enhebraba en collares.

Después, lejos llevóme la vida;
me he tornado tristona y pausada.
¡Qué nostalgia tan honda, me oprime
cuando siento el olor a naranjas!

Si a otro pago muy lejos del tuyo,
indiecito, algún día te llevan
y no eres feliz, y suspiras
por volver a tu vieja querencia...

Y una tarde en un soplo de viento
el sabor a tus montes te asalta...
ya sabrás, indiecito asombrado.
lo que es la palabra "nostalgia".

IBARBOUROU: Juana de Ibarbourou, la gran poetisa uruguaya, nació en 1895. De "Las canciones de Natacha" ha dicho Germán Berdiales: "En sus canciones de cuna Juana de Ibarbourou ha puesto luces de encantamiento, músicas de sonaja, aromas de leyenda, candores de infancia. En todas ellas, priman los atributos artísticos: colorido, fantasía, travesura, y, aunque están envueltas en el hálito sagrado de la maternidad: ternura, serenidad, pureza, trascienden a lo esencialmente femenino: fausto, frivolidad, seducción."

FRANCISCO A. DE ICAZA.
Mejicano, 1863-1925.

LA RISA

Que tu boca en flor se ría;
tus indagaciones deja para luego:
que a tu edad conviene, pobrecita mía,
la risa y el juego...

Sé de dónde nace tu melancolía.
¡Piensas tantas cosas a tus cinco años!
¡Sueña tantas cosas, pobrecita mía,
esa cabecita de bucles castaños!

Ríe, que tu risa es la luz del día;
tu sonrisa triste es claror nocturno...
No te me parezcas, pobrecita mía.
en lo pensativo y en lo taciturno.

No quiero llamarte pobrecita mía.
¿No estás buena? Ríe. ¿No estás fuerte? Salta.
Vamos por los campos. ¡Viva la alegría!
La tuya compense la que mí me falta.

ICAZA: Francisco A. de Icaza nació en Méjico en 1863 y murió en 1925. Por haber pasado buena parte de su vida en España como representante diplomático de su país, dijo Rubén Darío que era él "el poeta artista que tiene España, prestado por América." Su obra poética se caracteriza por la la finura y la melancolía bellamente armonizadas.

FRAY LUIS DE LEON.
Español, 1537-1591.

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero:
no quiero ver el ceño
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar suave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al arbitrio ajeno está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigos,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura;

y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían:
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y a la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me baste, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable—
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
de no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando:

a la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado

LEÓN: Fray Luis de León, el glorioso escritor místico español nació en 1527 y murió en 1591. En esta breve y hermosa nota dice José Montero Alonso cuanto conviene saber respecto a Fray Luis:

"La literatura mística española tiene uno de sus mejores blasones —si no el mejor— en este agustino que es a la vez un gran prosista y un gran poeta. Su vida es un admirable ejemplo de energía espiritual. Fué catedrático de la Universidad salmantina. El Santo Oficio persiguió y encarceló a Fray Luis; y cuando éste, tras varios años de prisión, volvió a su aula, pronunció aquellas palabras famosas, índice de la serenidad y la conformidad de su ánimo: "Decíamos ayer..."

"Hay en todas sus obras un acrisolado sabor de clasicismo. Fray Luis bebió en las fuentes puras del arte latino y del arte griego, y la nobleza de estas literaturas madres está insuperablemente reflejada en sus páginas. Como prosista, escribió "Los Nombres de Cristo" y "La perfecta casada". Como poeta, nos dejó esas "Odas", que son modelo de pureza clásica, de emoción justa y armoniosa, sin inútiles arrequives ni hojarasca retórica. Hay en los versos de Fray Luis una sencillez profunda y expresiva. Sobre ellos se proyecta el recuerdo de Horacio, del poeta claro y majestuoso a quien Fray Luis conoció y amó apasionadamente. Las "Odas" del gran místico son, como aquella tierra salmantina en que él vivió, sobriedad y austeridad. Mas esta sobriedad y esta austeridad de sus versos están, sin embargo, llenas de una emoción callada, humana y verdadera."

LEOPOLDO LUGONES.
Argentino, 1874-1938.

EL NIDO AUSENTE

Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia,
y en la arboleda la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se para en cada gajo
preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro aflijido
que sólo sabe cantar,
y cantando llora el nido
que ya nunca ha de encontrar.

EL JILGUERO

En la llama del verano,
que ondula con los trigales,
sus regocijos triunfales
canta el jilguerillo ufano.

Canta, y al son peregrino
de su garganta amarilla,
trigo nuevo de la trilla
tritura el vidrio del trino.

Y con repentino vuelo
que lo arrebata, canoro,
como una pavesa de oro
cruza la gloria del cielo.

EL HORNERO

La casita del hornero
Tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
Justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
El padre guarda la puerta,
Con su camisa entreabierta
Sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
Su traje aseado y sencillo,
Que, con tanto hacer ladrillo,
Se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
El gajo de un sauce añoso,
O en el poste rumoroso
Se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo,
Y así en su honrado desvelo,
Trabaja mirando el cielo
En el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción
Como una cabeza, crece,
Mientras, por dentro, parece
Un tosco y buen corazón.

Pues como su casa es centro
De todo amor y destreza,
La saca de su cabeza
Y el corazón pone adentro.

La trabaja en paja y barro,
Lindamente la trabaja,
Que en el barro y en la paja
Es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
Tiene sala y tiene alcoba,
Y aunque en ella no hay escoba,
Limpia está con todo esmero.

Concluye el hornero su horno,
Y con el último toque
Le deja áspero el revoque
Contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el circuito,
Ya sobre la tierra lisa
Con tal fuerza y garbo pisa,
Que parec un martillito.

La choza se orea en tanto,
Esperando a su señora,
Que elegante y avizora,
Llena su humildad de encanto.

Y cuando acaba, jovial,
De arreglarla a su deseo,
Le pone con un gorjeo
Su vajilla de cristal.

PAX

Las dos hijas del rey, que eran rivales,
Quisieron, por salir de su quebranto,
Probar la fuerza de su mutuo encanto
En el cubil de los leones reales.

Gloria llegó: las trompas y timbales
Repitieron su nombre sacrosanto;
Los leones del rey rugieron tanto
Que a lo lejos temblaron los sauzales.

Sonrióse la gente cortesana
Al presentarse la princesa hermana;
Mas el asombro entró en los corazones

Cuando, afrontando la ironía aviesa,
Atravesó la pálida princesa
Entre un vasto silencio de leones.

LUGONES: Leopoldo Lugones, el máximo poeta argentino, nació en 1874 y murió en 1938. Por el talento deslumbrante, por la pasión avasalladora, por la erudición caudalosa, se ha dicho de este escritor argentino que es "una fuerza de la naturaleza". Después de muerto nos dió sus "Romances del Río Seco", obra de la que tenía la orgullosa convicción de que era la mejor salida de su pluma. La Academia Argentina de Letras auspició la declaración justiciera: "el poeta nacional —se dijo en su seno—, que lleva a la patria en cada latido de su corazón y en cada gota de su sangre cumplió con su augusto destino." Y un crítico autorizado, ha afirmado también: "Señalemos en tanto que estos romances que ahora aparecen en volumen son sin duda alguna la más auténtica expresión de poesía genuinamente argentina, y también la más importante, desde que apareció el "Martín Fierro", y que para saludarlos bien podríamos recordar las palabras con que el propio Lugones celebró a éste diciendo que su belleza tan impregnada de patria era "nueva y habitual como el alba de cada día". Y como el alba eterna en su pureza sin tiempo, en su claridad y en su gloria, de ayer, de hoy y de mañana."

ANTONIO MACHADO.
Español, 1875-1939.

CABALLITOS

Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

. . . . . .

Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía,
toda sembrada de estrellas.

Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera.

MACHADO: Antonio Machado, grande, exquisito, dignísimo poeta de las tierras castellanas, nació en Sevilla en 1875 y murió en Francia en 1939. Su adolescencia y juventud fueron madrileñas. Viajó por Francia y España. Luego ejerció el profesorado en Soria. "Allí me casé —ha dicho, alguna vez—. Allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre. Mis aficiones son pasear y leer." Su poesía es entrañable, honda, viene de las raíces del hombre y de la raza, por eso no perecerá nunca.

JORGE MANRIQUE.
Español, 1440-1478.

COPLAS

A LA MUERTE DEL MAESTRE DE SANTIAGO DON RODRIGO MANRIQUE, SU PADRE.

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando:
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor:
cómo, a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Y pues vemos lo presente
cómo en un punto es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros, medianos
y más chicos;
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

MANRIQUE: Jorge Manrique, gran poeta clásico español, créese que nació en 1440; murió en 1479. Dejó unas cincuenta composiciones poéticas, entre ellas goza de fama perdurable la titulada "Coplas a la muerte de su padre", digna de admiración, sin duda, por la altura del asunto y la sublime inspiración que la anima. Está llena de un hondo pero sereno dolor.

JOSÉ MARTÍ.
Cubano, 1853-1895.

CULTIVO UNA ROSA BLANCA...

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo;
cultivo la rosa blanca.

MARTÍ: José Martí nació en Cuba en 1853 y murió en 1895. Véase la nota que hemos puesto al pie de uno de sus cuentos en este mismo volumen.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.
Colombiano 1827-1908.

LOS CAZADORES Y LA PERRILLA

Es flaca sobremanera
toda humana previsión,
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
un experto cazador,
el más hábil y el mejor
alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
de ejercitados monteros,
de ojeadores, ballesteros
y de mozos de traílla.

Van todos apercibidos
con las armas necesarias,
y llevan, de castas varias,
perros diestros y atrevidos,

caballos de noble raza,
cornetas de monte; en fin,
cuanto exige Moratín
en su poema "La Caza".

Levantan pronto una pieza,
un jabalí corpulento,
que huye veloz, rabo al viento
y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
tras la cerdosa alimaña;
pero ella se da tal maña
que a todos los aturrulla;
y aunque gastan todo el día
en paradas, idas, vueltas,
es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
han visto de que manera
pudo burlarse la fiera
de los tales cazadores,
oigan lo que aconteció,
y aunque es suceso que admira
no piensen, no, que es mentira
que lo cuenta quien lo vió.

Al pie de uno de los cerros
que batieron aquel día,
una viejilla vivía
que oyó ladrar a los perros;
y con ganas de saber
en qué paraba la fiesta,
iba subiendo la cuesta
a eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla...
mas, sin pasar adelante,
es preciso que un instante
gastemos en describilla:

Sarnosa era... digo mal,
no era una perra sarnosa;
era una sarna perrosa
y en figura de animal;
era, otrosí, derrengada;
la derribaba un resuello:
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
la vieja al cerro subía,
de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba hizo la suerte
que se hubiese el jabalí
escondido, por si así
se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
que por ahí andaba gente,
tuvo por cosa prudente
tomar las de Villadiego:

La vieja entonces, al ver
que escapaba por la loma,
¡Sus! dijo por pura broma,
y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,
sombra de perra que fué,
de la cual se dijo que
no era perra ni era nada,
aquella perrilla, sí,
¡cosa es de volverse loco!...
no pudo coger tampoco
al maldito jabalí.

MARROQUÍN: El poeta colombiano José Manuel Marroquín nació en 1827 y murió en 1908. Con "Los cazadores y la perrilla" acertó a dar una nota de sencillo y eficaz humorismo difícilmente superable.

GABRIELA MISTRAL.
Chilena, 1889.

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela,
Que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
Tiene el corazoncito tierno como un panal.
A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz;
Le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos:
—"Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas."
Caperucita es cándida como los lirios blancos...
—Abuelita ha enfermado; le llevó aquí un pastel
Y un pucherillo suave que deslíe manteca.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él.
Y después por el bosque discurriendo encantada
Recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
Y se enamora de unas mariposas pintadas,
Que le hacen olvidarse del viaje y del traidor.
El Lobo fabuloso de blanqueados dientes
Ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
Y golpea en la plácita puerta de la abuelita
Que le abre... (a la niña ha anunciado el traidor.)
Ha tres días el pérfido no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
Se la comió sonriendo, sabia y pausadamente,

Y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.
Tocan dedos menudos en la entornada puerta;
De la arrugada cama dice el Lobo: —¿Quién va?
La voz es ronca, pero la abuelita está enferma;
La niña ingenua explica: —De parte de mamá.
Caperucita ha entrado olorosa de bayas,
Le tiemblan en las manos, gajos de salvia en flor.
—Deja los pastelitos, ven a entibiarme el lecho.
Caperucita cede al reclamo de amor.
De entre la cofia salen las orejas monstruosas:
—¿Por qué tan largas? —dice la niña con candor.
Y el velludo engañoso, abrazando a la niña:
—¿Para qué son tan largas? ¡Para oírte mejor!
El cuerpo rosa le dilata los ojos;
El terror en la niña los dilata también:
—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes ojos?
—Corazoncito mío, para mirarte bien...
Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
Tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes dientes?
—Corazoncito mío, para comer mejor.
Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
El cuerpecito trémulo suave como un vellón,
Y ha molido las carnes y ha molido los huesos,
Y ha exprimido como una cereza el corazón!

MISTRAL: Gabriela Mistral, cuyo verdadero nombre es Lucía Godoy Alcayagaz, nació en 1889. Fué maestra en las escuelas de Chile, su patria. En 1915, con la publicación de algunas poesías, su nombre cobró rápida notoriedad que tardó en pasar las fronteras y hacerse mundial. En 1922, por iniciativa de los maestros de Nueva York, su obra fué reunida en un volumen. En ese mismo año el mejicano José Vasconcelos la llamó para que colaborara en la obra de educación en que estaba empeñado. Después residió largamente en Europa desempeñando cargos diplomáticos. Está considerada como una de las personalidades intelectuales más importantes de América. Su obra literaria ha tenido vasta repercusión y ha de perdurar, sin duda alguna.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

AMADO NERVO.
Mejicano, 1870-1919.

LOS SENTIDOS

Niño, vamos a cantar
una bonita canción;
yo te voy a preguntar,
tú me vas a responder:
Los ojos, ¿para qué son?
—Los ojos son para ver.
—¿Y el tacto? — Para tocar.
—¿Y el oído? — Para oír.
—¿Y el gusto? — Para gustar.
—¿Y el olfato? — Para oler.
—¿El alma? — Para sentir,
para querer y pensar.

LOS CINCO

Este es el niño chiquito
y bonito; al lado de él,
se encuentra el Señor de anillos;
luego, el mayor de los tres.
Éste es el que todo prueba,
y sobre todo la miel.
—¿Y éste, más gordo que todos?
—Ese el Mata-pulgas es.

¡BUEN VIAJE!

Con la mitad de un periódico
hice un buque de papel,

y en la fuente de mi casa
va navegando muy bien.
Mi hermana con su abanico
sopla que sopla sobre él.
¡Muy buen viaje, muy buen viaje,
buquecito de papel!

LA ARDILLA

La ardilla corre,
la ardilla vuela,
la ardilla salta
como locuela...
Mamá, ¿la ardilla
no va a la escuela?
Ven, ardillita;
tengo una jaula
que es muy bonita.
—No; yo prefiero
mi tronco de árbol
y mi agujero.

TRATO HECHO

—Oye, pichoncito amigo,
yo quiero jugar contigo.
—Niño, si quieres jugar,
ven, sube a mi palomar.
—Me faltan alas, no puedo...
Baja tú, no tengas miedo.
—Sin miedo voy a bajar,
y jugaré satisfecho;
pero trigo me has de dar.
—Pichoncito, trato hecho.

NIHIL NOVUM...

¡Cuántos, pues, habrán amado
como mi alma triste amó...
y cuántos habrán llorado
como yo!

¡Cuántos habrán padecido
lo que padecí,
y cuántos habrán perdido
lo que perdí!

Canté con el mismo canto,
lloro con el mismo llanto
de los demás,
y esta angustia y este tedio,
ya los tendrán sin remedio
los que caminan detrás.

Mi libro sólo es, en suma,
gotícula entre la bruma,
molécula en el crisol
del común sufrir, renuevo
del Gran Dolor. ¡Nada nuevo
bajo el sol!
...Mas tiene cada berilo
su manera de brillar,
y cada llanto su estilo
peculiar.

NERVO: Amado Nervo, poeta mejicano, nació en 1870 y murió en 1919. Cursó estudios teológicos, pero no tardó en obedecer a su profunda vocación: la literatura. Sus obras completas comprenden una treintena de volúmenes que encierran páginas de gran valor artístico. "Prefirió —dice Enrique Diez Canedo—, los asuntos fantásticos; la preocupación del misterio, de la continuidad de la vida, que informa sus más bellas composiciones de poeta, da también asunto a muchos de sus escritos en prosa." Darío le llamó con noble y justa frase: "Fraile de los suspisos, celeste anacoreta".

RAFAEL OBLIGADO.
Argentino, 1851-1920.

ACUARELA

CANCIÓN INFANTIL

Es la mañana: lirios y rosas
Mueve la brisa primaveral,
Y en los jardines las mariposas
Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
Va a juntar flores para mamá,
Y es tan hermosa que hasta la [aurora
Vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
De pensamientos y de arrayán,
Gira su traje de muselina,
Su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
Y cuando en ellas no caben más,
Con su tesoro de mil colores
Vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
Sus dos mejillas se ven brillar,
Y la persiguen las mariposas
Que en los jardines vienen y van.

EL TAMBOR DE TACUARÍ

Es un grupo de argentinos
el que marcha a combatir;
es la patria quien los mueve
y es Belgrano su adalid.

Con la bala y con la idea
traen de Mayo el boletín;
y las selvas paraguayas
van abriendo al porvenir
mientras juega con sus chismes
el tambor de Tacuarí.

Rompe el aire una descarga,
el cañón entra a crujir,

y un vibrante son de ataque
los empuja hacia la lid.
Bate el parche un pequeñuelo
que da saltos de arlequín,
que se ríe a carcajadas
si revienta algún fusil,
porque es niño como todos
el tambor de Tacuarí.

Es horrible aquel encuentro:
cien luchando contra mil;
un pujante remolino
de humo y llamas truena allí.
Ya no ríe el pequeñuelo:
¡suelta un terno varonil,
echa su alma sobre el parche
y en redobles lo hace hervir,
que es muñeca la muñeca
del tambor de Tacuarí!

"¡Libertad! ¡Independencia!"
parecía repetir
a los héroes de dos pueblos,
que, entendiéndose por fin,
se abrazaron como hermanos;
y se cuenta que, de ahí,
por América cundieron,
hasta en Maipo, hasta en Junín,
los redobles inmortales
del tambor de Tacuarí.

EL NEGRO FALUCHO

Por *Rafael Obligado.*

Duerme el Callao. Ronco són
Hace del mar la resaca,
Y en la sombra se destaca
Del Real Felipe el torreón.
En él está de facción,
Porque alejarle quisieron,
Un negro de los que fueron
Con San Martín, de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho, erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil,
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde, en su hogar desolado,
Triste le aguarda la esposa,
Y en Buenos Aires, la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte a su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas
Agudo y áspero ruido:
Un "¡viva España!" seguido
De un otro viva a Fernando,
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco o soñando.

Desde los Andes, el día,
Que ciño en rosas de frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares caía,

Cuando Falucho, que ansía
Dar un viva a su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó nervioso, a tirones,
La azul y blanca bandera.

"—¡Por mi cuenta te despliego,
Dijo airado, y de esta suerte,
Si a tus pies está la muerte,
A tu sombra muera luego!"
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de carmín,
Rodó el mar desde el confín
Un instante estremecido,
Y en la torre quedó erguido
El negro de San Martín.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían
De tropel los sublevados.
Ven a Falucho, y airados
Hacia él se precipitan:
"—¡Baja ese trapo, le gritan,
Y nuestra enseña enarbola!..."
¡Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entretanto,
La oscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
"—¡Enarbolar *ésa* yo
Cuando está *aquélla* en su
[puesto..."
Y un juramento era el gesto
Con que el negro dijo: "¡No!"

Con un acento glacial
En que la muerte predicen:
"—Presenta el arma, le dicen,
Al estandarte real."
Rotos por la orden fatal
De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil en los brazos,
Con un rugido de fiera,
Y contra el asta-bandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esa acción inesperada,
La infame turba, excitada,
Gritó: "—¡Muera el insurgente!"
Y asestados al valiente
Cuatro fusiles brillaron:
"—¡Ríndete al Rey!" le inti-
[maron,
Mas como el negro exclamó:
"—¡Viva la patria, y no yo!"
Los cuatro tiros sonaron.

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado,
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja.
Alegres dianas la caja
De los traidores batía,
El Pacífico gemía
Melancólico y desierto,
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

De "SANTOS VEGA"

Por *Rafael Obligado.*

Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como el pájaro en la rama.
Cantar popular.

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio,
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río,
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un ginete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega a las márgenes solas...
Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
"—¡El alma del viejo Santos!"

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que al payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

OBLIGADO: "Rafael Obligado —dice su hijo Carlos que recogió su pluma de poeta—, nació en Buenos Aires el 27 de enero de 1851. Fué hijo de don Luis Obligado y Saavedra y de doña María Jacinta Ortiz Urién, ambos de antiguas familias porteñas. Pasó la mayor parte de su infancia y de su adolescencia en una posesión de sus padres a orillas del Paraná, en la Vuelta de Obligado.

"do vela el sueño de gloriosos muertos
"la solitaria cruz de ñandubay";

en medio de los paisajes de la pampa y del gran río, que con tanto amor cantó después. Terminados sus cursos secundarios, ingresó a la Facultad de Derecho de Buenos Aires; pero la abandonó en breve, llevado de la vocación literaria, y se dedicó largamente al estudio de los modelos clásicos, de la antigüedad y españoles, ansioso de lograr el dominio de la expresión sobria y limpia, que no solía preocupar suficientemente a los jóvenes poetas de su generación. Por entonces, inició sus sábados, reuniones literarias que durante casi treinta años congregaron a lo más selecto de nuestros escritores. Joven aún, la aparición de sus "Poesías", le dió, por consenso unánime, un puesto de primera fila entre los poetas hispanoamericanos. En 1889, realizó una gira por las provincias del interior, donde recogió elementos para algunas de sus "leyendas". Pocos años después, figuró en el grupo fundador de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, en cuya dirección colaboró hasta su muerte, ya como consejero y vicedecano, ya como miembro de la Academia, que presidió también. En sus dos últimas décadas, vivió alejado de toda actividad literaria, y dedicado a la explotación de sus campos y al manejo de su fortuna. Confinado en su hogar, —se había casado en 1886—, viajó poquísimo, y no salió nunca del país, con excepción de una o dos breves excursiones a Repúblicas vecinas. Habitó largamente y con especial complacencia su estancia de la Vuelta de Obligado; y sobre las barrancas nativas, acaso por una fantasía de poeta, levantó un castillo de corte medioeval y lo rodeó de robledos y pinares. Su salud, ya muy vacilante hacía tiempo, lo obligó a fines de 1919 a trasladarse a Mendoza, donde no sobrevino la reacción que su esposa e hijos esperaban. Falleció en aquella ciudad el 8 de marzo de 1920, y fueron trasladados sus restos a esta capital. La Facultad de Filosofía y Letras le había conferido, en 1909, el título de doctor "honoris causa", y era desde 1889 miembro correspondiente de la Academia Española."

ARGUMENTO DE "SANTOS VEGA", poema de Rafael Obligado: He aquí como lo resume y comenta Nice Lotus, joven y erudito escritor:

"Ascasubi, en un voluminoso poema gauchesco, ya nos había hablado de Santos Vega. Pero es en los versos de Rafael Obligado donde la figura clásica del gaucho payador cobra vida perdurable.

Sobre el inmenso escenario de la Pampa, infinitamente llana, cortada a trechos por curvas lomadas y bajos sombríos, se levanta el ombú corpulento amado de las tórtolas. A la sombra del ombú se levanta el rancho argentino; y a la puerta del rancho suena la guitarra de Santos Vega, el payador.

Los hombres de la Pampa se congregan en torno del poeta que interpreta sus sentires en décimas melodiosas e imprecisas, propicias al sueño... Vega no sólo canta las dulzuras del hogar y la belleza de la tierra. Su instrumento logra vibraciones épicas cuando habla de Patria.

¡Patria! a sus almas decía
el cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
del pajonal del desierto.

Al influjo de su inspiración, que es una voz de mando, los gauchos parten enardecidos a enrolarse en los ejércitos criollos, al mando de San Martín y Belgrano.

Ellos fueron los que, empujados por el poeta, contribuyeron decisivamente a la liberación de toda América. Sin embargo, ni el poeta ni su pueblo lograrían perpetuarse en su propia tierra. Juan sin Ropa es el demonio del progreso, encarnación de los hombres nuevos que barrerían al gaucho de la Pampa. Entre Juan sin Ropa, el forastero, y el gaucho payador, se traba una lucha de canciones. En vano Santos Vega cantó de las auroras y de las tardes pampeanas... Juan sin Ropa, como en mágico espejismo, hace surgir mil ciudades hermosas del desierto y canta la gloria del trabajo y la promesa del arado. El triunfo del enemigo es innegable, y Santos Vega muere, y, en él, su raza. Ombú, rancho, guitarra, las propias cenizas del poeta, ardidas y dispersas, desaparecen para siempre...

Ello no obstante, Juan sin Ropa no ha podido matar el alma del payador. Todavía hoy vaga por la Pampa la leyenda de Santos Vega, como una sombra luminosa e inasible: en los crepúsculos dolientes, en las noches de luna, en las horas de tempestad, sobre el misterio de las brillazones... Así, en el nombre del gaucho legendario, los argentinos de hoy nos unimos, en un abrazo estrecho, vinculado de almas, con los argentinos de ayer. Así lo siente Rafael Obligado, el gran poeta, que canta en su nombre y en el de todos nosotros:

Yo que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado
y el pampero he respirado
que al payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
la tierra de Echeverría,
la patria de Santos Vega."

FRANCISCO QUEVEDO y VILLEGAS.
Español, 1580-1645.

ÉRASE UN HOMBRE A UNA NARIZ PEGADO...

Erase un hombre a una nariz pegado,
Erase una nariz superlativa,
Erase una nariz, sayón y escriba,
Erase un peje espada muy barbado.
Era un reloj de sol, mal encarado
Erase una alquitara pensativa,
Erase un elefante boca arriba,
Erase Ovidio Nasón, más narigado.
Erase el espolón de una galera,
Erase una pirámide de Egipto,
Las doce tribus, de narices era.
Erase un naricísimo infinito.
Muchísima nariz, nariz tan fiera
Que en la cara de Anás fuera delito.

QUEVEDO: Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, nació en Madrid, España, en 1580 y murió en 1645. "La vida de Quevedo —dice Constantino Suárez—, es de las más accidentadas. Nace en Madrid, estudia en Alcalá, se gradúa a los quince años en Teología; vuelve a Madrid, de donde huye a Italia como consecuencia de un lance de honor. Prospera al lado del virrey de Nápoles, duque de Osuna; sufre escaseces y persecuciones, cuando el duque cae en desgracia, hasta que entra al servicio del conde-duque de Olivares, antes acremente combatido. Tras unos diez años de bienestar y predicamento, sus polémicas y diatribas y sus nuevos ataques al conde-duque le valen otra vez persecuciones y un encarcelamiento que dura cuatro años, al cabo de los cuales se retira a su torre de Juan Abad, donde vive el último decenio de su vida y muere.

"Ha sido un escritor muy fecundo en los más diversos géneros, en verso y en prosa, luciendo una cultura y un ingenio excepcionales. Tanto en lo festivo como en lo serio, goza fama de ser uno de los mejores escritores españoles. Su labor poética es corta, y de ella son lo mejor jácaras y letrillas. De sus obras en prosa son las más celebradas "Sueños" y "La vida del gran tacaño".

FERNÁN SILVA VALDÉS.
Uruguayo, 1887.

LOS POLLITOS

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.

Va la gallina con los pollitos.
Son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.

Todo lo miran y picotean;
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los chicos más obedientes.

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.

SILVA VALDÉS: Fernán Silva Valdés, notable poeta uruguayo, nació en 1887. Cultiva con gracia y amor la poesía nativista o criolla, en su forma más noble, culta, moderna. El crítico Federico de Onís ha hecho notar que el gauchismo de este poeta —temas tradicionales, cosas, palabras, paisajes— no es realismo costumbrista ni imitación externa, sino reducción de un pasado real y poético a sus elementos esenciales y permanentes. También subraya que otro tema nacional de Silva Valdés es, como lo fué en Florencio Sánchez, el "acriollamiento del gringo".

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.
Colombiano, 1865-1896.

CREPÚSCULO

Junto de la cuna aún no está encendida
la lámpara tibia que alegra y reposa,
y se filtra opaca, por entre cortinas,
de la tarde triste la luz azulosa.

Los niños cansados suspenden los juegos;
de la calle vienen extraños ruidos;
en estos momentos, en todos los cuartos,
se van despertando los duendes dormidos,

La sombra que sube por los cortinajes,
para los hermosos oyentes pueriles
se puebla y se llena con los personajes
de los tenebrosos cuentos infantiles.

Flota en ella el pobre Rín Rín Renacuajo,
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata sus siete mujeres.

En unas distancias enormes e ignotas,
que por los rincones obscuros suscita,
andan por los prados el Gato con Botas,
y el lobo que marcha con Caperucita.

Y, ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,
a escape tendido va el Príncipe Rubio
a ver a la Hermosa Durmiente del Bosque.

. . . . . .

. . . . . .

Del infantil grupo se levanta leve,
argentada y pura una vocecilla
que comienza: "Entonces se fueron al baile
y dejaron sola a Cenicientilla;

se quedó la pobre triste en la cocina,
de llanto, de pena nublados los ojos,
mirando los juegos extraños que hacían
en las sombras negras los carbones rojos.

Pero vino el hada, que era su madrina,
le trajo un vestido de encaje y crespones,
le hizo un coche de oro de una calabaza,
convirtió en caballos unos seis ratones,

le dió un ramo enorme de magnolias húmedas
unos zapatitos de vidrio, brillantes,
y de un solo golpe de la vara mágica
las cenizas grises convirtió en diamantes".

. . . . . .

Con atento oído las niñas la escuchan,
las muñecas duermen en la blanda alfombra,
medio abandonadas, y en el aposento
la luz disminuye, se aumenta la sombra.

. . . . . .

¡Fantásticos cuentos de duentes y hadas
llenos de paisajes y de sugestiones,
que abrís a lo lejos amplias perspectivas
a las infantiles imaginaciones!

¡Cuentos que nacistéis en ignotos tiempos
y que vais volando por entre lo obscuro,
desde los potentes Aryas primitivos,
hasta las encienques razas del futuro!

¡Cuentos que repiten sencillas nodrizas
muy paso a los niños cuando no se duermen
y que en sí atesoran del sueño poético
el íntimo encanto, la esencia y el germen!

¡Cuentos más durables que las convicciones
de graves filósofos y sabias escuelas,
y que rodeastéis con vuestras ficciones
las cunas doradas de las bisabuelas!

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
que poblái los sueños confusos del niño,
el tiempo os sepulta por siempre en el alma
y el hombre os evoca con hondo cariño!

SILVA: José Asunción Silva, ilustre lírico, nació en Colombia en 1865 y murió en 1986. Soportó una existencia desdichada que lo llevó al derrumbe moral y material, el final fué aún más desdichado que su vida. Su organismo llegó a ser —según la expresión de su biógrafo Sanín Cano—, "la más delicada y exquisita máquina de sufrir." Perdió cuanto poseía, vió morir a la hermana a quien tanto amaba, su obra escrita desapareció en un naufragio... "Los restos de su poesía —dice Federico de Onís—, recogidos después de su muerte en un volumen, bastan para darle un lugar único en la poesía hispanoamericana."

FRANCISCO VILLAESPESA.
Español, 1877-1936.

CAPERUCITA

—Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?

—Al viejo bosque se fué por leña,
por leña seca para amasar.

—Caperucita, dí ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?

—Tras ella todos al bosque han ido,
pero ninguno se la encontró.

—Decidme, niña, ¿qué es lo que pasa?
¿Qué mala nueva llegó a la casa?

¡Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?
¿Caperucita no regresó?

—Sólo trajeron sus zapatitos;
dicen que un lobo se la comió...

VILLAESPESA: Francisco Villaespesa nació en España en 1877 y murió en 1936. Gran señor del verso, prodigó los tesoros de su arte en las páginas de los libros. Conoció la gloria y vivió intensamente. Su teatro en verso fué muy aplaudido. Por su generoso caudal poético y por la sonoridad de su estilo ha sido comparado a José Zorrilla, cuyo orientalismo puede decirse que él heredó.

FABULAS

JOAQUÍN MARÍA BARTRINA.
Español, 1850-1880.

ANÁLISIS

Juan tenía un diamante de valía,
y, por querer saber lo que tenía,
la química estudió, y ebrio, anhelante,
analizó el diamante.

Mas, ¡oh, qué horror!.. Aquella joya bella,
lágrima, al parecer, de alguna estrella,
halló, con rabia y con profundo encono,
que era sólo un pedazo de carbono.

Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, ¡no analices!

JOAQUÍN MARÍA BARTRINA.
Español, 1850-1880.

FÁBULA

De los lentes de un botánico
cayó un cristal, se hizo piezas,
y quedó sobre una hormiga
un pedazo al dar en tierra.

Las hormigas al pasar,
deteníanse, y, sorpresas,
contemplaban a una hermana
de tan rara corpulencia,
y la pequeñita hormiga,
debajo del cristal presa,
convertidas en gigantes
miraba a sus compañeras;
en tanto el sabio reía
del terror de todas ellas.

¡Entre cristales de aumento
cuánta gente se pasea!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.
Español, 1817-1901.

LA CARAMBOLA

Pasando por un pueblo un maragato
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,
pegó una coz y derribó al muchacho.

Es el mundo, a mi ver, una cadena,
do rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
refluye en nuestro mal, por carambola.

LOS EXTREMOS SE TOCAN

Mientras la abuela una muñeca aliña
y haciéndose la niña se consuela,
haciéndose la vieja, usa la niña,
el báculo y la cofia de su abuela.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Español, 1806-1880.

LAS ESPIGAS

La espiga rica en fruto
se inclina a tierra;
la que no tiene grano
se empina tiesa.

Es en su porte
modesto el hombre sabio
y altivo el zote.

EL DROMEDARIO Y EL CAMELLO

El Camello le dijo
al Dromedario:

—Comparado contigo,
¡cuánto más valgo!

—No cabe duda:
yo tengo dos jorobas;
tú tienes una.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Español, 1806-1880.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá, sin duda, la contienda
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija
líquidos un muchacho madrileño;
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza,
—dijo sin aprensión el forastero—,
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
—le replicó el Hortera—
sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cría
—contestó el provincial enardecido—
alcuza siempre ha sido,
y alcuza la nombramos en el día.

—En tierra —dijo el otro— de garbanzos,
corre por aceitera solamente,
y quien le ponga nombre diferente
ha nacido entre malvas y mastranzos.

El patán en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el Horterilla listo:
se incomodaron, y hubo,
por consiguiente, la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
cachetina siguió, larga y furiosa:
todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia
es, pero, comunísima en el hombre,
no poner en disputa la sustancia
y reñir por el nombre.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Español, 1806-1880.

A SU TIEMPO CADA COSA

Una Zorra iba huyendo,
por una loma,
de un Mastín que llevaba
casi a la cola.

Por encima, volando,
la ve una Alondra,
que en el aire piaba
muy sin zozobra.

—Oye —dice a la que huye—
mi voz sonora.
—¡Para música vamos!
—dijo la Zorra.

Divertir quiere a todos
cierta persona,
y por no ser a tiempo
los incomoda.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Español, 1806-1880.

EL PERAL

A un peral una piedra
tiró un muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el árbol.

Las almas nobles,
por el mal que les hacen
vuelven favores.

EL MUCHACHO Y LA VELA

Dijo una vez a la encendida Vela
un Chico de la escuela:
—Yo quiero, como tú, lucir un día.
La Vela respondió: —La suerte mía
sólo es angustia y humo.
Brillo, sí; mas brillando me consumo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Español, 1806-1880.

EL NIÑO EN ALTO

Trepó sobre una silla, y arrogante
un chiquillo gritó: Yo soy gigante.

—Monuelo saltarín —dijo un anciano—,
baja, serás enano.

LA FUENTE MANSA

Mira esa fuente plácida, Florencio,
que fluye sin rumor y baña el prado.

Con su ejemplo enseñado,
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Español, 1806-1880.

EL MAESTRO Y LAS VELAS

Llora el infeliz Bartolo,
Llora que aturde la escuela,
Y en verdad que el pobre chico
No sin razón se lamenta.

Encima de un compañero
Se ve montado a la fuerza,
Y dos compañeros más
Le agarran entrambas piernas.

Desabrochado el justillo,
Remangada la chaqueta,
Le han prendido la camisa
Con un alfiler en ella.

Desnuda la espalda en arco,
Él desesperado espera
Lo que por asiento saben
Las curvas con que se sienta.

La lección fué tropezona,
La plana horrible de puerca:
Según la costumbre antigua,
Dos casos de azotes eran.

Era, por añadidura,
Tarde de sábado aquélla
Día de rezo y de pago,
De cántico y penitencia.

Ante una imagen devota
Con dos encendidas velas,
Por su turno a cada reo
Se iba aplicando la pena.

Cogió el maestro con aire
La humedecida correa,
Y sonó entre cien chillidos
La dolorosa docena.

Mientras Bartolo se ataca
Y el escozar se le templa,
El maestro en su sitial
Perora de esta manera:

—No se enseña al niño bien
Sin zurriago y sin palmeta:
Cuando comete una falta,
Es menester que le duela.

Ejemplo da al pedagogo
La sabia naturaleza,
Castigando rigorosa
Las humanas imprudencias.

A un árbol se sube un hombre,
y se le va la cabeza:
Por más que grite al caer
No se le ablanda la tierra.

Si es roca el suelo en que para,
Costilla o muslo se quiebra;
Metido en agua, se moja;
Tocando el fuego, se quema.

A esas luces llegue un niño,
Queriendo jugar con ellas:
Las manos le abrasarán,
Sin duelo de su inocencia

Las dos velas de la imagen,
Hartas de plática necia,
Quemadas le respondieron,
Corriéndose de vergüenza:

—Si pudiéramos hablar
Otras veces como ésta,
Nuestra voz al niño incauto
Benévolo aviso diera.

Primero que hacer llorar
Al inocente que yerra,
Nos muriéramos nosotras
Al ver su manita cerca.

Juega un niño, y a un mastín
Le pellizca y le repela,
Y el perro aguanta su daño,
Por ser un niño el que juega.

De la roca te apoyabas
En la impasible dureza:
La roca de alma carece;
No tú de roca la tengas.

Vendrá tiempo en que ejercida
Con incansable paciencia,
Ni un ay al niño le cueste
La enseñanza de las letras.

Día vendrá en que por cuento
Se den tus locas ideas,
Y otros discípulos rían
De lo que los tuyos tiemblan.

Aquel tiempo es ya llegado,
Y esta fábula encomienda
Que a los maestros de ahora
Se les respete y se quiera.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Español, 1806-1880.

LA PEONZA Y LA PERINOLA

La rebelde, la rústica peonza,
Dijo a la perinola con enfado
Allá en su jerigonza:
—Suerte bien desigual nos ha tocado.
A tí, con mucho mimo,
Cuanto te hacen andar, te dan impulso,
Entre dos dedos revolviendo tu eje:
No se me trata a mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
Al compás de la bárbara correa,
Con que un muchacho hereje
Me arrima cada golpe que me brea;
Y cuanto más el movimiento animo,
Con más fuerte rigor me zarandea.
—Querida, —respondió la perinola,—
En tí consiste sola
El trato que te dan: tú lo evitaras,
A ser juguete, como yo, ligero;
Mas, ¿qué han de hacer contigo,
Si en apartando el látigo te paras?
Yo, sin embargo, consolarte espero.
Nuestro papá, el tornero,
Puede, si se lo digo,
Y quieres animosa decidirte,

Quitarte la madera que te sobra,
Y en ágil perinola convertirte.
—¡Friolera es la obra!—
Exclamó la peonza sofocada.—
Prefiero que el zurriago me atormente,
A sufrir que la gubia me hinque el diente.
¡No sabes ni empezar el catecismo,
Y al preceptor acusas de inclemencia!
Quéjate de tí mismo:
Para buen escolar no hay penitencia.

TOMÁS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
seguido de perros
(no diré corría)
volaba un conejo.

De su madriguera
salió un compañero,
y le dijo: —Tente;
amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? —responde—,
sin aliento llego...
dos pícaros galgos
me vienen siguiendo.

—Sí —replica el otro—;
por allí los veo;
pero no son galgos.
—Pues ¿que son? —Podencos.

—¿Qué? ¿Podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos;
bien vistos los tengo.

—Son podencos: vaya,
que no entiendes de eso.
—Son galgos, te digo.
—Digo que podencos.

En esta disputa
llegando los perros,
pillan descuidados
a mis dos conejos.

Los que por cuestiones
de poco momento
dejan lo que importa,
llévense este ejemplo.

TOMAS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

LA ARDILLA Y EL CABALLO

Mirando estaba una ardilla
a un generoso alazán,
que dócil a espuela y rienda
se adiestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
tan veloces y a compás,
de aquesta suerte le dijo
con muy poca cortedad:

—Señor mío:
de ese brío,
ligereza
y destreza
no me espanto;
que otro tanto
suelo hacer, y acaso más.

Yo soy viva,
soy activa,
me meneo,
me paseo,
yo trabajo,
subo y bajo,
no me estoy quieta jamás.

El paso detiene entonces
el buen potro, y muy formal,
en los términos siguientes
respuesta a la ardilla da:

—Tantas idas
y venidas
tantas vueltas
y revueltas,
quiero, amiga,
que me diga:
¿son de alguna utilidad?

Yo me afano,
mas no en vano.
Sé mi oficio,
y en servicio
de mi dueño
tengo empeño
de lucir mi habilidad.

Con que algunos escritores
ardillas también serán,
si en obras frívolas gastan
todo el calor natural.

TOMAS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS

Vió en una huerta
dos lagartijas
cierto curioso
naturalista.

Cógelas ambas
y a toda prisa
quiere hacer de ellas
anatomía.

Ya me ha pillado
la mas rolliza;
miembro por miembro
ya me la trincha;
el microscopio
luego le aplica.

Patas y cola,
pellejo y tripas,
ojos y cuello,
lomo y barriga,
todo lo aparta
y lo examina.

Toma la pluma,
de nuevo mira,
escribe un poco,

recapacita.
Sus mamotretos
después registra,
vuelve a la propia
carnicería.

Varios curiosos
de su pandilla
entran a verle.

Dales noticia
de lo que observa:
unos se admiran,
otros preguntan,
otros cavilan.

Finalizada
la anatomía,
cansose el sabio
de lagartija;
soltó la otra,
que estaba viva.

Ella se vuelve
a sus rendijas,
en donde, hablando
con sus vecinas,
todo el suceso
les participa.

—No hay que dudarlo,
no —les decía—;
con estos ojos
lo vi yo misma.
Se ha estado el hombre
todito un día
mirando el cuerpo
de nuestra amiga.

¿Y hay quien nos trate
de sabandijas?
¿Cómo se sufre
tal injusticia,
cuando tenemos
cosas tan dignas
de contemplarse
y andar escritas?
No hay que abatirse,
noble cuadrilla:
valemos mucho,
por más que digan.

¿Y querrán luego
que no se engrían
ciertos autores
de obras inicuas?
Les honra mucho
quien los critica.

No seriamente, muy por encima
deben notarse
sus tonterías;
que hacer gran caso
de lagartijas
es dar motivo
de que repitan:
—Valemos mucho
por más que digan.

TOMÁS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un oso con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.
Queriendo hacer de persona,
dijo a una mona: —¿Qué tal?
Era perita la mona,
y respondióle: —Muy mal.
—Yo creo —replicó el oso—
que me haces poco favor.
Pues qué, ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?
Estaba el cerdo presente
y dijo: —¡Bravo! ¡Bien va!
¡Bailarín más excelente
no se ha visto ni verá!
Echó el oso, al oír esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademán modesto
hubo de exclamar así:
—Cuando me desaprobaba
la mona, llegué a dudar;
mas ya que el cerdo me alaba,
muy mal debo de bailar.
Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:
"Si el sabio no aprueba, ¡malo!:
si el necio aplaude, ¡peor!"

TOMÁS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

EL TOPO Y OTROS ANIMALES

Ciertos animalitos,
todos de cuatro pies,
a la gallina ciega
jugaban una vez.

Un perrillo, una zorra
y un ratón, que son tres;
una ardilla, una liebre
y un mono, que son seis.

Este a todos vendaba
los ojos, como que es
el que mejor se sabe
de las manos valer.

Oyó un topo la bulla,
y dijo: —Pues, ¡pardiez!,
que voy allá, y en rueda
me he de meter también.

Pidió que le admitiesen;
y el mono, muy cortés,
se lo otorgó (sin duda
para hacer burla de él).

El topo a cada paso
daba veinte traspiés,
porque tiene los ojos
cubiertos de una piel;
y a la primera vuelta,
como era de creer,
facilísimamente
pillan a su merced.

De ser gallina ciega
le tocaba la vez;
y ¿quién mejor podía
hacer este papel?

Pero él, con disimulo,
por el bien parecer,
dijo al mono: —¿Qué hacemos?
Vaya, ¿me venda usted?

Si el que es ciego y lo sabe,
aparenta que ve,
quien sabe que es idiota,
¿confesará que lo es?

TOMÁS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.
Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.
Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.
Acercóse a olerla
el dicho animal,
y dió un resoplido.
por casualidad.
En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.
—¡Oh —dijo el borrico,
qué bien sé tocar!
¡Y dirán que es mala
la música asnal!
Sin reglas del arte
borriquitos hay,
que una vez aciertan
por casualidad.

TOMÁS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

LA COMPRA DEL ASNO

Ayer por mi calle
pasaba un borrico,
el más adornado
que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
eran nuevecitos,
con flecos de seda
rojos y amarillos.
Borlas y penacho
llevaba el pollino,
lazos, cascabeles
y otros atavíos.
Y hechos a tijera,
con arte prolijo,
en pescuezo y anca
dibujos muy lindos.

Parece que el dueño,
que es, según me han dicho,
un chalán gitano
de los más ladinos,
vendió aquella alhaja
a un hombre sencillo;
y añaden que al pobre
le costó un sentido.

Volviendo a su casa,
mostró a sus vecinos
la famosa compra,
y uno de ellos dijo:
"Veamos, compradre,
si este animalito
tiene tan buen cuerpo
como buen vestido."
Empezó a quitarle
todos los aliños
y bajo la albarda,
al primer registro,
le hallaron el loma
asaz malferido.
con seis mataduras
y tres lobanillos,
amén de dos grietas
y un tumor antiguo
que bajo la cincha
estaba escondido.

"¡Burro, dijo el hombre:
más que el burro mismo
soy yo, que me pago
de adornos postizos!"

A fe que este lance
no echaré en olvido;
pues viene de molde
a un amigo mío,
el cual a buen precio
ha comprado un libro
bien encuadernado
que no vale un pito.

TOMAS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

LOS DOS TORDOS

Persuadía un tordo abuelo,
lleno de años y prudencia,
a un tordo, su nietezuelo,
mozo de poca experiencia,
a que, acelerando el vuelo,
viniese con preferencia
hacia una poblada viña,
e hiciese allí su rapiña.

"Esa viña ¿dónde está?
(le pregunta el mozalbete),
"Hoy te espera un gran banquete,
dice el viejo, ven acá:
aprende a vivir, pobrete."
Y no bien lo dijo, cuando
las uvas le fué enseñando.

Al verlas saltó el rapaz:
"¿Y ésta es la fruta alabada
de un pájaro tan sagaz?

¡Qué chica! ¡Qué desmedrada!
Ea, vaya, es incapaz
que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
en una huerta, y mejor."

"Veamos, dijo el anciano,
aunque sé que más valdrá
de mis uvas sólo un grano."
A la huerta llegan ya,
y el joven exclama ufano:
"¡Qué fruta! ¡Qué gorda está!
¿No tiene excelente traza?..."
¿Y qué era? Una cabalaza.

Que un tordo en aqueste engaño
caiga, no lo dificulto;
pero es mucho mas extraño
que hombre tenido por culto
aprecie por el tamaño
los libros y por el bulto.
Grande es, si es buena, una obra;
si es mala, toda ella sobra.

TOMAS DE IRIARTE.
Español, 1750-1791.

LA MONA

"Aunque se vista de seda
la mona, mona se queda."
El refrán lo dice así,
yo también lo diré aquí;
y con eso lo verán
en fábula y en refrán:
Un traje de colorines,
como el de los matachines,

cierta mona se vistió;
aunque más bien creo yo
que su amo la vestiría,
porque difícil sería
que tela y sastre encontrase.
El refrán lo dice: pase.

Viéndose ya tan galana,
saltó por una ventana
al tejado de un vecino,
y de allí tomó el camino
para volverse a Tetuán.
Esto no dice el refrán,
pero lo dice una historia
de que apenas hay memoria,
por ser el autor muy raro.
(Y poner el hecho en claro
no le habrá costado poco.)

El no supo, ni tampoco
he podido saber yo,
si la mona se embarcó,
o si rodeó tal vez
por el istmo de Suez;
lo que averiguado está
es que por fin llegó allá.

Vióse la señora mía
en la amable compañía
de tanta mona desnuda,
y cada cual la saluda
como a un alto personaje,
admirándose del traje
y suponiendo sería
mucha la sabiduría
ingenio y tino mental
del petimetre animal.

Opinan luego al instante,
y *némine discrepante*,
que a la nueva compañera
la dirección se confiera
de cierta gran correría,
con que buscar se debía
en aquel país tan vasto
la provisión para el gasto
de toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropa!)

La directora marchando
con las huestes de su mando
perdió, no sólo el camino,
sino, lo que es más, el tino.
Y sus necias compañeras
atravesaron laderas,
bosques, valles, cerros, llanos,
desiertos, ríos, pantanos;
y al cabo de la jornada
ninguna dió palotada.

Y eso que en toda su vida
hicieron otra salida
en que fuese el capitán
más tieso ni más galán.
Por poco no queda mona
a vida con la intentona;
y vieron por experiencia
que la ropa no da ciencia.

Pero sin ir a Tetuán,
también acá se hallarán
monos que, aunque se vistan de estudiantes,
se han de quedar lo mismo que eran antes.

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE.
Español, 1811-1863.

EL PELOTAZO

A un chiquillo un chicazo
le encajó tan tremendo pelotazo
que le hizo un gran chichón en el cogote;
mas la pelota, al bote
volviendo atrás, con ímpetu no flojo,
tornó por donde vino,
y encontrándose un ojo en el camino
al autor del chichón dejó sin ojo.

No haga al prójimo mal quien esto note,
porque el mal es pelota
que vuelve contra el mismo que la bota,
o miente el pelotazo en el cogote.

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE.
Español, 1811-1863.

EL VIEJO, EL NIÑO Y EL BURRO

Iban un Viejo y un Chico
Por esos mundos de Dios,
Y acompañando a los dos
Iba también un Borrico.

El Vejete, ya encorvado,
Iba a pie con mucha paz,
Y mientras tanto ell Rapaz
Iba en el Burro montado.

Vieron esto ciertas gentes
De no sé qué población,
Y con acento burlón
Exclamaron impacientes:

—¡Mire usted el Rapazuelo
Y qué bien montado va,
Mientras de Viejo que está
Andar no puede el Abuelo!

¿No era mejor que el Chiquillo
Siguiera a pie, de reata,
Y que el Viejo que va a pata
Montara en el Borriquillo?

El Anciano que esto oyó,
Dio al Muchacho: —"Discurro
Que hablan bien: baja del Burro,
Que voy a montarlo yo."

El Niño, sin impugnallo,
Bajó del Asno al instante,
Y echó a andar, mientras boyante
Iba el Abuelo a caballo.

—"¡Vaya un cuadro singular
Y un chistoso vice-versa!
(Dijo otra gente diversa,
Que así los vió caminar):

¡Mire usted el Viejarrón
Y cómo va cabalgando,
Mientras el Chico va dando
Tropezón tras tropezón!

No era mejor que el Vejete
¡Maldito sea su nombre!
Fuese a pie, que al fin es hombre,
Y no el pobre Mozalbete?"

—"¡Alabado sea Dios!—
Dijo el Viejo para sí:—
¿Tampoco les gusto así?
¡Pues nada!, a montar los dos."

Esto dicho, de la chupa
Tiró al Muchacho, y subióle
De un brinco arriba, y montóle
Muy sí señor en la grupa.

—"¡Perfectamente! —exclamaron,
Soltando la taravilla,
Los de otro lugar o villa
Con los cuales se encontraron:—

¿Habrá cosa más bestial,
Aunque sea pasatiempo,
Que montar los dos a un tiempo
En ese pobre animal?

¿No era mejor, voto a bríos,
Que alternasen en subir,
Y no que el Burro ha de ir
Cargando así con los dos?"

—"Cosa es ya que me encocora,—
Exclamó el Viejo bufando:—
¡Bajemos los dos... y andando!
A ver qué dicen ahora."

Y uno y otro descendieron,
Y a pie empezaron a andar,
—Y... "bien ¡muy bien! ¡vaya un par!"—
Otras gentes le dijeron:—

¿Es posible que se dé
Quien así busque molestias?
¡Qué majaderos! ¡qué bestias!
Tienen Burro, y van a pie."

Cargado entonces del todo,
Dijo el Viejo: —¡Voto va!—
¿Con que no podemos ya
Acertar de ningún modo?

Hagamos lo que nos cuadre,
Sin hacer caso el menor
De ese mundo charlador,
Llore oría, grite o ladre.

Esté limpia la conciencia,
Que es el deber principal.
Yen lo demás cada cual
Consulte su conveniencia.

Por nada, pues, ya me aburro
En un mundo tan ruín:
Conque... arriba, Chiquitín,
Que es lo mejor. —¡Arre, Burro!"

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

LA ALFORJA

En una alforja al hombro
llevo los vicios;
los ajenos, delante;
detrás, los míos.

Esto hacen todos:
así ven los ajenos,
mas no los propios.

LA ZORRA Y EL BUSTO

Dijo la zorra al busto
después de olerlo:

—Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.

Como éste hay muchos,
que aunque parecen hombres,
sólo son bustos.

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado,
que va diciendo a todo el que lo advierte:
—¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
más compañía que su pensamiento,
que alegre le ofrecía
inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera,
y decía entre sí de esta manera:

—Esta leche vendida,
en limpio me dará tanto dinero;
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero,
para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el pío, pío.

Del importe logrado
de tanto pollo, mercaré un cochino;
con bellota, salvado,

berza, castaña, engordará sin tino;
tanto, que puede ser que yo consiga
el ver cómo le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado;
sacaré de él, sin duda, buen dinero;
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campaña
desde el monte cercano a la cabaña.

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera,
que, a su salto violento,
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! ¡Adiós, leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!

¡Oh, loca fantasía!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
no sea que, saltando de contento,
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
de mejor o más próspera fortuna,
que vivirás ansiosa,
sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles, impaciente, el bien futuro;
mira que ni el presente está seguro.

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

EL VIEJO Y LA MUERTE

Entre montes, por áspero camino,
tropezando con una y otra peña,
iba un viejo cargado con su leña,
maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
que apenas levantarse ya podía,
llamaba con colérica porfía
una, dos y tres veces a la muerte.

Armada de guadaña en esqueleto
la Parca se le ofrece en aquel punto;
pero el viejo, temiendo ser difunto,
lleno más de temor que de respeto,
trémulo la decía y balbuciente:
—Yo... señora... os llamé desesperado;
pero... —Acaba: ¿qué quieres, desdichado?
—Que me carguéis la leña solamente.

Tenga paciencia quien se cree infelice,
que aun en la situación más lamentable
es la vida del hombre siempre amable:
el viejo de la leña nos lo dice.

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

LA MONA

Subió una mona a un nogal,
y cogiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde,
con que le supo muy mal.
Arrojóla el animal,
y se quedó sin comer.
Así suele suceder
a quien su empresa abandona
porque halla, como la mona,
al principio que vencer.

LA ZORRA Y LAS UVAS

Es voz común que a más del mediodía,
en ayunas la zorra iba cazando:
halla una parra; quédase mirando
de la alta vid el fruto que pendía.
Causábale mil ansias y congojas
no alcanzar a las uvas con la garra,
al mostrar a sus dientes la alta parra
negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó y anduvo en probaduras;
pero vió el imposible ya de fijo;
entonces fué cuando la zorra dijo:
—No las quiero comer. No están maduras.
No por eso te muestres impaciente,
si se te frustra, Fabio, algún intento;
aplica bien el cuento,
y di: *No están maduras,* frescamente.

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

EL HERRERO Y EL PERRO

Un herrero tenía
un perro que no hacía
sino comer, dormir y estar echado.
De la casa jamás tuvo cuidado.
Levantábase sólo a mesa puesta:
entonces con gran fiesta
al dueño se acerçaba,
con perrunas caricias lo halagaba,
mostrando de cariño mil excesos
por pillar las piltrafas y los huesos.
"He llegado a notar —le dijo el amo—,
que aunque nunca te llamo,
a la mesa te llegas prontamente:
en la fragua jamás te vi presente.
Y yo me maravillo
de que, no despertándote el martillo,
te desveles al ruido de mis dientes.
¡Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes
que el amo, hecho un gañán y sin reposo,
te mantiene a lo conde muy ocioso!"
El perro le responde:
"¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar, debo al Destino
haber nacido perro y no pollino."
"¡Pues, señor conde, fuera de mi casa!
¡Verás en las demás lo que te pasa!"
En efecto; salió a probar fortuna,
y las casas anduvo de una en una:

allí le hacen servir de centinela
y que pase la noche toda en vela;
acá, de lazarillo y de danzante;
allá, dentro de un horno, a cada instante
asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera
que el destino, y no es cuento,
a todos nos cargó como al jumento.

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

EL CONGRESO DE LOS RATONES

Desde el gran *Zapirón, el blanco y rubio,*
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido *Miauragato*
Quien más sangrientamente
Persiguió a la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
De su persecución, la desdichada
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabel, y de este suerte
Al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno a uno.
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
—Yo soy corto de vista. — Yo, muy viejo.
—Yo, gotoso — decían. El congreso
Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo.
Lo aprueban. Hacen otro. ¡Qué portento!
Pero ¿la ejecución? ¡Ahí está el cuento!

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

EL HOMBRE Y LA FANTASMA

Un joven licencioso
se hallaba en un estado vergonzoso
con sus males secretos retirado.
En soledad, doliente, exasperado,
cavila, llora, canta, jura, reza,
como quien ha perdido la cabeza.
"¿Te falta la salud? Pues, caballero,
de todo tu dinero,
nobleza, juventud y poderío
sábete que me río;
trata de recobrarla, pues perdida,
¿de qué sirven los bienes de la vida?"
Todo esto una fantasma le previno,
y al instante se fué como se vino.
El enfermo se cuida, se repone,
un nuevo plan de vida se propone.
En efecto; se casa,
cércanle los cuidados de la casa,
que se van aumentando de hora en hora;
la mujer, ¡Dios nos libre!, gastadora
aún mucho más que rica,
los hijos y las deudas multiplica;
de modo que el marido,
más que nunca aburrido,

se puso sobre un pie de economía,
que, estrechándola más de día en día,
al fin se enriqueció con opulencia.
La fantasma le dice: "En mi conciencia,
que te veo amarillo como el oro,
tienes tu corazón en el tesoro:
miras sobre tu pecho acongojado
el puñal del ladrón enarbolado;
las noches pasas en mortal desvelo.
¿Y así quieres vivir? ¡Qué desconsuelo!"
El hombre, como caso milagroso,
se transformó de avaro en ambicioso,
llegó dentro de poco a la privanza;
el Señor Don Dinero ¿qué no alcanza?
La fantasma le muestra claramente
un falso confidente,
cien traidores amigos
que quieren ser autores y testigos
de su pronta caída.
Resuélvese a dejar aquella vida.
Y, ya desengañado,
en los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes
en las flores y frutas diferentes.
¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
que aun allí le persigue la fantasma?
"Los insectos, los hielos y los vientos,
todos los elementos
y las plagas de todas estaciones,
han de ser en el campo tus ladrones."
¿Pues adónde irá el pobre caballero?

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

EL CHARLATAN Y EL RUSTICO

"¡Lo que jamás se ha visto ni se ha oído
verán ustedes: atención les pido!"
Así decía un charlatán famoso,
cercado de un concurso numeroso.

En efecto, quedando todo el mundo
en silencio profundo,
remedó a un cochinillo de tal modo
que el auditorio todo,
creyendo que lo tiene y que lo tapa,
atumultuado grita: "¡Fuera capa!"

Descubrióse, y al ver que nada había,
con vítores lo aclaman a porfía.

"¡Pardiez, dijo un patán, que yo prometo
para mañana, hablando con respeto,
hacer el puerco más perfectamente;
si no, que me lo claven en la frente!"

Con risa prometió la concurrencia
a burlarse el payo su asistencia.

Llegó la hora, y todos acudieron.
No bien el charlatán gruñir oyeron
gentes a su favor preocupadas,
"¡Viva!", dicen al son de las palmadas.

Sube después el rústico al tablado
con un bulto en la capa y embozado.

Imita al charlatán en la postura
de fingir que lechón tapar procura;
mas estaba la gracia en que era el bulto
un marranillo que tenía oculto.

Tírale callandito de una oreja:
gruñendo en tiple, el animal se queja;
pero al creer que es remedo el tal gruñido,
aquí se oía un "¡Fuera!", allí un silbido,
y todo el mundo queda
en que es el otro el que mejor remeda.

El rústico descubre su marrano,
al público lo enseña, y dice ufano:

"¿Así juzgan ustedes?"
¡Oh, preocupación, y cuánto puedes!

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

LA GATA CON CASCABELES

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
con un collar de grana,
de pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
del alto corredor y la guardilla
van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
tal congreso gatuno
en torno de la dama rozagante,
que entre flexibles colas arboladas
apenas divisarla se podía.
Ella, con mil monadas,
el cascabel parlero sacudía;
pero, cesando al fin el sonsonete,
dijo que por juguete
quitó el collar al perro su señora
y se lo puso a ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella
a todos enamora;
tanto, que la gatesca compañía,
cuál dice su atrevido pensamiento,
cuál se encrespa celoso,
riñen éste y aquél con ardimiento,

pues con ansia quería
cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maullidos
levántase *Garraf*, gato prudente,
y a los enfurecidos
les grita: "Noble gente:
¿gata con cascabeles por esposa?
¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta
y que la dama hambrienta
necesita, sin duda, que el marido,
ausente y aburrido,
busque la provisión en los desvanes,
mientras ella, cercada de galanes,
por que el mundo la vea,
de tejado en tejado se pasea?"
Marchóse *Zapaquilda* convencida,
y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuántos chascos se llevan en la vida
los que no miran más que la apariencia!

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.
Español, 1745-1806.

LAS RANAS PIDIENDO REY

Sin rey vivía libre, independiente,
el pueblo de las ranas felizmente;
la amable libertad sólo reinaba
en la inmensa laguna que habitaba;
mas las ranas, al fin, un rey quisieron,
y a Júpiter excelso lo pidieron.
Conoce el dios la súplica importuna,
y arroja un rey de palo a la laguna.
Debió de ser sin duda gran pedazo,
pues dió su Majestad tan gran porrazo
que el ruido atemoriza el reino todo;
cada cual se zambulle en agua o lodo,
y quedan en silencio tan profundo
cual si no hubiese ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
y viendo a la real pieza,
publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
y piden otro rey, que aquél no es bueno.
El padre de los dioses, irritado,
envía un culebrón, que a diente airado,
muerde, traga y castiga,
y a la mísera grey al punto obliga
a recurrir al dios humildemente.
"¡Padeced, le responde, eternamente.
Que así castiga a aquel que no examina
si su solicitud será su ruina!"

ANTONIO DE TRUEBA.
Español, 1821-1889.

EL EJEMPLO

Cuenta un autor, cuyo nombre
no conservo en la memoria,
porque fácilmente al hombre
se le va el santo a la gloria;
cuenta, repito, que un día
en una ciudad que expresa,
se sentó como solía
una familia a la mesa.

Según los datos completos
que tenemos a la vista,
constaba de los sujetos
que marca la adjunta lista:
un viejo temblón y cano,
dos esposos, por lo visto
hijo y nuera del anciano,
y un niño travieso y listo.

Cada cual con mucho celo
el estómago repara;
mas hete que al pobre abuelo
se le escurre la cuchara,
y como ésta es de metal,
hace doscientos añicos

un plato de pedernal,
por más señas, de los ricos.

El marido y la mujer
gritan con mil desacatos:
—¡A ese modo de romper
no ganamos para platos!

Continuó la pelotera,
y cuentan que al otro día
en un plato de madera
el pobre viejo comía;
mas tan mal se las compuso,
como estaba tan temblón,
que pan y manteles puso
hechos una perdición.

—¡Esto ya pasa de raya!
—gritan marido y mujer—;
levántese usted y vaya
a la cocina a comer;
y si allí no le conviene,
vaya a comer al establo,
que a todos dados nos tiene
con su suciedad al diablo.

En cuanto oyó este consejo
o más bien este mandato,
bajó la cabeza el viejo
y se largó con su plato;
y desde aquella función
despachaba en la cocina
tristemente su ración
por evitar tremolina.

Llorando el anciano un día
la ingratitud de los hijos,
sus tristes ojos tenía
el pobre en su nieto fijos.

Y al ver que un madero grueso
el niño afanoso esconde,
le dice: —¿Para qué es eso?
Y su nieto le responde:

—De este madero saldrá
un plato de buena clase
para que papá y mamá
coman cuando yo me case.

Y exclama el mísero anciano:
—¡Hará lo que hacen conmigo!
¡Dios mío! ¡Tu santa mano
puso en la culpa el castigo!

LOPE DE VEGA.
Español, 1562-1635.

LOS RATONES

Juntáronse los ratones
para librarse del gato
y, después de un largo rato
de disputas y opiniones,
dijeron que acertarían
en ponerle un cascabel;
que andando el gato con él
guardarse mejor podían,

Salió un ratón barbicano,
colilargo, hociquirromo,
y encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,
después de hablar culto un rato:

—¿Quién de todos ha de ser
el que se atreva a poner
ese cascabel al gato?

INDICE

Página

INICIAL, dos palabras de los Editores 5

PRIMERA PARTE

CUENTOS

BENAVENTE: Los reyes magos 7

COLOMA: La camisa del hombre feliz 9
Biografía del autor 14

De "EL CONDE LUCANOR", por el INFANTE DON JUAN MANUEL (adaptación de Tenreiro): El buen hombre y su hijo 15
Biografía del autor 17
— El paño maravilloso 18
— Los tres hijos del Rey Moro 23

LYNCH: El potrillo roano 27
Biografía del autor 35

MARTÍ: Bebé y el señor don Pomposo 36
— Los dos ruiseñores 40
— Meñique 51
Biografía del autor 68

PALACIO VALDÉS: Polifemo 69
Biografía del autor 75

PARDO BAZÁN: Desde allá 76
Biografía del autor 80

PERRAULT: Caperucita 81
— La Cenicienta 83
Biografía del autor 90

Página
QUIROGA: La abeja haragana 91
— Las medias de los flamencos 98
— La miel silvestre 103
— La tortuga gigante 109
— Los cazadores de ratas 115
Biografía del autor 117
TRUEBA: La obligación 118
— Recuerdos de un viaje 129
— El rey en busca de novia 136
Biografía del autor 141
VALERA: Las gafas 141
Biografía del autor 142

SEGUNDA PARTE

CAPITULOS Y FRAGMENTOS DE GRANDES OBRAS

AVELLANEDA: Rivadavia 143
— Oración a la bandera 157
Biografía del autor 157
BREASTED: (De "La conquista de la civilización).
Del capítulo I: "Los primeros medios de vida del hombre". 158
CALDERÓN DE LA BARCA: (De "La vida es sueño")..
Tres escenas iniciales 162
Idea de la obra y biografía del autor 173
CANÉ: (De "Juvenilia").
Capítulo I: Primeras impresiones en el colegio 174
Capítulo II: El menú 177
Capítulo XIV: La muerte del rector 179
Idea de la obra y biografía del autor 180
CAPDEVILA: (De "Córdoba del recuerdo").
Capítulo IV: Un niño en la escuela 181
Capítulo VI: Pandemonium escolar 183
Idea de la obra y biografía del autor 185
CERVANTES: (De "Don Quijote de la Mancha").
De la primera parte: Capítulo I: Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha. 186
— De la primera parte: Capítulo VIII: Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la estantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de feliz recordación 190
Idea de la obra y biografía del autor 196

Página

DANTIN CERECEDA: (De "Exploradores y Conquistadores de Indias", y relatos geográficos).
El Río de la Plata, por Francisco López de Gomara 197
— De cómo los indios de Puerto de los Reyes son labradores, por Pero Hernández 200

GONZÁLEZ: (De "La tradición Nacional").
Del Libro Tercero: Capítulo VIII: Ituzaingó, Alvear, Lavalle, Paz, Brandzen 203
— Del Libro Tercero: Capítulo IX: Las odiseas marítimas. Brown y Buchardo 206
— (De "Mis montañas").
Capítulo IV: El indio Panta 211
Capítulo XIV: La escuela 214
— Oración a la bandera 221
Ideas de las obras y biografía del autor 222

GORRITI: Güemes y recuerdos de infancia 223
Biografía del autor 229

GUTIÉRREZ: (De "Oración y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires").
Erección de la Universidad (1821) 230
Biografía del autor 232

JIMÉNEZ: (De "Platero y yo").
Advertencia a los hombres que lean este libro para niños. 233
Capítulo I: Platero 233
Capítulo XIII: La espina 234
Capítulo LXV: La muerte 235
Biografía del autor 235
Argumento de la obra 236

LÓPEZ: (De "Historia de la República Argentina").
Tomo I, del capítulo XXVI: Población en 1806 237
— (De "Evocaciones históricas").
La Gran Semana de 1810. Carta fechada el 25 de Mayo de 1810 240
Biografía del autor 252

MARTÍ: Tres héroes 253
Biografía del autor 257

MITRE: (De "Páginas de historia").
Falucho y el sorteo de Matucana 257
— Las cuentas del Gran Capitán 278
— (De "Historia de Belgrano").
Tomo III: Capítulo XLIV: Muerte de Belgrano 279

Página

— (De "Historia de San Martín").
Tomo II: Capítulo XVII: Después del desastre de Cancharrayada 287
Biografía del autor 293

PALACIO VALDÉS: (De "Novela de un novelista").
Capítulo XIII: La vara de Falaris 294
Idea de la obra y bibliografía del autor 298

ROJAS: (De "El Santo de la Espada").
Capítulo IV: El caballero de América 299
Idea de la obra y biografía del autor 308

SARMIENTO: Discurso de la bandera 309
— (De "Recuerdos de Provincia").
El hogar paterno 309
— (De "Facundo").
Del capítulo I: Infancia y juventud de Juan Facundo Quiroga 320
Capítulo II: Originalidad y caracteres argentinos. El Rastreador. El baquiano. El gaucho malo. El cantor 328
Del capítulo IX: Barranca-Yaco 340
Biografía del autor 346
Ideas de las obras 347

POESIAS

ALLENDE IRAGORRI: Abuelita 349
Biografía del autor 349

ANDRADE: La vuelta al hogar 350
— El nido de cóndores 353
— El consejo maternal 359
Biografía del autor 360

ARRIETA: Canción infantil 361
— Trisca el cabritillo 361
— Sol de la mañana 362
— El sueño 363
Biografía del autor 363

BANCHS: Gato embotado 364
Biografía del autor 365

BECQUER: Del salón en el ángulo oscuro 366
Biografía del autor 366

CAPDEVILA: Patria 367
— Romance de las bodas de Remeditos 369

Página

DEL CAMPO: A la patria 373
— De "Fausto": En el teatro Colón 374
— El amanecer 374
— El anochecer 375
Argumento y biografía del autor 375

DARÍO: La calumnia 376
Biografía del autor 376

DÍAZ: Patria 377
— La lengua castellana 378
Biografía del autor 378

ESPRONCEDA: Canción del pirata 379
Biografía del autor 380

FERNÁNDEZ MORENO: Setenta balcones y ninguna flor .. 381
Biografía del autor 381

GUTIÉRREZ NÁJERA: La abuelita 382
Biografía del autor 382

HERNÁNDEZ: De "Martín Fierro". Contrapunto 383
Biografía del autor y argumento de la obra 384

IBARBOUROU: De las canciones de Natacha: La loba... .. 385
— El vendedor de naranjas 385

ICAZA: La risa 387
Biografía del autor 387

LEÓN FRAY LUIS DE: Oda de la vida retirada 388
Biografía del autor 391

LUGONES: El nido ausente 392
— El jilguero 392
— El hornero 393
— Pax 394
Biografía del autor 394

MACHADO: Caballitos 395
Biografía del autor 395

MANRIQUE: Coplas a la muerte de su padre 396
Biografía del autor 397

MARTÍ: Cultivo una rosa blanca 398

MARROQUÍN: Los cazadores y la perrilla 398
Biografía del autor 399

MISTRAL: Caperucita Roja 400
Biografía del autor 401

Página

NERVO: Los sentidos 402
— Los cinco 402
— ¡Buen viaje! 402
— La ardilla 403
— Trato hecho 403
— Nihil Noyum 404
Biografía del autor 404
OBLIGADO: Acuarela. (Canción infantil) 405
— El tambor de Tacuarí 405
— El negro Falucho 406
— De "Santos Vega": El alma del payador 408
Biografía del autor y argumento de la obra 409
QUEVEDO: Érase un hombre a una nariz pegado 411
Biografía del autor 411
SILVA VALDÉS: Los pollitos 412
Biografía del autor 412
SILVA: Crepúsculo 413
Biografía del autor 415
VILLAESPESA: Caperucita 416
Biografía del autor 416

CUARTA PARTE

FABULAS

BARTRINA: Análisis 417
— Fábula 418
CAMPOAMOR: La carambola 419
— Los extremos se tocan 419
HARTZENBUSCH: Las espigas 420
— El Dromedario y el Camello 420
— El Comprador y el Hortera 421
— A su tiempo cada cosa 423
— El Peral 424
— El Muchacho y la Vela 424
— El niño en alto 425
— La Fuente mansa 425
— El Maestro y las Velas 426
— La Peonza y la Perinola 430
IRIARTE: Los dos Conejos 431
— La Ardilla y el Caballo 433
— El Naturalista y las Lagartijas 435

Página

— El Oso, la Mona y el Cerdo 438
— El Topo y otros animales 439
— El Burro flautista 441
— La compra del asno 442
— Los dos Tordos 444
— La Mona 445

PRÍNCIPE: El pelotazo 448
— El Viejo, el Niño y el Burro 449

SAMANIEGO: La Alforja 452
— La Zorra y el Busto 452
— La Lechera 453
— El Viejo y la Muerte 455
— La Mona 456
— La Zorra y las Uvas 456
— El Herrero y el Perro 457
— El Congreso de los Ratones 458
— El Hombre y la fantasma 459
— El Charlatán y el Rústico 461
— La Gata con cascabeles 463
— Las Ranas pidiendo Rey 465

TRUEBA: El ejemplo 466

VEGA: Los ratones 469